
Tres regalos de color rosa
LOS AMORES DEL ARROGANTE MÉDICO ARGENTINO
LOS HERMANOS BENÍTEZ - LIBRO 3
D.A. LEMOYNE

D. A. LEMOYNE

Copyright © 2025


Tres regalos de color rosa
LOS AMORES DEL ARROGANTE MÉDICO ARGENTINO
LOS HERMANOS BENÍTEZ - LIBRO 3
D.A. LEMOYNE



Página de Amazon de la autora con una lista de todos sus libros.

Tres regalos de color rosa

LOS AMORES DEL ARROGANTE MÉDICO ARGENTINO

LOS HERMANOS BENÍTEZ - LIBRO 3

D. A. LEMOYNE

Series de la autora en español:

La Família Lykaios

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

Seducción Siciliana

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor

El padre de mi hijo es el amor de mi vida

Devoción siciliana: Protegida por él

Una Navidad con el pecador

La Hija que esconde al siciliano

Los Hermanos Benítez

El Amor que eché de mi Vida

Mi inesperado "amor para siempre"

Tres regalos de color rosa

Amores del Destino

El magnate que nunca supo amar (Siguiente)

El magnate que no queria herederos (Siguiente)

El único amor del magnate turco (Siguiente)

—Creo que estás intentando volverme loco, enfermera Millard.

Después de dos semanas de extrañarlo, durante las cuales nos miramos en el hospital como dos personas hambrientas, sentirlo así me deja temblorosa.
Dios, cómo lo deseo…

—No lo hice para provocarte.
—No necesitás esforzarte para provocarme, Kirsten. Para mí sos irresistible.

Simón y Kirsten
(Tres Regalos de color Rosa)

D. A. LEMOYNE
dalemoynewriter@gmail.com
Copyright © 2025
Título original: **Tres Regalos de color Rosa**

Primera edición 2025
Carolina del Norte - EE. UU.
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor.

Nombre de la autora: D. A. Lemoyne
Lector Beta: C. Freitas
Traducción: Matías San Miguel
Portada: Diseñador T. Tenório
Ilustración: Mery Ribeiro
Ilustración: Gah Ilustra
Imágenes: Adobe Stock, DepositPhotos y Freepik
ISBN: 978-65-01-10973-2

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, negocios, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos es pura coincidencia.

Índice

Sinopsis
Nota de la autora
Nota del traductor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Epílogo 1
Epílogo 2
Bono - Dell Westbrook
Palabras de la autora
Sobre la autora

Sinopsis

Aviso: puede contener desencadenantes.

Advertencia: **Tres Regalos de color Rosa**, libro 3 de la serie ***Los Hermanos Benítez***, es un volumen único. Los siguientes de esta serie podrán leerse por separado, pero es probable que contengan spoilers de los anteriores.

Ella es una enfermera recién graduada que tiene enfrente suyo la oportunidad de su vida en su carrera.

Él es considerado uno de los mejores cirujanos cardíacos del mundo.

Kirsten está atrapada en una red de mentiras.

Simón va a embarazar a la mujer que está comprometida con otro hombre.

Tópicos:
AGE GAP
Embarazo inesperado
Médico x Enfermera
Gruñón x Sunshine

Simón Nicolás Benítez, magnate de una familia de renombre mundial, es considerado uno de los mejores cardiólogos del mundo.

Introspectivo, indiferente, talentoso, hermoso y arrogante son solo algunos de los muchos adjetivos que le atribuyen, pero al argentino no le importa en absoluto lo que piensen de él. Excepto por la familia y los encuentros casuales con mujeres (que no duran más que unas pocas noches), vive para el trabajo, ajeno al mundo que lo rodea.

Kirsten Miranda Millard viene de una pequeña ciudad de Maine y recibe la oportunidad más importante de su carrera: una

invitación para hacer una pasantía en Argentina con quien es considerado el sucesor del mejor cirujano cardíaco del mundo.

Desde hace años, atrapada en un compromiso movido por el honor y ya no por el amor, se siente libre por primera vez al mudarse de país. Aun así, está dispuesta a mantener la palabra que le dio a su prometido e ignorar la atracción instantánea que siente por su jefe.

Entonces, un descubrimiento hace que su mundo se dé vuelta por completo. La chica buena decide poner un límite y empezar a disfrutar la vida para compensar todos los años en los que solo existió.

Sin embargo, al permitirse entregarse al deseo, habrá consecuencias mucho mayores que cruzar las líneas de una relación profesional, creando un vínculo sólido.

Pero antes de poder tener su "felices para siempre", el médico tendrá que enfrentar enemigos del pasado y a personas dispuestas a herir a la mujer que se convirtió en su universo.

Para todos aquellos que esperaban con impaciencia el final de la serie, con nuestro arrogante y encantador doctor.

Carolina del Norte, 2025.

Nota de la autora

Tres Regalos de color Rosa, libro 3 de la serie ***Los Hermanos Benítez***, contará la historia de Simón Nicolás Benítez y Kirsten Miranda Millard.

Él ya es conocido por los lectores, porque fue presentado en los libros 1 y 2 de esta serie, El Amor que eché de mi vida y Mi Inesperado "amor para siempre", como uno de los tres hermanos Benítez.

Kirsten, en cambio, es un personaje nuevo.

Para quienes leyeron los dos primeros libros, es fácil coincidir conmigo en que los tres Benítez ganarían sin esfuerzo un concurso de galanes descarados.

Aunque los dos primeros ya se calmaron al encontrar a sus elegidas, Simón no tiene ninguna intención de poner fin a su soltería por el simple hecho de que no se considera capaz de convivir con alguien a largo plazo.

Tan introspectivo que muchos lo detestan (porque es un hombre de pocas palabras), el cirujano es considerado el mejor alumno y también el sucesor de LJ, el cardiólogo que es uno de los Dioses de Blanco y protagonista del libro Arrogante apasionado.

Nuestro médico taciturno queda sorprendido cuando recibe una petición de su mentor y amigo para que acepte a una enfermera estadounidense como pasante.

Kirsten está intentando seguir con su propia vida después de que el prometido, con quien salía desde la secundaria, la decepcionó. Mudarse a Argentina, además de marcar un antes y un después en su carrera, también representa una especie de grito de libertad.

Mientras Simón es sarcástico y de pocas palabras, Kirsten es pura luz, y cuando el destino une a estos dos, es como el contacto entre dos cables pelados, y una pasión intensa e incontrolable explotará entre ellos.

Por último, esta serie es un romance contemporáneo con un toque de comedia romántica y, como siempre ocurre en mis libros, tendrá también una pizca de drama y suspenso.

Espero que disfruten la historia de amor de nuestra florcita y de nuestro médico arrogante.

Por último, aunque mis libros son siempre historias individuales, mi universo literario está completamente interconectado, así que eventualmente encontrarán personajes de una serie en otra.

Aun así, siempre explicaré de dónde vienen y dejaré una nota al pie que los dirija a la obra correspondiente.

¡Un cariñoso beso y feliz lectura!

D. A. Lemoyne

Nota del traductor

Al igual que el primer y segundo libro de esta saga, la novela está escrita en primera persona y alterna capítulos entre ambos protagonistas. Uno de los protagonistas, Simón, es argentino, como así también varios personajes de su entorno. Por eso, cuando la historia se narra desde su perspectiva o cuando hablan estos personajes argentinos, **la traducción se ha adaptado al español de Argentina**. Esto incluye voseo, acentuación, entonación característica y algunas palabras o frases típicas, siempre buscando que el diálogo y la voz interior suenen naturales y auténticos.

En los capítulos de la otra protagonista, Kirsten, y en la narración general se mantiene un español neutro latinoamericano, pensado para que cualquier lector pueda seguir la historia sin dificultades.

Por ejemplo:

Español neutro: *¿Puedes creer lo que ha sucedido?*

Español argentino en la novela: *¿Podés creer lo que pasó?*

Esta elección busca respetar la personalidad y el tono original de los personajes: lo que leas como variante regional no es un error, sino una decisión estilística para que Simón y su entorno se sientan vivos y verosímiles.



Kirsten



Prólogo

Pasado

Estiro la mano a través de la reja de la ventana y siento la lluvia mojarme los dedos, del mismo modo en que lo hacen las lágrimas cuando caen por mis mejillas.

Miro hacia el cielo. Está gris y oscuro.

¿Será porque Dios también está llorando?

Veo al hombre alejándose y quiero pedirle que no se vaya.

No sé cómo se llama, no lo conozco, pero él me recogió en la casa de mi abuela y me trajo hasta aquí.

Le pedí a la mujer con quien él me dejó que me llevara de vuelta a casa. No quiero quedarme aquí porque, en este lugar, no tengo mis ositos y mi abuela no va a traerme un vaso de leche antes de dormir.

—Kirsten, ese es tu nombre, ¿no? —pregunta la mujer detrás mío.

—Sí.

—Este será tu nuevo hogar hasta que alguien venga a buscarte.

—No quiero que nadie venga a buscarme y no quiero vivir aquí. Quiero a mi abuela.

—Tu abuela está en el cielo, mi querida.

—¿Con mi mamá?

—Sí.

—¿Puedo ir con ellas? Yo también quiero ir al cielo.

—No, mi amor. Como te dije, vas a vivir aquí a partir de ahora.



A los catorce años

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

Despierto con el sonido estridente del despertador mientras me pregunto, por enésima vez, por qué ese sueño siempre regresa y por qué lo siento tan real.

Sé que soy yo quien aparece en él, aunque la historia que vuelve prácticamente todas las noches parezca no tener nada que ver con mi vida. Soy hija de mis padres. No fui adoptada.

¿O sí?

Ya intenté preguntarle a mi madre al respecto, pero siempre que lo hago, se enoja conmigo y me dice que deje de inventar historias.

—Kirsten, ¡no seas floja, niña! —La escucho gritar desde el pasillo —. ¡Vas a llegar tarde a la escuela! ¡No te olvides de que estás ahí por caridad!

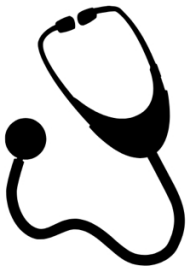
Suspiro y me levanto.

¿Por caridad? Lo dudo. Soy la mejor alumna del colegio. Tengo una beca. Por eso mismo me esfuerzo para demostrar mi valor.

Abro la puerta y la veo pasar por el pasillo.

—Mamá, soñé otra vez con el orfanato.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes esas tonterías? No fuiste adoptada. Eres mi hija, naciste de mí. Somos la única familia que tendrás.



Kirsten



Capítulo 1

Nueva York

Camino por los pasillos del hospital con todos mis sentidos en alerta. El ruido que hacen mis zapatillas blancas contra el piso parece atraer las miradas hacia mí, pero claro, esa sensación no es nada más que un reflejo de mi propio nerviosismo.

Desde que puse un pie en Nueva York por primera vez, tengo que pellizcarme a cada rato para creer que lo que estoy viviendo es real. Ser aceptada para un curso con el equipo de uno de los "Dioses de Blanco[1]" cuando comencé la facultad de Enfermería era para mí un sueño tan distante como un viaje a la Luna.

Ahora estoy aquí, siendo instruida por los mejores. Trabajar con el equipo del doctor Lazarus Jasper Seymour, el mayor cirujano cardíaco del planeta, no es algo con lo que esté logrando lidiar.

Competí con personas de varias partes del mundo y todavía no puedo creer que fui aceptada.

Por eso, cuando me avisaron hoy, al llegar al hospital, que "él" quería hablar conmigo, que me estaba esperando en su oficina, no conseguí dejar de temblar.

Por milésima vez desde que me avisaron que debía reunirme con él, repaso mentalmente todo lo que hice desde el momento en que puse un pie en Nueva York, para revisar si cometí algún error que

pudiera haber, definitivamente, arruinado mi carrera antes incluso de que empezara.

El curso incluye la parte teórica, pero también la práctica, y estoy segura de que fui cuidadosa en cada pequeña acción que ejecuté.

Siento como si algo me apretara la garganta ante la mera posibilidad de haber tirado mi carrera por la borda.

Seco las palmas sudadas de mis manos en el guardapolvo del uniforme, solo para arrepentirme dos segundos después, imaginando si dejé manchas en la tela.

¿Qué pensará el doctor LJ? ¿Mirará hacia mí y verá a una enfermera descuidada, cuyo uniforme ni siquiera está a la altura de este hospital? ¿Me expulsará del curso porque no soy lo bastante buena para estar aquí, o…?

Antes de que mis pensamientos caóticos sigan su viaje al infinito, alguien choca conmigo. Es una mujer, también rubia, y con el impacto, casi nos caemos las dos.

—Yo lo siento mucho.

—No te preocupes. Fue culpa mía, querida.

La miro por primera vez y mi ansiedad se dispara cuando veo con quién me acabo de chocar: Alexis Gillis Seymour, la esposa del doctor LJ.

La historia de ellos no es pública, no sé cómo se conocieron ni qué dio inicio al romance, pero hay algo que se volvió leyenda en la comunidad médica: LJ salvó la vida de la mujer que amaba, operó su corazón cuando había un riesgo real de muerte.

Para la mayoría, eso no significa mucho, pero para mí, es el punto máximo del romanticismo.

Él literalmente tuvo en sus manos el corazón y la vida de la mujer que amaba, y logró salvarla.

Jesús, ¿puede alguien tener peor suerte que yo? Tenía que chocar justo con la "señora del Dios de Blanco".

—Lo siento de verdad —repito, sin saber dónde meter la cara.

—No fue nada. —Sonríe, pero luego mira mi rostro, sorprendida, y me pregunto, ahora en un pico de nervios, si tengo pasta dental en algún lado.

No sería la primera vez. Soy muy acelerada y no suelo mirarme en el espejo.

—Dios mío, ¡me encantó! ¿Puedo tocar?

—¿Qué cosa?

Se sonroja.

—Discúlpame. Debes pensar que estoy loca.

—Sinceramente, no lo creo. Solo estoy muy nerviosa porque tu esposo me llamó para una reunión, y pienso que van a echarme del curso. ¿Puedes creerlo? Prácticamente acabo de salir de la facultad, conseguí un lugar en el curso de mis sueños y ahora voy a ser despedida. ¿Alguien puede ser despedido de un curso? Bueno, de cualquier forma, esta mañana es el inicio de mi final. Y como si no pudiera ser peor, casi te tiro al piso. La esposa de uno de los Dioses de Blanco fue derribada por mí. Creo que debería haber un límite diario de cuánta mala suerte puede tener una persona y…

Ella empieza a reír a carcajadas.

No una risita tipo "ay, qué graciosa eres", que ni siquiera estaba intentando ser, para empezar.

Se ríe de verdad, incluso se lleva una mano al vientre.

Algunos empleados pasan a nuestro lado, mirando la escena, sorprendidos.

Espero que la señora Seymour deje de reírse de mí para poder despedirme de ella.

—¡Hace mucho que no me reía así! ¡Niña, me haces recordar a mí misma cuando era más joven! ¡Te juro por Dios que habría ganado fácil un concurso de mayor número de palabras por minuto!

—Estoy nerviosa, es como un tipo de tic. No puedo controlarlo.

—Bien, vamos a aclarar una cosa a la vez. La culpa del choque fue mía. Yo también soy muy torpe y no miré por dónde caminaba. Segundo, cuando pedí "tocar", no era tocarte a ti, sino a tus aretes. Son taxis de Manhattan, ¿cierto?

Automáticamente llevo la mano a uno de los pequeños vehículos amarillos que tengo colgados en las orejas y sonrío por primera vez en la mañana.

—Tengo una colección de aretes que representan medios de transporte. Me encantan. Estos que llevo puestos me los compré

ayer.

—Son preciosos. ¿Puedes decirme dónde los encontraste? Amo todo lo que es colorido.

—Claro. En realidad, los compré aquí mismo, en el complejo del hospital. En las tiendas del edificio cinco. Pero si quieres un consejo, creo que si buscas en el centro de Manhattan, en esas tienditas para turistas, te saldrán más baratos.

—Los voy a buscar.

Ella sonríe y, dos segundos después, yo me siento incómoda.

La esposa del doctor LJ no necesita buscar descuentos.

¡Jesús!

—Lo siento. Estoy hablando sin parar otra vez.

—No pasa nada. Por cierto, mi nombre es Alexis Gillis Seymour, pero creo que ya lo sabes, porque dijiste que mi esposo iba a despedirte. —Estira la mano para saludarme.

—Sé quién eres, sí, por eso casi me da un infarto cuando chocamos.

Ella se vuelve a reír.

—Menos mal, entonces, que mi marido es cirujano cardíaco.

¡Ja! Es divertida, pero aunque Alexis me cayó bien, todavía no estoy lista para morir. Aunque creo que el doctor LJ sería capaz de salvarme si me diera un infarto y…

—¿Y cuál es tu nombre?

—Kirsten Miranda Millard, un placer. —Acepto la mano que me ofrece.

—Sé que estás nerviosa, Kirsten. Es natural. Mi marido y sus dos socios tienen ese don de dejar a todos a su alrededor intimidados, pero si quieres un consejo, cálmate. LJ no despide a nadie personalmente. Para eso tienen un enorme departamento de personal. Si él te llamó aquí, estoy segura de que hay algo bueno detrás.

—¿Tú crees?

—Lo sé, cariño. Ahora tengo que irme. Buena suerte. Nos vemos por ahí.



Kirsten



Capítulo 2

—Puede entrar ahora, señorita Millard —me avisa la secretaria del "Dios".

A diferencia de Alexis Gillis Seymour, sin embargo, la mujer cuya función es filtrar quién podrá hablar con el todopoderoso no estaría ni entre las mil personas más simpáticas de Manhattan, si existiera una competencia.

—Gracias.

—Solo para avisarle: el doctor Lazarus está muy ocupado, así que trate de no quedarse más tiempo del necesario.

Yo debería quedarme callada y asentir con la cabeza, pero tendría que estar muerta, antes que nada, para hacer eso.

Como dice mi madre, tengo la lengua más grande que la boca.

—¿Y por qué haría algo así?

La mujer se gira y, por primera vez desde que llegué, me mira de verdad. Después, hace una inspección de arriba abajo, como si yo fuera un espécimen raro, pero no necesariamente agradable de observar.

—La gente suele ponerse en situaciones ridículas frente a los Dioses de Blanco. Algunos harían cualquier cosa para tener la oportunidad de respirar el mismo aire que ellos.

¡Dios mío, nunca tuve que hacer tanto esfuerzo para no poner los ojos en blanco!

—¿Usted es la secretaria del doctor Lazarus?

—Sí.

—Entonces debe saber que estoy aquí porque él mismo me convocó. Yo jamás invadiría su espacio personal, forzando mi presencia. No soy una fan, señora. Soy una enfermera graduada que se siente honrada por haber sido elegida para hacer este curso con el equipo del mejor cirujano cardíaco del mundo. De hecho, acabo de conocer a la esposa del doctor LJ, Alexis. Es muy *amable* y *educada* —añado con sarcasmo.

Vengo de una familia pobre, pero mi mejor amiga, Raz, nació en una cuna de miles de millones, y si algo aprendí de ella es que nunca debemos bajar la cabeza ante nadie.

La secretaria del doctor LJ, por lo que veo, es el peor tipo de persona: de esas que creen que, solo por trabajar para alguien rico o famoso, tienen derecho a tratar mal a todos, como si ellas fueran reinas.

—Bueno, la advertencia que le di no fue personal, es el procedimiento estándar.

—Donde yo nací, en una ciudad diminuta allá en Maine, eso se llama prejuicio. Ahora, con su permiso. No quiero dejar esperando al doctor Lazarus. Como usted misma señaló, es un hombre muy ocupado.

Ni siquiera le dedico una segunda mirada.

El nerviosismo que sentía se redujo considerablemente después de que esa mujer se cruzó en mi camino. Nada como una buena pelea para ponernos la cabeza en orden.

No estoy aquí "de favor". Estudié como una condenada durante el bachillerato y toda la facultad. LJ solo acepta a los mejores.

Pongo la mano en la manija de la puerta, diciéndome que todo saldrá bien. Él es solo un hombre. Competente. Extraordinario en lo que hace, sí, pero aun así humano, y sangra como cualquier otro.

Es un discurso lindo en mi cabeza, pero en el momento en que entro en la oficina del doctor LJ, me siento como esas fans de bandas de rock que logran acercarse lo suficiente para casi tocar a su ídolo, y le perdono un poquito a la secretaria arrogante por haber sido cruel conmigo. Entiendo por qué la gente se queda sin palabras

y trata de adular al cirujano. Entrar en su oficina es como ser recibida en el Olimpo.

Hasta ahora, lo más cerca que había estado de él fue en las clases del curso, en las que apareció solamente dos veces, ya que no es él quien lo imparte, sino el equipo principal de enfermeras del hospital del cual es dueño.

Hace dos días, sin embargo, tuve la oportunidad de participar en una cirugía con él, por invitación de una de las profesoras. Pensé, antes de llegar, que participaría apenas como espectadora, y juro por Dios que mi corazón dejó de latir durante unos segundos cuando el doctor LJ me habló, pidiéndome que lo asistiera.

Pero al ser avisada de que él me había llamado aquí, pensé que había hecho alguna tontería y que por eso iban a darme una patada en el culo.

El rostro de él, en este instante, aunque es frío, no parece enfadado ni intimidante.

—Entre, señorita Millard.

—¿Sabe mi nombre? —pregunto, pero enseguida cubro mis labios con las manos—. Claro que lo sabe, o no me habría invitado y…

—No.

Él no explica qué significa ese "no", pero lo entiendo como una advertencia, así que cierro la boca.

—Cierre la puerta y siéntese, señorita Millard. Trate de no ponerse tan nerviosa y, principalmente, no hable sin parar. Las únicas personas que tienen el privilegio de hacerlo sin volverme loco son mi esposa y mis hijos.

—Sí, señor.

Al instante me convierto en una dama del siglo XVIII. Grácil, de pasos lentos y gestos comedidos.

Me dura lo que un parpadeo, porque en cuanto voy a sentarme frente a su escritorio, veo una carpeta (que parece un dossier) con mi nombre. Mi nerviosismo vuelve con toda su fuerza.

LJ no la abre. Da un golpecito con un dedo sobre ella y me mira fijo. Yo solo quiero salir corriendo.

—Estuviste brillante en la cirugía, anteayer —me dice, ya tuteándome.

Repito esas palabras en mi cabeza, intentando convencerme de que es una especie de truco, porque él es conocido por elogiar muy raras veces.

—¿En serio?

El cirujano no se digna a responder, continúa como si yo no hubiera dicho nada.

—Tu supervisora, la enfermera Iana Mitchell —dice, mencionando a mi principal profesora del curso, que además es la jefa de enfermería— me contó que tú lo eras, pero no soy bueno creyendo en opiniones ajenas.

—¿Ella lo dijo?

Me siento una idiota. Como un robot, repito lo que él dice.

La sala empieza a girar y me aferro a los brazos de la silla para intentar calmarme, porque aun en un estado de semidesmayo, noto que lo estoy irritando.

Y eso se confirma cuando vuelve a ignorar mi pregunta.

—También me dijo que tú aspiras a ser una CRNA[2], una enfermera especializada en anestesia.

—Sí.

—Es la misma función de Iana.

—Fue por esa razón que quise hacer este curso: estar cerca de los mejores. Y antes de que piense que quiero adularlo, no lo estoy haciendo. Solo digo la verdad. Quiero ser la mejor en lo que hago.

—Iana dijo que podrías sustituirla en el futuro.

—¿Qué?

—Entonces tengo una propuesta para hacerte. Te enviaré con uno de mis ex alumnos, el más brillante de todos, y si logras lidiar con él, quizá en el futuro puedas trabajar para mí.

—Por favor, sé que dijo que no le gustan las demostraciones de debilidad, leí su biografía no autorizada —confieso, sintiendo que el rostro me arde—, pero si no bebo un vaso de agua, voy a desmayarme.

Él hace un gesto con la cabeza hacia un frigobar y yo me levanto, agarro una botellita y la bebo de un solo trago.

Media hora después, él todavía me está explicando qué significa la invitación.

Pasaré seis meses en Argentina, trabajando con el cirujano cardíaco Simón Nicolás Benítez, que, obviamente, es otra leyenda de la medicina, y si todo funciona como se espera, tendré un empleo en el hospital de los Dioses de Blanco.

—No sé qué decir.

—Antes de que empieces a sentirte muy feliz, hay una razón por la que deseo enviarte con Simón como requisito para contratarte. Si logras lidiar con él, conseguirás convivir conmigo.

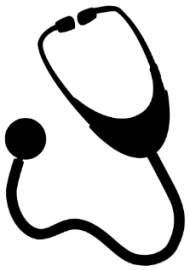
Trago en seco.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No voy a mentirte, Kirsten. Son pocos los seres humanos que me agradan. Simón y yo somos muy parecidos, aunque él sea más callado. Si sobrevives a esta pasantía, tendrás una carrera consolidada.

—¿Y si no lo logro?

—Te desearé buena suerte y te diré que perdiste la oportunidad de tu vida.



Simón



Capítulo 3

Buenos Aires

—¿Una pasante? No necesito a nadie. El equipo está completo. De hecho, según mi secretaria, tengo una lista de espera para una oportunidad así, y si sigue creciendo esa lista, no terminará ni siquiera después de que yo esté muerto.

—Entonces considéralo como un favor personal para mí. Quiero a Kirsten en mi equipo, pero no antes de estar seguro de que puede lidiar conmigo. La chica es muy joven y no pretendo tener a alguien que casi se desmaye o se ponga a llorar si un día soy un poco más mordaz.

—¿Qué tiene de especial?

—Kirsten quiere especializarse como CRNA. Iana me habló de ella. Quedó impresionada con los conocimientos de la joven. La llevó a algunos trabajos prácticos, algo que no hizo con ninguna de las otras alumnas del curso.

—Y eso llamó tu atención porque Iana odia a casi todo el mundo —concluyo.

—Sí, es como una versión femenina tuya.

—No odio al mundo entero. No presto suficiente atención a nada fuera del trabajo como para odiar a alguien. De todos modos, antes voy a necesitar ver su currículum.

Él suelta una de sus risas raras, aunque yo no entiendo qué tiene de gracioso lo que dije.

—Eres increíble, Simón.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Fui tu mentor y me dices que vas a revisar su currículum? ¿Crees que te mandaría a alguien a ti que yo considerara menos que excelente?

—Mi mente no funciona así.

—Lo sé, por eso mismo ya te envié el currículum de Kirsten por correo antes incluso de llamarte.

—¿Qué tiene ella de especial? Hay buenos profesionales en todos los rincones del planeta.

—Los buenos profesionales no son una élite, son un grupo grande. No quiero uno más del montón. Quiero a los excepcionales.

—Te daré una respuesta mañana.

—Si la aceptas, tendrás que mandar a alguien de ahí para que le busque alojamiento.

—Creí que habías dicho que era una enfermera graduada, adulta.

—Y lo es, pero tiene todo el aire de una chica de pueblo. Nació y se crió en un lugar de menos de diez mil habitantes.

—Bien. Ahora llamaste mi atención.

—¿Por qué?

—¿Desde cuándo vos sabés[3] dónde nacieron tus empleados?

—Normalmente no lo sé, pero confío en Iana y cuando me habló de Kirsten, eché un vistazo rápido a su currículum. No te pido que seas su tutor. En realidad, es exactamente lo contrario. Necesito que seas lo peor con ella, porque solo así sabré que está cualificada para formar parte de mi equipo.

Sé que para que la muchacha siquiera haya conseguido ser aceptada en mi curso, debe ser excelente, pero no me gusta cómo la situación parece crear una especie de conexión en la que, de cierto modo, tendré que convertirme en su protector por ser estadounidense.

—Voy a revisar su currículum. Quizá estés haciendo la peor apuesta de tu vida, LJ. Si Kirsten es tan excepcional, es probable

que la quiera para mí.

—No creo que la aceptes porque tiene familia en Maine, pero puedes intentarlo, amigo —ironiza—. *Ahora dime, ¿cómo está Rosario?*

En el momento en que menciona el nombre de mi madre, siento un temblor en el párpado, fruto del estrés que cualquier asunto relacionado con su salud me provoca.

La condición de mi madre, que convive con la esclerosis múltiple desde hace muchos años, es de las pocas cosas que logra despertarme emoción (y también frustración) porque no existe cura. Lo único que podemos hacer es mitigar los síntomas.

Es una enfermedad no solo crónica, sino progresiva, y van surgiendo complicaciones a largo plazo.

Mi madre siempre tuvo una memoria por encima del promedio. Aunque nunca se queja, noto que procesa la información cada vez más despacio, tiene dificultad de concentración y olvida diversos sucesos.

La debilidad muscular, a pesar de todos los fisioterapeutas y enfermeros que tiene a disposición, y a pesar de que su marido, Urtiga, es médico, es otra cosa que afecta su humor, dejándola callada cuando los síntomas están más acentuados.

—Hay días en que parece la de antes, pero en otros la veo cansada de luchar.

—Athanasios ha dirigido investigaciones en este campo por más de una década, y aunque sabemos que estamos lejos de hallar la cura, como te dije la última vez que hablamos, ha conseguido buenos resultados a la hora de retrasar el agravamiento de los síntomas.

—No sé si ella quiera probar otro tratamiento experimental. Mamá es una persona esperanzada y cada vez que uno no funciona, se siente derrotada, porque siempre está segura de que va a mejorar.

—Es una frustración para todos nosotros que, con la medicina tan avanzada como está, todavía no podamos curar muchas enfermedades autoinmunes y degenerativas.

—Debe ser peor aún para Athanasios, siendo él neurólogo.

—Ni te imaginas. Cuando entra en sus fases obsesivas con las investigaciones, Brooklyn tiene que prácticamente arrancarlo del hospital.

—Sí, sé perfectamente lo que es ser un adicto al trabajo, y sé que vos y William también lo son.

—Avísame si ella está dispuesta a arriesgarse una vez más. Puedo intentar convencer a Athanasios de que incluya a Rosario en esta nueva fase de su investigación.

—Lo haré. Tendrás noticias mías muy pronto, cuando te dé la respuesta sobre la enfermera.

Después de colgar, entro al correo que LJ me envió. Me lleva cerca de media hora analizar cada detalle, y de verdad, Kirsten está por encima de la media. Su currículum es lo más cercano a la perfección que alguien puede tener, aunque por la foto adjunta parece recién salida del bachillerato, no una mujer de veintitrés años, pese a ser hermosa.

Tecleo su nombre en Google y no encuentro mucho.

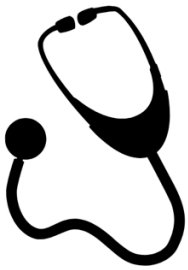
Hay más fotos de su época escolar que actuales.

En cada una aparece abrazada, sonriendo con un jugador de fútbol americano que debe tener su misma edad, y que se pega a la chica como un canguro marcando territorio sobre su cría.

Nada, sin embargo, de la época universitaria.

Giro el bolígrafo entre los dedos, intuyendo que hay más detrás de que LJ quiera contratarla que solo el perfeccionamiento de la señorita Millard, aunque aún no he descubierto de qué se trata.

Entonces abro el correo que me envió y ahí encuentro la respuesta que buscaba.



Kirsten



Capítulo 4

Bar Harbor, Maine
Una semana después

Me distraigo contando los barcos del puerto mientras espero a mi mejor amiga, Raz, para repetir lo que antes era nuestro ritual de cada sábado por la tarde.

Es mucho más fácil dejar que mi mente divague en cuestiones aleatorias, como cuántos multimillonarios habrán venido a Bar Harbor este fin de semana, que pensar en los problemas que probablemente enfrentaré cuando les comunique a mis padres lo de las prácticas en Argentina.

La mañana está casi sin nubes y veo turistas moviéndose de un lado a otro por las veredas del puerto deportivo.

Sentada en nuestra cafetería favorita (porque yo tengo debilidad por los dulces y ella por las tostadas que preparan aquí), sonrío cuando la veo acercarse, con los brazos llenos de bolsas.

—No, no hiciste esto otra vez —digo en cuanto me besa la mejilla —. No quiero regalos.

—¿Por qué no? Sé que no has estado bien estos días, así que traje el kit de emergencia: ropa nueva, maquillaje —sacude las bolsas que carga—, porque como dice mi madre, no existe tristeza que resista unas compras. También vamos a pedir un chocolate caliente con una rebanada de pastel más grande que nosotras dos.

Pongo los ojos en blanco.

—Primero, hace demasiado calor para pedir chocolate caliente, y segundo, tú no comes dulces. La golosa del dúo soy yo.

—Puedo hacer ese sacrificio por ti hoy.

—No, nada de sacrificios. El amor nunca debe exigir eso.

Pienso en la ironía de lo que acabo de decir. ¿No es precisamente eso en lo que se han convertido los últimos cinco años de mi vida? ¿Sacrificios?

—No eliminé el azúcar para siempre.

—Solo si es a escondidas, porque hace años que no te veo comer ni siquiera un caramelo.

Raz es modelo y siempre cuidó su alimentación con muchísimo rigor. Es obsesiva con la comida saludable y lo máximo que se permite como "comida chatarra" son las tostadas con queso casero de esta cafetería.

Nuestras escapadas gastronómicas se han vuelto cada vez menos frecuentes, ya que ella viaja mucho.

Vuelvo a sentarme y doy una palmada en la silla a mi lado. Cuando ella se sienta, le doy otro abrazo, esta vez más largo.

Raz ya no vive en Maine.

Es dos años mayor que yo y se mudó a Manhattan hace un buen tiempo.

—Todavía no puedo creer que estuve en tu ciudad y no nos vimos.

—Manhattan no es mi ciudad. Yo nunca dejaré de ser una chica de Maine —dice, guiñándome un ojo.

—Deberías decir que nunca dejarás de ser una chica cuya familia es *dueña* de Maine —bromeo.

La verdad es que la familia de Raz es una de las más ricas de la costa este de Estados Unidos, igual que la de Newton, mi novio desde el primer año del bachillerato.

Él ya no es tu novio, Kirsten. Es tu prometido.

Me cuesta recordarlo cuando mi compromiso duró solo unas horas. Nuestras familias salieron a cenar y pensé que era para celebrar en privado mi graduación del bachillerato, ya que Newton es un año mayor que yo.

Él organizó una sorpresa sin que yo lo supiera, y cuando llegué al restaurante había una pequeña fiesta con nuestros amigos. Antes siquiera de sentarnos, se arrodilló frente a mí y me pidió que me convirtiera en su esposa.

No necesité pensar ni cinco segundos. En ese momento sentí que era un sueño hecho realidad. No sé cuántas veces imaginé un futuro a su lado. Hijos, Navidades, celebraciones.

Hay mujeres que necesitan varias relaciones para encontrar al hombre perfecto. A mí me bastó una sola relación.

Lo único que no encajaba para que mi historia de amor fuera un cuento de hadas era que Raz no lo soportaba, lo cual parece increíble considerando que ambos frecuentaban los mismos círculos sociales desde siempre, ya que sus familias forman parte de la alta sociedad estadounidense.

Mi mejor amiga nunca ocultó que no lo consideraba perfecto para mí, pero jamás discutimos por eso. Simplemente se mantenía alejada cuando él estaba cerca, lo que, hacia el final del bachillerato, hizo que viniera cada vez menos a nuestra ciudad a visitarme.

Pensé que Newton y yo estaríamos juntos toda la vida, pero solo unas horas después del compromiso, mi sueño se convirtió en una pesadilla cuando sonó el teléfono de madrugada y los padres de Newton nos informaron que había tenido un accidente de auto y estaba en coma.

Han pasado cinco años desde entonces. Los médicos insisten en que hay esperanza de que despierte, pero cada vez es más difícil creer en eso.

Creo que los únicos que siguen teniendo fe en un milagro son mis padres y los de él, que insisten en que aún tendremos nuestro "felices para siempre".

Lamentablemente, yo soy del área médica y no tengo tanta fe en su recuperación.

—En serio, puedo pedir un dulce para acompañarte —dice Raz, interpretando mal mi silencio.

—No, nada de sacrificios —repito, obligándome a volver a la realidad—. Con una de nosotras sufriendo basta.

Ella suspira y le hace un gesto al mesero para que espere cuando se acerca a tomar nuestro pedido.

—Sé que lo que te atormenta es la decisión de irte a Argentina. No creo que tengas mucho que pensar, Kirsten. No puedes perder esa oportunidad. Es como ganarte la lotería. Si ese médico que tal vez te contrate es tan bueno y te está mandando a un curso en otro país, no puedes dejarlo pasar, amiga. Además, nunca estuve en Buenos Aires y voy a ir a visitarte si te vas.

—¿De verdad?

—Palabra de scout.

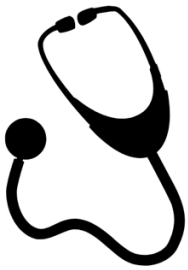
—Nunca fuiste scout.

—Pero soy una amiga que cumple lo que promete. Ahora dime: ¿cómo piensas plantearles lo de las prácticas a tus padres? No, espera, primero cuéntame cómo fue la conversación con los padres de Newton.

—Mucho más fácil de lo que supongo que será con los míos.

—Creo que de algún modo ya lo esperabas, ¿cierto? Sí, sé que es increíble pensar que te resultará más difícil comunicar tu decisión a tus padres que a los padres de Newton, porque…

Deja la frase en el aire. Raz es demasiado buena como para herirme, pero la conozco desde pequeña y sé qué es lo que no termina de decir: *"porque ellos son ambiciosos y no quieren renunciar a un matrimonio tuyo con alguien a quien consideran de la realeza".*



Kirsten



Capítulo 5

Yo y Newton somos como el agua y el aceite, y no solo en el sentido de ser opuestos que se atraen, sino que así hemos sido desde que nacimos.

Mi familia es pobre, los llamados *blue-collar*[4]: mi padre trabaja en la construcción y mi madre es costurera.

Fui a estudiar a una escuela de élite porque conseguí una beca. No me importaba que mi ropa fuera de segunda mano o hecha por mi madre, ni que mis zapatos hubieran sido regalos de los padres de Raz. Me sentía agradecida por estudiar en un colegio excelente, porque desde pequeña yo sabía que quería ser enfermera y también sabía que no había ninguna posibilidad de que pudiéramos pagar una universidad. Mi única oportunidad sería a través de una beca.

Sufrí bullying de las chicas del colegio prácticamente desde el primer momento en que pisé el lugar, aunque Raz me defendiera cuando coincidía que nuestras clases eran cercanas, ya que ella estaba dos años por delante mío.

El trato de desprecio, al que yo no le daba la menor importancia, empeoró mucho cuando llegué al bachillerato, pero fue justo en esa época que los Gilmore se mudaron a nuestra ciudad. Newton se fijó en mí enseguida y empezamos a salir.

Las personas comenzaron a tratarme bien. Pasé de ser la intrusa a convertirme en la reina del bachillerato, aunque, como antes,

aquello no significara nada para mí. El hecho es que todos nos llamaban la pareja perfecta.

Mis padres estaban encantados porque yo había sido "codiciada" por un millonario, pero para mí, Newton era el hombre con quien quería pasar el resto de mi vida, sin importar cuánto tuviera en su cuenta bancaria.

Paso el dedo por el borde del vaso de agua que me trajeron en cuanto llegué, mientras pienso en lo que Raz dijo.

Raz tiene razón. La mayoría de las recién graduadas en enfermería como yo daría un brazo, tal vez incluso los dos, por tener la oportunidad de trabajar, aunque sea en un empleo temporal, con el cirujano considerado el mejor alumno de uno de los tres Dioses de Blanco, el doctor Simón Nicolás Benítez.

—Voy a ir. No puedo perder esta oportunidad.

—Los padres de Newton te apoyaron, por lo que logré entender.

—Sería mejor decir que no me desalentaron, pero eso fue porque no hablé sobre el hecho de que, si todo sale bien en Argentina, es probable que tenga un trabajo garantizado en Manhattan cuando regrese.

—¿Y qué tienen que ver ellos con eso? ¡Estamos hablando de tu futuro! Los padres de Newton están siendo egoístas al querer que sigas fiel a un hombre que puede que nunca salga del coma. Si estuvieran casados, podría entenderlo, pero estuvieron comprometidos solo por unas horas. Eres hermosa, inteligente, y estás desperdiciando los mejores años de tu vida.

—Yo lo amo.

—¿Lo amas de verdad? ¿O estás aferrada a la idea de lo que podrían haber sido? —Ella suspira—. Kirsten, hago todo lo posible para no meterme en tus decisiones, pero ya pasó media década desde que Newton entró en coma. Tú eras prácticamente una adolescente y, excepto tu vida profesional, todo lo demás se detuvo en el tiempo. No hay ninguna garantía de que vaya a despertar algún día.

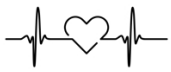
Sé que ella no está tratando de ser cruel. Raz es práctica y, más que eso, quiere que yo sea feliz.

—Me siento muy culpable.

—¿Culpable?

—Sí. Fui al hospital hoy. Hace ya mucho tiempo que no quiero ir y eso me hace sentir mal. Estoy tan cansada, Raz. Tienes razón cuando dices que nunca hice nada hasta ahora. Y de verdad quiero ir a Argentina.

—Ya dejaste pasar oportunidades de prácticas en otros Estados antes, pero creo que ahora llegaste a una encrucijada, amiga. Tienes que decidirte porque, de aquí en adelante, ya no se trata solo de aceptar o no esta oportunidad que ese médico te está dando, sino de renunciar a tus sueños, incluyendo los profesionales, en nombre de un amor que, creo yo, ni siquiera sientes ya.



—¿Tú qué? ¿Cómo tienes el descaro, Kirsten? Dios mío, ¿en qué estás pensando? ¡Abandonar a tu propio prometido y mudarte a otro país!

Mi madre dice esto con ambas manos enredadas en su cabello, caminando de un lado a otro de la sala, y mientras la observo dar su actuación "en solitario", hago todo lo posible por mantenerme en calma.

Porque nada de lo que diga hará que yo cambie de opinión. Ya le di mi respuesta al doctor LJ, y lo hice antes de contarles a mis padres sobre la práctica, porque sabía que nuestra conversación sería un drama.

Veo a mi papá levantarse y darme la espalda, mientras mi mamá me mira con rabia.

Me siento asfixiada, como me viene pasando desde hace meses. Para ser exacta, desde que terminé la carrera de enfermería.

Fue solo entonces que comprendí que cursé toda la universidad sin él.

Newton se convierte cada vez más en un recuerdo, y no en mi presente o mi futuro. Me he olvidado de hechos, eventos, promesas, sin importar cuántas veces vaya al hospital para visitarlo.

Ya no soy la misma chica a quien él le pidió matrimonio apenas egresé del bachillerato. Soy una mujer que tiene como única certeza en la vida su profesión.

—No me estoy yendo a otro país para divertirme, mamá. Si hubieras prestado atención a lo que dije, habrías entendido que esta oportunidad que recibí es una entre un millón.

No sé por qué pierdo mi tiempo discutiendo. Ambos solo escuchan lo que quieren. Fue igual cuando conseguí la beca para estudiar enfermería.

Rechacé, aunque de manera diplomática, la oferta de los Gilmore para tomarme un año sabático (lo que significaba renunciar a empezar la universidad de inmediato y permitir que ellos me mantuvieran).

Estoy segura de que no lo hicieron con mala intención. Ellos realmente creyeron, al principio, igual que todos nosotros, que Newton despertaría pronto del coma, pero de cualquier forma, con el corazón destrozado por su accidente, yo sabía que me volvería loca si solo me quedaba sentada esperando a que despertara.

Mis padres pasaron prácticamente todo mi primer año sin hablarme por esa decisión, y fue una de las épocas más difíciles de mi vida. Estaba rota, sufriendo, tratando de encontrar un rumbo a través de los estudios, rezando para que mi prometido se recuperara, y además teniendo que lidiar con el hecho de que mi papá y mi mamá parecían odiarme.

Los Gilmore fueron amables y, al final, me apoyaron. Con el tiempo, eso hizo que mis padres ablandaran su corazón también. Sospecho incluso que la madre de Newton habló con la mía al respecto.

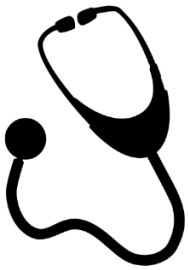
—No les vine a pedir permiso. Soy adulta. Al contrario de lo que parecen creer, ya no tengo dieciocho años. Ya hablé también con los Gilmore y ellos entendieron que debo aprovechar esta oportunidad.

Es una pena que tenga que buscar apoyo en los padres de Newton porque los míos no son capaces de comprender que para amar y extrañar a alguien no necesitamos enfermarnos para demostrarlo.

Salgo de la sala decidida a comenzar a preparar mis maletas. Casi nunca dejo que me afecten, pero creo que estoy llegando al límite después de toda una vida.

Mis padres tienen un complejo de inferioridad fuera de lo normal. Creen que somos menos que todos, pero especialmente menos que quienes tienen dinero, como los Gilmore. Y por eso, según ellos, debemos siempre intentar agradar a las personas en vez de seguir nuestro propio camino.

En el fondo, esta oportunidad de ir a Argentina será mucho más que un paso firme para consolidar mi carrera: será una forma de cortar lazos con ellos. Ya debería haberme mudado hace mucho tiempo, pero ahora tengo la certeza de que, cuando regrese de Buenos Aires, me las arreglaré para tener mi propio lugar donde vivir.



Simón



Capítulo 6

El médico anestesista habla sin parar como siempre, y si el boludo[5] no fuera el mejor en lo que hace, ya habría pateado su feo culo hace tiempo.

Sin embargo, lo que me irrita en los pasillos del hospital no me afecta en absoluto dentro del quirófano, porque aquí podría estar siendo asistido por máquinas y no haría la menor diferencia para mí.

En una cirugía, solo existimos el paciente y yo. Todo lo demás es accesorio.

La mayoría de las personas se queja del frío dentro de los quirófanos. Yo me siento cómodo con él, igual que con la luz blanca que me rodea.

Estoy realizando la sustitución de la válvula mitral[6] del paciente porque, en la etapa en que se encuentra su condición, una reparación no es posible, por lo que necesitaré reemplazar la válvula con una prótesis mecánica.

La estenosis mitral, el estrechamiento de la válvula que impide el flujo adecuado de sangre entre la aurícula izquierda y el ventrículo izquierdo, es una condición delicada que exige un abordaje meticuloso, pero podría hacer esta cirugía con los ojos cerrados, de tantas veces que la he realizado.

Con el corazón del paciente siendo mantenido y oxigenado por la máquina, verifico que la válvula reemplazada funciona

correctamente.

Cerca de una hora y media después, está terminado.

—Buena oxigenación —me informa el anestesista, revisando los monitores.

—Hicieron un buen trabajo —digo, mientras me preparo para salir.

No es un elogio. Es un hecho. Si no fueran buenos, no estarían conmigo.

Después de pasarles algunas instrucciones más, finalmente me quito los guantes, seguro de que el hombre inconsciente ganó unos años más en este planeta infernal gracias a mí.

Camino hacia mi consultorio privado en el hospital, evitando a la familia del paciente.

Aunque sé que va a estar bien, no trabajo basándome en promesas, sino en certezas.

Solo después de veinticuatro horas del procedimiento tendré convicción. El cuerpo humano es complejo. Mi parte está hecha, pero la reacción del organismo de él no depende de mí.

Paso junto a mi secretaria, avisándole que no quiero ser interrumpido, lo que significa que nadie está autorizado a entrar.

El aviso debe tomarse en serio, porque más de una vez, médicas, enfermeras e incluso una paciente se infiltraron acá con la excusa de que querían decirme algo, justo cuando yo estaba en la ducha, en la suite anexa que mantengo al lado del consultorio.

No tengo sexo con personas con las que trabajo. Es una regla que nunca rompí. Y en cuanto a pacientes, eso iría contra todo lo que creo.

Las mujeres que intentan seducirme en el hospital me irritan en lugar de excitarme.

—Su madre llamó, doctor Benítez. Dijo que quizá su padrastro viniera. ¿Tampoco debo dejarlo entrar?

—No. Mi familia es una excepción. Pensándolo bien, mis cuñadas también están prohibidas.

Ella esconde una sonrisa y no consigo entender qué dije de gracioso. Estoy seguro de que Emiliano y Martín no estarían felices con sus esposas viendo mi verga.

Cuando decidí comprar el hospital, siguiendo el ejemplo de LJ y de sus socios en Nueva York, hice una especie de suite para mí en la sala anexa al consultorio.

Compartir un baño o un vestidor con otras personas está fuera de cuestión, porque genera una intimidad que no aprecio.

Media hora después, tomo el celular para llamar a LJ.

—Me quedaré con ella para la pasantía —digo, en cuanto atiende.

—Qué bueno saberlo, porque a esta altura, Kirsten ya debe tener las maletas listas.

—¿Tenías la certeza de que yo aceptaría?

—Sí. Tú, como yo, no quieres incompetentes a tu alrededor.

—¿Y vos cuándo pensás[7] decirle la verdad?

Él guarda silencio un momento antes de responderme:

—No quiero decírsela todavía. Y no fue solo por eso que le ofrecí el trabajo.

—¿Pero sabías quién era cuando se postuló a tu curso?

—No. Solo lo descubrí después, viendo su currículum. En cuanto Iana me habló de Kirsten, me dio curiosidad, porque sabes que ella no elogia a nadie, especialmente a un recién graduado. Tomé su expediente para revisar su desempeño académico y me sorprendí cuando vi su fotografía. Tuve la certeza de quién era en ese mismo instante, incluso antes de hacer la prueba de ADN. No pude creer que, después de buscarla todos estos años, el destino la pusiera en mi camino.

—¿Hiciste una prueba de ADN con la chica?

—Todos mis alumnos aceptan someterse a una cuando se inscriben en el curso. Sabes que siempre intentamos ampliar nuestra base de datos. Lo único que necesité hacer fue revisar la de ella, y en dos días tenía todas las respuestas que necesitaba.

LJ y los socios fundaron un laboratorio de investigación en genealogía genética que, inicialmente, se utilizaba para que él y los socios estudiaran el origen familiar e identificaran enfermedades en sus pacientes. El proyecto tuvo tanto éxito que el FBI pidió trabajar en conjunto, y ahora existe una colaboración entre el laboratorio y el organismo federal para identificar criminales que dejaron material

genético en escenas del crimen, pero que nunca fueron capturados porque no tenían antecedentes.

—¿No la habías visto antes durante el curso?

—No. Son tres decenas de estudiantes haciendo ese curso todos los años y solo doy conferencias para ellos en dos ocasiones. Si Iana no la hubiera mencionado, jamás la notaría. Dicho eso, sabes que no creo en coincidencias, así que pensé que debía haber alguna razón para que la chica terminara en mi hospital.

—¿Creíste que lo hizo a propósito, que se postuló sabiendo quién sos?

—Cuando descubrí quién era ella, pensé que sí, pero después tuve que creer en la fuerza del destino. ¿Viste su currículum?

—Sí.

—Yo hice más que eso. Le pedí a alguien que verificara toda la carrera académica de Kirsten, porque confiar en las personas no es algo simple para mí.

—¿Entonces pensabas que podría haber ido a Manhattan a propósito?

—Dejé la hipótesis abierta. Las personas mienten todo el tiempo. Ella parece demasiado buena para ser verdad.

—¿Demasiado buena profesionalmente?

—No, como ser humano. Kirsten soportó a Iana durante meses y no intentó matarla. Y logró algo más: consiguió elogios de ella.

—No me gustan los santos. No sé si ella va a funcionar acá.

—Tenemos un trato. No la hagas salir de ahí llorando.

—¿Tenés idea de lo que me estás pidiendo? Las personas emocionales son… incomprensibles para mí.

Él se ríe.

—Estarás bien, Simón. No tienes que gustarle, y tampoco Kirsten tiene que gustarte. Solo quiero estar seguro de que estoy siguiendo el camino correcto.

—¿Y cómo vas a lograr eso? Sos tan desconfiado como yo, y si no fuera por Alexis y tus hijos, dirían que ni siquiera sabés amar.

—No tiene que ver conmigo, sino con alguien a quien protegeré por encima de todo.

—¿Y estás realmente cien por ciento seguro de que es ella?

—Sí. Kirsten pasó meses aquí en el hospital. Es ella.

—¿Por qué no simplificás todo contándole la verdad?

—¿Hace cuánto me conoces, Simón? No arriesgo la felicidad de mi familia por nada en este mundo. Necesito la confirmación de que Kirsten es una buena persona.

—Entonces, dejame recapitular. No puedo hacerla llorar. Y si la piba es tan competente como parece, en seis meses te vas a quedar con ella para siempre.

—Más o menos eso. Necesito indicaciones de dónde podría vivir ella durante este período, como ya te mencioné.

—No soy agente inmobiliario.

—Eres un bastardo malhumorado. No quiero a Kirsten suelta en Buenos Aires.

—Es una mujer.

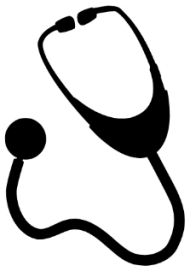
—La situación de ella es complicada, por lo que descubrí. No tiene mucha experiencia de vida.

Me paso la mano por mi rostro porque esta mierda está volviéndose más difícil de lo que pensé al principio.

—Avísame cuando ella esté por llegar.

—A ver si puedes recomendarme un agente inmobiliario.

—No será necesario. Poseo varias propiedades. Si la enfermera es tan importante para vos, podrá quedarse en una de ellas.



Simón



Capítulo 7

—¿Cómo está ella? —pregunto en cuanto corto la llamada y mi padrastro entra en mi consultorio.

Estoy en mi escritorio, y después de venir hacia mí y darme un beso en la frente, igual que como hacía mi padre, él se acomoda enfrente mío.

La primera vez que hizo eso, me pareció algo sin sentido, pero noté que Urtiga es así también con mis hermanos, así que decidí que no vale la pena decirle que pare solo porque ya soy un adulto.

Hoy tendremos una cena en familia para celebrar el cumpleaños de mi hermano del medio, Martín, y si Urtiga se tomó el trabajo de venir acá antes, es porque hay algo que necesita decirme y no quiere que nadie más escuche.

—Tu madre anda deprimida. Está así desde hace varios días. Mejora cuando Tess y Lorena traen a los niños para verla, pero eso no dura mucho. Parece que el cansancio se ha vuelto crónico. Los dolores musculares son cada vez más intensos.

—Hablé con LJ y me dijo que Athanasios está en medio de una investigación sobre esclerosis múltiple. No es nada que esté cerca de la cura, pero me parece algo que puede mitigar los síntomas, si funciona. No voy a decirle nada a ella porque primero necesito profundizar en el estudio. Crear una ilusión que no se concretará no tiene ningún sentido.

—¿Y crees que ella va a estar de acuerdo?

—Mi madre puede estar deprimida por esa condición prolongada, pero le gusta la vida, estar con la familia y con los nietos. Ella lo intentará, incluso si existe solo una mínima posibilidad de mejoría.

—Pero vos no querés darle esperanzas si creés que el estudio no cambiará nada en su estado actual.

—La esperanza no sirve para nada. Es solo una forma de crear expectativas y frustrarse después.

—La esperanza, querido, es lo que nos mantiene respirando cada día. Todos vivimos a través de ella y por ella, sin importar el área de la vida. Esperanza de ser más ricos, más atractivos, más felices, de ser amados, de encontrar la cura para lo que nos aflige, sea un mal emocional o físico.

No discuto con él. Urtiga está dentro del círculo reducido de humanos con los que no me molesta estar cerca, aunque lo que dijo no tenga ningún sentido para mí. Tener esperanza no modificará los hechos.

La condición de mi madre es progresiva y, al menos hasta el momento, no tiene cura.

Haré lo que sea necesario para que viva mejor, menos ilusionarla.

—Creo que deberíamos irnos. A tu esposa no le agradan los retrasos.

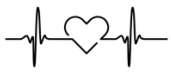
Él aún no se mueve.

—Quería que sepas que, aunque vos no consigas demostrarlo, Rosario tiene certeza de tu amor por ella, Simón.

—Estamos condicionados a amar a nuestra familia, incluso aunque no nos guste. Emiliano y Martín despreciaban a su propio padre y aun así no lograban mandar al pelotudo[8] a la mierda. ¿Cómo puede ella saber de mi supuesto amor, si ni yo clasifico mis sentimientos de esa forma?

—Porque el amor no es una etiqueta. En sentido estricto, y usado a la ligera por buena parte de las personas, es un nombre que crea una especie de sello de posesión sobre quien lo recibe, pero el verdadero amor no es eso. Es una combinación entre cuidado, respeto, amistad y gusto por la compañía del otro.

—En ese caso, sí, tenés razón. La amo.



Urtiga se fue antes.

Él sabe que mi madre detesta reuniones secretas para hablar de su condición y se dedica a hacer que sus días sean más felices, intentando crear la menor tensión posible.

Al estacionar el auto frente a la casa de ellos, me quedo un instante con las manos en el volante, repasando la conversación que tuvimos esta tarde.

Tal vez haya llegado la hora de que mi madre busque un psicólogo otra vez. Ya pasó por varios, pero, igual que mis hermanos y yo, no le gusta pedir ayuda, así que no se adaptó a ninguno.

La cuestión es que la depresión es una condición mental construida por aspectos biológicos, psicológicos y sociales.

En el caso de ella, sabemos la causa: dolores constantes, pérdida de memoria, una lucha que lleva casi la mitad de su vida ahora. Pero la depresión es tratable, principalmente con medicación, aunque aún no hayamos conseguido encontrar una que no le cause efectos secundarios tan intensos.

Perdido en mis pensamientos, no me di cuenta de que la esposa de Martín venía hacia mí.

—La cena es ahí adentro, cuñado.

Ya acepté a Tess como parte de quienes pertenecen permanentemente a mi vida, igual que ocurrió con Lorena, lo que significa que haría cualquier cosa para protegerlas, sin importar cuántas líneas necesite cruzar para eso. Son como hermanas para mí.

Ella y la esposa de Emiliano son grandes amigas, aunque no podrían ser más diferentes ni aunque lo intentaran.

Mientras que la mujer de mi hermano mayor representa un fenómeno que hasta hoy no pude descifrar (porque es directa, habla hasta por los codos y aun así me agrada), Tess es más reservada, igual que yo. Desconfiada y arisca también.

—Estaba pensando en la situación de mi madre. No me gusta que esté deprimida, pero ya estaba por entrar.

Cuando estoy de pie frente a ella, se pone de puntillas y apoya una mano en mi brazo, lo que significa que quiere besarme la mejilla, pero nuestra diferencia de altura no se lo permite.

Me inclino hacia adelante y ella cumple la misión.

—¿Sabes algo que adoro en ti?

—¿Existe algo en mí para ser adorado, además del hecho de que soy el mejor cirujano cardíaco del país?

—En realidad, uno de los mejores del mundo, según un artículo que leí la semana pasada. Ya te están llamando el sucesor de tu mentor, pero no hablo de eso.

—Aclara, entonces.

—Me refiero a que en el momento en que te encontré aquí, podrías haberme dado cualquier excusa, tipo… alguien llamó o algo así. Pero siempre eres sincero.

Me encojo de hombros.

—Mentir es un trabajo duro.

—¿Entonces no es por una cuestión moral, como honor o cualquier tontería por el estilo?

—¿Qué es el honor? Las personas hablan mucho de eso, definiendo lo que es correcto e incorrecto, pero en mi mente, tengo mis propias reglas.

—Sí, estoy casada con un "modelo" parecido a ti, ¿lo olvidaste? Los Benítez hacen sus propias leyes.

—Así es.



Simón



Capítulo 8

—Mamá, ¿en cuál de mis propiedades creés que a una piba de veintitrés años le gustaría vivir? —pregunto.

Yo estaba cortando un pedazo de carne, pero cuando levanto el tenedor para llevármelo a la boca y no recibo ninguna respuesta todavía, lo dejo en el plato y la miro fijamente.

Solo entonces me doy cuenta de que todos los presentes, incluidos mis sobrinos, me están observando, hasta que Durán, el primogénito de Emiliano, dice:

—¿Vas a tener una esposa, tío Simón?

—¿Qué?

—Mi profesora dijo que cuando las personas viven en la misma casa, es porque están casadas.

—Primero, tu profesora está equivocada. Los amigos también viven juntos, incluso si es un hombre y una mujer —le explico, solo para que esa idea arcaica que le metieron desaparezca de su cabeza, mientras me pregunto cómo alguien puede decidir voluntariamente vivir bajo el mismo techo que otro ser humano.

Miro a mi alrededor y veo a tres parejas que prueban que sí es posible hacerlo sin matarse.

—¡Ay, tío Simón! Pensé que yo iba a ser dama de honor. Mi amiga lo fue el otro día y quedó tan linda, ¡con una trenza igual a la de Rapunzel! —dice Arias, la que viene después de Durán en edad,

mientras Magdalena, la mayor de Martín, se levanta de la mesa y empieza a cantar una canción que supongo que es de esa misma princesa.

Más o menos sé quiénes son las princesas de los cuentos de hadas, porque mis cuñadas hacen fiestas con esa temática para las niñas.

—Vamos a ver qué tiene para decir tu tío al respecto —dice el boludo de mi hermano del medio, riéndose del caos que causó mi pregunta.

—La cuestión es válida, hijo —dice mamá—. ¿Por qué otro motivo necesitarías poner a una piba en una de tus propiedades?

—Es una enfermera —respondo y, un segundo después, noto que en lugar de aclarar la situación, la empeoré.

Ahora, por lo visto, piensan que estoy teniendo un romance con alguien del trabajo.

—Yo creí que no dormi… —empieza a decir Lorena, pero al darse cuenta de que nuestros sobrinos están atentos a la conversación, se corrige—, que no "confraternizabas" con tus empleadas.

—La mente de ustedes está en la alcantarilla —digo, cansado de esta mierda, porque si hay algo que detesto es que mi vida sea tema de discusión de quien sea—. Le estoy haciendo un favor personal a LJ.

En ese mismo instante, todos me miran con desánimo, especialmente mi madre.

A los ojos de ella, se acabaron las esperanzas de una tercera señora Benítez.

—Una enfermera estadounidense, entonces, ¿supongo? —pregunta mi madre.

—Sí. Él quiere contratarla, pero me pidió que la pusiera a prueba primero. Si logra lidiar conmigo, estará apta para trabajar con él.

—Lamentablemente no puedo decir lo que estoy pensando porque hay niños presentes —se burla Lorena, y ya imagino lo que debe ser.

Kirsten va a salir del infierno para visitar al mismísimo demonio.

LJ y yo somos harina del mismo costal.

—¿Y qué tiene que ver eso con que vos le cedas una de tus propiedades? —pregunta Emiliano.

Jamás contaré el vínculo que une a LJ con Kirsten. No es mi problema ni el de nadie aquí. Y más allá de eso, no es mi secreto para revelarlo.

—Kirsten viene de una ciudad pequeña en Maine. Por lo visto, no sabe mucho sobre la vida o cualquier cosa que se le parezca. Por eso, LJ me pidió que me asegurara de que estuviera bien acomodada.

—Él no estará engañando a Alexis, ¿verdad? —pregunta mi madre, horrorizada, porque sé que ama a esa pareja.

—No, mamá. Creo que sería más fácil que una vaca volara a que eso pasara.

Todos los niños estallan en carcajadas y Tadeo, el segundo hijo de Tess, dice:

—Las vacas no vuelan, tío Simón.

—Ese es justamente mi punto.

—¿Qué es engañar? —pregunta Magdalena, y Martín abre los ojos para que Tess lo explique.

—Es cuando alguien hace algo que lastima profundamente al otro, ya sean amigos, novios o esposos.

Mi sobrina palidece.

—No quiero que me engañen, mamá.

—Con eso no te preocupes, hija, porque si llega a pasar, yo resuelvo el problema —dice Martín.

Sé que, de vez en cuando, la cabeza de mi hermano viaja hacia futuros yernos, y que solo de pensarlo le da un escalofrío. Quizá porque la idea de que su niña crezca y tenga novio le provoca palpitaciones irregulares.

—Bueno, si la muchacha es una especie de protegida de LJ —continúa mi madre—, y por lo que entiendo, no tiene mucha experiencia de vida, creo que deberías conseguirle un departamento en tu propio edificio.

—¿Y por qué haría eso?

—Creo que tu madre tiene razón —dice Tess—. Cuando vine de la hacienda a Buenos Aires, Martín me puso en el mismo edificio que

él.

—Porque ese sinvergüenza —Lorena se cubre la boca con la servilleta, riéndose para ahogar la última palabra y evitar que los niños la escuchen— ya estaba interesado en ti. Te quería a su alcance.

Todos miran a mi hermano, pero él se encoge de hombros.

—¿Qué? ¿Esperan que lo niegue? Es la pura verdad.

Todos se ríen, aunque dudo que los niños lo hayan entendido.

—Kirsten será mi empleada. No tengo ninguna intención de cruzar líneas.

—Entonces no hay de qué preocuparse —dice mi madre—. Vos vas a estar inmune a ella y, al mismo tiempo, tendrás la seguridad de que Kirsten estará protegida, porque tu edificio es extremadamente seguro.

Golpeo la mesa con la punta de los dedos.

No, no creo que eso vaya a funcionar. Sea o no una protegida de LJ, Kirsten trabajará conmigo todos los días. No quiero intimidad con una empleada.

—Pensaré qué hacer.

—La otra opción sería ponerla en Recoleta… —Emiliano deja de hablar y gime, llevándose la mano al costado—. ¿Puedo saber qué dije de malo? —le pregunta a su esposa.

¿Por qué Lorena le dio un codazo?

—¡Ustedes los hombres son unos insensibles! —dice mi madre, sonando con muchísima más energía que cuando llegué—. ¡La pobrecita de Kirsten no conoce a nadie en la ciudad! ¿Y si le pasa algo?

Tess es la única que no dice nada, pero sospecho que está ocultando una sonrisa.

Tengo la sensación de que hay una trama entre líneas, pero decido dejar el asunto ahí.

Revisaré otras propiedades. LJ me pidió que la acomodara en un lugar seguro, no que me convirtiera en niñero de la piba.



Kirsten



Capítulo 9

Ayer hablé por teléfono con el doctor LJ y me dio los detalles sobre mi mudanza a la Argentina.

Aparentemente, él me consiguió un departamento para mí allá. ¿Será que eso es algo común? En la única vez que nos vimos fuera del curso, cuando fui a su oficina, tuve la sensación de que no le caí bien, pero tal vez él no simpatiza con nadie fuera de su familia.

Aparte de los otros Dioses de Blanco, claro.

Y quizá del doctor Simón Nicolás Benítez, mi nuevo jefe.

Pienso leer un poco sobre él durante el vuelo. Todavía no tuve tiempo.

Bajo de mi auto de cinco años de uso, regalo de Newton el día de mi graduación. Con el paso del tiempo, los padres de él quisieron cambiarlo por uno más moderno y lujoso, pero rechacé la oferta generosa porque tenía un lazo emocional con el vehículo.

Ahora, sin embargo, que voy a la Argentina (y si todo sale bien, a Nueva York después), ya no tiene sentido conservarlo. Así que le dije a la madre de mi prometido que lo dejaría en su garaje hoy mismo para que lo guarde, pero la verdad es que no planeo recuperarlo. Aprendí que, con los Gilmore, necesito dar noticias de a poco. Por ejemplo, les conté sobre la pasantía, pero no sobre la posibilidad real de ir a Nueva York después.

Entro al hospital y, con cada paso, tengo que obligarme a seguir adelante. Al principio, venía llena de esperanza; ahora, la idea de lo que voy a encontrar me deprime. Tal vez incluso sea peor que lo que pasa con mi familia y la de Newton, porque sé que nada cambió desde el día del accidente hasta hoy, cinco años después.

Me detengo en el pasillo para hablar con enfermeros y empleados. Estudié en la misma universidad que algunos de ellos y, después de tanto tiempo viniendo aquí, siento que los conozco desde siempre.

No pregunto por el estado de Newton ni si hubo alguna mejora por la simple razón de que no hace falta. Su madre me manda mensajes todos los días y me da un informe completo.

Al comienzo, lo visitaba religiosamente, incluso en la época de la universidad. Aun cuando ya no quería venir, continué haciéndolo, hasta que un día Raz tuvo una conversación franca conmigo y me dijo que yo estaba enfermando, igual que la familia de él, y que necesitaba detenerme.

Venir aquí con frecuencia me drenaba toda la energía.

No creo que, en una situación así, de espera eterna, los padres de alguien en coma puedan simplemente seguir adelante como si nada hubiera ocurrido, pero tampoco pienso que sea bueno, para ninguna de las partes involucradas, paralizar la vida por completo, como ellos hicieron desde el accidente, aguardando que su hijo despierte.

—¿Te veo la semana que viene? —me pregunta una de las auxiliares de enfermería con quien me detuve a hablar.

—No. En realidad, voy a estar un tiempo sin venir. Me voy a mudar.

—¿Mudarte a dónde?

—A la Argentina.

—Dios mío, Kirsten, ¡eso es increíble! ¿Conoces a alguien de allá?

—Conseguí una pasantía en Buenos Aires.

—Y… —hace una pausa— no quiero ser indiscreta, pero ¿qué piensan los padres de Newton sobre eso?

No es una pregunta de alguien que busca chismosear sobre mi vida, sino porque todos en mi ciudad se conocen.

Al principio, incluso me pareció extraño que los padres de Newton no quisieran llevarlo a un hospital en una ciudad grande, pero en lugar de eso, renovaron por completo este de aquí para que su hijo pudiera estar cerca de mí. Según ellos, de la persona a la que Newton *más quería en el mundo.*

Con mis dieciocho años recién cumplidos, y con el corazón roto en mil pedazos por su accidente, pensé que el gesto de los Gilmore era conmovedor, pero a medida que pasó el tiempo, me fui sintiendo cada vez más asfixiada, como si estuviera en una prisión, viviendo el duelo diario por alguien que, técnicamente al menos, seguía vivo.

Cuando Newton sufrió el accidente, pasé los dos primeros años de mi vida "en coma" con él. Llegó un punto en que pensé que nunca saldría de ese estado voluntario y, si Raz no hubiera intervenido, quizá seguiría así hasta hoy, porque ella fue la única con el coraje o, tal vez, con el amor suficiente para decirme que yo necesitaba seguir con mi vida.

—Ellos no se molestaron por mi decisión.

—Ay, qué bueno. Los dos son maravillosos, ¿verdad?

—Sí, lo son, y espero que algún día Newton salga del coma. Ellos se lo merecen.

—¿Y tú no?

—¿Qué?

—¿Tú no mereces que él despierte también? Al fin y al cabo, están comprometidos.

Miro mi mano derecha y, por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que todavía llevo el anillo de diamantes que Newton puso en mi dedo hace cinco años.

—Sí, estamos comprometidos.

¿Lo estamos?

Si él estuviera despierto, ¿seguiríamos juntos? Son preguntas de las que quizá nunca tendré respuesta.

—No quería ponerte triste, Kirsten.

—No lo hiciste, es solo que a veces me cuesta recordarlo.

—¿Y te sientes culpable?

—Sí. Siento que cada cosa que vivimos se está desvaneciendo de mi memoria, ¿sabes?

—No te diría esto si no hubieras tocado el tema, Kirsten, pero quizá este viaje a la Argentina sea un cambio necesario. Eras una adolescente cuando todo pasó. Tu vida está avanzando y no has aprovechado nada, ¿no crees? ¿Has pensado en darte un plazo final?

—¿Plazo final?

—Sí. No sé si conoces mi historia. Mi padre desapareció un día sin dejar rastro. Mi madre sufrió durante diez años. Llegó un momento en que ella dijo que lo esperaría hasta la próxima Navidad, ya que ni la policía tenía pistas de él. La Navidad llegó y él no volvió. Mi madre presentó un pedido ante la justicia para que lo declararan oficialmente muerto. Un año después, descubrieron que vivía a cinco ciudades de distancia, con una nueva identidad y una nueva familia.

—Dios mío. Lo lamento muchísimo, querida.

—No lo lamentes. Mirando hacia atrás, Dios nos dio una segunda oportunidad. Sólo lamento lo que pasó con mi madre. Claro que tu caso es diferente, pero lo que intento decir es que incluso si Newton despierta, quizá llegues a la conclusión de que lo que había entre ustedes terminó. ¿Podrías mirarlo todavía y decir que lo amas?

Antes de que pueda responder, alguien la llama para una emergencia. Pero la pregunta queda flotando sobre mí como una carga pesada.



Kirsten



Capítulo 10

Abrir la puerta es la peor parte.

Cada vez que vengo aquí, siento que estoy entrando en una realidad paralela. Fuera de la habitación, puedo fingir que todo lo que le pasó no fue más que una pesadilla, pero cuando veo a Newton conectado a los aparatos, tengo la certeza de que esta es nuestra vida ahora.

La habitación está helada, como siempre.

Amo los hospitales porque, a diferencia de muchas personas, los veo como un lugar de cura, una nueva esperanza, no como el final.

Sin embargo, no me gustan los espacios fríos en ningún sentido, ya sea físicamente o en el corazón.

Mi naturaleza es acogedora.

Adoro los abrazos, el contacto humano y las conversaciones, lo cual es casi una ironía al recordar que mis padres no son de hablar mucho ni disfrutan del cariño.

En compensación, recibí eso en cantidades enormes por parte de la familia de Raz. Los padres de ella, igual que los de Newton, siempre fueron muy amorosos conmigo, algo difícil de creer si tenemos en cuenta el abismo social que existe entre nosotros.

Me acerco a la cama donde yace Newton, profundamente dormido desde hace años.

Mirar al chico que un día fue un jugador de fútbol americano enorme, musculoso y sonriente, ahora pesando al menos un treinta por ciento de lo que pesaba en la época del accidente, hace que mi corazón se contraiga de tristeza.

Recuerdo la conversación que tuve hace poco con la auxiliar de enfermería, cuando le dije que me sentiría feliz cuando él despertara, porque es lo que más desean sus padres.

En ese momento, no pensé en nosotros dos ni en un futuro, quizá porque me acostumbré a crecer sola.

No, claro que eso es solo obra de mi mente, confundida y culpable por estar yéndome. Yo lo amo como siempre lo amé. Nada cambió.

Me acerco a él y toco la piel pálida de su mano sobre la sábana.

Parece sereno en el coma, como nunca lo fue en vida. Los dos tenemos eso en común. La agitación interior, las ganas de aprovechar todo al máximo.

¿Todavía conservo dentro mío ese deseo de vivir? Raz tiene razón. Durante cinco años, no hice nada, y considerando que eso significa toda mi vida adulta, esa "voluntad de vivir" fue, como mínimo, dejada de lado.

Paso mi dedo índice por su brazo; como siempre, la esperanza de que reaccione llena mi corazón.

Cinco años.

Sesenta meses de tristeza, de rabia contra el destino y de añoranza.

Días y años vividos con la expectativa de que abriría los ojos y volvería a nosotros.

—Yo no sé si tú puedes escucharme. A veces deseo que puedas, como ya te dije antes. En otras ocasiones, espero que no, que estés solo en un sueño profundo y, cuando despiertes algún día, no tengas idea de cuánto sufrimos por la falta que nos haces. Quiero que sepas que nosotros sentimos tu ausencia, Newton, y aun con lo que vengo a decirte hoy, nada va a cambiar entre nosotros.

Paso la mano por su rostro, porque era una caricia que le encantaba. Decía que lo ayudaba a relajarse después de un partido de fútbol.

A diferencia de antes, sin embargo, cuando sentía que el calor se apoderaba de mi cuerpo al tocarlo, ahora es como acariciar a un hermano. No sé si es porque él no puede corresponder. Creo que tal vez sea porque desaprendí a sentir. O me volví incapaz de hacerlo.

Cierro los ojos un momento cuando me acuerdo del almuerzo sorpresa de nuestro compromiso.

"Este es el primer día de nuestro compromiso para siempre, Kirsten. Nunca voy a dejar de amarte".

Cuando vuelvo a mirarlo, la visión se me nubla por las lágrimas que no consigo contener.

—Me voy por un tiempo. Lamento mucho que sea así, pero necesito aprovechar esta oportunidad. Tú estarías orgulloso de mí, porque decías que nací para ser enfermera. El hecho es que, en la etapa final de aquel curso del que te hablé, ese que iba a hacer en Nueva York, uno de los Dioses de Blanco me dio la oportunidad de hacer una pasantía en Argentina por seis meses.

Entrelazo nuestros dedos y aprieto su mano, deseando casi con desesperación sentir su toque de vuelta, pero claro, nada sucede.

—Es una oportunidad en un millón. Algo que no puedo desperdiciar, pero también significa que voy a tener que alejarme por un tiempo.

Las palabras salen de mi boca con dificultad.

Siento como si lo estuviera traicionando. Es como ahogarme en una marea de emociones contradictorias.

Sé que necesito seguir adelante con mi carrera, pero, al mismo tiempo, me duele la idea de dejarlo.

—Lo siento muchísimo. Estoy tan confundida, Newton. Tú has sido mi vida desde que nos conocimos, pero empecé a marchitarme por dentro desde el primer segundo en que sufriste el accidente, y tengo miedo de que llegue un momento en que desaparezca por completo.

Las lágrimas corren por mi rostro ahora. Me inclino y beso suavemente sus labios. Mi llanto aumenta cuando nada sucede dentro mío. Ni siquiera un latido acelerado del corazón.

¿Soy una traidora por no poder seguir sintiendo amor por él?

—Te prometo que voy a volver —susurro, todavía inclinada sobre él, nuestros rostros están a pocos centímetros de distancia—. Me va a ir muy bien en este curso y voy a hacer que te sientas orgulloso de mí.

Con un último beso en su mejilla, suelto su mano y me enderezo otra vez.

Doy unos pasos hacia atrás, con mi corazón agrietándose un poco más a cada momento, pero me obligo a salir de la habitación después de mirarlo una última vez.

Mientras dejo el hospital, la culpa me aplasta, pero ya tomé mi decisión.

Voy a vivir esta nueva etapa de mi vida.

Así, cuando él despierte (y sigo creyendo que lo hará en algún momento), encontrará a una mujer fuerte, no a alguien destruida por los años de espera.



Kirsten



Capítulo 11

—Es hermoso que hayas venido a buscar una camiseta del equipo de él para llevar contigo a Argentina —dice Tausha Gilmore, la madre de Newton, mientras me sirve una rebanada de pastel y té en una taza de porcelana tan bonita que debería ser ilegal usarla.

Aunque sé que ella y su esposo son cien por ciento estadounidenses, siempre pensé que tenían un aire de aristocracia inglesa. No es que conozca a nadie de ese mundo, pero amo el acento inglés del Reino Unido y ya vi muchas de sus películas.

Ella coloca un terrón de azúcar en mi té y me pregunto cómo responder a eso, sobre todo por la forma en que me sentí al salir del hospital, como si su hijo y yo fuéramos dos hermanos, así que simplemente sonrío.

Mis sonrisas nunca fueron forzadas. Es algo natural para mí porque amo la vida, pero al analizarlo ahora, mis conversaciones con los Gilmore han estado cada vez más llenas de sonrisas y menos de palabras.

—Puede ser cualquiera. Solo me gustaría tener algo de él conmigo.

—En cuanto terminemos el té, vamos al cuarto de él. Toma lo que quieras, al fin y al cabo, a Newton le encantaría eso. Ahora, cuéntame sobre la pasantía. Quiero saber la dirección de donde te

vas a quedar, y sé que ya lo sabes, pero voy a reforzar que, para cualquier cosa que necesites, con una llamada podrás tenerlo.

—Gracias, pero voy a estar bien. El doctor LJ consiguió un lugar para que yo viva.

Ella asiente, de acuerdo, pero se pone muy roja cuando dice:

—¿Y con respecto al resto?

Sé que se refiere al dinero. No es la primera vez que me lo ofrece y, en todas, hasta hoy, lo rechacé. Fuera de los regalos de cumpleaños, que por lo general son joyas, nunca acepté ni un centavo de los Gilmore.

—Estaré bien. Como te dije, voy a recibir un buen salario y tendré comida y alojamiento incluidos en el paquete.

Unos cuarenta minutos de conversación y meriendas después, entro en el cuarto de Newton. O mejor dicho, en el cuarto que él tenía en la casa de sus padres, ya que cuando tuvo el accidente estaba en el primer año de la universidad y ya no vivía en Bar Harbor, sino en Nueva York.

Todo permanece exactamente igual, pero yo ya lo sabía. No es la primera vez que vengo aquí. En realidad, justo después del accidente, yo estaba sufriendo tanto que no quería salir del cuarto de él y Tausha me invitó a quedarme el tiempo que necesitara.

Permanecí con ellos durante treinta días, hasta que Raz dio un "basta" y vino, literalmente, a rescatarme de mi dolor.

—Eres tan valiente, Kirsten. ¡Siento orgullo de ti! —dice ella cuando entramos en el clóset de él. Señala los estantes donde hay varias camisetas del equipo de fútbol en el que jugaba, tanto en el bachillerato como en la universidad.

Camino hacia una de ellas y tomo una de entrenamiento del equipo universitario y una oficial del equipo de nuestro colegio. Las sostengo contra mi pecho, deseando que aún tuvieran el olor de él, aunque sé que sería imposible.

—Estoy un poco nerviosa. Lo más lejos que fui hasta hoy fue para hacer ese curso con el equipo del doctor LJ en Nueva York, y ese viaje con ustedes a París —digo, refiriéndome a las vacaciones lujosas en las que los padres de Newton llevaron a mi novio y a mí en el último año del bachillerato de él.

—¡Ay, Dios mío, ese viaje fue un sueño hecho realidad! En el futuro haremos muchos más, y si Dios quiere, también iremos con tus hijos. Seré la abuela más cariñosa del mundo.

Ella lo dice con total naturalidad y sé que es porque cree de verdad en cada una de esas palabras. Yo vuelvo a sonreír. No consigo pensar tan lejos.

Soy absolutamente positiva respecto a la vida, pero no vivo fantaseando. Tengo los pies en la tierra. Para planear un futuro en el que haya hijos, Newton necesita despertar. También tendremos que estar seguros de que nuestro amor no cambió. Hay muchas etapas que debemos cumplir para que, en este momento, yo pueda planear unas vacaciones con niños.

—No te olvides de lo que me prometiste. Vas a mandar un mensaje todos los días para decirme que estás bien.

Es increíble que ella se preocupe tanto por eso, mientras mis padres solo piensan en lo que los Gilmore van a pensar de la nuera que se irá a vivir sola a otro país.

—Voy a mandar mensajes, como te dije, pero no prometo que llamaré con frecuencia. O incluso si llamaré, porque… hum… las llamadas internacionales son caras.

Ella me mira y yo rezo en silencio para que no vuelva a ofrecerme dinero. Es algo que me deja incómoda y avergonzada.

—Tengo una idea —dice, saliendo del clóset.

Llevando las dos camisetas conmigo, la sigo.

—¿Qué es?

La veo buscar en la mesita de noche de Newton y cuando regresa, tiene un celular en la mano. Me lo entrega.

—El aparato no fue dañado en el accidente, lo cual es increíble. No es el modelo más reciente, pero estoy segura de que para ti tendrá mucho más valor que un iPhone nuevo.

—¿A qué te refieres?

—Nunca dejamos de pagar la suscripción con la compañía.

Ella no necesita decir nada más. Lo intuyo: *porque Newton podría despertar y querer recuperarlo.*

Dios mío, el dolor de esta mujer es algo que me conmueve. La esperanza eterna de que su único hijo vuelva a la vida.

—¿Y quieres dármelo? No puedo aceptarlo.

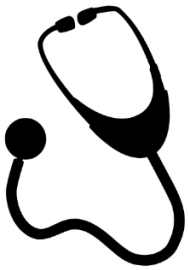
—Claro que puedes. Llévalo contigo a Argentina. Siempre que necesitemos hablar por teléfono, en vez de intercambiar mensajes, puedes llamarme.

—Yo no…

—Por favor, Kirsten. Me sentiré mejor con la certeza de que, pase lo que pase, vas a poder hablar conmigo. —Se aparta, toma el cargador y me lo entrega—. Debe estar sin batería, pero funciona perfectamente porque lo probamos todas las semanas. Queríamos que siguiera en buen estado. Yo nunca revisé nada en él, pero creo que hay varias fotos guardadas en el teléfono que te gustaría tener, en caso de que él no te las haya enviado.

—No me parece correcto revisar sus cosas.

—No digas tonterías, querida. Vas a ser la esposa de mi hijo. Lo que es de Newton también te pertenece a ti.



Simón



Capítulo 12

—Yo no necesitaba haber hablado con usted, doctor Benítez. Solo llamé porque quería algunas indicaciones de su secretaria sobre mi llegada a la Argentina. No sé por qué ella pasó la llamada. Lamento mucho si estaba ocupado y…

—Yo estoy siempre ocupado, señorita Millard —digo, un poco irritado, porque aunque esté disculpándose, la voz de Kirsten Miranda Millard suena como música. Es como si hablara sonriendo. ¿Y por qué diablos sonreiría? Debería estar tensa—. En cuanto a la razón por la que ella pasó su llamada, estaba obedeciendo mis órdenes.

—Ah… Perdón, yo no tenía la menor idea de que quería hablar conmigo o habría llamado antes y…

—¿Podría hacernos un favor a los dos y no disculparse cada tres palabras que dice?

—Yo lamento mu…

—¡Señorita Millard!

—Está bien. No voy a disculparme más, no importa cuánto me equivoque y…

—La economía de explicaciones también será bien recibida. Ahora, vamos a lo importante. Antes de explicarle por qué necesitaba hablar con usted, quiero saber si mintió en el currículum sobre hablar bien español.

—¿Qué?

—Usted me escuchó. Si mintió, si no es capaz de comprender y expresarse bien en mi idioma, está despedida.

—No puede despedirme. ¡Ya estoy con las maletas listas!

—Yo puedo todo, y eso es lo que haré. No trabajaré con mentirosos. No estaremos dialogando en un bar, señorita Millard, sino, la mayor parte del tiempo, en un quirófano.

—Lo entendí, doctor Benítez —ella prácticamente gruñe ahora, aunque mantiene el tono de voz controlado—. *Y respondiendo a su duda. Sí, hablo español fluido porque recibí clases desde el inicio de mis estudios. Como debió ver en mi currículum, asistí a una escuela de élite.*

—No significa nada. Estudiar español y saber hablarlo es completamente diferente.

—¿Por qué no me pone a prueba entonces, doctor Benítez? Yo puedo pensar incluso en algunas palabras de fácil comprensión, en caso de que alguien me irrite, en su idioma. Yo sé, por ejemplo, insultar a alguien llamándolo cretino, bastardo, arrogante.

No recuerdo la última vez que alguien me hizo sonreír, pero Kirsten logró ese efecto al, fingiendo probar palabras en mi idioma, expulsar la rabia que siente por mí en este momento.

—No es suficiente, señorita Millard. Insultar en un impulso de ira no pondrá en riesgo la vida de alguien —hablo en español para tomarla por sorpresa—. Pero si confunde una instrucción mía, podrá matar a un paciente.

—Yo puedo comprender perfectamente su preocupación, doctor Benítez —dice también en español, y mierda, me gusta cómo suena su voz hablando mi lengua—. *Pero le aseguro que no necesita preocuparse por eso. Si quiere, podemos hacer una prueba. Yo ya jugué al doctor y la enfermera.* —Hace una pausa—. *Ay, Dios mío, eso no salió como imaginé. No quise decirlo en un contexto sexual y… ¿podemos simplemente borrar toda esa última parte de nuestra conversación?*

Ignoro su pregunta porque yo no miento y mi mente, después de lo que dijo, se fue directamente hacia un contexto sexual. Más

precisamente, hacia uno en el que la enfermera atrevida estaría inclinada sobre mi escritorio y yo azotaría su culo desnudo.

Aclaro la garganta.

—Vamos a hablar sobre su vivienda ahora.

—No tiene que preocuparse por eso, doctor Benítez. Cualquier lugar sirve.

Me gustaría no tener que preocuparme por eso, señorita Millard, pero no veo otra alternativa que cumplir mi promesa a LJ de que estaría segura, pienso internamente.

—Voy a ubicarla en una propiedad desde la cual podrá ir rápidamente al trabajo todos los días.

—¡Ah, qué bien! ¿Y usted sabría si hay algún parque cerca?

—¿Parque?

—Yo me ejercito todos los días al amanecer. Tengo mucha energía y…

—No se vaya por las ramas, enfermera Millard.

—Lo lamento mu… —No completa el pedido de disculpas—. *No voy a interrumpirlo más.*

—¿De qué tipo de ejercicios estaba hablando?

—Correr al aire libre.

Recuerdo que realmente hay un parque en los alrededores del departamento en el que voy a ubicarla, pero no estoy seguro de que correr por ahí al amanecer sea seguro para una mujer que no conoce nada de la ciudad.

—No.

—¿Perdón?

—No va a correr en el parque al amanecer.

Oigo algo que se parece a un pequeño gruñido, antes de que empiece a soltar:

—Estoy inmensamente agradecida por el trabajo, doctor Benítez, pero que quede claro que fuera del hospital, soy responsable de mí misma.

—No son muchas las cosas que despiertan mi interés, enfermera Millard, pero felicidades, usted lo logró.

—¿Qué significa eso?

—¿Me dijo que es responsable de su vida? Me va a encantar demostrarle que está equivocada.



Kirsten

Es como subir y bajar en una montaña rusa, en un carrito cuyo freno se rompió. Tengo muchas ganas de colgar, pero no voy a dejar que un malhumorado arruine mi futuro.

Soy alguien cuya vida está guiada por los sentimientos, pero nunca encontré otro ser humano que me despertara tantas emociones, en todos los sentidos, como Simón Nicolás Benítez.

Respiro hondo varias veces, recordando que no estoy al teléfono con un arrogante cualquiera, sino con uno que puede estar sosteniendo la llave de mi destino en las manos.

—¿Podría explicarme, por favor, qué significa exactamente su declaración?

—Soy indiferente a la mayor parte de la población mundial, enfermera Millard, pero si hay algo que se puede decir de mí es que me mueven los desafíos. Usted vendrá a mi país invitada. LJ no es solo mi mentor, también es un gran amigo. No se va a poner en riesgo mientras esté en Buenos Aires. Le di mi palabra a él de que usted estaría segura.



Kirsten



Capítulo 13

—Yo soy una adulta —respondo, mucho más por el impacto que me causaron sus palabras que por cualquier otra razón.

Tengo la sensación de que estoy dejando pasar algo, aunque no puedo identificar qué es.

Soy una "don nadie" en la vida del doctor LJ. Apenas una futura empleada. ¿Qué tiene que ver que yo esté segura o no con la oferta de trabajo?

¿Será posible que el doctor Lazarus sea tan obsesionado con el control que hasta intenta encargarse de la vida de las personas a quienes emplea?

Pienso en lo que sé hasta ahora sobre el médico y llego a la conclusión de que esa teoría no tiene el menor sentido. Al contrario, si pudiera apostar, diría que no le importa en absoluto buena parte de la humanidad, igual que el arrogante que está al teléfono conmigo.

Vi varias fotografías del doctor Simón Nicolás Benítez en los periódicos y pensé inmediatamente que, con ese tipo de belleza, debía ser un hombre encantador, acostumbrado a ser adorado dondequiera que pase, además de, obviamente, ser aclamado por la comunidad médica mundial.

Ahora, sin embargo, percibo que pasé por alto un detalle importante: que hay una razón por la cual LJ me está enviando a

Buenos Aires. Será una especie de prueba, como él mismo dijo, para saber si podré lidiar con el doctor Benítez, lo que significa que no es en absoluto diferente de su mentor.

—*Una adulta que vivió toda la vida en una ciudad diminuta* —dice él, con la voz de alguien acostumbrado a mandar y, sobre todo, a ser obedecido.

Hay millones de cosas que me gustaría responderle, en especial cómo alguien consigue ser tan malhumorado a esta hora de la mañana (él me llamó a las siete, y sé que en Buenos Aires es solo una hora más que aquí). Sin embargo, no voy a iniciar una guerra con quien será mi nuevo jefe durante los próximos seis meses.

—Sí, usted tiene razón. ¿Y cuál sería la solución, entonces? ¿Podría orientarme?

—*No intente manipularme, enfermera Millard.*

Dios mío, ¿por qué la manera en que este hombre me llama "enfermeira Millard" provoca una revolución de cosquillas en mi estómago?

¿Qué demonios hay de malo conmigo? Incluso si estuviéramos en una situación normal que no fuera la de jefe y empleada, yo no podría sentir nada por él.

Estoy comprometida.

—No intenté hacerlo, solo estoy pidiendo su ayuda —miento sin culpa, porque el hombre es muy astuto. Él percibió mi maniobra.

Los años en que Newton entró en coma me transformaron de una chica que pasó de las manos de sus padres a las del novio y su familia, en alguien que toma sus propias decisiones y que se desacostumbró a ser cuidada.

Mis padres no se preocupan en lo más mínimo por cómo va mi vida. Mientras yo no haga nada que moleste a los Gilmore, todo está bien.

En cuanto a la familia de Newton, por más que los adore, fui cortando poco a poco el tipo de prisión afectiva en la que intentaban encerrarme. En cuanto fui a la universidad, Tausha me llamaba todos los días, como si pidiera informes de cada segundo de las últimas veinticuatro horas. Aquello comenzó a ahogarme de tal

manera que, cada vez que aparecía su foto en la pantalla anunciando una llamada, me provocaba una crisis de ansiedad.

Yo sabía que si le pedía que parara, la lastimaría, así que empecé a no contestar las llamadas a propósito. Cuando me preguntaba por qué no había respondido, yo le decía que estaba sin tiempo, lo cual no dejaba de ser cierto, porque me dediqué en cuerpo y alma a la facultad de Enfermería.

Costó un poco, pero creo que entendió el mensaje implícito. Ahora, intercambiamos mensajes de texto todos los días, pero llamadas o videollamadas, solo ocasionalmente, como máximo una vez por semana.

Así que no soy precisamente una florecita que necesita ser "cuidada". El doctor Benítez tiene razón al decir que vengo de una ciudad pequeña, pero me adapto rápido; no soy una ingenua y no voy a ponerme en riesgo.

—Yo no estoy ofreciéndole ayuda, estoy diciéndole que no quiero que corra por la mañana.

—Yo me ejercito desde que era niña.

—¿Y no puede hacer eso dentro de un gimnasio?

—No sé si tiene conocimiento de algo sobre mí más allá de mi currículum y de que vengo de una ciudad pequeña, doctor Benítez, pero creo que es mejor aclarar un punto para evitar malentendidos. Yo no soy rica. Ni remotamente. Mis padres son de la clase trabajadora. Estudié en un colegio de élite como becaria y trabajaba haciendo cualquier cosa necesaria en mis horas libres.



Simón

"No es asunto tuyo", una voz me advierte. "Déjala hacer lo que quiera".

Yendo contra mi naturaleza, ignoro el consejo de mi subconsciente.

—Va a estar en un edificio en el que tendrá un gimnasio completo.

—¿En serio? —Su voz suena entusiasmada—. *Dios mío, esto es un sueño. Yo adoro los ejercicios físicos.*

—Entonces nos estamos entendiendo. Manténgase segura. Haga bien su trabajo y no tendremos problemas, enfermera Millard.

—Yo sé que nuestra relación es profesional, pero ¿podría llamarme Kirsten, simplemente? Usted será la única persona que conozca en Buenos Aires cuando llegue.

—No es adecuado en nuestro ambiente de trabajo.

—No estamos en el trabajo ahora. —Hace una pausa—. *Mire, no sé qué le dijo el doctor LJ, pero no estoy yendo a Buenos Aires para causar problemas. Tener la oportunidad de trabajar con su equipo es como ganar un billete de lotería. Nunca imaginé que él me elegiría y hasta ahora tengo que pellizcarme para creer que es verdad.*

Algo en su ingenuidad sincera trae un tipo de calor inesperado a mi pecho, quizá porque puedo entender lo que está sintiendo. Kirsten no pertenece a un mundo como el mío o el de LJ, en el que desde la cuna nos fue garantizado que nacimos para vencer.

No me gusta la sensación de cercanía que esa declaración despierta en mí.

—Su currículum es impecable. No viene porque LJ le esté haciendo un favor.

—¿De verdad lo cree?

—Yo no trabajo con base en suposiciones, Kirsten —cedo, llamándola por su nombre—, sino con hechos. Sos buena en lo que hacés; ahora, solo necesitarás sobrevivir con mi compañía.

Oigo una risita.

—Gracias por tus palabras, Simón. No te arrepentirás de tenerme en tu equipo.

Ya estoy arrepentido, porque algo me dice que mantener las manos lejos de ella será uno de los mayores desafíos que he tenido

que enfrentar.

Pero yo nunca cedo a impulsos, y no será Kirsten Miranda Millard quien haga que eso cambie.

—Compórtate y estarás bien.

—Voy a ser una santa. Creo incluso que, al final, no vas a querer dejarme volver a los Estados Unidos, pero ya te aviso: tendrás que hacerme una propuesta millonaria para convencerme de quedarme.



Kirsten



Capítulo 14

—No sé qué decir ahora, excepto pedir disculpas —declaro un segundo después de que las últimas palabras se me escapan—. Eso fue totalmente inapropiado, doctor Benítez.

—¿Por qué me tratás de "usted" otra vez? Me pediste que te llamara Kirsten.

—Está bien, Simón, pero es que no sé cómo actuar. Suelo hablar de más y también soy muy amistosa, lo que parece ser lo opuesto a tu personalidad. ¿Podrías, por favor, avisarme cuando cruce la línea?

—No te preocupes por eso. Te haré saber cuando crea que te estás acercando a mi límite.

—¿Y es corto tu límite?

—No, pero para niñitas como vos, cruzarlo puede ser peligroso.

Él corta la llamada sin despedirse, pero ni siquiera tengo tiempo de pensar en lo grosero que fue, porque en este momento estoy intentando calmar los latidos de mi corazón.

Voy hasta la maleta donde guardé una de las camisas de mi prometido que llevaré conmigo y la aprieto contra mi pecho, sintiéndome la peor persona del mundo.

Tengo un anillo en el dedo y un hombre en mi vida. Un hombre con quien me comprometí.

¿Cómo puedo hacerle esto a Newton? ¿Cómo puedo siquiera pensar en otro hombre?



Día de la partida hacia Argentina

—No tenían por qué venir —les digo a los padres de Newton cuando entramos al aeropuerto, después de que su chofer nos dejara aquí.

—¿Cómo no íbamos a hacerlo? Eres como una hija para nosotros, Kirsten —dice Tausha—. Pasé la noche en vela, ¿puedes creerlo? Sé que eres una buena chica y muy inteligente también, pero no dejo de preocuparme al imaginarte sola en otro país.

Le sonrío, y al mismo tiempo capto la presencia de mi madre detrás de la madre de Newton. Es increíble cómo ellos parecen más mis padres que mis propios padres. No tengo dudas de que mi mamá solo vino a despedirse porque pensó que quedaría "mal" no estar presente en mi embarque. En cuanto a mi papá, ni siquiera se molestó en fingir que le importaba.

No estoy con el mejor humor. Ayer tuvieron el descaro de decirme que si de verdad amaba a Newton, "olvidaría esa tontería" de ser enfermera y me quedaría fielmente a su lado hasta que despertara.

Fue la palabra "fielmente" la que me golpeó con fuerza, porque desde la llamada telefónica con Simón no he podido dejar de pensar en él.

Alejo la voz de mi futuro jefe de mis pensamientos y decido concentrarme en mi familia: un mal conocido y con el cual ya aprendí, de algún modo, a lidiar.

Jamás voy a entender cómo mis padres pueden no sentir orgullo por mí o tratar mi carrera como algo irrelevante.

Soy la única en toda la familia, por ambos lados, que asistió a una Universidad, y no es que me crea superior a nadie, porque no lo

creo; simplemente desearía que, al menos una vez, entendieran cuánto me esforcé para llegar hasta aquí.

En lugar de eso, el otro día mi madre comentó que sus conocidas dijeron que era imperdonable que yo me fuera a vivir a otro país mientras "el pobre muchacho" seguía en coma.

Todo en esa frase me irritó. Tanto el hecho de que hablara de mi vida y decisiones en público, como el juicio de esas supuestas amigas, y también que llamaran a Newton "pobre muchacho".

No me gusta que se refieran a él así. Está en coma, pero detestaría que lo subestimen o que sientan lástima por él. Newton fue atleta toda su vida, ganó todo lo que disputó. También era un excelente estudiante. Lo que pasó fue una desgracia. Un accidente, literalmente.

Cuando la escuché decir eso, exploté. Le pregunté si era capaz de entender que durante cinco años renuncié a todo por amor a él. Incluso dejé de ingresar en una prestigiosa Universidad de California a la que había sido aceptada con beca completa, solo para no alejarme tanto de él.

Por supuesto, ella siguió quejándose. Mi madre tiene un don (o una maldición) de recordar únicamente lo que le conviene. Desde el primer día de mi relación, ella y mi padre se encantaron con Newton, y eso no cambió en estos cinco años.

—Yo voy a estar bien —le digo, aceptando su abrazo. Mi suegra tiene una manera especial de abrazar que hace sentir acogida a cualquiera. Me acerco a su oído para que solo ella escuche—. Además, tengo el teléfono de Newton. Nos mantendremos en contacto.

—Lo sé, Kirsten. Que tengas un buen viaje, hija mía.

El padre de mi prometido también me abraza y me da un beso en la frente.

Y entonces llega el momento de hablar con mi madre.

Leí el otro día en Instagram que no existen "señales cruzadas" de afecto. La persona que a veces es cálida y a veces fría contigo no te envía mensajes contradictorios; te está enviando un mensaje claro, pero tal vez tú no estás lista para leerlo.

Hace mucho tiempo aprendí a leer las señales de mi madre. Ella no me quiere.

—Te mantendré informada —digo al pararme frente a ella.

No la abrazo ni intento darle un beso. Dejo que ella decida, y como esperaba, me dedica una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Siempre fuiste una muchacha sensata.

Suena más como una advertencia que como una despedida afectuosa, pero hace tiempo dejé de importarme por su indiferencia.

—Sí. Cuídate.

Después de intercambiar algunas palabras más con los padres de Newton, me dirijo a la sala de embarque.

Ellos querían pagarme un pasaje en primera clase, pero descubrí que ya tenía uno. Me sorprendí cuando vi que el boleto que LJ me envió a través de su secretaria era en esa categoría.

En el momento en que entro al pasillo que conduce al avión, siento que mi pulso se acelera. Estoy empezando una nueva etapa en mi vida. Durante seis meses me alejaré del pasado.

No tendré que ser la buena prometida, la buena nuera, la hija rechazada. Seré solo Kirsten Miranda Millard por primera vez en mucho tiempo, y estoy ansiosa por descubrir quién es la mujer en la que me convertí.



Kirsten



Capítulo 15

Unos pocos pasos. Eso fue todo lo que necesité dar para que mi corazón se sintiera ligero.

Miro a las azafatas, todas alineadas para recibir a los pasajeros de primera clase, y no puedo evitar sonreír.

—Buenas tardes. Bienvenidos —dicen, casi como si lo hubieran memorizado, y quizá sí lo hicieron.

—Hola, ¿qué tal? —respondo, decidida a poner en práctica mi español, y en el mismo instante una de las azafatas me dedica una sonrisa enorme.

¿Será latina y se alegró de que le respondiera en su idioma?

Ellos me indican el pasillo por el cual debo avanzar de acuerdo con el número de mi asiento. Me quedo boquiabierta al ver el lujo del avión. Parece incluso más sofisticado que el de la vez que viajé a París con los padres de Newton. Aunque quizá mi mente me esté engañando porque han pasado muchos años y no recuerdo del todo bien.

Coloco mi maletita de mano en el "armario" sobre el asiento y le digo "chau" a una niñita que está en brazos de su madre. Calculo que tendrá unos tres años.

La niña se saca el chupete de la boca y me manda un beso con la mano. Muy tierna.

Me siento en la butaca y observo todo lo que tengo a mi alrededor.

Cobija y almohada.

Pantuflas.

Un neceser.

Lo abro y encuentro un cepillo de dientes, pasta, peine y crema hidratante.

¡Dios mío, eso debe haber costado una fortuna!

Lo voy a usar todo, me prometo.

Me quito las zapatillas y me pongo las pantuflas. Golpeo los pies contra el piso, ansiosa, y acepto el jugo de naranja que me ofrece el aeromozo.

—¿Vamos a tardar mucho en despegar? —pregunto.

—Al menos unos cincuenta minutos, señorita. ¿Es la primera vez que vuela?

—No, es la segunda vez, pero tenía dieciséis la otra vez que viajé. El avión también era lujoso, pero no recuerdo que fuera tan bonito. Debe ser increíble trabajar y viajar al mismo tiempo.

—Para quien le gusta, sí que lo es. A mí me encanta. Bueno, dentro de unos minutos, vendrá un compañero a tomar su pedido para la cena.

—¿Mi pedido?

—Sí. Tenemos un menú con tres platos para que usted elija.

Es solo entonces que me doy cuenta de que la vez anterior fue Newton quien eligió todo lo que yo comí y bebí.

La Kirsten que soy hoy jamás permitiría eso. Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones.

Él sonríe y empieza a explicarme el menú, adelantando el trabajo del compañero, mientras mi mente explota recordando todas las veces en que Newton ni siquiera preguntó lo que yo quería, tomando decisiones por mí.

Una vez que empiezo, ya no puedo parar.

Me pregunto si, en caso de estar despierto, qué pensaría Newton de esta gran oportunidad que recibí para hacer prácticas en Argentina.

Pero ¿de verdad habría recibido esta oportunidad? ¿Habría hecho el curso con LJ o estaría casada, permitiendo que él siguiera guiando mi vida?

—También podrá elegir entre vino tinto, champán o cualquier otra bebida alcohólica —continúa el aeromozo, sin sospechar el caos que tengo por dentro.

Vuelvo a mirarlo.

—¿Puedes repetir esa última parte, por favor?

—Hay todo tipo de bebida alcohólica a su disposición, señorita. Si me permite sugerir y le gusta el vino tinto, recomiendo un Pinot Noir de Oregón.

Casi le digo que no tengo edad para beber alcohol, pero enseguida me siento una tonta.

Sí tengo edad para eso. Tengo veintitrés años y nunca hice ninguna de esas cosas.

Cuando Newton tuvo el accidente, yo tenía dieciocho, así que la lista de lo que aún no hice, esperando a que él despertara, es enorme:

Alcohol.

Sexo.

Ir a una discoteca.

Viajar con amigas.

Volverme loca por un día.

Conocí a Newton en el primer año del bachillerato. Seguí siendo una chica buena, como lo fui toda mi vida, y nunca, ni una sola vez, me porté mal.

Si este avión cayera, mi vida tendría tan pocos recuerdos buenos que sería vergonzoso.

—¿Está todo bien? —pregunta el aeromozo.

—Sí. Lo siento mucho, creo que me distraje.

—Me pareció más que distracción. Su rostro... Perdone. Estoy hablando de más.

—No, por favor, continúa.

—Tu rostro se puso pálido y parecías desesperada.

—Eres bueno para leer a las personas.

Él se pone rojo.

—Creo que sí.

—Está bien. Me desesperé porque me di cuenta de que todavía no viví nada. ¿Alguna vez analizaste tu vida y llegaste a la conclusión de que la estás desperdiciando?

—Al comienzo de cada año, hago una lista de las cosas que deseo. Al final, suelo hacer un inventario mental comparando las dos listas y, si dejé algún sueño sin cumplir, me ocupo rápidamente de eso.

—Suena como un buen plan. —Leo su nombre en la placa y cuando veo Richard "Choice"[9], empiezo a reír. Él lo nota y sonríe también cuando digo—: Estás bromeando, ¿cierto? Quiero decir, tu nombre es un recordatorio de que en cada paso necesitamos hacer elecciones.

—Así es. Y siempre trato de elegir lo que es mejor para mí.

—¿Eso no es egoísmo?

—No. Mientras no lastimes a nadie en el camino, no solo tienes el derecho, sino la obligación de darte prioridad.

—Creo que necesitaba escuchar eso. Cuando tu amigo venga a servirme, voy a querer la botella más grande de Pinot Noir que tengan.

Él sonríe con todo el rostro.

—Solo por favor, no te dejes arrestar por armar alboroto, porque en ese caso ni siquiera saldrás del aeropuerto. Las autoridades argentinas te deportarán. ¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad?

—Si no me arrestan, seis meses.

—Eres increíble. ¿Cuál es tu nombre?

—Kirsten.

—Quién sabe, tal vez podamos vernos en Buenos Aires, Kirsten. Hice de esa ciudad mi residencia fija.

Le muestro la mano izquierda.

—Estoy comprometida. Solo por si acaso...

—No te preocupes. No hay un solo hueso en mi cuerpo que no sea gay, así que, prometida o no, intenta no enamorarte de mí.

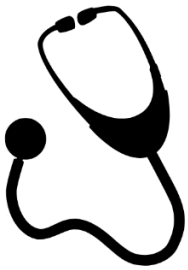
Antes de que se vaya, intercambiamos números de teléfono, pero en lugar de apagar mi celular enseguida, hago algo imprudente.

Quizá por haber sido confrontada con mi vida sin gracia, escribo sin darme tiempo de pensar en lo que estoy haciendo.

"Ya embarqué. ¿Te aviso cuando llegue?".

Presiono enviar con el corazón galopando en el pecho, casi deseando que él me responda con rudeza.

Siempre pensé que me gustaban las personas que aman a humanos como yo, pero hay algo en el doctor gruñón que me hace sentir viva.



Simón



Capítulo 16

Ignórala.

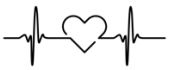
Kirsten no tiene derecho a enviarte mensajes. Solo le diste tu número aquel día para una emergencia.

No importa lo que mi cerebro ordene. Mis dedos cobran vida y tocan la pantalla del celular. No para responder el mensaje, sino para hacer una llamada.

—¿Tenés plena conciencia de que no somos amigos?

—Sí, señor, por eso mismo estoy sorprendida de que me haya llamado. Solo un "sí" o "no" habría sido suficiente, doctor Benítez.

—Estás mintiendo, Kirsten. Solo que aún no tengo claro el porqué.



Kirsten

—Sin motivo alguno. No miento, pero en cuanto a que no seamos amigos, lo entiendo dentro del hospital, pero ¿afuera no podemos

serlo? Me encanta hablar y no conozco a nadie en tu país.

Dios mío, ¿qué estoy diciendo? La sorpresa de que me haya llamado me hace soltar un montón de tonterías aleatorias.

—Sé que dijiste que no me disculpara, pero aun así voy a hacerlo. No necesitas ser mi amigo. Acabo de conocer a un aeromozo. Él vive en Buenos Aires y…

—¿Qué?

—Ahora ya tengo un amigo en Buenos Aires. Eso era lo que quería decir. Discúlpame, doctor Benítez, creo que tienes razón; no deberíamos ser amigos ni llamarnos Simón y Kirsten. Nos vemos… eh… en el hospital.

—¿Bebiste?

—Yo no bebo. ¿Puedes creer que recién hoy me di cuenta de que nunca probé alcohol? Pero estoy dispuesta a cambiar eso. No durante las cirugías, claro. Quédate tranquilo.

—Kirsten, no estás autorizada a ser amiga del aeromozo. Por lo que entendí, acabás de conocerlo.

—Así es, pero él es genial.

—No me obligues a ponerte en el primer avión de vuelta a Nueva York.

—Vivo en Maine.

—Kirsten.

—No te voy a dar motivos para enviarme de regreso, doctor Benítez. Ahora necesito cortar.

—Esperá un momento.

—¿Qué pasa?

Me siento avergonzada. Temo que, cuando llegue a Buenos Aires, él esté con una ambulancia lista para internarme.

—Vas a recibir un mensaje en cuanto aterrices con la dirección de tu residencia, así que mantené el celular encendido cuando el avión empiece a rodar por la pista.

—Está bien. —No le digo lo extrañísimo que me parece. —Antes de cortar, solo quiero aclarar que no bebo. Tampoco suelo ponerme en riesgo. Seré la mejor empleada que tendrás en toda tu vida.

—Ya veremos.

—¿Crees adecuado que nos tratemos por el nombre de pila y nos tuteemos?

—Podría hacer una lista que cruzaría el océano con todas las cosas que considero inapropiadas en estas dos conversaciones que tuvimos. No soy tu amigo ni lo seré jamás. No tengo amigos, salvo mi familia y media docena de otros seres humanos.

—¿Por ser esnob? No te lo tomes a mal. Simplemente tengo curiosidad.

—No, porque no me gusta la gente. No odio a las personas. Simplemente no me gustan. Tampoco disfruto las conversaciones que no tienen un objetivo, pero no quiero que hables con un desconocido.

—¿Qué significa eso?

—Podés hablar conmigo si realmente lo necesitas, pero no siempre.

Suelto una risita porque no logro contenerme. Tiene un modo de ser muy ogro, pero también adorable. ¿Quién lo diría?

—Estaré bien, Simón. Como te dije, no suelo hablar con desconocidos. Bueno, a veces sí, pero no soy de amistades instantáneas ni me pondría en riesgo.

—Entonces ¿por qué dijiste ese montón de boludeces?

—Porque tú me pones nerviosa.

—¿Nerviosa?

—No debería haber enviado ese mensaje, pero, por otro lado, tú tampoco tenías motivo para llamarme. Creo que tienes razón cuando dices que somos inapropiados.

—Vamos a aclarar algo, Kirsten. Venís a Buenos Aires por trabajo. No vamos a tener una aventura.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste. Si querés una amistad, puedo esforzarme en escucharte de vez en cuando, con intervalos bien largos entre una cosa y otra. Pero nunca pasará de eso. Sos hermosa, pero no me acuesto con enfermeras o médicas que trabajan para mí.

—¿Cree que estoy…? —Ni siquiera consigo terminar la frase.

Estoy tan indignada que bebo el jugo de naranja de un solo trago, deseando que fuera el Pinot Noir que mencionó mi nuevo mejor

amigo.

—No lo sé. No soy bueno para descifrar emociones humanas, aún menos por teléfono, pero por si acaso estabas pensando en pasar los próximos seis meses en mi cama… No va a suceder.

Quiero decirle todo lo que pienso sobre esa arrogancia y prepotencia suya. Ni siquiera nos conocemos, ¿y qué se cree? ¿Que me voy a enamorar de él solo porque es guapo, uno de los mejores cirujanos del mundo y soltero?

Sí. Eso cree.

Respiro hondo.

—Muchas gracias por aclarar las cosas, doctor Benítez, pero quédese tranquilo. Eso ni pasó por mi cabeza. Sobre la oferta de una amistad esporádica, voy a rechazarla, con todo respeto. No vaya a ser que no me resista y me enamore, ¿no? Nunca se sabe. Ahora necesito irme.

Corto la llamada ardiendo de rabia y sin importarme lo más mínimo haber sido yo quien terminó la llamada o si él va a sentirse ofendido.

Es fácil entender por qué Simón fue el mejor alumno de LJ. En lo que respecta a arrogancia, podrían ser gemelos.

Algunos minutos después, elijo mi cena y cierro los ojos, repasando la conversación en mi mente.

Nunca me sentí tan furiosa en mi vida. ¡Simón es insoportable!

—¿Todo bien por aquí? —pregunta el aeromozo Richard Choice, ese que espero que sea mi futuro amigo.

Abro los ojos.

—Sí. Tengo el orgullo un poco herido. Fuera de eso, todo bien.

—Tienes cinco minutos para contarme. Las puertas del avión ya van a cerrarse.

—Mi futuro jefe acaba de enviarme un recado, con todas las letras, diciéndome que no debo ilusionarme creyendo que tendremos algo más que una relación profesional.

Él se lleva la mano al pecho, como si fuera a solidarizarse, pero luego pregunta:

—¿Y tú quieres?

—¿Tener una aventura con mi futuro jefe? No. Yo no tengo aventuras. Solo pensé que podríamos ser amigos.

—Después muéstrame una foto y te digo si entra en la categoría: *amigos sin riesgo* o *productos más deseados.*

—No necesito mostrarte nada. Afirmo con absoluta certeza que iría directo al estante de productos más deseados.

—Entonces quizá tenga razón, querida. Tú eres hermosa y él también y… espera, ¿pero tu no estás comprometida?

—Así es, pero es una historia larga. Quizá un día te cuente todo.



Kirsten



Capítulo 17

—No necesitas hacer eso —digo a Richard Choice cuando insiste en acompañarme hasta donde deberían estar esperándome las maletas.

Le conté la verdad: que vine en primera clase porque mi futuro jefe, aún más futuro que Simón, pagó el pasaje. Yo no tenía la menor idea de que las maletas de primera clase ya quedaban esperando a los pasajeros. La otra vez que volé así, no tuve que preocuparme por nada.

—No lo hago porque deba, sino porque quiero. Me gusta conversar, igual que a ti, pero no adoro a los seres humanos con facilidad, Kirsten, y sentí una conexión contigo que no sé explicar.

—Yo también. Espero que sea el inicio de una buena amistad. ¿Cuánto tiempo te quedas en Buenos Aires durante la semana?

—Depende de mi escala, pero si quieres, podemos salir mañana. Me quedaré aquí tres días.

—¿Salir?

—Para divertirnos.

—Es una buena idea, basada en ese plan del que te hablé sobre vivir un poco. —Aún no le conté nada sobre Newton, pero si nuestra amistad avanza como espero, pienso hacerlo—. Pero no tengo mucho dinero. Si estás pensando en algún lugar caro, paso, porque mientras esté en Argentina intentaré ahorrar.

—Ya salí con uno de los socios de la discoteca y seguimos siendo amigos, así que será entrada libre. ¿Qué dices?

—No te voy a mentir, primero necesito ver tu perfil en redes sociales y, si acepto salir contigo mañana, nos veremos directamente en la discoteca, ¿ok? Tampoco voy a aceptar que me lleves a casa.

—Está bien, cariño. No aconsejaría nada distinto a mis hermanas.

—¿Tienes hermanas?

—Tres.

—¿Te llevas bien con ellas?

—Mucho. Están casadas y todo el tiempo intentan que yo sienta cabeza, pero nunca encontré a alguien con quien quisiera estar "para siempre". Es una suerte enorme que a tu edad hayas encontrado al amor de tu vida.

—Newton y yo empezamos a salir en el primer año del bachillerato.

—¡Ah, qué romántico!

—Está en coma desde el día en que me pidió matrimonio, cuando cumplí dieciocho años.

—Por Dios, Kirsten. —Sin pedir permiso, se detiene y me abraza —. ¿Y le has sido fiel desde entonces?

—Sí.

—¿Aún lo amas?

—No sé si como antes. Ya no soy la misma, pero esperaré a que despierte.

—Está bien. Se acabó la tristeza. Vamos a hacer lo siguiente: no solo voy a darte mis redes sociales. Te voy a pasar las de toda mi familia para que tengas la certeza de que estás segura conmigo, pero podemos ir a tu ritmo. No hay por qué tener prisa con nuestra amistad y, aun cuando regreses a nuestro país, podemos mantenerla y encontrarnos de vez en cuando. Solo quiero decirte que, si te sientes mal, envíame un mensaje. No siempre puedo hablar, pero escribir, sí.

—Si resultas ser de verdad, me saqué la lotería, Richard Choice.

—Soy de verdad. Y si tú eres tan increíble como pareces, podemos mantener esta amistad para siempre, siempre y cuando no te enamores de mí.

Suelto una risa.

—¿Crees que Dios pone a ciertas personas en nuestro camino por una razón?

—Creo, sí. Nada es casualidad. Quizás tengamos que desviarnos un poco de nuestro camino, pero las cosas suceden en el momento justo.

—¿Incluso las malas? —pregunto, pensando en el accidente de Newton.

—A veces, algo que creíste malo en el presente, más adelante puede que lo veas como una liberación.

—En mi caso, no creo que sea verdad. Newton tenía poco más de diecinueve años cuando sufrió el accidente.

No tardamos nada en recoger las maletas y, enseguida, ya estamos fuera de la zona de desembarque.

—Tal vez, en la situación de él, sean esos designios de Dios que no conseguimos entender.

—Sí —digo, aunque no creo que Dios tenga algo que ver con eso. ¿Por qué querría separar a una pareja joven, que se amaba y deseaba pasar el resto de la vida junta?

No doy ni dos pasos y veo a un hombre de unos sesenta años sosteniendo un cartel con mi nombre.

—Creo que me están esperando allí —digo, señalando con la cabeza al hombre que, por el traje, debe ser un chofer o un guardaespaldas.

—Bien, yo también tengo que irme. Tenemos los números del otro, así que no será un problema comunicarnos. Podemos organizar algo para mañana o dejarlo para el próximo fin de semana. Siéntete libre de decidir.

—Seguimos hablando hasta entonces. Mi jefe argentino me dio dos días para adaptarme, pero creo que iré al hospital mañana mismo. Estoy loca por empezar a trabajar.

Él hace una mueca.

—Jamás voy a entender cómo alguien puede elegir como profesión ver sangre todos los días.

—Me encanta. No la sangre en sí, sino saber que estoy ayudando a salvar vidas.

—Toda una vocación, entonces. Perfecto. Si un día decido quitarme esta papada que me molesta, voy a querer que seas mi enfermera.

Pongo los ojos en blanco.

—No tienes papada. Eres uno de los hombres más guapos que conocí. Ahora sí tengo que irme porque ese señor me está mirando con mala cara.

Le doy un beso en la mejilla a Richard y, segundos después, estoy frente al chofer.

—Buenos días. Lo lamento si lo hice esperar —lo saludo en español y le doy mi mejor sonrisa, esa que Raz dice que es capaz de vender hielo a un esquimal, y soy recompensada con un visible relajamiento muscular.

Prometedor.

—No hay problema, señorita Millard. Déjeme encargarme de sus maletas.

—Discúlpeme, pero me sorprendió un poco porque no sabía que habría alguien esperándome.

—¿No recibió una llamada de la secretaria del doctor Benítez cuando aterrizó?

—Sí, pero ella solo me habló del apartamento. Me dio la dirección, pero no imaginé que habría alguien para llevarme hasta allí.

Una hora y media después, nos detenemos frente a un edificio muy lujoso, que podría competir sin problemas con el edificio donde la familia de Raz tiene un penthouse en Manhattan.

—¿Voy a vivir aquí?

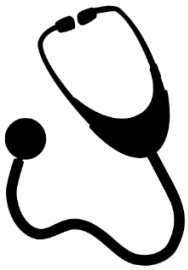
—No sé los detalles, Kirsten —dice él, después de que le pedí que dejara de llamarme señorita —, pero recibí órdenes de traerla aquí.

Me mira de un modo extraño, formándose un "v" en su frente.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo me pregunto por qué la trajeron aquí.

—Bueno, somos dos, entonces.



Simón



Capítulo 18

Tamborileo los dedos sobre la mesa del escritorio en mi departamento, mientras el celular encima parece mirarme.

Lo tomo otra vez solo para confirmar por centésima vez en el día que no hay ninguna llamada perdida de Kirsten.

Estaba seguro de que me llamaría al llegar, pero no lo hizo.

Sé que fue al hospital durante tres días seguidos, aunque yo le dije que no era necesario, que se tomara unos días de descanso para conocer la ciudad.

Le pregunté a la jefa de mi equipo de enfermeras cómo había sido ese inicio de adaptación y pensé que la mujer iba a infartarse a través de la llamada, quizás porque yo nunca me interesé por un empleado en particular. Para mí, lo que importa es que el equipo (formado por los mejores profesionales) funcione.

El hecho es que me dijo que a Kirsten le bastó un parpadeo para volverse adorada por el equipo. Se adaptó tan rápido que el primer día la invitaron a un bar.

Yo ni siquiera tenía idea de que el equipo se reunía para ir a bares. Pero, ¿qué sé yo de ellos más allá de sus habilidades dentro de las paredes del hospital?

Recién hoy estoy de vuelta en Buenos Aires. Más precisamente, en mi departamento, y mientras debería aprovechar una noche inusualmente libre de emergencias para relajarme (a mi manera, con

una mujer), pasé la última media hora intentando decidir si me comunico con ella o no.

¿Se molestó porque fui honesto y le dije que no seríamos amantes? Quizá fue eso. Lorena dijo que soy demasiado directo y que a la mayoría de las personas no les gusta. No intenté ser un hijo de puta con ella, solo fui franco por si acaso estaba alimentando alguna ilusión.

Yo no me involucro con personas del trabajo porque mi profesión es la parte más importante de mi vida. Convertir el hospital en un infierno después de terminar con una mujer y que ella no lo acepte me parece estúpido e innecesario cuando hay tanta oferta fuera de ahí.

"He oído que ya has estado en el hospital y que te estás adaptando bien".

Envío el mensaje idiota mientras me pregunto por qué mierda estoy haciendo esto.

Pasan varios minutos. Minutos en los que veo los puntitos de escritura en la pantalla y, luego, desaparecen. ¿Por qué mierda no me responde de una vez?

Finalmente, aparece algo.

Enfermeira Millard: "*Sí, me encantó el ambiente y la gente. Todos me recibieron con mucha calidez y creo que los próximos seis meses serán maravillosos. Muchísimas gracias por la oportunidad. Ya le di las gracias a tu secretaria, pero quiero reiterarte lo amable que fuiste al disponer de que hubiera comida en el apartamento a mi llegada. Me encanta cocinar*".

"*Dejá de enviar mensajes*", me advierte una voz, porque según mis estándares, acabo de ser más sociable que en toda mi vida.

Sin embargo, parece que hay algo en la piba que alimenta un tipo de compulsión en mí.

—¿Te gusta cocinar? —pregunto segundos después, al hacer la llamada, algo que sé que no debería haber hecho.

—*Buenas noches* —responde ella, ignorando mi mala educación al no saludarla por segunda vez esta noche. Puedo oír de fondo lo que

parece ser el ruido de una olla golpeándose. Tal vez una cuchara removiendo algo—. *Sí, me gusta. Por cierto, no sé qué decirte sobre el apartamento. No entiendo por qué me pusiste en tu edificio. Fue una gran sorpresa.*

Porque LJ quiere que estés segura, y no creo que salir corriendo antes de que amanezca, como me dijiste que solías hacer, le dé paz mental a mi amigo, pienso dentro mío.

—Porque hay un gimnasio en mi edificio, como te expliqué. No necesitás arriesgarte para hacer ejercicio en la calle.

Las palabras suenan vacías incluso para mí.

Podría alquilar un búnker con un gimnasio completo para ella si la intención fuera únicamente mantenerla segura.

—Bueno, de cualquier modo, muchas gracias.

—Escuché que saliste a divertirte con el equipo.

Kirsten hace una pausa de varios segundos antes de preguntar:

—¿Está prohibido socializar con el equipo?

—No, tranquila.

—No sé si entendí.

—Si tenés una relación más allá de la amistad con algún empleado del hospital, eso estaría permitido. No tenemos una política que prohíba amistades o relaciones amorosas.

—Ah, sí. Muchas gracias por informarme, pero no estoy interesada en eso.

—¿Por qué no?

—¿Qué cosa?

—¿Por qué no estás interesada en salir con alguien?

—Creo que este es uno de esos momentos en los que estamos entrando en un terreno de conversación inapropiado.

—Respondeme, Kirsten.

—Vine a Buenos Aires por trabajo, no para tener un romance. Si todavía estás preocupado por eso, puedes quedarte tranquilo. No voy a atacar a un miembro de tu equipo, doctor.

La voz de ella no cambia, pero creo que está hirviendo de rabia.

—Sos muy enojadiza. No es una buena característica para una enfermera.

—En realidad, si se canaliza bien, creo que es una excelente característica.

¿Por qué es tan placentero discutir con ella?

No lo sé, pero el hecho es que no recuerdo haberme interesado tanto por una mujer sin intención de llevarla a la cama.

No es que la enfermera Millard no me atraiga. Creo que incluso si no hubiera visto en la fotografía adjunta a su currículum lo hermosa que es, igual habría despertado mi deseo, porque su temperamento tiene algo que me excita.

—¿Estás cocinando ahora?

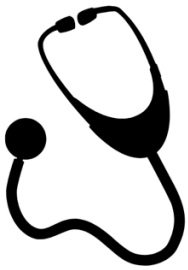
—Sí. —Hace otra pausa—. *¿Ya cenaste?*

—No creo que sería…

—... ¿Adecuado que cenemos juntos? Sí, estoy de acuerdo, y créeme, eso ni siquiera se me pasó por la cabeza. Solo iba a ofrecerte si quieres un poco. Te lo llevaría hasta su apartamento. Sin ninguna segunda intención. Puedes no creerlo, doctor, pero estás seguro conmigo.

Quizá vos seas la que no está segura conmigo, piba.

—Vení.



Kirsten



Capítulo 19

Mis manos tiemblan mientras sostengo la fuente con lasaña que preparé y la llevo hacia la encimera de la cocina, que por cierto es enorme.

De hecho, todo en el apartamento es grandioso y huele a lujo, y solo cuando entré en el lugar entendí la expresión confusa del chofer al dejarme aquí el día en que llegué.

Abrí la puerta y, después de que él dejó mis maletas y nos despedimos, vi una nota sobre la mesa del comedor.

En ella, la secretaria de Simón explicaba que tenía todo lo que necesitaba en el apartamento, incluido un gimnasio completo en el área común del edificio.

Solo al día siguiente descubrí que estoy viviendo en el mismo edificio que mi jefe, cuando revisé el número del casillero para ver si había correspondencia antigua del ocupante anterior del apartamento, y quedé en shock al leer el nombre S. N. Benítez junto al mío.

Eso hizo explotar mi cerebro, y pasé los últimos días intentando entender por qué él me trajo para acá.

Decidí dejarlo de lado. Es probable que, de alguna manera, quisiera asegurarse de que yo me quedara en una zona segura, aunque esa respuesta no parece explicación suficiente.

Miro los dos teléfonos celulares sobre la encimera, preguntándome si sería prudente tomar uno de ellos, pero al final decido que no. No planeo tardar. Solo voy a entregarle la lasaña y volver.

Algo que he estado intentando evitar pensar se mete nuevamente en mi cabeza. Probablemente una tontería, pero que me ha hecho perder el sueño.

Apenas llegué a Buenos Aires, puse el teléfono de Newton a cargar y llamé a Tausha para avisarle que todo estaba bien.

En cuanto nos despedimos, me puse a revisar fotos en su teléfono. Imágenes que ya conocía de memoria: nosotros dos después de los partidos, en picnics, o viendo televisión juntos en el sofá. También había fotografías de la noche de nuestro compromiso, la misma en la que él sufrió el accidente.

Entonces sentí el deseo de releer nuestra conversación. Recuerdo que cuando los Gilmore nos llamaron para avisar del accidente, pasé un tiempo en negación y, de camino al hospital, envié mensaje tras mensaje con la esperanza de que me llamara y me dijera que todo era una broma de mal gusto y que estaba bien.

Para mi sorpresa, sin embargo, no pude acceder a ninguno de ellos. Los mensajes estaban bloqueados y, para leerlos, debía ingresar una contraseña en una aplicación. Aquello me dejó absolutamente confundida.

Newton no era un agente secreto ni nada parecido. Cuando éramos novios, nunca le pedí ver sus mensajes como hacen algunas chicas, porque confiaba en él, pero al ver el pedido de contraseña, una duda se instaló en mi cabeza.

Intenté varias contraseñas con fechas importantes para nosotros, pero nada logró desbloquear los mensajes, y hasta ahora sigo confundida por eso y también decidida a descubrir qué podía haber de tan importante en esas conversaciones para que él se tomara el trabajo de protegerlas con una contraseña.

Solo la idea de que pudiera haberme traicionado me da ganas de vomitar.

No, claro que debe haber otra explicación. El problema es que ahora la duda ya está instalada.

Camino hacia la puerta cuando, al pasar frente al espejo del recibidor, veo mi reflejo.

Estoy vestida de forma tan casual que espero que el mensaje de que no estoy intentando seducirlo quede clarísimo.

Con unos leggings ajustados, una camiseta del equipo de Newton en la universidad y una coleta que no podría describirse de otra manera más que descuidada, me dirijo al ascensor.

El edificio de siete pisos tiene un apartamento por planta, según entendí, excepto los dos últimos pisos que forman la vivienda dúplex de Simón. Yo estoy instalada en el primer piso.

La puerta del ascensor se abre y, controlando el impulso de salir corriendo, estiro la mano para tocar el timbre, pero antes de completar la acción, siento que se me va todo el aire de los pulmones cuando me encuentro cara a cara con mi jefe, el doctor Simón Nicolás Benítez.

Puedo contar con los dedos de una mano, a lo largo de toda mi vida, cuántas veces no supe qué decir al estar frente a alguien. Mis amigos dirían que tengo el problema opuesto: hablo demasiado.

En este instante, sin embargo, no soy capaz de hacer nada más que dejar que mis ojos recorran al cirujano.

Sin miedo a equivocarme, el *doctor gruñón* es el hombre más hermoso que he visto en toda mi existencia en este loco planeta.

El color de sus ojos es imposible de definir. Juro por Dios que hay matices de verde, gris, azul y caramelo, todo mezclado, como en un caleidoscopio.

Parpadeo para obligarme a mirar hacia otro lado, porque una sensación que nunca experimenté (un tipo de calor como si una chispa hubiera encendido fuego en mi pecho) me da una pista clara de que, si sigo observando al médico por demasiado tiempo, puedo perderme en esos ojos.

Son el tipo de ojos que hacen que quieras descifrar lo que está pensando, porque la expresión de Simón es completamente neutra.

En ninguna de las fotografías que vi del médico en los medios, el fotógrafo logró capturar la intensidad de su mirada.

Sabía que era muy atractivo, pero en persona es del tipo de hombre que te deja con la boca abierta.

Ahora entiendo mejor su advertencia de que no me enamore. Debe estar más que acostumbrado a tener mujeres a sus pies.

Su cabello oscuro es abundante, más desordenado que en las fotos que vi, pero es la mandíbula fuerte, tensa, lo que realmente me llama la atención. Combina con su temperamento, por lo que pude conocer hasta ahora.

Todo el rostro de Simón (la boca, la nariz, incluso las benditas cejas) no puede describirse como otra cosa que no sea perfecto. Ni siquiera el detalle de una barba incipiente arruina el conjunto.

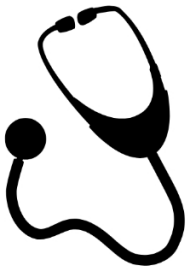
Él no es solo hermoso en el sentido estricto: es masculino de una manera que despertaría las hormonas de una muerta.

"No las mías", me recuerdo. *"Soy una mujer comprometida y amo al hombre que puso este anillo en mi dedo".*

—Aquí tiene, doctor… hum… señor Benítez… Quiero decir, Simón.

No me presento, aunque debería hacerlo, ya que es la primera vez que nos vemos. Tampoco le digo "hola" ni le ofrezco una sonrisa.

Prácticamente le empujo la fuente de lasaña entre las manos, esperando que, en cuanto él la tome, yo pueda salir corriendo.



Simón



Capítulo 20

Yo no tomo la fuente que ella me ofrece porque imagino que, si lo hago, Kirsten va a irse. O por lo menos, es la impresión que da: parece a punto de huir.

¿De mí?

Es una experiencia nueva, como mínimo. Las mujeres, por lo general, intentan lo imposible para llamar mi atención.

La otra novedad es que lo contrario también es cierto. Si antes de verla en persona Kirsten ya había despertado lo que prefiero clasificar como "curiosidad", ahora estoy completamente hipnotizado por su belleza.

Aunque parezca mucho más joven que sus veintitrés años, con esos leggings ajustados que marcan sus piernas largas, una camiseta por lo menos tres veces más grande que ella (que parece ser de un equipo de fútbol americano) y el cabello rubio platinado recogido, ella es una exquisitez.

Me mira de la manera más directa que recuerdo haber visto en mi vida. Es como si estuviera hechizada y no pudiera apartar los ojos de mí.

Kirsten tiene un tono de azul en los ojos tan intenso que parece irreal. Brillan de forma exagerada, como si tuviera fiebre.

Sus rasgos son armoniosos. Tiene pómulos altos y los labios, suaves y rosados, están ligeramente entreabiertos en este momento.

A pesar de la apariencia casual, mi cerebro analítico la clasifica de inmediato como *deslumbrante*.

—Adelante, Kirsten. Quizá necesito que me digas cómo calentarlo. No suelo comer en casa.

Desde donde estoy, puedo sentir la fragancia suave de su perfume, algo levemente floral y agradable, como ella entera.

—Solo necesitas poner la lasaña en el horno, si te gusta que esté bien caliente. Por lo demás, ya está lista —dice cuando finalmente estiro la mano para recibir la fuente. Pero, tomándome completamente desprevenido, apenas tengo la comida conmigo, ella regresa corriendo hacia el elevador.

—Buenas noches, doctor Benítez —dice mientras nos miramos a través de las puertas del aparato, que empiezan a cerrarse.

Yo no respondo, aún sorprendido por el hecho de que haya huido.

Kirsten me dijo por teléfono que no estaba interesada en nada más allá de una relación profesional y, al parecer, fue sincera.

Por primera vez, me encuentro con una mujer que me atrae y que no siente lo mismo por mí.



Kirsten

—Buenos días —saludo al equipo, una semana después de haber empezado oficialmente a trabajar como enfermera en el Hospital La Paz[10].

Tras recibir algunas sonrisas, sigo hacia mi puesto.

Ya había venido durante mis primeros días en la ciudad para intentar adaptarme a Buenos Aires y me alegró descubrir que el equipo es maravilloso. Fueron muy acogedores, aunque un médico y tres enfermeros hombres fueron excesivamente amigables.

Pensar en eso me hace recordar lo que Simón dijo, que no está prohibida la amistad o el romance entre los empleados. ¿Será que alguna de esas personas está saliendo con alguien?

Camino hacia la cafetería, no porque tenga ganas de beber algo, sino porque pensar en el médico me trae a la mente la vergüenza de haber huido de él.

No quiero cercanía con Simón fuera del trabajo, no porque crea que exista alguna posibilidad real de que pase algo entre nosotros, sino porque él me hace sentir cosas que me confunden y van en contra de lo que creo.

Fidelidad. Lealtad.

Y junto con eso, despierta en mí deseos que pensé que solo Newton podría generar.

Mi teléfono suena y agarro con todas mis fuerzas la oportunidad de darle un respiro a mi cerebro. Hay dos cosas ocupándolo de forma constante últimamente: Simón y el hecho de que no puedo leer los mensajes de Newton en su teléfono antiguo.

—Hola, soy yo, tu persona favorita en el mundo —dice Richard, riéndose, cuando atiendo. Me ha llamado todos los días. Incluso más que Raz.

—No dejes que mi mejor amiga escuche eso.

—¿Cuándo va ella a Buenos Aires?

—Todavía no lo sé. Como te dije, Raz es modelo y siempre está viajando por el mundo.

—Yo voy a llegar el fin de semana. ¿Sigue en pie nuestra salida a la discoteca?

Cancelamos la semana pasada porque él tuvo que cubrir un turno de último momento.

—Sí.

—Dios, cualquiera que oyera esa respuesta pensaría que te estoy invitando a un funeral.

—Me siento mal por salir de noche sin Newton; estando comprometida.

Él se queda en silencio un momento y sé que es porque sospecha de mi prometido. Le conté a Richard sobre los mensajes a los que no consigo acceder, el hecho de que están protegidos por contraseña

dentro de una aplicación, y él no ocultó lo sospechoso que le pareció.

—*No es un pecado vivir, Kirsten* —dice, y creo que está intentando ser diplomático—. *Si no haces nada malo, no creo que estés cometiendo un crimen solo por salir una noche con un amigo.*

—No es la única razón por la que me siento mal, pero no quiero hablar de eso por teléfono.

—*Tengo una solución para que puedas acceder a los mensajes de tu futuro marido.*

—¡Dicho así suena tan vil! Parece que estoy desconfiando de él.

—*Querida, por lo que me dijiste, cuando intentaste leerlos lo hiciste porque querías releer los que tú le enviaste. Soy naturalmente desconfiado, pero creo que hasta un santo se pondría alerta. ¿Quién esconde mensajes en una aplicación con contraseña? Y si no tienes el valor de responder, yo sí: un hombre que está haciendo algo indebido.*

La sensación de malestar al escucharlo decir eso es enorme, pero no puedo negar que tiene sentido. Newton siempre supo todas mis contraseñas y revisaba mi celular sin el más mínimo pudor, mientras yo jamás intenté hacer lo mismo con el suyo.

—Dijiste que tienes una solución. ¿Cuál es?

—*Salí con un hacker y…*

Me río, a pesar de la opresión repentina en mi pecho.

—¿Hay alguna profesión con la que no hayas tenido un vínculo?

—*Nunca salí con un chef. Ni con un piloto de Fórmula 1. ¿Fórmula Indy cuenta?*

—¡Dios mío!

—*En fin, salí con un hacker y le pregunté si es posible acceder remotamente al teléfono de alguien. Me explicó que sí, siempre que sigas el paso a paso que él te indicará a través de mí*[11].

Aunque me siento un poco traicionera, tomo una decisión.

—Está bien. Vamos a hacerlo.



Kirsten



Capítulo 21

Mis dedos tiemblan mientras hago clic en el enlace que Richard me envía, cerca de un minuto después, en el teléfono de Newton.

Aún seguimos hablando por mi celular.

—Listo —digo.

—Puedes acceder a los mensajes ahora.

—No. Estoy en mi turno de trabajo. Acabo de llegar. Los revisaré hoy en casa.

Sé que estoy siendo cobarde. No me tomaría ni un minuto abrir los mensajes, pero, de algún modo, todavía no estoy segura de si debo hacerlo.

—Tienes miedo porque, en el fondo, ya sabes que hay algo mal respecto a los mensajes de texto de él.

—Quiero creer que no, porque no puedo imaginar que el hombre con quien prometí pasar el resto de mis días, amándolo y respetándolo, me esté traicionando.

—Va a doler si es verdad. No te voy a mentir, querida. Ya me rompieron el corazón una docena de veces y nunca es fácil, pero nada puede ser peor que, si ese fuera el caso, tú sigas dentro de una mentira para siempre. Tienes veintitrés, Kirsten. Tu vida apenas está comenzando.

—Lo sé.

—Y de todos modos, si necesitas un reemplazo, puedo ser tu amor. Excepto por el sexo, prometo respetarte en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza. Además, puedo darte clases teóricas de travesuras.

Suelto una carcajada.

—No puedo imaginar a alguien más lindo que tú, y si en el paquete vienen clases de sexo sucio, sudoroso y ardiente, estoy dentro. Nos vemos el sábado.

Apenas cuelgo y escucho a alguien carraspear la garganta detrás mío.

—Cuando dije que no había prohibición para que mis empleados se relacionaran, no me refería a que estuvieran autorizados a tener sexo por teléfono durante el turno, enfermera Millard.

Me congelo en el acto mientras repaso lo que acabo de decirle a Richard.

¡Dios mío!

No hay forma de que pueda explicar ahora que mi amigo estaba bromeando conmigo y que además él es gay.

Mi mano que sostiene mi celular está temblando, pero enseguida me obligo a mantener la calma antes de girarme. No hice nada malo. Incluso si Richard fuera mi novio, ¿qué tendría Simón que ver con eso?

—Buenos días, doctor Benítez. Vine a buscar un café y recibí la llamada. Lamento si ofendí de alguna forma sus reglas. No sabía que las llamadas privadas estaban prohibidas.

Digo todo de un tirón; primero, por los nervios de haber sido sorprendida en una conversación que, vista desde afuera, es totalmente sexual, pero también porque Simón vestido de médico, con el estetoscopio caído con descuido alrededor del cuello, debería ser una visión prohibida para una mujer.

—No se trata de prohibición. Se trata de algo *inapropiado* —dice, usando esa que, aparentemente, es su palabra favorita—. Ahora venga conmigo. Usted vino a Buenos Aires para trabajar, señorita Millard.



Mientras sigo a Simón por décima vez hoy por los pasillos del hospital, tengo todos mis sentidos concentrados en el médico. En este momento, el sonido de nuestros zapatos sobre el piso frío llena mis oídos mientras caminamos.

Dejando a un lado los comportamientos inapropiados entre nosotros, por primera vez comprendí lo que significa trabajar con alguien tan venerado, y no necesité más de dos horas a su lado para entender por qué.

Simón Nicolás Benítez es visto como un dios por médicos y empleados, por el simple hecho de que realmente lo es.

Mientras nos aproximamos a las puertas dobles que me llevarán por primera vez a un quirófano con él, siento el corazón golpearme el pecho.

Dios mío, está a punto de comenzar.

—Solo observará la cirugía, enfermera Millard, y cualquier duda que tenga después, deberá reportármela, ¿entendido?

—Sí, doctor Benítez.

El quirófano se encuentra impecable, como debe ser.

El brillo metálico de los instrumentos y los equipos que nos rodean parece esperar nuestra acción, y al mirar a mi alrededor hacia el resto del equipo, es posible percibir la tensión en el aire.

En las tres horas siguientes, me siento como si estuviera haciendo un curso de especialización, uno bien intensivo.

Simón transmite tanta seguridad en lo que hace que mi admiración por él se consolidó, incluso si antes de llegar a Buenos Aires yo ya había leído diversos artículos que escribió y conocía todas sus cualificaciones como cirujano cardíaco aclamado en el mundo entero.

Al final de la cirugía, con el paciente prácticamente garantizando su segunda oportunidad en la vida (ya que una parte depende también de cómo reaccionará su organismo), todo el equipo alrededor de Simón guarda un silencio respetuoso.

Poco a poco, mis colegas salen, él siendo uno de los últimos.

No sé si debo seguirlo, pero lo hago de todos modos.

No quiero sonar como una fan, pero no puedo dejar de decirle lo impresionada que estoy con su habilidad.

—No estoy segura de si le gusta oír esto, o si ya está tan acostumbrado que no le da la menor importancia, pero tengo el corazón acelerado hasta ahora por lo que acabo de presenciar. Muchas gracias por darme esta oportunidad de hacer prácticas con usted, doctor Benítez.

—Usted se ganó este lugar. —Eso es todo lo que dice, con una voz que suena como un gruñido corto y frío, levantando muros a su alrededor y reafirmando nuestra relación profesional.

Él no actuó así el otro día, cuando me invitó para enseñarle a servir la lasaña, lo cual dudo que no supiera hacer.

Dejo que mis ojos se encuentren con los suyos y, cuando nos miramos, aunque solo sea por un instante breve, hay algo en los ojos de Simón que no logro descifrar.

Sin decir una palabra, él se aleja, dejando claro que nuestro tiempo juntos por hoy terminó. Respiro hondo, con una mezcla de nervios y emoción burbujeando en mi interior por comenzar mi carrera de manera efectiva.

¿Esa es la única razón por la que me siento tan emocionada?

No tengo una respuesta exacta y me esfuerzo por no pensar en ello.

Hoy fue el primer día de mi jornada en las batallas para salvar vidas. Como él dijo, vine a Argentina únicamente para eso.



Kirsten



Capítulo 22

Nunca me consideré una persona miedosa.

Mis padres no fueron los peores que alguien podría tener, pero también están muy lejos de figurar en una lista de los cien mejores.

No crecí sobreprotegida, pero tengo una naturaleza valiente y optimista. En cada aspecto de la vida, procuro ver el lado bueno.

Después de ducharme, dos horas después de llegar a casa, sin embargo, todavía no desbloqueé el celular de Newton.

Tampoco cené. Tengo miedo de que, dependiendo de lo que vaya a encontrar, termine vomitando todo.

Sentada en mi cama, enciendo la TV y empiezo a cambiar de canal, claramente posponiendo el momento de la verdad, ese en el que voy a descubrir si hice el papel de idiota durante todos estos años o si estoy siendo injusta.

Paso por una película y subo el volumen. La veo por menos de un minuto, hasta escuchar a la amiga de la protagonista decir: *"ignorar deliberadamente la verdad no va a darte respuestas, querida".*

Es como escuchar a Raz, que todavía no sabe sobre los mensajes bloqueados, hablándome.

Apago la TV y, en las horas siguientes, ni siquiera sé cuántas pasaron. Miro, ladrillo por ladrillo, cómo se destruye el mundo en el que construí mi vida, ese lugar seguro donde yo era amada por un hombre maravilloso.

No hay solamente un mensaje de Newton con otra mujer. Son cientos a lo largo de los años. Mujeres diferentes. Algunas más constantes. Otras que parecen haber sido relaciones pasajeras, pero todas, definitivamente, son traiciones.

En los primeros ciento veinte minutos, lloré sin parar, pero me obligué a leer todos los mensajes. No hay nombres en ellos. Él guardó a las mujeres como notas: no hay ningún "diez".

Hay nueve coma cinco. Ocho. Algunas con seis.

Tomo un cuaderno y anoto el número de una por una, porque pretendo llamar a algunas, ya que una parte de mí (las células más idiotas de mi cuerpo) todavía quiere creer que esto no sea verdad.

Pero ni el ser humano más optimista creería que es un error. Por lo que todo indica, la noche en que tuvo el accidente, él estaba planeando encontrarse con una de sus parejas sexuales.

¡Dios mío, nosotros íbamos a viajar ese fin de semana y yo le iba a entregar mi virginidad, porque Newton decía que quería esperar a que yo cumpliera dieciocho años antes de que tuviéramos sexo!

¡Fui una imbécil que pensó que era romántico que un hombre tan perfecto y paciente hiciera eso!

Me siento herida, traicionada, engañada y, sin importarme la hora (casi medianoche) o cuánto hayan cambiado las vidas de esas mujeres en estos cinco años, intento llamar a la última, la que iba a encontrarse con él el día de nuestro compromiso, pero va directo al buzón de voz.

Con las dos siguientes, logro hablar.

Les explico quién soy y mi situación, y aunque parecen solidarias, una de ellas tiene ochenta y tres años (y gracias a Dios no la desperté, porque me dijo que sufre de insomnio) y la otra tiene una condición grave: no se levanta de la cama desde hace más de una década.

Ambas me explican que compraron esos números hace poco.

En el cuarto intento, una mujer atiende y, después de que le cuento quién soy y que Newton está en coma, ella solo dice: *lo sé.*

Siento la bilis subir a mi garganta, porque esa mujer es la confirmación de que mi vida desde el momento en que lo conocí hasta ahora fue una farsa.

Intento hacerle preguntas, pero ella me explica que no puede hablar ahora, porque su marido ya está entrando al cuarto.

Quedamos en que me llamará mañana, cerca de la hora de mi almuerzo, pero incluso después de que cuelgo, y sabiendo que pronto tendré muchas respuestas, no consigo calmarme.

Camino por todo el departamento, cansada de llorar, cansada de ser una tonta ingenua… cansada de mí.

Me pongo un short, un top y mis zapatillas, decidida a ir al gimnasio del edificio, porque necesito intentar relajarme un poco o no podré trabajar mañana.

Independientemente de que mi vida personal esté sumida en el caos, no voy a pedir licencia justo al inicio de mi práctica remunerada.

Agarro mi celular y los auriculares y empiezo a caminar hacia la puerta, pero regreso y me quito el anillo de compromiso del dedo. Es la primera vez que lo hago en cinco años, excepto cuando estoy en el hospital para practicar o cuando estoy en un curso.

Lo dejo sobre la mesita de noche y me prometo que jamás volveré a ponérmelo.

Estoy hecha un desastre. Tengo los ojos hinchados de tanto llorar, me siento una porquería y estoy sola, pero si hay algo de lo que estoy segura, es que no voy a desperdiciar ni un día más de mi vida dejándome hacer el papel de payasa. Eso fue exactamente lo que pasó. No importa que Newton esté en coma, porque incluso inconsciente, él me usó y me humilló todos estos años.

Paso la tarjeta para desbloquear la puerta del gimnasio, segura de que no va a haber nadie ahí, pero en cuanto la abro, me encuentro con mi jefe corriendo en una caminadora.

Simón es la última persona ante la que quiero que mi dolor quede expuesto, así que doy media vuelta para irme, pero su voz llamando mi nombre me paraliza, y termino girándome hacia él.

—No pensé que hubiera alguien aquí —digo, disculpándome.

—Ya estoy por irme.

—No tienes que irte por mi culpa.

—Volvé, Kirsten.

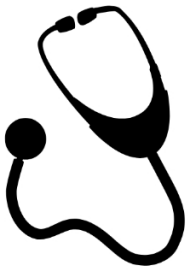
—No estamos en el hospital. Aquí no puedes darme órdenes.

—No seas boluda. Si bajaste a esta hora, es porque tenés insomnio. Hacé lo que tengas que hacer. Yo ya terminé. Después voy a hacer unos veinte minutos más de máquinas y ahí te vas a quedar sola.

Mientras me dice todo eso, él sigue de espaldas a mí, hablándome a través del espejo frente al que corre.

La voz del médico ni siquiera fluctúa. No está cansado para nada a pesar de correr y hablar al mismo tiempo.

Sin decir una palabra y con mi humor viviendo en el infierno, subo a la caminadora más alejada de la suya y me pongo los auriculares. Busco algo de rock pesado, pero media hora después sigo con tanto odio hacia el mundo como cuando llegué.



Simón



Capítulo 23

Hice los ejercicios con más lentitud de la que debería, alargando la serie más de lo necesario, no solo porque el culo de Kirsten dentro de ese short corto me está volviendo loco, sino también porque la manera en que corre me excita.

Ella está con rabia por algo o por alguien, puedo sentirlo solo con observarla.

A cada paso, es como si pisara la cabeza de un enemigo invisible.

¿El hijo de puta con quien estaba hablando por teléfono? Es posible. El hecho es que sé, por experiencia propia, que va a terminar lesionándose la rodilla o el tobillo y, aun así, no logrará sacar toda esa rabia.

En el pasado, tuve muchos demonios que exorcizar, especialmente cuando se trataba de la muerte de mi padre y de la miserable que lo difamó.

Decido salvarla, lo cual es inédito. No suelo importarme tanto por alguien.

—¡Detente o vas a lastimarte!

—No estoy teniendo un buen día, doctor Benítez, así que, si quiere un consejo, para su propia supervivencia, aléjese.

—¿Querés sacarte la rabia? Yo sé todo sobre sentir odio, así que vení conmigo. Romperte la pierna solo va a hacer que pierdas las prácticas. Vos, enyesada, no me servís para nada.

Ella finalmente parece salir del trance de ira en el que estaba y toca la pantalla de la caminadora, disminuyendo la velocidad.

—¿No tienes que dormir?

—Mi mente funciona resolviendo problemas, y tu rabia ahora se ha convertido en uno para mí. No voy a conseguir dormir si te dejo así.

—¿Por qué te importa?

—No me importa. No tiene que ver contigo. Es un problema interno mío, es la forma en que funciono.

—¿Qué me sugieres?

—Boxeo.

—¿Qué?

—Golpes. Te va a cansar y también te va a desestresar.

Sé una manera mejor de relajarte. Podría hacerte tener un orgasmo en unos diez minutos, como mucho, pero tendría que despedirte al día siguiente porque no toco a mis empleadas.

—Nunca entrené boxeo.

—Con la rabia que estás sintiendo, la técnica no va a hacer falta. Solo sácalo, Kirsten.



Y en los cuarenta minutos siguientes, eso es exactamente lo que ella hace.

Su rostro, en ningún momento mientras golpea el saco, se relaja de la tensión.

Hace una breve pausa para respirar.

—¿Luchas contra alguien? —pregunta, inspirando hondo, lo que hace que sus tetas suban y bajen dentro del top.

—Algunas veces, pero prefiero estar solo.

—Me gustaría golpear a alguien.

Sin decir una palabra, voy hasta el armario y me pongo un par de guantes.

—Vení.

—¿Estás loco? ¡Voy a lastimarte!

—Mido un metro noventa y siete y peso ochenta y ocho kilos. ¿De verdad creés que un golpe tuyo podría derribarme? Eso, claro, en la hipótesis remota de que logres acertarme.

Mis palabras parecen enfurecerla de nuevo, porque Kirsten viene hacia mí con todo.

O, al menos, debe pensar que eso es lo que hace, porque, en realidad, siento como si una mariposa me golpeara. Si mi conocimiento del cuerpo femenino es preciso, ella debe pesar unos cincuenta y cinco kilos y medir un metro sesenta y cinco. Kirsten no tiene fuerza para lastimarme, así que de vez en cuando bajo la guardia a propósito y la dejo acertarme en las costillas y en el estómago.

—Hoy podría matar a alguien —dice, mientras continúa lanzando golpes.

—No, no lo harías ni aunque tuvieras la oportunidad.

—No sabes nada de mí, Simón. Nadie me conoce. Yo no me conozco. ¿Alguna vez llegué a conocerme? ¿Me di la oportunidad de saber quién soy?

Hay un poco de hinchazón bajo sus ojos, lo que significa que lloró más temprano.

Kirsten deja de moverse y, por primera vez en mi vida, siento la tristeza de alguien. Puedo ver el dolor en su rostro, especialmente cuando las lágrimas empiezan a deslizarse por sus mejillas.

No me esperaba lo que haría a continuación. Kirsten, sin quitarse los guantes, se acerca y me abraza.

No es un abrazo como el de un amigo que acaba de encontrarte, ese tipo de abrazo que siempre me pareció extraño y sin sentido. Ella me abraza como si quisiera escalar mi cuerpo, como si quisiera entrar en mí. Tal vez yo sea la persona con menos capacidad del planeta para descifrar emociones humanas, pero consigo sentir, en ese instante, cada gota de su desesperación, así que me quito los

guantes y mantengo a la chica apretada contra mí, cerrando los brazos alrededor de su cuerpo.

Mis padres me abrazaban, pero yo nunca supe bien cómo corresponder. Ahora, sin embargo, me doy cuenta de que es algo innato, algo con lo que naces sabiendo hacerlo.

—Decime qué puedo hacer para ayudarte.

—No me sueltes, Simón. No me expliques lo inadecuado que es esto. Necesito que me sostengas.

—Normalmente no me gustan los abrazos, pero no me molesta abrazarte a vos.

Ella se acurruca más y paso las manos por su espalda, como mi madre hace con mis sobrinos cuando quiere consolarlos, pero pronto soy dominado por el calor de Kirsten.

El cuerpo pequeño y su olor dulce, que ni siquiera el sudor del ejercicio logró disimular, poco a poco transforman mi deseo de aliviar su tristeza en *deseo*, simplemente.

La levanto y la atraigo hacia arriba. Ella separa las piernas, trabándose en mi cintura. Su respiración caliente roza mi cuello y, sin poder resistir más, sosteniéndola con un solo brazo, le acaricio el rostro con la otra mano, acercándolo al mío.

Nuestros ojos se encuentran y siento como si estuviéramos atrapados en medio de una tormenta eléctrica.

Como un experimento para mí mismo, ya que nunca besé a una mujer sin que estuviéramos ambos desnudos o fuera de un contexto sexual, presiono mis labios sobre los suyos.

Es muy poco, apenas un aperitivo comparado con cuánto deseo esa boca, así que profundizo el beso, dejando que la excitación tome el control, con mi lengua obligándola a abrir sus labios para mí.

En algún momento durante nuestro beso, ella se libró de los guantes.

Kirsten suspira en mis labios, entregándose, rodeándome el cuello con los brazos, gimiendo mientras la devoro.

No hay ningún espacio entre nosotros y aun así no parece suficiente. La urgencia que siento me es desconocida, una necesidad visceral de perderme dentro de ella, tan intensa que me hace querer meterle la verga aquí mismo.

Kirsten es la primera en romper el contacto. Abre los ojos y veo sorpresa en ellos, como si tampoco esperara que nuestra reacción química fuera tan intensa.

Le voy a meter la verga bien adentro, y que se vayan a la mierda las reglas que sigo. Por única vez, la haré mía.

La bajo al suelo despacio, decidido a llevarla a mi apartamento, porque sé que ella también me desea.

—No puedo hacer esto.

—¿Qué?

Por un momento, creo que no escuché bien.

—Hoy, la única certeza que tengo en la vida es mi profesión. Si me involucro contigo, vas a despedirme porque voy a romper tus benditas reglas. Nunca me sentí así, y me encantaría arriesgarme, pero no si eso significa perder todo por lo que he luchado.

Ella sale del gimnasio sin mirar atrás, haciéndome probar mi propio veneno.

Entre una mujer y mi carrera, yo nunca dudaría en elegir la segunda. Ahora, parece que encontré a alguien que piensa exactamente igual.



Kirsten



Capítulo 24

No vi a Simón esta mañana y no sé si me evitó a propósito o si estaba en otro sector del hospital, pero fue mejor así.

Puedo culpar lo que pasó en el gimnasio al hecho de que estaba muy lastimada y necesitaba un abrazo, pero la verdad es que yo quise su beso.

Yo quería algo más que un simple beso.

Quería arriesgarme para ver a dónde nos llevaría, porque toda la amargura que tengo dentro mío, en este momento, va a salir de un modo u otro.

Decidí que no voy a dejar pasar ni un segundo más sin aprovecharlo. De ahora en adelante, me voy a dedicar todavía más a mi profesión y, en mi tiempo libre (el que no use para estudiar), me entregaré por completo a vivir la vida.

Antes, sin embargo, hay dos personas con quienes necesito hablar. La mujer misteriosa que fue una de las muchas "extras" de Newton y mi ahora ex suegra, Tausha Gilmore.

La mujer con quien hablé ayer me envió un mensaje temprano, pidiéndome que conversáramos cerca de la hora del almuerzo, ya que ella está en la costa este de los Estados Unidos y la diferencia horaria es de apenas una hora.

Le pedí a la jefa de enfermeras que me dejara salir antes, para coincidir con el horario que la mujer (que dijo llamarse Cindy) me

comentó que tenía disponible.

Mientras camino hacia el hospital a la hora acordada, me siento dividida, porque sé que lo que ella va a contarme me va a doler, pero, al mismo tiempo, también va a liberarme.

Fueron años de dolor por perderlo y culpa por no poder hacer nada para que despertara.

Basta.

Lamento profundamente que haya tenido el accidente, incluso siendo un traidor, pero no voy a seguir dejando que mi vida pase sin experimentar nada.

Sujeto el teléfono con ambas manos. El mismo aparato que perteneció a Newton, porque no tengo dinero para hacer llamadas internacionales largas. Por lo menos eso, el derecho a descubrir la verdad, él me lo debe.

—*Hola* —responde la mujer en el segundo timbre.

—Hola, Cindy, soy Kirsten. Gracias por hablar conmigo.

—Aún no sé muy bien qué quieres de mí, Kirsten, pero voy a responder cualquier pregunta que tengas. Primero, ¿podrías contarme cómo descubriste mi número?

Podría decirle la verdad, que Newton la clasificó como un "seis más" en la cama, pero no hay necesidad de herirla.

—Encontré mensajes de él con otras mujeres y decidí investigar. No sabía tu nombre.

—Perdóname, pero ¿después de cinco años vienes a buscar información sobre las infidelidades?

—Ni siquiera sabía que este teléfono no se había roto en el accidente.

Le explico rápidamente que mi ex suegra me lo dio porque estoy en Argentina y no tenía otra forma de comunicarme con ella. También le cuento que me pareció extraño que los mensajes tuvieran contraseña y que decidí revisarlos.

—¿Me estás diciendo que estuviste cinco años atada a un Newton en coma porque no tenías la menor idea de lo que hacía? ¿No sabías que te estaba engañando?

—No, no lo sabía. Lo conocí en el primer año del bachillerato. Si no hubiera encontrado esos mensajes y él nunca despertara, es

probable que hubiera seguido atada a él por mucho más tiempo.

No le cuento que el sentimiento ya no era el mismo porque, cada vez más, lo que habíamos vivido se iba desvaneciendo de mi memoria.

Él fue el único hombre con el que estuve en toda mi vida, pero creo que un amor verdadero quizá resistiría todo.

—¡Oh, Dios mío, lo lamento mucho, Kirsten!

—¿Lo lamentas?

Ella sorbe la nariz.

—No me enorgullece lo que voy a decir. Soy apenas un año mayor que tú y en aquella época no tenía nada en la cabeza. Hoy estoy casada y soy madre de una niña. No me gustaría que le hicieran a mi hija lo que yo ayudé a hacerte.

—No sé si estoy entendiendo.

—Yo sabía de ustedes dos. Y también de las otras.

—¿Eran muchas?

—Yo estudiaba en la misma universidad que él, y Kirsten, Newton nunca dormía solo.

—¡Dios mío!

—No intento herirte, pero ya que me buscaste, creo que necesitas saber la verdad. Él se acostaba con cualquier cosa que se moviera y que fuera de nuestro género.

Ya ni siquiera puedo llorar. Lo que siento es una rabia inmensa.

—Me pidió matrimonio la noche en que tuvo el accidente.

—Sí, sabía que lo haría. Incluso me mostró el anillo. Todas sabíamos de ti, Kirsten. Él decía que te amaba.

—Puede que suene como una idiota, pero creo firmemente que quien ama no traiciona.

—No eres una idiota, eres una buena chica. Yo también pienso así ahora y, si quieres saber mi opinión, Dios te libró, porque esto te habría pasado después de casarte. Dudo mucho que él hubiera dejado de traicionarte. —Hace una pausa—. *Santo Dios, esta es la conversación más extraña que he tenido en mi vida. ¿Cómo puedes no odiarme?*

—Porque estoy demasiado concentrada en odiarlo a él y a mí.

—No te odies, Kirsten. Eres la única en esta historia que no tiene culpa.

—Dije que no te odio, pero tampoco te perdono. ¿Crees en el karma, Cindy?

—Sí, creo. Yo sufrí una traición cuando estaba embarazada de mi hija. El hombre con quien estoy no es el padre de ella.

—Me gustaría decir que lo lamento mucho, pero prefiero no mentir. Tuviste lo que merecías.

—No te odio.

—¿Por qué lo harías? Yo soy la traicionada en esta historia.

—Porque me enamoré de él.

—¿Y cómo pudiste soportar ser la otra, sabiendo que nunca tendrían futuro?

—Porque él me trataba bien. Era cariñoso. Incluso me preparó comida japonesa para mí una vez.

—Dios mío, si no estuviera en el trabajo ahora mismo, vomitaría. Él preparaba cenas de comida japonesa para mí también, en la casa de sus padres, cuando venía a nuestra ciudad.

—Hombres como Newton creen que pueden tenerlo todo, Kirsten. Quieren lo mejor de los dos mundos. Una esposa hermosa en casa y amantes afuera. Te habrías convertido en un trofeo. Él me dijo que ibas a entrar a la universidad, pero que pensaba embarazarte en cuanto se casaran para alejarte de la profesión.

—¿Cómo es que, aun sabiendo todo eso, incluso que tenía otras amantes, seguías con él?

—Porque en esa época, él era mi príncipe, mi sueño. Yo aceptaría cualquier cosa que él me ofreciera.

—Espero que hayas buscado ayuda psicológica, Cindy, porque si aún te sientes así con los hombres, aceptando migajas, eres el escenario perfecto para encontrarte con otros Newton en el camino.

—Eres demasiado buena para este mundo, Kirsten. Cualquiera en tu lugar me estaría insultando.

—No te confundas. Por dentro, en este momento, te desprecio, pero no es nada comparado con lo que siento por él. Gracias por hablar conmigo.

—Kirsten, espera.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que algún día él va a despertar?

—Ya no es problema mío, pero si quieres, puedo darte la dirección del hospital en el que está. ¿No dijiste que estás casada ahora?

—Lo estoy. Solo quería ver a Newton una última vez.

¡Por Dios, hay personas que nunca aprenden!

—No hay problema. Estoy segura de que, si dices que eres amiga de él, la madre de Newton te permitirá la visita.



Kirsten



Capítulo 25

—*Lo siento mucho, querida* —dice Richard por teléfono durante mi hora de descanso—, *pero ya más o menos sospechábamos esto.*

—¿Sabes qué es lo más extraño?

—*¿Además del hecho de que ese hombre que creíste perfecto resultó ser un traidor compulsivo?*

—Sé que eso fue horrible, pero hablo de lo que sentí cuando descubrí la infidelidad de Newton. O mejor dicho, de lo que no sentí.

—*No sé si te estoy entendiendo.*

—Estoy furiosa con él. No tienes idea de cuánto desearía que despertara para decirle lo que pienso de él, pero es una rabia de amiga, ¿sabes? No es el tipo de dolor que creí que sentiría al imaginar al hombre que amo tocando a otra, besándola.

—*Tal vez sea porque nunca durmieron juntos.*

—No creo que sea por eso, Richard. Traición es traición. Lo he pensado mucho. En realidad, mi cerebro ha hervido desde que leí los mensajes. No importa que Newton y yo nunca hayamos hecho el amor, él me traicionó. Me engañó. ¡Por el amor de Dios, hasta la amante sabía que él pensaba pedirme matrimonio! Y Cindy me dijo que no era la única, que él nunca dormía solo.

—*Esté o no en coma, tu ex prometido es un asqueroso, Kirsten. Pero creo que tienes razón. A mí me traicionaron una vez. O mejor dicho, me traicionaron una vez que yo sepa. Pudo haber habido*

otras sin que yo lo supiera. El punto es que estaba completamente enamorado y me sentí como basura. Además del dolor de haber sido un idiota, de creer que teníamos un futuro, sufrí imaginando que hacía con otro lo que hacía conmigo en la cama.

—Pues de eso hablo. El dolor que sentí fue por mis sueños rotos, por haber sido engañada, pero en ningún momento me dio rabia imaginarlos en una cama. En realidad, tuve más odio cuando me dijeron que él le preparaba sushi.

Él suelta una risita.

—Perdón, no intento burlarme, pero puedo decir sin miedo a equivocarme que, si te hubieras casado con él, no habrías sido feliz, Kirsten. Tú no lo amabas, cariño. Tal vez amabas la idea de un "amor para siempre", pero eso no es pasión ni amor.

—Estoy empezando a creerlo también.

—¿Qué piensas hacer con tus suegros?

—Voy a hacer una videollamada con la madre de Newton hoy.

—Sabes que no será una conversación fácil, ¿no?

—Sí, lo sé, pero no voy a posponerlo.

—¿Por qué creo que hay algo que no me estás contando?

—Mi jefe y yo nos besamos ayer.

—¿Qué? ¿Y recién ahora me lo dices? ¡Estoy en contra de eso de dejar lo mejor para el final! A ver, ¿tienes una foto para mostrarme?

—Dios, pensé que yo era acelerada, pero tú ganarías cualquier concurso.

—Ya sabes que adoro las historias de amor, sobre todo cuando significan una "remontada".

—Vamos a aclarar algo: esto no es una historia de amor. Tal vez una historia de atracción.

—Suena como una frase de una chica mala. Me encanta eso.

—No sé si algún día seré una chica mala, pero puedes apostar a que jamás volveré a ser una idiota por un hombre.

—Así se habla. Ahora cuéntame qué pasó con el doctor guapísimo.

—¿Cómo sabes que es guapo?

—Amor mío, tú ya me lo dijiste. Además, estabas destrozada, sufriendo. Solo un hombre hermoso puede lograr que olvidemos a

un desgraciado. Que me disculpen los feos, pero en este caso, no tienen oportunidad.

—Es hermoso y sexy. Poderoso también. Y para empeorar las cosas, un excelente profesional.

—¡Por Dios, Kirsten, no te enamores de él! Acabas de salir de un desastre.

—¿Qué? ¿Enamorarme? Ni pensarlo. No tengo la menor intención.

—¿Y cómo llegaron a ese punto?

Le conté a Richard que vivo en el mismo edificio que Simón. En realidad, ahora él sabe mucho sobre mi vida.

Lo investigué como él me aconsejó. Vi a sus hermanas en redes sociales e incluso él habló de mí con ellas; me agregaron en Instagram y Facebook.

Richard viene de una familia amorosa y unida. Pasé un buen rato viendo fotos de ellos en Navidad y cumpleaños. Sus padres parecen increíbles también.

—No podía dormir después de leer los mensajes y fui a entrenar. Simón estaba allí. Me aconsejó practicar boxeo en lugar de romperme una pierna corriendo en la caminadora. La segunda parte es medio humillante: a mitad del entrenamiento, empecé a llorar y lo abracé.

—Ay, Kirsten, en este momento tengo tanta rabia de tu ex.

—No la tengas. Estoy intentando canalizarla. Transformarla en otra cosa. Newton ya está teniendo el castigo que merece. Yo perdí cinco años de mi vida esperando a un traidor, pero él perdió cinco años de su vida literalmente.

—Eres un encanto.

—No lo soy. Siento rabia, desprecio y rencor, pero no quiero cargar con eso para siempre.

—Está muy bien. Sígueme contando, entonces lo abrazaste y…

—Él me besó. Creo que los dos nos hemos sentido atraídos desde el principio, ¿sabes?

—¿Y qué pasó después?

—La realidad pasó. Me di cuenta de que estaba arruinando mi carrera por algo que sería un romance pasajero. Soy pobre, Richard. No tengo el apoyo de mis padres y tendré menos aún cuando

descubran que el "matrimonio de los sueños" no va a suceder. Mi única certeza ahora, además de tu amistad y la de Raz, es mi profesión. Tengo una oportunidad con la que la mayoría de la gente sueña toda la vida: trabajar con los mejores profesionales de mi área. No voy a echarlo todo a perder por una noche de pasión.

—¿Y cómo sabes que sería solo una noche?

—Porque investigué a Simón. Había varios artículos sobre su vida profesional y cero apariciones con mujeres en su vida personal. Solo familia.

—Tal vez es simplemente un hombre reservado, que no quiere exponerse.

—Sí, creo que un poco es eso también, pero él tiene treinta y ocho y…

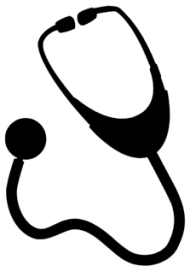
—¿Treinta y ocho? Ay, qué delicia. Amo un buen age gap.

—¡Basta! En fin, con su edad, si quisiera algo serio, ya habría aparecido con al menos una novia formal. Sin embargo, no hay ni una sola foto con alguna mujer.

—Bien, descartemos al médico rompecorazones entonces. El mar está lleno de peces. Puedes tener varias noches de pasión, solo que no con el guapo.

No le digo que creo que será difícil encontrar a alguien que, por sí solo, me parezca un sueño hecho realidad, como es el caso de Simón.

Además, ya no quiero soñar con el hombre perfecto. Ni con ningún hombre, en realidad, porque eso parece ser la receta para que vuelvan a destrozarme el corazón.



Kirsten



Capítulo 26

No regresé al departamento para llamar a Tausha. Estoy en una sala vacía del hospital porque decidí que no quiero llevar al lugar donde vivo más tristeza de la que ya hubo ayer, cuando descubrí la verdad. Creo profundamente en la energía, en que atraemos lo que cultivamos.

—Kirsten, ¡no me lo podía creer cuando dijiste que querías hablar conmigo por teléfono! Pensaba que habíamos acordado que siempre llamarías los domingos.

Me obligo a sonreír en la videollamada, sabiendo que esta será, probablemente, la conversación más difícil de mi vida.

Independientemente de lo que Newton hizo, de que haya sido un traidor inescrupuloso, yo quiero a los Gilmore, tal vez incluso más que a mis propios padres. Ellos han estado presentes en mi vida desde que empecé a salir con Newton, lo que suma casi una década de convivencia.

—¿Cómo están las cosas por ahí?

En realidad, no quiero saberlo. Me siento herida y, en este momento, no hay espacio en mi corazón para sentir compasión por Newton. Si hice la pregunta, fue solo por consideración hacia Tausha y Freddy.

—Igual que siempre, infelizmente. Los médicos dicen que hubo una pequeña alteración en las reacciones cerebrales, pero no quiero

tener esperanzas. Ya pasó otras veces, ¿te acuerdas? Y aun así, él no despertó.

Asiento con la cabeza, recordando el primer año del coma de mi ex prometido. Incluso un leve temblor en su párpado me llenaba de ánimo. Al principio, estaba convencida de que despertaría rápido.

—Necesitamos hablar —digo.

—No me gusta esa frase. ¿Pasó algo?

—Sí, pasó. No tengo cómo contarte esto de una manera suave o diplomática, así que el único camino posible es la verdad.

—Me estás asustando, Kirsten.

—Por favor, perdóname. No era mi intención. En primer lugar, quiero decirte que tú y Freddy han sido más mis padres que mis propios padres.

—¿Por qué me suena esto como una despedida? —pregunta, y puedo ver lo pálido de su rostro incluso a través de la pantalla.

—Porque, en cierto modo, lo es. ¿Recuerdas el celular de Newton? El mismo con el que estamos hablando ahora.

—Sí.

—Estaba viendo todas nuestras fotos antiguas, pero no me pareció suficiente, así que intenté leer también los mensajes que intercambiábamos. Me sorprendió notar que era imposible acceder a ellos y me pregunté por qué Newton pondría una contraseña para acceder a las conversaciones. Para resumir, le pedí ayuda a un amigo para abrirlas y descubrí que... —hago una pausa y respiro hondo— durante todos los años en que estuvimos juntos, tu hijo me traicionó, Tausha.

—Kirsten…

Ella parece herida, tal vez porque nota que yo también lo estoy, pero algo que no puedo ignorar es que mi ex suegra no parece sorprendida.

—¿Lo sabías? —pregunto, sintiéndome ahora doblemente engañada.

—Antes de responder a tu pregunta, déjame decirte que si es verdad lo que estás diciendo…

—Es verdad. Hablé por teléfono con una de las ex amantes de él.

Incluso podría decirle que es probable que Cindy la busque, porque, según noté ayer, ella aún ama a Newton.

—Está bien. Lo que intentaba decirte es que, antes de juzgar a Newton, quiero que sepas que él creció viendo las traiciones de su padre.

—¿Qué?

—Freddy me engañó desde el inicio del noviazgo también. Yo nunca lo abandoné, así que es probable que mi hijo haya pensado que traicionar era algo natural.

—Con todo respeto, Tausha, lamento mucho tu situación, pero tu hijo era un adulto. Lo que me hizo no fue por influencia de nadie; lo hizo porque es un canalla. Perdóname por decirlo. Créeme, si pudiera, jamás te lastimaría, pero él no tenía solo una amante. Descubrí que era conocido en la universidad por no pasar una sola noche solo.

La veo empezar a llorar y mi corazón se agrieta por la tristeza, pero entonces recuerdo que ella no me respondió si sabía que su hijo me traicionaba.

—¿Sabías lo que él hacía?

—No. Para mí, Newton siempre decía que te amaba y que tú eras la mujer de sus sueños.

—Perdóname si no puedo creer eso. No es el tipo de amor que quiero para mí. Quiero un hombre que me respete. Para quien yo sea suficiente. Si no lo sabías, ¿por qué no pareces sorprendida?

—Porque no lo estoy. No me sorprendería que lo hubiera hecho, con el ejemplo que tuvo en casa. Pero si te consuela, con los años, Freddy dejó de traicionarme y se convirtió en el mejor esposo con el que yo podría haber soñado.

Después de romperte el corazón durante años, pienso.

—No es suficiente para mí. Nunca voy a olvidar lo que él hizo.

—Kirsten, ¿qué es lo que me estás diciendo?

Levanto mi mano derecha, sin el anillo.

—Se acabó, Tausha. Lamento que tu hijo no esté despierto para decírselo en persona, pero pasé cinco años de mi vida esperando a un traidor. Según las palabras de una de sus amantes, tu hijo salía con cualquier mujer que se le pusiera enfrente. Me humilló, me

engañó, me mintió. Incluso si Newton despertara mañana, yo jamás volvería a mirarlo a la cara.

Ella se pone de pie, se lleva las dos manos a la cabeza y llora.

—Por favor… —empieza.

—No hagas eso. Te quiero, así que no me faltes al respeto pidiéndome que pase por encima de mi amor propio para mantener esta farsa.

La veo llorar durante algunos segundos y lloro con ella, porque las dos sabemos que se trata de una ruptura no solo de mi compromiso, sino también con la familia.

Quiero espacio para crecer, y mientras los Gilmore (los padres de ese traidor) sigan cerca, eso no va a pasar.

—Déjame pedirte solo una cosa más, entonces.

—¿Qué es?

—¿Puedes mantener la ruptura en secreto por un par de meses más?

—¿Por qué haría eso?

—Freddy va a operarse el corazón. Su condición es grave y será una cirugía de alto riesgo. Temo que no lo soporte si…

Deja el resto en el aire, pero no necesita completarlo.

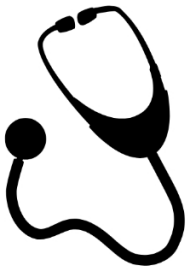
Sé que mi ex suegro tiene complicaciones cardíacas y que ya ha sufrido varios infartos. Uno de ellos ocurrió días después del accidente de Newton.

Cierro los ojos, sintiendo que estoy en una trampa, pero incapaz de negarle eso, porque si algo sucede con mi ex suegro, viviré con remordimiento.

—Está bien. No se lo diré a mis padres, pero voy a vivir como si fuera libre. Es importante que tengas eso en mente.

—¿Conociste a alguien?

—Aún no —respondo, y no es mentira, porque ese "alguien" que conocí está fuera de mi alcance—. Pero no me voy a cerrar si pasa algo, y en cuanto Freddy esté recuperado, les diré a mis padres toda la verdad.



Simón



Capítulo 27

—Doctor Benítez, lo siento mucho. —Una Kirsten aparentemente distraída choca conmigo al salir de una sala.

Ella sostiene el teléfono, mirando hacia abajo, pero aun así puedo ver que sus labios están apretados en una línea fina, como si estuviera molesta.

Paso un brazo alrededor de su cintura y la sostengo por el codo con la otra mano para evitar que caiga. Siento su piel arder al instante contra la mía.

La piba parece estar siempre febril. ¿O será que es así de caliente en todo el cuerpo?

Carraspeo la garganta, intentando vaciar mi mente del sabor de ella. La boca de Kirsten es la cosa más deliciosa que probé.

—No fue nada. ¿Qué hacés acá a esta hora?

—Necesitaba hacer una llamada y usé una sala vacía. ¿Estuve mal?

—¿Por qué no esperaste para llamar desde tu casa?

—¿Tú normalmente haces tantas preguntas?

—No, pero quiero saber.

—¿Por qué?

—Sos parte de mi equipo.

Ella finalmente levanta el rostro para mirarme.

—Prueba con otra cosa, doctor Benítez. Mi turno ya terminó y, a menos que esté prohibido entrar en una sala vacía, no hice nada malo.

La guío hacia el ascensor privado, que sale de mi consultorio y da directo al garaje.

—¿A dónde estamos yendo?

—Yo me voy a casa. Y te llevo conmigo.

—¿Has considerado ofrecer algo en lugar de simplemente decidirlo?

—No.

Las puertas del ascensor se cierran y yo la suelto. Hay espacio suficiente para que los dos nos quedemos a buena distancia uno del otro, pero aun así, no nos alejamos.

—Me gusta saber de vos.

—¿Qué?

—Preguntaste por qué hago tantas preguntas. Podría decirte que es porque fuiste enviada por LJ, pero no te miento, Kirsten. No sé la razón, pero me interesa saber sobre vos.

Ella traga en seco.

—¿Por qué?

—Es mejor que no sepas la respuesta.

—Quiero saberla.

Doy un paso hacia adelante y ella no se mueve, aunque podría apartarse.

—Cuando te besé ayer, dijiste que, igual que yo, le das importancia a tu carrera.

—Y sí, pero no estamos haciendo nada, doctor Benítez. Solo estamos hablando.

—No quiero hablar. Necesito esa boca otra vez.

En cuanto termino de hablar, el ascensor da un tirón y las luces se apagan.

Kirsten no grita como sería lo esperado. Al contrario, siento su cuerpo pegado al mío.

—Yo quiero tu boca también —murmura—. Una vez más, pero no iremos más allá de eso.

Podría hacerla cambiar de idea y tomarla aquí mismo, pero de algún modo, este juego de gato y ratón me está excitando, porque ya decidí que la voy a tener en mi cama.

La agarro por el cuello.

—No tenés idea de lo que quiero hacer con vos, Kirsten.

—Muéstramelo ahora. Solo hoy.

En el momento en que tomo su boca, su rendición es inmediata.

No, es más que sumisión. Es hambre. Ella también está loca de deseo por mí.

—Tu aroma me embriaga. Es exquisito.

Atrapó su labio inferior entre mis dientes, provocándola, evitando un beso más profundo, disfrutando la ansiedad de ella cuando se pone de puntas de pie y casi se cuelga de mi cuello. Es sexy y exigente. Muy atractiva.

Yo no conozco la privación cuando se trata del sexo opuesto. Querer a una mujer es una garantía de que la tendré, pero nuestra relación inadecuada y relativamente prohibida, según mis propias reglas, hace que mi hambre por ella crezca aún más.

El sabor de Kirsten, la suavidad de sus labios carnosos y los gemiditos de placer cuando mi lengua finalmente la prueba me hacen olvidar dónde estamos, y que alguien podría vernos cuando la luz vuelva.

Dejo las cuestiones de lo correcto o incorrecto para considerarlas después. No puedo dejar de besarla.

Las manos de Kirsten me tiran del cabello; corresponde con pasión a mis caricias y, cuando presiono su espalda contra el ascensor, levantando una de sus piernas, frotando mi dura verga contra ella, gime y trae la lengua para jugar con la mía.

La chupo y ella se vuelve loca, empujando su cuerpo contra el mío.

—Vos me deseás. Necesito lamerte por todas partes, enfermera Millard.

La idea de probar cada parte de ella hace que mi verga se ponga aún más dura.

—Yo…

No la dejo responder. Exploro su boca con mi lengua del mismo modo en que quiero probar su vulvita.

Mi mano se desliza debajo de su uniforme. Necesito sentirla en mis dedos. Pero antes de que encuentre el calor entre sus piernas, la luz vuelve y Kirsten me empuja.

—Un beso. Acordamos un beso.

Su rostro es aún más bonito ahora, sonrojado por el deseo.

—La que dijo eso fuiste vos. Yo te quiero en mi cama.



Kirsten

"Di que sí", una voz diabólica implora en mi cabeza. *"¿No era eso lo que querías?".*

No digo nada más. Me arreglo la ropa y me giro hacia la puerta del ascensor.

—Fingir que no pasó no va a calmar nuestra hambre.

—Entonces tal vez sea mejor mantenernos lejos uno del otro.

Ya estamos en el garaje y, en este momento, nos miramos como dos adversarios.

—Nunca forcé a una mujer en mi vida, Kirsten. Estás segura conmigo. Ahora, voy a llevarte a casa.

Él parece ofendido y yo me muero de vergüenza.

—Espera, Simón. —Agarro la manga de su traje y lo veo enfocar el lugar donde lo toco. Cuando me mira, hay fuego en sus ojos.

—¿Qué pasa?

—Estoy loca por saber qué es esto entre nosotros, pero no si va a ser para que me despidan al día siguiente porque no soportarías tenerme cerca.

—¿Qué es exactamente lo que querés saber, Kirsten? Ponelo en palabras exactas.

—Dijiste que nunca te involucras con personas del trabajo. ¿Puedes afirmarme con cien por ciento de certeza que, si pasara algo entre nosotros, nada cambiaría? ¿Seguirías tratándome solo como a la enfermera Millard cuando terminara?

Él no responde y recuerdo lo que dijo hace poco. Simón no miente, lo que significa que mi intuición estaba en lo correcto.

En cuanto nuestra relación terminara, él querría deshacerse de mí.

—No tengo una respuesta para eso.

—Tu silencio ya es una respuesta, doctor Benítez.

—No tenés la menor idea de lo que estás diciendo, Kirsten. Mi miedo no es querer deshacerme de vos al día siguiente, sino querer meterte la verga en cada rincón del hospital. No me gusta lo que me hacés sentir, piba.

Después de soltarme eso y dejarme completamente sin palabras, me guía hacia el auto, apoyando su mano enorme en mi espalda.



La maldad



Capítulo 28

No me doy cuenta de que hundí la llave del auto en mi propia carne hasta que un dolor agudo, seguido por un líquido caliente y viscoso, me indica que perforé el jean con ella.

Ni aun así consigo apartar los ojos de los dos.

Yo no estaba contando con esto. Después de tanta lucha, ¿esto es lo que recibo?

De ninguna manera.

¿Y si fuera solo un encuentro casual?

No seas idiota. Ellos se desean. Mira cómo sus cuerpos se inclinan el uno hacia el otro.

Lo que presencio no es una relación de médico y enfermera. Hay algo ocurriendo entre ellos.

Mis ojos siguen cada movimiento que hacen, y la manera en que ella lo sujeta del brazo es como recibir una puñalada directa en mi corazón.

¿De qué están hablando? Parecen demasiado íntimos.

No importa. Yo no hice lo que hice para perder este juego ahora.

Salgo del auto, aun sabiendo que no es seguro, porque debe haber cámaras en todas partes. Sin embargo, en este momento, lo que me guía es el deseo de sangre.

Intento acercarme, escondiéndome entre las sombras, pero ellos hablan demasiado bajo.

¡Malditos!

Yo no voy a aceptar esto. Exijo fidelidad. Soy la única persona con derechos aquí.

Presenciar el intercambio entre los dos hace que mi sangre hierva de odio. En este momento, podría matarlos a los dos.

El pensamiento obsesivo se expande por toda mi mente.

No, soñé durante demasiado tiempo con esto y no voy a renunciar.

No necesito matarlos a los dos. Solo a quien se interpuso en mi camino. Tal vez la muerte no sea solamente una opción, sino una necesidad.

Ahora mismo, mi amor está suspendido. Solo siento rabia y rencor. Quiero destruirlos, sin importarme si voy a sufrir las consecuencias después.

Mis dientes se traban de tanto apretarlos.

No podían hacerme esto.

Espero y espero a que se despidan, pero no sucede.

Y entonces, el maldito pone la mano en su espalda y la lleva hacia su auto.

Mientras se alejan, prometo que van a pagar caro por esta humillación.

Ese amor me pertenece a mí y a nadie más.

Lo voy a recibir por las buenas o por la fuerza.

Es mío por derecho.

Es mi destino, y uno de ellos va a pagar con la vida por haberse interpuesto en mi camino.



Kirsten



Capítulo 29

"Lo lamento si me comporté como una niña pequeña".

Envío el mensaje antes de perder el valor.

Pasamos todo el camino en silencio y, cuando llegamos a nuestro edificio, Simón insistió en subir conmigo.

Me dejó en la puerta del apartamento y se quedó esperando a que entrara, y juro por todo lo sagrado que sentí su mirada tocando mi piel.

Ya pasaron dos horas y estoy en un taxi, a punto de encontrarme con Richard, que llegó a la ciudad antes de lo acordado.

Parece que Dios decidió apiadarse de mí, porque no creo que hubiera conseguido dormir, y salir hoy para hablar con alguien que sabe perfectamente la mierda que es mi vida me parece una excelente opción.

Y fue solo por eso que me sentí tan valiente y envié un mensaje a mi hermoso jefe, muy atractivo, pero lamentablemente, mujeriego también.

Cuando me enamoré de Newton, yo era prácticamente una niña.

Si llego a involucrarme con Simón y me enamoro, la caída va a ser muchísimo peor.

Golpeo la pantalla del celular con el dedo, preguntándome si va a responder, al mismo tiempo que recuerdo la idea de Richard para

hoy.

Según él, merezco una borrachera fenomenal (lo cual pienso hacer) después de esta semana infernal, y eso significa que iremos a discotecas hoy y mañana.

El taxi se detiene frente a la discoteca y me quedo boquiabierta con la gente en la fila. Parecen haber salido directamente de una revista de moda.

Menos mal que Richard me hizo fotografiar el vestido que elegí para hoy: uno negro no tan básico, porque aunque tiene mangas largas, la espalda queda completamente al descubierto.

Dios… ¿Hice bien en venir hoy?

Gasté, igual que por la mañana, una tonelada de maquillaje tratando de cubrir mis ojos hinchados, en parte por las lágrimas, en parte por la noche en vela.

—¡Qué puntualidad! —Escucho, detrás de mí, la voz de alguien a quien estoy empezando a querer de verdad, justo cuando bajo del taxi—. Estás preciosa, *baby*. Si no fuera gay, yo…

—No me ilusiones, o voy a fantasear con eso el resto de mi vida.

Él me envuelve en un abrazo fuerte.

—¿Cómo estás?

—Por increíble que parezca, más ligera que cuando llegué a Buenos Aires. No voy a mentir. Mi corazón está lleno de cráteres, pero voy a mejorar.

—Vas a mejorar, sí. Porque, si depende de mí, cada vez que yo esté en la ciudad vamos a desquitarnos divirtiéndonos sin parar.

—No puedo creer que voy a hacer esto. Nunca salí a divertirme en mi vida adulta. Y para tu información, creo que elegí el vestido equivocado —digo, tirando de la falda hacia abajo—. Juro que siento frío en mi culo.

Él se echa a reír, pasa un brazo sobre mis hombros y empezamos a caminar hacia la entrada, ya que esta es la discoteca del tipo con quien él salió.

De repente, mi celular vibra.

—Espera un segundo.

Richard se ríe cuando ve en la pantalla: *doctor Gruñón.*

—¿El guapísimo?

—Sí, luego te explico.

Me alejo un poco para leer.

Doctor Gruñón: *"No te comportaste como una niña".*

¿Y eso es todo? ¿No va a decir nada más? ¿Y qué demonios significa esa respuesta tan corta?

La prudencia me dice que entre con Richard y disfrute la noche, pero yo me conozco. Si no tengo claro qué está pensando, no voy a poder divertirme.

"¿No estás pensando mal de mí, entonces?".

Dios, que alguien me detenga. ¡Este hombre es mi jefe!

A falta de alguien que me haga entrar en razón, yo misma tomo la iniciativa: apago el celular y lo guardo en la bolsa.

Muchas horas después, no tan borracha como esperaba, pero definitivamente fuera de mi estado normal, un Richard igual de afectado me acompaña hasta la puerta del edificio.

—Gracias. No tenías que venir conmigo hasta aquí —digo, soltando un pequeño hipo.

Los dos reímos.

—De nada, amor. No iba a dejar que subieras a un taxi sola. Pero no te vayas todavía. Déjame volver a encender tu celular. Según me dijiste, lo apagaste justo después de hablarle por mensaje al guapísimo.

Revuelvo en mi bolsita y le paso el aparato.

Richard lo enciende, pero me mira frunciendo el ceño.

—¿Qué pasó?

—Creo que cuando despiertes mañana, linda, rubia y sobria, deberías enviar un mensaje a tu jefe. Tienes por lo menos unas diez notificaciones aquí, además de llamadas perdidas, y no parece feliz.

—¡Ups! ¿Voy a ser castigada?

—Mi amor, por un hombre así, yo ni me quejaría de recibir unas palmadas.

Él me da un beso y me acompaña hasta el ascensor. Nos quedamos un momento allí, todavía en la planta baja, y mientras esperamos, decido enviarle un único mensaje a Simón, sin molestarme en leer los suyos.

"Llegué. Mañana te respondo cada uno de los veinte mensajes que me enviaste, ¿sí?".

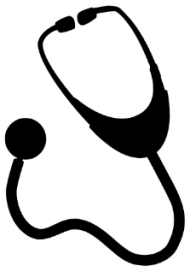
Unos minutos después, Richard y yo seguimos conversando afuera del ascensor. Me río al mirarme en el espejo del hall, porque creo que fui muy graciosa con lo que le escribí al *doctor Gruñón*, pero enseguida mi imagen empieza a volverse borrosa.

¡Por Dios! Richard me dijo que no mezclara vino y vodka. Ahora todo me está girando.

El ascensor llega y se abre. Me despido de él y entro para subir sola. Cuando llego a mi piso, avanzo para marcar las teclas que destraban mi puerta, pero no importa lo que haga, la pantalla pita como si la clave fuera incorrecta.

—Estoy ligeramente alcoholizada, pero no perdí la memoria. Sé cuál es la contraseña —digo en voz alta.

—Yo cambié la contraseña. —Escucho a alguien tronar detrás mío. Luego siento el calor de su cuerpo cuando susurra en mi oído y pasa un brazo alrededor de mi cintura—. No vuelvas a dejar de hablarme en mitad de una conversación, Kirsten. No apagués tu puto teléfono o voy a nalguearte tan fuerte el culo que no vas a poder sentarte en una semana.



Simón



Capítulo 30

Casi no puedo controlarme.

No recuerdo haberme sentido jamás tan loco.

Quiero cargarla sobre mis hombros y llevarla a mi departamento. Pasé horas imaginando qué pudo haber pasado para que Kirsten apagara el teléfono. La imaginé caminando sola por Buenos Aires y, siendo tan linda como es, siendo atacada por alguien con malas intenciones.

Puse un guardaespaldas detrás de ella y recorrí personalmente nuestro barrio en moto, dibujando en la mente los peores escenarios posibles.

No dormí, preocupado de que algo le hubiera ocurrido. Cancelé una salida con una mujer (un compromiso que ni recordaba ya, acordado antes de que Kirsten entrara en mi vida) porque no quiero a nadie más hasta tenerla.

En el momento en que Kirsten me envió un mensaje avisando que llegaba, cambié desde mi celular la contraseña de su puerta. Al bajar por las escaleras del edificio, me repetía a mí mismo que lo hacía para asegurarme de que ella llegó bien, pero al toparme con ese culo redondo y parado, apenas cubierto por el vestido, me perdí.

No pasó nada. Solo había salido a divertirse, a juzgar por su espalda escotada del vestido y sus tacones altos.

Algo que nunca había experimentado me golpea con violencia y velocidad: celos, envidia, un sentimiento territorial.

Una vez que confirmé que estaba bien, debería haberme ido, pero no lo hago. Aún sujetándole la cintura, hundí el rostro en su cabello y aspiré su olor. Kirsten se giró hacia mí en el mismo instante y, con la boca tan cerca de la mía, no pude resistir.

Quería pelear con ella, aunque ni yo sabía por qué, pero, por encima de todo, quería besarla, y eso fue lo que hice, pero no como otras veces.

La tomé como quise desde el primer día: devorando su boca con lengua, labios y dientes.

Ella gime mi nombre y se aferra a mí, pero enseguida se ablanda contra mi cuerpo.

Yo demoro unos segundos en entender qué ha pasado, hasta que sus manos, que estaban agarradas a mi camisa, me sueltan.

Se desmayó.



Kirsten

Me despierto con el día claro y una resaca infernal.

Me siento miserable, como si mi cuerpo hubiera sido golpeado.

Con mucho esfuerzo abro los ojos y casi me da un infarto al ver que estoy solamente en bragas y sujetador; mi vestido está sobre el sillón, igual que los zapatos, a sus pies.

Mi mente intenta activarse para recordar la noche anterior, pero enseguida la habitación empieza a dar vueltas.

Me siento en la cama y corro al baño, con un sabor horrible en la boca.

Pongo el agua casi fría y, después de quitarme la ropa interior, me meto bajo la ducha, intentando poner en marcha cada maldita neurona que Dios me dio.

La discoteca. Fui a una discoteca con Richard.

Bebimos y bailamos.

No, espera. Primero le mandé un mensaje a Simón.

Richard me trajo a casa… ¿y después?

Entrecierro los ojos, apoyando la frente en la pared del box de la ducha y, cuando empiezo a recuperar la memoria, quiero morirme.

¡Maldición! Le mandé un mensaje a Simón cuando llegué al edificio. Después, no pude abrir la puerta de casa.

¿Por qué no?

Un escalofrío me recorre al recordar lo que me dijo:

"Yo cambié la contraseña. No vuelvas a dejar de hablarme en mitad de una conversación, Kirsten. No apagués tu puto teléfono o voy a nalguearte tan fuerte el culo que no vas a poder sentarte en una semana".

Nos besamos.

Ay, Dios, ¡por favor que no haya pasado nada más que besarnos!

¿Y qué pasó después?

Es como una ventana en blanco en mi cerebro; no puedo recordar nada más.

¿Perdí la virginidad borracha? Sería una mala suerte terrible: años guardándome por un traidor, y justo cuando empiezo a conocer los placeres con el hombre más hermoso que he visto, tengo amnesia alcohólica.

No, no me duele ninguna parte del cuerpo. Además, no creo que Simón se aprovechara de mí sabiendo que estaba ebria.

Lección número uno: nada de alcohol esta noche.

Salgo de la ducha y voy al vestidor, pero me quedo paralizada al ver un vaso de agua con dos comprimidos en la mesita de noche y una nota.

Mis ojos siguen automáticamente la puerta.

¿Está aquí?

Ajusto el cinturón de la bata alrededor de mi cuerpo, no porque tema que me haga algo, sino porque me siento vulnerable, perdida

en mi primera incursión en la vida adulta como mujer soltera.

Camino despacio hasta la cama y agarro la nota.

A diferencia de la letra de muchos médicos, la de Simón es hermosa, como él mismo.

"Uno de los comprimidos es para las náuseas, el otro, para la resaca. Tomalos y te vas a sentir mejor. Por si no lo recordás, te desmayaste en mis brazos. Después hiciste un striptease en la habitación, tirando el vestido encima del sofá. Si te estás preguntando si te toqué, la respuesta es no. Estar con mujeres en estado de coma no me excita".

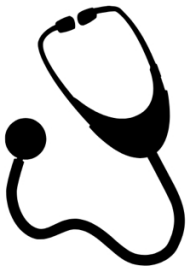
Dios mío, quiero desaparecer del planeta.

¿Hice un striptease para él? Por favor, Señor, no permitas que me haya "ofrecido".

Dicen que Dios protege a los ancianos, a los niños y a los borrachos; espero que haya sido así.

Sigo leyendo.

"Preparate. Sé que es tu día libre, pero te necesito en el hospital. Hubo una emergencia. Por último: hablé en serio cuando dije que la próxima vez que apagues el teléfono a mitad de una conversación, te voy a nalguear el culo".



Kirsten



Capítulo 31

Al entrar en mi sector, enseguida vi que, efectivamente, se trataba de una emergencia.

El hospital era la imagen más clara del caos. Médicos y enfermeros corrían de un lado a otro, lanzando órdenes, mientras personas heridas parecían brotar de todas partes.

Hice pasantías durante toda la facultad, pero nunca me había encontrado con algo así.

—¿Qué está pasando? —pregunto a una colega.

—Hubo un incendio en un bar de Caminito.

—¡Oh, Dios mío! ¿Algún fallecido?

—Lamentablemente, sí. Ahora muévase, enfermera Millard. No hay tiempo que perder.

Me enviaron al triaje[12] para ayudar a organizar la prioridad de las atenciones.

La mayoría de los pacientes eran jóvenes de más o menos mi edad. Algunos estaban perfectamente bien, gracias a Dios, pero para nuestra desesperación, más de la mitad de los que estaban en el bar en el momento de la tragedia necesitaron ser internados.

Una mujer con una fractura expuesta en el brazo (porque rodó por las escaleras del lugar mientras intentaba huir desesperada) grita de dolor, y su marido, que no sufrió heridas, está

entorpeciendo su atención, intentando darnos órdenes y sin permitir que podamos trabajar.

El brazo de ella está en un ángulo extraño y, cuanto más se interpone él, más tardamos en ayudarla.

Finalmente, un enfermero se cansa del escándalo que el hombre está haciendo y le ordena que salga.

Una joven con quemaduras que parecen de segundo grado en la pierna pasa junto a mí. Debe de estar sintiendo un dolor terrible, pero aprieta los labios para no llorar.

Los casos más graves son más numerosos que los casos que requieren atención inmediata.

Todo el equipo está sobrecargado y yo soy empujada al límite de mis conocimientos.

Cerca de las once, consigo un breve descanso para tomar un sorbo de agua y morder un sándwich a toda prisa. Me siento exhausta, pero también realizada.

Cinco horas después, el ritmo frenético con el que trabajamos durante todo el día finalmente disminuye.

Aparentemente, el incendio ocurrió porque uno de los cocineros estaba fumando cerca de un cilindro de gas en la cocina, que además tenía una fuga. Para la gravedad de la situación, podría haber sido mucho peor. Al final, solo hubo tres fallecidos entre los ciento cuatro clientes y empleados presentes. Entre los muertos se encontraba el cocinero responsable.

En el transcurso de mi trabajo allí, vi a Simón, quien, incluso fuera de su área de especialización, trabajaba codo a codo con los demás médicos y el personal.

De vez en cuando, en medio del caos, nuestras miradas se cruzaban, y aun en ese instante fugaz, podría decir con total certeza que estaba molesto conmigo.

Aun así, en una de esas ocasiones dijo un *"buen trabajo, enfermera Millard"* al pasar junto a mí, y mi corazón idiota celebró de alegría.

Dios, quizá para él eso ni siquiera fue un elogio. Solo un *"gracias por haber venido a ayudar".*

Mi celular suena cuando estoy por verificar si todavía necesitan algo de mí, y cuando veo quién es en la pantalla, contesto sin siquiera saludar:

—No voy a volver a beber jamás en mi vida.

—Acabo de despertar. Estoy con resaca, pero listo para otra ronda.

—Estoy en el trabajo.

—¡Pensé que hoy tendrías el día libre!

—Sí, pero me llamaron al hospital. Hubo un incendio en un bar en Caminito.

—¡Ay, Dios mío!

Le cuento rápidamente lo que pasó.

—Te convertiste en mi nueva heroína, Kirsten.

—Qué tontería. Fue un trabajo maravilloso en equipo. Voy a sufrir mucho cuando tenga que irme. El hospital es excelente. No encontré ni un solo profesional que no fuera increíble.

—Quizá porque tu doctor Gruñón los controla con mano de hierro.

—Y ya que hablas de él, quiero reafirmar que no voy a volver a beber en la vida.

—Ustedes…

—No. Él dijo que no le interesan las mujeres en coma.

—Dios mío, ¡amo a ese hombre! Tiene que haber una explicación de por qué los tipos gruñones son mucho más interesantes que los buenos.

—Newton no era malhumorado.

—Era un imbécil infiel. Su categoría está por debajo de los malos en la cama, Kirsten.

—Bueno, sobre si era bueno o malo en la cama, eso solo pueden decirlo sus ex amantes, porque aunque algún día despierte, nunca más va a ponerme un dedo encima.

—Olvida al cretino. Hablemos de Simón. Él es muchísimo más interesante.

—Le hice un striptease cuando estaba borracha.

—Mentira...

—¡Verdad! Él dejó una nota por la mañana; creo que pasó la noche en mi departamento, quizá con miedo de que muriera

asfixiada en mi propio vómito.

—¡Puaj! ¿Vomitaste?

—Creo que no. Desperté oliendo bien.

—Bien, nada de alcohol por hoy. Pero ¿nuestra salida sigue en pie?

Pienso en mis opciones.

Quedarme en casa dándole vueltas a un hombre que no puedo tener, o salir a bailar con mi amigo.

—Sí, sigue en pie. ¡Vamos a divertirnos!

Apenas corto la llamada recibo un mensaje de Raz.

Mejor amiga: *"Te echo de menos".*

"Yo también. ¿Ya volviste de Nueva Zelanda?".

Ella estuvo allí tomando fotos por algunas semanas y solo hablamos por teléfono dos veces. Además de eso, solo mensajes de texto.

Mejor amiga: *"Sí, y estoy pensando en ir a visitarte".*

"No juegues con eso, mi corazón es débil".

Mejor amiga: *"Y hablando de corazón, ¿cómo anda él?".*

"No quiero hablar de eso por teléfono. Si vienes, lo hablamos en persona. Si no puedes viajar a Buenos Aires, hacemos una videollamada mañana. ¿Qué te parece?".

Mejor amiga: *"Quedamos así entonces".*



Huí de él.

No me avergüenza admitirlo.

Todavía necesito reunir un poco más de valor antes de enfrentar a Simón otra vez, así que, sabiendo que él se quedaría en el hospital algunas horas más, tomé la ropa que usaría por la noche y fui a arreglarme a la casa de Richard.

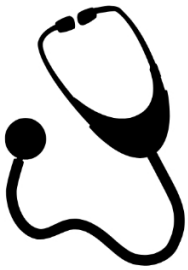
Hace media hora que llegamos a la discoteca, y es incluso más bonita que la de ayer.

Richard me dijo que será el lanzamiento de una marca de whisky de un tal Duque del Reino Unido, y que la bebida es considerada oro líquido.

Bueno, a juzgar por la ropa y la apariencia de la gente que está aquí, no me sorprendería que todos fueran de la realeza.

—¿Cómo consigues estas invitaciones? ¡Somos dos pobres!

—Mi amor, el conocimiento es mucho más importante que la cuenta bancaria. Ahora vamos a bailar porque le eché el ojo a un tipo que acaba de pasar hacia la pista.



Simón



Capítulo 32

—¿Por qué ese humor de mierda? —pregunta Vernon Westbrook, que, al igual que yo, es el más joven entre sus hermanos.

Él se quedará solo esta noche en la ciudad y, como hacía mucho que no nos veíamos, acepté venir al lanzamiento de mi marca de whisky favorita.

El hermano mayor de Vernon, Dell, y Martín son buenos amigos, lo que hizo que nuestras dos familias se aproximaran también, pero Vernon y yo terminamos siendo más unidos que el resto del grupo.

No tenía intención de salir hoy. Mi meta era cazar a la enfermera fugitiva que desapareció del hospital mucho antes que yo, pero Kirsten no estaba en el departamento y su celular estaba apagado.

—El día fue un infierno. Hubo un incendio en un bar.

—Lo leí mientras el avión estaba aterrizando. Tremendo descuido del cocinero.

—Sí. Un irresponsable de mierda.

—No es por eso que estás tan molesto. Estoy seguro de que ya estás más que acostumbrado a situaciones así.

No digo nada. Le doy un trago al whisky y miro hacia la pista de baile, decidido a irme en unos minutos. La música alta me irrita y ninguna de las mujeres presentes me interesa.

Escucho su risa.

—¿Cuál es la gracia?

—No me digas que finalmente te pescaron.

—No sé de qué hablás. ¿Soy un pez, acaso?

—No seas un boludo más grande de lo que ya sos. Lo entendiste perfectamente. Tus hermanos están casados y…

Tengo una vaga noción de que sigue hablando, pero me desconecto por completo cuando veo una cabeza rubia platinada, de un tono inconfundible, moviéndose en la pista de baile.

—Ya vuelvo —digo, dejando la bebida sobre la barra en la que estábamos apoyados.

Como un obsesionado, camino hacia donde ella está, pero no estaba preparado para lo que veo.

Kirsten, en lo que supongo que es su estado natural.

No siendo la enfermera eficiente.

No siendo la vecina sexy.

No siendo la mujer que se volvió una protegida no deseada a pedido de mi amigo.

No siendo la que habla demasiado cuando está nerviosa; la que huye de mí; la que, en este momento, se ha convertido en lo más alto de mi lista de deseos en la vida.

Ella parece un rayo de sol en medio de la penumbra del lugar.

Aparto a las personas de mi camino y me detengo a unos pasos de distancia.

Kirsten se mueve con sensualidad al ritmo de la música, pero no es su cuerpo sexy (que quiero desnudo en mi cama) lo que más me atrapa ahora; es su rostro hermoso.

No. Hermoso no alcanza a describirlo.

Mujeres hermosas no son novedad para mí. Hay algo en ella que me deja en un trance de deseo cada vez que estamos cerca. Con ninguna otra colega de trabajo (y oportunidades no me faltaron) llegué a considerar involucrarme, pero por más que una parte de mí todavía insista internamente en que resista, sé que es una lucha perdida.

No vences una obsesión, la desmitificas. Y sé que mientras no la tenga, no voy a desear a otra.

Hay dos hombres cerca de ella. Uno moreno y alto, que parece estar coqueteando con un rubio, porque se sonríen entre sí. Kirsten,

sin embargo, está atrapada en su propio mundo particular.

El moreno abre mucho los ojos cuando me ve acercarme, como si me reconociera.

¿Ella habló de mí con su amigo? Sí, porque está claro para mí que esos dos chicos o son pareja, o están a punto de serlo.

Me detengo detrás de ella y aparto su cabello, pegando mis labios a su lóbulo.

—Huiste de mí otra vez, enfermera Millard.

Kirsten gira tan rápido que solamente no se cae porque la sostengo por la cintura.

—Simón… —susurra, agitada.

Por el rabillo del ojo, alcanzo a ver a sus amigos riendo, pero en este momento, Kirsten es la única persona que me interesa en la discoteca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta ella, intentando recomponerse.

No retiro mi brazo de su cintura.

—Antes respondeme algo: ¿bebiste?

—No, y no voy a beber nunca más. Fue mi primera y última borrachera de la vida.

—¿Podés repetir el striptease estando sobria?

—Un caballero no me recordaría ese papelón.

La sujeto por un costado del cuello y bajo la cabeza, casi rozando nuestras bocas.

—No soy un caballero, Kirsten. Soy el hombre que quiere dejarte desnuda y comerte entera. Tetas, vagina, culo. Quiero tu sabor en mi lengua y tus gemidos cuando mi verga esté hundida en vos. No imaginé que estaba aceptando en mi equipo a una enfermera que terminaría volviéndome obsesivo, sin embargo, acá estamos.



Kirsten

Me agarro a su camisa, porque esas palabras tan crudas me dejan mareada, pero no de vergüenza. Siento como si me hubieran arrojado a una fogata, con mi cuerpo ardiendo de adentro hacia afuera.

—¿Y el trabajo?

—Que se vaya a la mierda el trabajo. Quiero el ahora. Me estás volviendo loco, Kirsten. Desearte está poniendo mi mundo patas para arriba.

—¿Y estar conmigo una noche va a ser la cura?

—No tengo una respuesta para eso.

—Ninguno de los dos la tiene, doctor Benítez. No vine a Argentina para involucrarme con mi jefe. —Vuelvo a bailar, ahora con mi cuerpo pegado al suyo—. ¿Qué sugieres como solución?

—Una noche.

Muerdo mi labio inferior.

—No. Una madrugada. Después, volvemos a ser el doctor Benítez y la enfermera Millard.

—No me gustan las imposiciones.

—Tú empezaste. Lo que no te gusta, por lo visto, es tratar a las personas de igual a igual. Aquí tienes un aviso, Simón. Ya me hicieron quedar como una idiota una vez. No pienso permitir que me lo hagan dos veces.



Kirsten



Capítulo 33

—Vámonos —susurra en mi oído, con los dientes rozando mi piel.

Nunca me sentí así con Newton. Claro, si permites que alguien te acaricie, tu cuerpo va a reaccionar. Es natural. Pero lo que Simón despierta en mí es el deseo de ser suya… aquí, en cualquier lugar.

Es querer que me desvista y cumpla cada promesa sucia que acaba de hacerme.

—Aún no. Baila conmigo.

—No me gusta bailar.

—Entonces déjame bailar para ti.

El ritmo de la música late directamente en el centro de mis muslos, mientras Simón, incluso sin moverse conmigo, me mantiene pegada a su cuerpo grande y duro.

El ambiente alrededor es oscuro. Las luces de la discoteca crean un clima aún más íntimo, como si estuviéramos ocultos del resto del mundo.

Para mí, todo lo que puedo sentir, oler, ver y oír es a él, con esos ojos hermosos fijos en mi rostro.

Me siento poderosa, y la manera en que muevo el cuerpo es calculada para provocarlo; la intensidad de su mirada me consume.

Lo rozo, casi imperceptiblemente, pero cada vez es como recibir un choque eléctrico, porque cada célula de mi cuerpo ansía a Simón.

Decido llevarlo un poco más lejos, apoyo mi rostro en su pecho, le doy un beso y levanto la vista.

La respiración de Simón se vuelve pesada, y yo me estremezco cuando noto que soy capaz de volver loco a este hombre tan hermoso. Por lo que sé de él hasta ahora, es reservado, y dudo que demostraciones públicas como esta sean comunes para él, considerando que nunca lo vi con mujeres en los medios.

Estoy segura de que él percibe exactamente lo que estoy sintiendo, porque agarra un puñado de mi cabello y me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Te quiero en mi cama, Kirsten, pero si lo que querés es que te meta la verga en el baño de la discoteca, vas muy bien encaminada.

La fuerza con la que mi corazón late cerca de Simón es aterradora. Jamás sentí una emoción tan intensa.

Sonrío y me doy la vuelta, dejando que mi cuerpo entero lo sienta.

Me muevo al ritmo de la música, y cuando su brazo fuerte me rodea por delante, por un segundo, una fracción minúscula en el tiempo, una vocecita interna me dice que lo que estoy empezando a sentir por él no es solo atracción.

Levanto los brazos, pero casi no logro rodear su cuello, porque es muy alto.

Toco su cabello con la punta de los dedos y, para mi sorpresa, baja la cabeza.

—Me encanta. No pares —me susurra.

Me vuelvo a girar porque quiero ver el rostro del hombre poderoso, que nunca se conforma con ninguna mujer, aceptando mi afecto.

Mantengo una mano en su cuello, jugando con el cabello de su nuca, mientras dejo que la otra se deslice por su espalda, recorriendo su piel con los dedos.

Él aprieta mi cintura con más firmeza, como si no quisiera dejarme escapar, y eso solo me impulsa a provocarlo más.

—No sabía lo que era ser besada hasta conocerte.

Me pongo de puntitas y arrastro los labios por su pecho, donde la camisa está abierta, sintiendo cómo el calor aumenta entre nosotros.

Su mano sube a mi cabello, apretándolo. Por unos segundos, creo que va a decirme que pare, que me aparte, porque me mira de un modo que no logro descifrar. Entonces su boca golpea la mía y me pierdo en su dominio.

La sensualidad de Simón me abruma. Mientras sus labios me devoran, sus manos recorren mi cuerpo y me atrae aún más hacia él.

Me quedo sin aire cuando siento la dureza de su erección.

—Vení conmigo —murmura dentro de mi boca, sin alejarse.

Tomo una respiración profunda, sabiendo que en cuanto responda, mi pasado quedará definitivamente atrás.

—Llévame. —Me rindo.

—¿Estás segura de que es lo que querés?

—Eres lo que más he deseado en mi vida.

—Entonces, despedite de tu amigo y vení conmigo, Kirsten.

Dios mío, ¿cómo puede una simple orden afectarme tanto?

—Ya vuelvo.

Me acerco a Richard y al chico con el que está coqueteando. Los dos se están riendo.

—Nena, eso sí que es resurgir —dice mi amigo, abrazándome.

—Me voy con él. Dime que no me he vuelto loca.

—¿Es lo que quieres?

—Sí.

—Entonces ve a vivir la vida, Kirsten. Ya perdiste demasiado tiempo con quien no lo merecía.

—Eres un amor, Richard. Soy una afortunada por haberte conocido.

—Quizá soy tu alma gemela platónica. Solo no dejes que Raz lo sepa.

—Oh, sí. Ella es muy celosa. Te llamo mañana.

—Sin prisa, cariño. No eres la única que tendrá una "buena noche" hoy. —Me guiña un ojo—. Mañana intercambiaremos detalles sórdidos.

Le hago un gesto al chico guapo que está con él y vuelvo con el hombre con el que quiero estar más de lo que necesito respirar.

—Solo tengo que despedirme de un amigo —dice Simón, tomándome de la cadera mientras camina conmigo.

—¿Siempre haces esto?

—¿Esto? —pregunta, sonando confundido.

—Elegir a una mujer para salir, agarrarla y marcharte.

—No veo sentido en hablar del pasado, pero para tu información, la respuesta es no. No necesito venir a una discoteca para conseguir una mujer.

No me gusta lo que oí, pero bien merecido lo tengo. ¿Quién me mandó a preguntar?

—Fue una coincidencia que nos encontráramos, por si estás pensando que te perseguí —digo, intentando rescatar un poco mi orgullo.

—No pensaba eso, y si alguien persiguió al otro esta noche, fui yo. Llegué a ir a tu apartamento y, si encendés tu celular, vas a ver que tenés un mensaje mío. No creo que seas una acosadora, Kirsten. Pero con las ganas que tengo de vos, si ese fuera el caso, no me importaría.

No me da oportunidad de decir nada, prácticamente arrastrándome hacia la barra.

Me irrita lo seguro de sí mismo que es Simón, lo consciente que está de que las mujeres quieren perseguirlo, y también su "generosa" autorización para que yo lo haga.

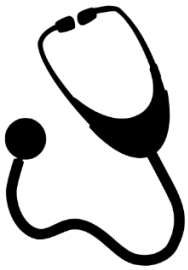
Odio la idea de ser una más.

—Vernon, ella es Kirsten Millard —dice cuando se acerca a un hombre muy atractivo.

En ese lugar, la música no está tan alta, así que escucho perfectamente cuando él responde que es un placer conocerme, extendiéndome la mano.

—Soy su enfermera. Ups, no salió como quería. Quise decir que soy la enfermera de su equipo. Una excepción, ya que el doctor Benítez nunca sale con empleadas. ¿Puedes creer que hasta me dio permiso para perseguirlo? Estoy honrada. Adiós, señor Vernon.

Después de soltar todo eso, me doy media vuelta y me alejo con pasos firmes, sin importarme si Simón me sigue o no.



Simón



Capítulo 34

Voy tras ella, y mientras me alejo aún puedo oír la risa de Vernon. No tengo ni idea de qué la enfureció tanto, pero sé con certeza que fue alguna boludez que hice. La diplomacia no es mi fuerte. Siempre digo lo que pienso y siento.

Me doy cuenta de que, incluso con el club abarrotado, cuando Kirsten pasa, todas las miradas se giran hacia ella, y me vuelve loco hasta el punto de hacer algo que jamás pensé que sucedería. Le extiendo la mano y agarro la suya.

Mi rabia disminuye un poco cuando, tras ponerse rígida unos segundos, siento sus deditos entrelazarse con los míos.

—Saldrás de aquí conmigo —le digo cuando ya estamos afuera y la veo mirando de un lado a otro, como si estuviera buscando un taxi —. No sé qué mierda pasó, pero nos vamos juntos, y entonces podrás decirme qué carajo hice para dejarte así.

Ella me permite guiarla hasta mi auto, donde el chofer ya nos espera en la vereda porque le envié un mensaje cuando salimos de la pista de baile. En cuanto él abre la puerta, apoyo la mano en la parte baja de su espalda, apenas unos centímetros encima de su culo, y Kirsten tiembla.

En el asiento trasero del vehículo, ella mira hacia el lado opuesto al que me siento.

—Si hay algo en lo que no soy bueno en esta vida, es en interpretar emociones.

Ella no dice nada. Mira la espalda del chofer y entiendo que no quiere exponerse frente a una tercera persona, así que aprieto el botón entre los asientos, subiendo el vidrio para darnos privacidad.

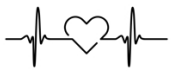
—No hay nada que interpretar. Lo que hubo entre nosotros fue un engaño. No quiero sentirme como el plato del día, doctor Benítez.

Sus mejillas se ponen tan rojas al decir eso que, incluso en la penumbra del auto, puedo notarlo.

—¿Plato del día? No es así como veo a las mujeres, Kirsten. No sé con quién has salido, pero soy un hombre, no un pibe. El hecho de que no asuma compromisos no significa que trate a mis parejas como desechables. Nunca engañé a nadie. No soy capaz de mentir.

—Me viste como algún tipo de conquista garantizada.

—¿Qué?



Kirsten

Odio tener que exponerme así, pero después de lo que pasé con Newton, no aceptaré ser usada.

Aun así, a pesar de mi rabia, puedo ver la sorpresa en sus bonitas facciones.

—No tenés la menor idea de lo que estás diciendo.

—¿No? Entonces dime que, si no me hubieras encontrado, no te habrías ido con otra mujer.

Él reclina la cabeza en el asiento y cierra los ojos durante casi un minuto.

El vehículo empieza a moverse y Simón vuelve a encararme. Me erizo por completo ante la intensidad de su mirada.

—No me habría ido con nadie. Y te lo repito: no soy un hombre calentón cualquiera. Quiero meterte la verga durante días porque estoy obsesionado con sentir tu vaginita recibiendo mi miembro, pero es tu vulva la que deseo, ninguna más.

Siento el corazón golpearme la garganta y no puedo evitar apretar las piernas para contener la necesidad que él me provoca.

—Eres muy…

—¿Directo? Sí, lo soy, pero también soy honesto. —Su voz ahora es afilada como un látigo, y creo que es porque lo enfurecí.

Extiende la mano y toma un mechón de mi cabello. No me aparto, aunque por dentro se libra una pelea entre mis emociones, mis sentimientos y mi orgullo.

Simón me jala por el cuello.

—Sería mucho más fácil para mí no desearte. Pero nunca me gustó lo fácil, enfermera Millard.

La atracción entre nosotros es magnética. Creo que jamás podré decirle que no, y cuando los labios de Simón tocan los míos, olvido completamente la razón de mi rabia y me entrego al beso.

Creo que, en este momento, el sentimiento es mutuo: pasión mezclada con la frustración compartida de no poder resistirnos el uno al otro.

El interior del auto se vuelve sofocante. Las manos de Simón están por todas partes.

—Voy a meterte la verga tantas veces… —murmura contra mi cuello.

Le clavo mis uñas en la tela de su camisa, y muerdo su boca.

Los vidrios del auto se empañan; el mundo exterior desaparece mientras me pierdo en él.

—Es mejor que nos quedemos en silencio —digo sin aire, con la respiración saliendo entre jadeos cortos.

—Yo siempre soy mejor callado.

—No te pido un compromiso, pero no me trates como una más.

—Nunca —susurra, sin dejar de besarme.

—¿Lo prometes?

Simón desacelera. Sus manos sostienen mi rostro y sus pulgares acarician mis mejillas.

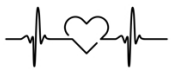
—No hago promesas porque no busco relaciones serias, pero te deseo, y mientras estemos juntos…

No lo dejo continuar porque lo beso hasta que volvemos a necesitar aire.

—No habrá nada más que hoy. Tú no quieres compromiso. Yo no quiero distraerme de lo que vine a hacer en Argentina, que es prepararme para trabajar con LJ. Así que creo que tenemos un acuerdo.

Veo cómo su mandíbula se tensa como si fuera un tic. ¿Por qué?

Tal vez está acostumbrado a ser él quien da la última palabra, pero, por otro lado, no tiene argumento contra la lógica de lo que dije, así que vuelve a besarme de un modo que no puede interpretarse como otra cosa que hambre pura.



Simón

Soy plenamente consciente de cada línea que estamos cruzando, y ahora mismo no me importa, porque los gemidos que salen de ella me enloquecen y avivan mi deseo.

No tengo idea de que ya estamos en casa hasta que el chofer apaga el auto y se baja.

Él guarda su vehículo aquí, esperándome, porque cuando salgo de noche y sé que voy a beber, lo llamo para que conduzca por mí.

—Vendrás a mi departamento.

Ella no responde. Se quita el cinturón para poder besarme como quiere, sin esa restricción molesta, pero necesito más y la traigo a mi regazo, sentándola de espaldas contra mi pecho.

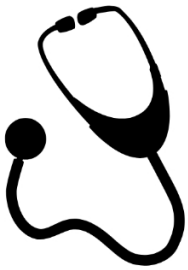
Una de mis manos agarra su rostro, obligándola a girarse hacia mí, y tomo su boca. Mis piernas separan las de ella, y mi mano libre

desliza entre sus muslos hasta alcanzar el calor de su vulvita.

Aparto la ropa a un lado y acaricio sus vellos.

Kirsten tiembla y se mueve sobre mi verga.

—Quiero sentirte acabar antes de que bajemos del coche. Necesito oírte gemir mientras te penetro con mis dedos o voy a perder la cabeza.



Simón



Capítulo 35

—Sos terriblemente ardiente.

—Simón…

—Espero que no te guste mucho esta tanga, Kirsten. Me estorba.

Con un tirón, destrozo la prenda en dos y, cuando mi mano por fin consigue sentir su piel, su vello y el néctar que escurre de ella, es como tocar el paraíso, si yo creyera que existe.

Le muerdo la oreja.

La respiración de ella se acelera cuando paso el pulgar por su clítoris y penetro su vagina con el dedo medio.

—Mierda, está muy apretadita.

Empujo un dedo despacio dentro de ella para no lastimarla, pero Kirsten se contrae alrededor de él, y no solo eso: también intenta cerrar las piernas.

¿Qué mierda está pasando?

—¿Te lastimé?

Estoy seguro de que no. Ella está empapada.

—No, es que yo nunca…

Soy un hombre guiado por la razón.

Los sentimientos que dominan a la mayoría de las personas no encajan en mi vida, pero en este momento, mi cerebro no funciona.

—¿Nunca tuviste un orgasmo en un auto? —pregunto, porque la otra alternativa no parece posible.

El silencio se prolonga y se vuelve pesado entre nosotros, hasta que Kirsten toma la iniciativa, baja de mi regazo y huye una vez más, saliendo del coche.

La alcanzo en la puerta del ascensor.

—No me hables —pide, dándome la espalda.

—Ni loco. Por supuesto que te voy a hablar.

Las puertas del ascensor se abren. Ella entra y se gira para enfrentarme.

—No voy a pedir disculpas por ser virgen.

Intenta presionar el botón de su piso, pero la detengo y toco el del mío, aun sabiendo que debería dejarla ir.

—Yo no dije que tenías que disculparte, pero ¿cuándo pensabas decírmelo? Soy un hombre grande, en todos los sentidos, Kirsten. Podría haberte hecho daño.

Me paso la mano por el cabello.

La mujer tiene el poder de traer tormenta a mi vida. ¿Por qué simplemente no me deshago de ella? Kirsten es un problema desde el día en que puso un pie en el hospital por primera vez.

—Tú nunca me lastimarías.

—¿Cómo podés saberlo? Sos virgen. Estoy hambriento por vos, así que discrepo. Sí, podría haberte lastimado, y solo esa idea me vuelve loco.

—Lo siento.

—No te disculpes.

—No me estoy disculpando por tener un maldito himen intacto, sino porque no sabía que tenía que andar con una maldita placa brillante avisando que soy virgen. Yo quiero… *quería* que fuera contigo porque nunca me sentí así antes, pero gracias por impedirme cometer el mayor error de mi vida.

La voz de ella tiembla, y hasta para un bastardo insensible como yo, saber que está vulnerable me sacude.

—Nosotros dos nunca seríamos un error.

—¿Qué?

—Esta mierda que existe entre nosotros es piel, Kirsten. Lujuria en su forma más pura. Yo te deseo, y creo que voy a desearte para

siempre si no te tengo. Si estás bien con eso, con una relación casual, no va a ser el hecho de que seas virgen lo que me detenga.



Kirsten

En una fracción de segundo, una película entera pasa ante mis ojos.

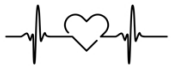
Durante toda mi vida, hasta que descubrí quién era realmente Newton, pensé que solo haría el amor con un hombre que me apasionara, pero el que primero conquistó mi corazón fue el mismo que lo rompió.

Lo que Newton y yo teníamos era un amor adolescente, pero lo que Simón le hace a mi cuerpo y a mi mente es real, una elección.

Miro al médico, mi jefe, que está completamente fuera de mi alcance, y en lugar de pensar si está bien o mal que estemos juntos, me imagino: ¿y si nunca más encuentro a alguien que haga que mi cuerpo se encienda como él lo hace?

Simón dijo que si no me tiene, ese deseo lo atormentará para siempre, y yo siento lo mismo.

—No busco un cuento de hadas. Solo por hoy te quiero a ti. Enséñame todo.



Simón

Su petición, que no me resultaría atractiva si viniera de otra mujer (porque para mí el sexo no tiene ninguna conexión más allá de lo físico, y nunca quise ser maestro de mis parejas), en lugar de alejarme, me vuelve loco.

La levanto en brazos y, cuando se abren las puertas del elevador, marco rápidamente el código de mi departamento. Tras entrar con ella, cierro la puerta con el pie.

La bajo de mis brazos y por un momento, en la oscuridad de mi habitación, nos miramos fijamente.

Intento alejar todo lo que no sea lujuria, pero sé que entre nosotros hay algo más allá del deseo intenso.

Kirsten logró meterse bajo mi piel como ninguna otra mujer lo había hecho jamás.

—No sé qué hacer —dice.

Enciendo la lámpara que está detrás de ella y me acerco de nuevo.

La rodeo por la cintura con uno de mis brazos.

Con la otra mano, acaricio su rostro, deslizándola por su cuello hasta llegar a su espalda, donde le desabrocho el vestido. Los tirantes aún están abrochados en su hombro; aparto uno y beso su piel al descubierto.

Repito el gesto con la otra, y su respiración se vuelve ruidosa.

Retrocedo un poco y le bajo el vestido. Ahora solo lleva sujetador y tacones, porque le rompí la tanga en el coche y la lencería que guardaba en el bolsillo es prueba de lo mucho que me vuelve loco esta mujer.

Paso mi mano por su cuerpo de la cabeza a los pies, deteniéndome unos segundos en el triángulo que hay en medio de sus muslos, una pelusa de un tono más oscuro que su pelo platinado.

—Sos hermosa. Sacate el corpiño.

La observo llevar las manos a la espalda, pero tarda más de lo normal en obedecerme, y creo que es porque es tímida.

Extiendo el brazo y mi mano reposa en su cintura. Mi pulgar acaricia suavemente su piel mientras me pregunto por qué su vacilación me excita en vez de aburrirme. Siempre pensé que me

gustaban las mujeres seguras de su poder entre cuatro paredes, pero acabo de descubrir que saber que Kirsten nunca experimentó nada de lo que quiero hacer con ella me enciende todavía más.

Finalmente deja caer el sostén, y me quedo sin aliento ante la perfección de sus tetas, con pezones rosados y anchos.

Kirsten no aparta los ojos de mí y, con un movimiento deliberadamente lento, toco la punta del seno izquierdo.

Pellizco el pezón entre mi pulgar y mi dedo índice, y el calor de su piel hace que mi deseo estalle.

La anticipación de lo que está por venir nos está volviendo locos a los dos, pero, al mismo tiempo, quiero saborear cada parte de ella.

La piel de Kirsten parece de satén, y la luz suave del abajur resalta cada curva.

La combinación de belleza y sensualidad que tiene me deja aturdido. El deseo de poseerla crece aún más dentro mío, tan intenso que roza el dolor físico.

Bajo el rostro y empiezo a besarle el cuello, sintiendo el sabor de su piel, escuchando los suspiros que escapan de sus labios.

—Te quiero tanto que siento dolor en cada parte de mí. —Ella pone en palabras lo que yo también estoy viviendo.

—Sos perfecta —murmuro antes de tomar su boca.

El beso es profundo, una muestra de mi deseo. Nuestras lenguas se mueven juntas, explorando, descubriendo.

Beso su mentón, su mandíbula, su cuello, y la levanto, colocando sus tetas a la altura de mi boca, chupando un pezón duro y luego el otro. Ella echa la cabeza hacia atrás, gimiendo de placer, y cuando vuelvo a bajarla al suelo, me arrodillo frente a ella.

Mis labios rozan suavemente su piel, trazando un camino por sus piernas hasta su vulva.

Levanto la mirada, admirando a la mujer frente a mí.

Los ojos de Kirsten están entrecerrados y su respiración pesada resuena en el silencio del departamento.

—Abre los muslos.

Ella no acepta la orden de inmediato, así que la sujeto por las caderas, obligándola a obedecerme.

Gime cuando mi mano se posa en su vulvita, con mi palma sintiendo sus vellos, separando sus labios vaginales para tocarle el clítoris.

Mis dedos se hunden entre sus pliegues, sintiendo la humedad de su deseo. Su clítoris late contra mi pulgar y ella gime bajito mientras ataco su punto de placer.

Hundo un dedo a medias dentro de su vagina mojada y luego otro más, penetrándola lentamente.

Toco su clítoris duro, siento su carne vibrar y sus gemidos crecen, hasta que empieza a suplicar por más.

Ella ya no siente vergüenza alguna, porque lo único que quiere es que yo le dé el placer que prometí.

Cada vez que mis dedos la penetran suavemente, ella solloza, y su descontrol me enloquece.

—Sostenete en mí.

Traigo uno de sus muslos hasta mis hombros y hundo el rostro en la vaginita que estoy desesperado por comer desde que la conocí. La devoro, hambriento.

Mientras chupo y lamo su intimidad, una de mis manos sube hacia su teta, pellizcando el pezón; mi lengua no le da descanso, deleitándose con sus pliegues, succionando el clítoris y penetrando profundo en sus paredes.

El orgasmo estalla en mi boca, pero no dejo de comérsela. Continúo succionando hasta sentir que sus piernas se aflojan.

Me levanto despacio, deslizando mis manos por sus muslos hasta la cintura, y la acerco más a mí.

Chupo su cuello, sintiendo la pulsación acelerada bajo mis labios.

Ella me agarra y me da un beso profundo, apasionado, una fusión de labios y lenguas que incendia nuestros sentidos.

—Te deseo tanto… —susurra contra mi boca, su voz está cargada de ganas. Abre los ojos, brillantes, llenos del mismo hambre que yo siento.

La tomo en brazos y beso su boca mientras camino hacia mi habitación. Allí, la acuesto en mi cama.

Su rostro hermoso está sonrojado por el placer. Nunca quise a nadie como la quiero a ella. Es un deseo ansioso y descontrolado.

Necesito oírla gritar mi nombre cuando me hunda en su cuerpo.

Me aparto para desnudarme.

Ella respira hondo mientras me observa.

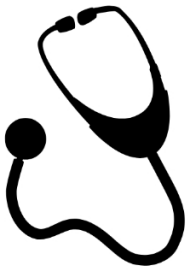
Cuando estoy desnudo, vuelvo a acercarme.

—Sos adictiva.

Toco su rostro y luego sus labios.

—Abrí la boca y chupá mi dedo.

Ella chupa sin dudar, fuerte, ardiente, y gruño cuando gime, enloquecida por el placer.



Simón



Capítulo 36

No quiero retirar los dedos de su cálida boca, pero mi deseo por sentirla alrededor de mi verga es más fuerte.

La hago sentarse al borde de la cama, pongo un pie sobre el colchón y agarro su cabello, inclinándole la cabeza hacia atrás.

Sujeto mi miembro y, sin que tenga que ordenárselo, ella abre la boca y lame toda mi extensión. Chupa, succiona la punta, pero pronto quiere más. Me toma, no muy profundo.

—Mirame. No te doy permiso para apartar los ojos de los míos.

Ella me chupa mientras avanzo un poco hacia adelante, pero no la fuerzo, dejándola experimentar, aunque mi deseo sea enterrarme hasta su garganta.

En poco tiempo, tengo que obligarla a detenerse. El deseo que siento por Kirsten va a hacerme acabar si la dejo seguir mamándomela, y quiero algo más que su boca en este momento.

Con suavidad y sin retirarme del todo de sus labios, meto dos dedos en su estrecha vaginita, penetrándola muy despacio.

Ella gime fuerte.

—Voy a dejarte lista para mí. Además de ser virgen, la tienes muy ajustadita.

Kirsten se pierde en las chupadas mientras la masturbo y, por un rato, me permite penetrar su boca y su vaginita.

Cada vez que retiro los dedos y vuelvo a meterlos, tengo que forzar el paso porque su vagina es muy pequeña.

Sus paredes húmedas se ajustan alrededor de mi toque.

No le suelto su cabello, retorciéndolo aún más en mi mano.

Podría hacerla llegar al orgasmo otra vez, pero la quiero hambrienta y descontrolada en la primera vez que la tome.

Saco los dedos de su intimidad, beso su boca y la hago recostarse en la cama.

Sus pupilas se dilatan cuando me acerco.

Acaricio el interior de sus muslos.

Me encajo entre sus piernas, sujeto mi verga por la base y froto la punta muy mojada contra sus pliegues.

—Necesito sentirte. Estoy completamente limpio. Quiero metértela sin nada. Te juro que no voy a acabar adentro. Te doy mi palabra.

Jamás siquiera consideré hacer esto antes, pero con Kirsten es un deseo que no puedo controlar.

—Pero siempre hay un riesgo. Yo no tomo pastillas.

No insisto. Espero a que se decida, y cuando ella separa sus muslos para mí, mi sangre hierve.

Un sonido ronco se escapa de mi garganta cuando paso la cabeza por su abertura rosada, con mi punta gruesa invadiendo su interior, y Kirsten gime.

El contraste de mi verga con la delicadeza de su vulvita es un delirio.

Me inclino despacio, sin creer que estoy arriesgándome, pero totalmente hechizado por ella. Deseo con locura cada parte de su cuerpo. Necesito saber cómo se siente su caliente y mojada vagina estrechándome.

Capturo su boca, beso sus labios y sus manos se aferran a mi rostro, reteniéndome, devorándome con la misma necesidad.

Me acomodo dentro de ella y empiezo a abrirme paso muy despacio.

Detengo el movimiento varias veces para conseguir aunque sea un mínimo de control, porque ella es excitante y el placer de penetrarla es increíble.

Intento ir un poco más profundo, pero clava las uñas en mis bíceps.

Beso su boca durante casi un minuto y, cuando se relaja, me impulso por completo dentro de ella, haciéndola mía.

Ella se aparta de mi boca y hunde los dientes en mi hombro.

—Mordeme más fuerte.

Sus uñas rasguñan mi espalda y le levanto las piernas para que se enganchen alrededor de mi cintura, todavía sin moverme, pero siento su vaginita pulsando alrededor de mi miembro.

Sujeto sus dos manos contra el colchón. Elevo mis caderas, salgo y vuelvo a entrar, metiéndosela hasta el fondo, hasta las bolas. Sus talones golpean mi culo.

—Si te duele demasiado, decímelo.

—No pares.

Su ruego me vuelve loco. Esa voz cargada de deseo, sumada al calor de su vaginita estrecha, quiebra mi control.

Vuelvo a tomar su boca y, después de hacerlo suave por varios minutos, empiezo a comérmela con rudeza.

La sensación de que me aprieta por dentro es tan fogosa que cierro los ojos.

Ella no se mueve, completamente tomada por mi verga.

Su respiración es irregular y su vagina se contrae.

De a poco, empieza a moverse debajo mío.

Deslizo la mano entre nuestros cuerpos y beso su boca mientras masajeo su clítoris.

Es un infierno luchar por controlarme porque quiero penetrarla aún más duro, hasta oírla gritar, hasta oírla rogar por más, pero en su lugar la beso con delicadeza, saboreándola con la lengua y con mi cuerpo.

Cambio de posición, me recuesto y la hago montarme.

—Tomá la iniciativa y veamos cuánto podés soportar. No quiero lastimarte y no estoy logrando pensar con claridad.

Ella sube y baja despacio. Mis manos están en sus caderas, guiándola para que no se haga daño, pero parece ansiosa por más y se deja deslizar entera sobre mi miembro, lo que me hace perder el aliento.

—Cuidado.

—Duele, pero se siente bien también.

Ella fuerza el cuerpo hacia abajo. Me recuesto completamente y separo sus labios para ver cómo su vaginita me traga.

—¡Mierda!

La hago descender sin prisa, hasta que sus gemidos se vuelven más necesitados, convirtiéndose en un ruego por placer.

La recuesto en la cama y me acomodo detrás de ella.

—Necesito penetrarte más profundo, pero temo lastimarte. En esta posición puedo controlar el dolor y el placer.

Entro en ella al mismo tiempo en que giro su rostro para besar su boca.

La penetro durante unos minutos y después acelero las embestidas.

Muerdo su espalda y martillo con fuerza dentro de su cuerpo.

Ya no queda nada de suavidad en nuestra penetración.

Sus músculos me aprietan, y sé que está cerca de acabar.

Mi verga late, queriendo llenarla con mi semen.

—¿Todavía te duele mucho?

—No quiero que bajes el ritmo. Necesito todo.

Levanto una de sus piernas y la penetro profundamente, llenándola por completo, con mis dedos tirando con rudeza de su pezón.

—¡Dame todo, enfermera Millard!

Ella se gira para mirarme y me regala una sonrisa hermosa.

—Me gusta lo que me haces sentir, doctor Benítez.

Abarco su vulva entera con la mano abierta, su humedad está empapándome.

Le ayudo a levantarse y ambos nos arrodillamos en la cama.

—Quiero meterte la verga en cuatro, pero no estoy seguro de poder contenerme porque sos una exquisitez, así que voy a intentar un punto medio. Inclinate un poco hacia adelante.

La visión de mi verga abriendo su hendidura estrecha me descontrola y la atravieso, tratando de encontrar el ritmo perfecto entre profundo y no demasiado brusco.

Enrosco una mano en su cabello y muevo las caderas, chocando contra la carne suave de su culo.

—Pegate a mí todo lo que puedas. Quiero tu orgasmo en mi verga.

Ella hace lo que ordeno y enseguida tiene un orgasmo.

Me inclino hacia adelante y la penetro más profundo mientras le murmuro al oído:

—Podría meterte la verga durante meses sin querer parar jamás.

Mis embestidas se vuelven más rápidas y, cuando alcanzo el límite del autocontrol, salgo, me masturbo y, segundos después, derramo un chorro de semen caliente sobre su hermoso culo.

La quiero otra vez, pero necesito darle unos minutos de descanso, así que me recuesto y la atraigo sobre mí, de espaldas.

En poco tiempo, Kirsten se queda dormida en mis brazos mientras yo cierro los ojos, sintiendo su cuerpo pequeño.

¿Una noche? No, tenemos que ajustar ese acuerdo a por lo menos una semana. O un mes.

Quiero mucho más de lo que tuvimos.



Kirsten

No creo que me haya dormido, sino que me desmayé. No tengo certeza de cuántas veces hicimos el amor, pero me pareció que pasaron días. Mi cuerpo está dolorido, sobre todo los muslos, porque Simón y yo somos de tamaños desproporcionados y acomodarlo entre mis piernas no es precisamente sencillo, pero es un dolor maravilloso, porque me hace sentir satisfecha y poderosa.

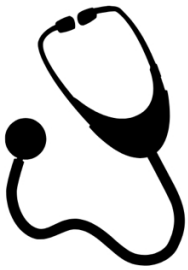
Me levanto de la cama, intentando no hacer ruido, y miro al hombre que quizá se convirtió en alguien a quien nunca voy a poder

reemplazar en mis fantasías. Llego a la conclusión de que Simón fue mi primero en todo, pero también mi último vínculo casual.

Aplaudo a quienes pueden hacerlo, pero yo no creo estar hecha para encuentros sin compromiso. Voy a terminar encariñándome.

Además, no tengo ni idea de cómo se tratan las "parejas sexuales" al día siguiente, y en lugar de arriesgarme, esperar al amanecer y avergonzarnos a ambos, decido tomar el camino más corto y huir.

Con una última mirada, resistiendo la tentación de tomar el celular y grabar al dios desnudo dormido, salgo del cuarto, me visto rápido y me voy, deseando que el calor que se expande en mi pecho sea solamente porque finalmente descubrí el placer.



Kirsten



Capítulo 37

—¿Puedo dormir aquí hoy? —le pregunto a Richard en cuanto abre la puerta de su apartamento.

Vine a su casa después de darme un baño y comer algo, prácticamente al amanecer, porque le mandé un mensaje y me dijo que el encuentro con el chico guapo de anoche no había llegado a nada.

—¿Dormir aquí? ¿Eso significa que la noche no fue buena?

—Al contrario, fue maravillosa.

—Entonces no sé si entendí.

Él me jala hacia un abrazo.

—Te voy a contar todo.

Veinte minutos y un vaso de leche con tostadas después, resumí lo que pasó entre Simón y yo, aunque sin dar los detalles más deliciosos.

—¡Carajo, qué hombre!

—Creo que metí la pata al elegir a Simón como mi primer hombre.

—¿Por qué?

—Puedo pensar en tantas respuestas para tu pregunta que podría escribir un diccionario de la A a la Z.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. A ver por dónde empiezo. Es guapo, sexy, y aunque no tengo base de comparación, creo que es un dios del sexo. También es mi jefe. El que tiene el poder de decidir si seré aceptada o no en mi empleo soñado. Ah, y por último, pero no menos importante, Simón fue muy claro y directo en que no quiere relaciones. Si me apego, y creo que hay una gran posibilidad de que eso pase si volvemos a acostarnos, y él decide que esto tiene que terminar, tal vez yo termine despedida.

—¿Crees que él sería capaz de hacer eso?

—No estoy segura. ¿Qué conozco de él? Lo que sí sé es que debe haber una razón para que nunca se involucre con enfermeras o médicas del hospital, y creo que es justamente porque no quiere mujeres enamoradas suspirando por él en su lugar de trabajo.

—Bueno, dicho así, realmente no hay cómo negar que tu corazón y tu empleo están en riesgo.

—Creo que voy a mudarme.

—¿Qué?

—Imagínate que dentro de un mes, veo a Simón llegar con una mujer. Yo no soy tan moderna. Sé que me va a molestar. Y para ser sincera, hasta hoy no entiendo cómo terminé de pasante a vivir en el edificio del jefe.

—¿No dijiste que fue tu futuro empleador quien pidió eso?

—Al menos esa fue la explicación que Simón me dio.

—El médico de Nueva York… ¿será que está interesado en ti?

Me echo a reír.

—Definitivamente no.

—Entonces sí es raro. Puedes quedarte conmigo, si quieres.

—¿Qué? ¡Pero te voy a estorbar! ¿Y cuando traigas a tus novios?

—Tengo una suite de huéspedes. Si no te molesta escuchar unos gemidos, creo que estaremos bien.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy. Poniéndome en tu lugar, yo tampoco querría quedarme cerca de un hombre sexy con quien pasé una sola noche y que es inalcanzable.

—Gracias. Hagamos esto: me quedo aquí un tiempo como prueba, ¿de acuerdo? Luego vemos. Aún tengo que hablar con

Simón al respecto, pero si mi intuición está correcta, él va a celebrar librarse de mí.



Simón

—¿Qué pasa, hijo mío? —pregunta mi madre durante el almuerzo del domingo.

—Nada.

Excepto por el hecho de que la primera vez que llevé a una mujer a mi residencia oficial, me desperté solo en mi cama.

Ella también mantuvo el celular apagado, lo que parece ser un hábito, o tal vez le gusta que la busque.

¿Qué mierda está tramando Kirsten?

Desperté seguro de que la quería otra vez, pero también tratando de pensar cómo haríamos para que esto funcionara sin que hubiera malentendidos entre nosotros, para que ella no confundiera mi nueva propuesta de acuerdo con algún deseo de compromiso.

Al final, ni siquiera necesitaba preocuparme. Se fue. La primera mujer con la que duermo en mi cama se fue.

—Si no querés hablar, está bien, pero sé que no estás contento.

—La felicidad está sobrevalorada, mamá.

—¡No me digas que estás enamorado! —Lorena se ríe.

—¿Qué?

—Quizás no viste los periódicos hoy, hermano —dice Martín—, pero hay una foto tuya saliendo con una rubia del club.

—Y —continúa mi cuñada, riéndose— solo voy a decir que, aunque no se le ve bien la cara, me recordó mucho a la enfermera Millard.

Sé que Lorena conoció a Kirsten porque uno de mis sobrinos tuvo una infección estomacal y, por casualidad, se cruzaron en el hospital cuando la esposa de Emiliano lo llevó para que lo atendieran. Lorena no dejó de decir lo linda y dulce que le pareció.

—¿Estás saliendo con la protegida de LJ, hijo mío?

¡Por Dios!

—Yo no salgo con nadie.

—Eso suena a desamor. —Hasta Tess se une a las burlas.

Y así, mi vida se convierte en el tema del día, y cuando me voy, casi una hora después, veo a mis dos malditos hermanos riéndose de mí como si hubieran disfrutado verme en la horca.

Llego a casa y voy directo al apartamento de Kirsten, decidido a resolver esta mierda entre nosotros.

Toco el timbre una sola vez y cuando abre la puerta, me irrita lo aliviado que me siento al verla.

Aparece frente a mí enseguida, terriblemente hermosa, con jeans y una blusa blanca atada al cuello.

Cruzo los brazos porque me invade un deseo animal de tocarla.

Antes de que pueda decir algo, el mismo tipo de la discoteca aparece detrás de ella.

—Te espero en la entrada del edificio, cariño —dice, después de asentirme con la cabeza rápidamente—. ¿Necesitas que lleve tu maleta?

¿Maleta? ¿De qué mierda está hablando?

—No, gracias, Richard. Creo que no los presenté. Simón, este es mi amigo Richard Choice. Richard, él es Simón Benítez. —Hace una pausa—. Mi jefe.

No me pasa desapercibido que enfatiza la última palabra.

Puedo ser un imbécil en lo que respecta a sentimientos, pero nadie necesita ser un genio para entender que está levantando una barrera segura entre nosotros.



Kirsten



Capítulo 38

—¿Te vas de viaje? Mañana tenés que trabajar.

—Buenas noches, Simón. Y sobre tu pregunta, no, me quedaré unos días en la casa de Richard.

Decido no decir nada sobre nuestra "prueba". Si no funciona, puedo buscar otro apartamento.

—¿Por mi culpa?

Podría fingir y decir que no para salvar mi orgullo, pero estoy cansada de mentiras.

—Creo que es mejor así.

—¿Mejor para quién? Acá tenés todo lo que necesitás. Te gusta correr y hay un gimnasio a tu disposición… En mi edificio, estarás segura.

—Mejor para los dos.

—Te fuiste —digo en cuanto ese tal Richard entra en el ascensor.

—Acordamos una noche.

—¿De verdad querés jugar este juego?

—No te estoy entendiendo.

—Te escapaste.

Aunque mantengo la voz controlada, él parece furioso, ¿pero con qué derecho?

—Para que yo me escapara, tendría que haber estado atrapada. ¿Me vas a decir que nunca dormiste con una mujer y saliste antes

de que ella despertara?

No dice nada, y veo que acerté de lleno. Puede que no sepa mucho sobre Simón, pero no soy tonta. Él fue muy claro sobre la forma en que vive: nunca se compromete.

—Te deseo.

—Eso rompe nuestro acuerdo y…

—Que se vaya a la mierda el acuerdo, Kirsten. No estoy listo para dejarte ir todavía.

Puede que algunas mujeres se arrodillaran ante él por lo que acaba de decir, pero quizá porque todavía estoy muy lastimada por las traiciones de Newton, mi interpretación es la contraria.

Entiendo sus palabras como: *yo decido las reglas y cuando diga que se terminó, será el final.*

—¿Me estás diciendo que quieres una relación?

Sé que lo que acabo de preguntar lo hará huir. ¿Qué hombre no saldría corriendo después de pasar solo una noche con una mujer y que ella le exigiera vínculos?

—Yo no salgo con nadie.

—Sí, ya fuiste muy claro al respecto.

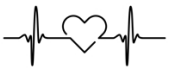
No puedo mirarlo ahora. Abro la puerta del apartamento otra vez, agarro mi maleta y mi bolso.

—No tenés por qué irte.

—Sí, tengo, porque voy a apegarme a ti y en poco tiempo estaré en la calle. Tú creciste rico, Simón. Yo no. Luché mucho para llegar hasta aquí. No puedo perder esta oportunidad porque tú te cansarás de mí. Los dos sabemos que eso pasará, tarde o temprano.

La puerta del ascensor se abre y quiero abrazar a Richard por haber tenido la perspicacia de enviarme el elevador de vuelta.

—Adiós, doctor Benítez. Nos vemos mañana en el trabajo.



Días después

—¡No puedo creer que no vas a poder venir! —digo cuando, después de atender la llamada de Raz, ella me dice que tendremos que posponer nuestros planes porque necesita volar a Italia.

—Lo siento mucho, querida. Me olvidé por completo de ese contrato, pero te prometo que en quince días iré seguro. Aterrizaré en tierras porteñas.

—Estoy muriéndome de ganas de verte, Raz.

—Kirsten, ¿qué está pasando?

—Muchas cosas, pero prefiero contártelas en persona.

—¿Newton despertó?

—¿Qué? No. Si ese fuera el caso, ya te lo habría contado. Pero sí, necesito hablar sobre él.

—¿Vas a terminar?

—Suena raro decir que voy a terminar con alguien que está en coma, pero sí, parte de lo que tengo que contarte es justamente eso. Terminé con él, a través de su madre.

—¡Wow! ¿Qué te llevó a tomar esa decisión? No me malinterpretes. Estoy feliz por ti, pero no pensé que ese día llegaría.

—Como te dije antes, prefiero hablar en persona.

—Estoy con la sensación de que perdí mi título de mejor amiga por culpa de ese tal Richard.

—No digas tonterías, Raz. Nosotras nos conocemos de toda la vida. Eres como una hermana para mí.

—Sabes que lo mismo vale para ti, ¿verdad?

—Lo sé. Y en cuanto a Richard, te va a encantar.

Dejo fuera el detalle de que estoy mudándome temporalmente a su casa. Requeriría una explicación enorme porque Raz no tiene idea

de que me involucré con Simón, ya que solo por ahora le conté que "terminé" con Newton.

¡Dios mío, mi vida parece un juego de dominó de locos, donde una pieza se empuja y todas las demás caen en secuencia!

—Cuando esté allá, quiero divertirme.

—¿Tienes el corazón roto? —pregunto, porque Raz no se queda quieta con nadie. Ningún hombre le parece lo suficientemente bueno.

Algunos, admito que sí eran tipos detestables, pero en mi opinión, salió con otros que eran realmente buenos y no les dio una oportunidad real.

—No, solo aburrida. Quiero divertirme. Sabes que no creo en esa historia del príncipe azul.

De cierta forma, ella es el alma gemela de Simón. Creo que es muy probable que ambos terminen solos para siempre.

—Está bien, cuando llegues, nos divertiremos. Ahora tengo que irme porque escucho a alguien llamándome. Te quiero.

Salgo apurada de la salita sin mirar a dónde voy y, al igual que cuando empecé a trabajar aquí, me estrello contra alguien.

Pero no contra cualquiera. Contra *mi* alguien.

El hombre que no sale de mi cabeza ni un segundo.

—Lo siento mucho, doctor Benítez.

Espero que mi expresión esté neutral porque no quiero parecer una idiota.

Levanto la cabeza para mirarlo y él me observa con tanta intensidad que necesito apoyarme en la pared.

—Vení a cenar conmigo esta noche.

No parece preocupado por si alguien puede escucharnos. Soy yo quien mira alrededor.

—No. No puedo hacerlo.

—¿No querés?

—No puedo. Tú quieres llevar las riendas de nuestra relación, lo que significa quedarte conmigo hasta que te aburras y me digas adiós. Es tentador, pero no quiero lastimarme.

Podría completar con un "otra vez", pero Simón no tiene la culpa de que Newton me hiciera sentir una idiota durante tantos años.

Paso de largo junto a él porque el deseo de quedarme es demasiado grande, pero si no me amo y me respeto yo misma, ¿quién lo hará por mí?



Dos semanas después

—Oh, lo siento mucho. Pensé que todavía estabas viajando —le digo, con el rostro ardiendo y sin saber dónde meterme.

Estoy en tanga, sostén y liguero, a punto de vestirme para salir con Raz y Richard, que llegaron más temprano (con unas horas de diferencia) a Buenos Aires.

—Estaba atrasada y los vestuarios de esta planta estaban cerrados y…

Le doy la espalda, muerta de vergüenza, y estoy a punto de tomar mi vestido del gancho, cuando lo siento abrazándome por detrás.

—Creo que estás intentando volverme loco, enfermera Millard.

Después de dos semanas de extrañarlo, durante las cuales nos miramos en el hospital como dos personas hambrientas, sentirlo así me deja temblorosa.

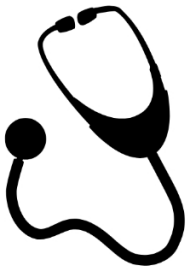
Dios, cómo lo deseo...

—No lo hice para provocarte.

—No necesitás esforzarte para provocarme, Kirsten. Para mí sos irresistible.

Él me gira y toma mi boca como un hombre privado de aire, y una vocecita interna me dice que aún estoy a tiempo de resistir, pero no le hago caso. Yo también tomo lo que deseo.





Simón



Capítulo 39

—Simón…

—Si no querés esto, me detengo.

Nuestras bocas están prácticamente pegadas, los dos completamente enloquecidos por el deseo.

—Debería detenerte, pero no puedo.

El rubor sube por su cuello y su rostro.

La tensión entre nosotros es un cable en cortocircuito, y cualquier pensamiento racional desaparece de mi cabeza cuando tomo su boca.

En este instante preciso, mi autocontrol se hace trizas. Nuestros labios se encuentran en un beso ardiente mientras la llevo hacia el cuarto anexo a mi consultorio.

La acuesto en la cama y me siento como un salvaje reclamando a su compañera.

Me quito la ropa, tirándola por el piso, y cuando vuelvo hacia ella, mis manos la liberan del sostén en una fracción de segundo.

Le saco la tanga, rasgándola, porque la maldita liga se interpone en mi camino, y llevo sus muslos cubiertos por medias de seda hasta mis hombros.

Le chupo la boca, deleitándome con su sabor.

La invado con mi lengua mientras estimulo su clítoris con el pulgar, en movimientos circulares.

—Nunca quise algo tanto como volver a estar dentro de vos, Kirsten. No me gusta esta necesidad.

Está extremadamente sensible, porque con cada movimiento de mi lengua, ella gime alto, suplica, me tira del cabello, pidiendo más.

Poco después, su cuerpo se estremece con violencia y llega al orgasmo en mi boca.

Sigo chupando su clítoris incluso cuando sus temblores disminuyen, con mi rostro hundido entre sus piernas, todavía hambriento.

No le doy descanso, lamiendo sus pliegues, succionando su punto de placer, penetrando profundo con mi lengua.

La dejo solo unos segundos y me pongo un preservativo, porque, aunque deseo sentir su piel directamente otra vez, en el estado en el que estoy no sé si podría detenerme antes de acabar.

Le doy la mano y la traigo hacia mí, girándola, con los pies en el piso y las palmas sobre la cama.

Ella es pequeña y delicada, pero ya no es virgen, y hoy quiero meterle la verga sin contenerme.

La alzo y la beso profundamente, penetrándola con la lengua, devorando su respiración mientras le acaricio ambas tetas.

Agarro su cabello, enredándolo en mi puño, y con la otra mano la jalo por la entrepierna hacia mí, para que mi verga encaje en su entrada. Empujo hasta que solo mis testículos quedan afuera.

La inclino hacia adelante y la monto sin moderación, duro y profundo.

Kirsten tiembla en mis brazos, pero empuja contra mi verga, me pide más. Su vagina está caliente y tan mojada que los sonidos de nuestra penetración hacen que me encienda todavía más.

Se la meto sin piedad y ella me recibe, atrapada en la misma locura.

Le toco el clítoris y la contracción alrededor de mi miembro se intensifica.

—¡Sos una locura de mujer!

Cambio de posición, girándola y trayéndola encima de mí, aún de pie, y uso sus hombros para empujarla hacia abajo, hundiéndola más en mi verga.

Ella rodea mi cuello con los brazos y yo le chupo las tetas.

Me muevo dentro de ella, devorándola intensamente.

Kirsten gime alto. Mi verga se hincha más y golpeo cada vez más profundo dentro de su cuerpo.

Ella llega al orgasmo y yo la sigo poco después, con un clímax intenso.

—Te quiero —digo, acostándome sobre ella en la cama y besando su rostro, su boca y su cuello. Todo lo que puedo alcanzar.

—¿Qué significa eso?

—Nunca quise tener más con una mujer que un par de encuentros sexuales. Quiero estar con vos, sin plazo.

—¿Tenías un plazo antes? Digo, ese día en que me pediste más cuando me fui con Richard, ¿ya sabías cuándo iba a terminar?

Me incorporo para tirar el preservativo, porque creo que esta conversación será larga.

Cuando vuelvo, para mi sorpresa, Kirsten ya está de pie, completamente desnuda, y no intenta cubrirse.

—¿A dónde vas?

—A vestirme.

—Kirsten...

Ella me ignora y la sigo.

—Vete al infierno con tus reglas, Simón. No puedo creer que hicimos esto de nuevo.

—Te quiero.

—Escuché esa parte —se gira hacia mí—, pero adivina qué: también escuché lo que no dijiste. Ese día que salí de tu edificio, querías estar conmigo hasta cansarte, exactamente como pensé.

—Te quería a vos. Y punto. Si puse un plazo en mi cabeza, es porque sé que vas a querer más de lo que puedo darte.

—¿Qué significa eso?

—Tengo dos hermanos casados. Vi sus relaciones. Noviazgo, ceremonia y después, bebé. Yo no quería eso para mí. Ni hijos ni esposa. Hasta conocerte, pensé que nada que se pareciera a una relación a largo plazo encajaba en mi vida, pero después de estas semanas separados, entendí que puedo tener algo con vos. Te extrañé.

—Qué generoso, doctor Benítez. ¿Debo arrodillarme para darte las gracias, o quizás podrías esperar a que me vista primero?

—Basta con eso. No seas mentirosa, también es lo que vos querés.

—Te deseo. Yo no hablé de hijos ni de matrimonio, pero tengo miedo. ¿No puedes ver eso? Eres mi segunda relación, Simón, y en la anterior, yo no era más que una niña estúpida y engañada.

No tengo idea de qué está hablando. Nunca mencionó a otro hombre en su pasado.

En vez de seguir discutiendo, la tomo en brazos y la llevo hacia la ducha.

—Tengo que salir.

—Lo noté, pero primero dejame cuidarte.

Nunca intenté algo así en mi vida, y espero estar haciéndolo bien cuando espero a que el agua se caliente y entro con ella debajo del chorro.

—No me hagas encariñarme, Simón. Estás robándome todas mis primeras veces —dice, pero cierra las piernas alrededor de mi cintura mientras el agua caliente cae sobre nosotros.

—No te planeé, Kirsten, pero no quiero parar.

—¿Por cuánto tiempo?

Sostengo sus muslos por debajo y acaricio desde su culo hasta su vulvita. Pronto ella se mueve sobre mi mano. Ya estoy duro otra vez y entro despacio, saboreando el placer de estar en ella.

—Seguimos hasta que termines tus prácticas, y después veremos qué pasa.

—Me voy a ir.

Aprieto su carne y empujo mi verga dentro de ella.

—Lo sé.

—Nunca vamos a vernos otra vez —dice, sin aliento—. Será mejor así, porque no me enamoraré.

Ahora ella empuja.

—No quiero que te enamores.

—No lo haré. Solo me gustas cuando estás desnudo.

Rio dentro de su boca.

—Nunca conocí a alguien como vos, piba. Me volviste loco estas últimas semanas.

—Te deseo. Tal vez sea una estupidez decidir esto, pero estoy obsesionada contigo.

La apoyo contra la pared y la penetro más lento, disfrutando cada parte de su apretada vaginita. No porque necesite apoyo… Kirsten es liviana como una pluma, pero quiero mirarla mientras se la meto.

—Vas a ser mío por más… —Se detiene y gime cuando se la meto por completo y me detengo en el fondo de su cuerpo—. Ah…

—Voy a ser tuyo por… —la provoco.

—Unos meses más.

El plazo que me agradaba hace tres semanas ahora me irrita.

—No pusimos un punto final.

La beso para evitar que discuta y no dejo de penetrarla hasta que llega al orgasmo.

La pongo de pie y cierro el agua.

—Arrodillate, quiero acabar en tus tetas.

Ella obedece, pero envuelve mi verga con su mano suave.

Se la lleva a la boca y empieza a succionar.

—Kirsten...

Ella me la chupa más fuerte.

—Voy a acabar en tu boca si no parás.

En respuesta a eso que dije, pasa la lengua por la cabeza de mi miembro.

Mi autocontrol desaparece y, sosteniéndole el rostro, uso su boca para mi placer.

—Voy a eyacularte mucho. Tragátelo todo.

Le penetro la boca hasta que mi orgasmo estalla en su garganta, y sin dejar de mirarme, ella se traga toda mi leche.

La hago levantarse y beso su boca, preguntándome cómo voy a dejarla ir.

Encontré a mi propia diosa. No quiero a otra.



Kirsten



Capítulo 40

—¿Adónde vas? —él me pregunta mientras me pongo su bóxer, porque Simón me llevó a la ducha con el liguero puesto, lo que arruinó mi lencería. Ahora, en vez de un conjunto sexy para ir a una discoteca con mis amigos, voy a ir con bóxer masculino y sostén debajo del vestido.

Él tiene una toalla enrollada en la cintura y, a través del espejo, mientras intento arreglar mi cabello mojado (porque, lógico, no tiene secador), trato de disimular la manera en que me quedo hipnotizada con su pecho ancho y bronceado.

Ese hombre es mi perdición. No es difícil entender por qué las enfermeras y las doctoras suspiran por todo el hospital cuando él pasa.

—A una discoteca, con mi mejor amiga y Richard. Ella es estadounidense, prácticamente crecimos juntas.

Él da un paso al frente y apoya las manos en la encimera, acorralándome mientras me mira por el espejo.

—Volvé a casa.

No me gusta lo que esa frase provoca en mí. Da una sensación de hogar y de pertenencia.

—Me fui porque no quería verte con otra.

—No estuve con nadie después de vos. No quiero a otra mujer.

—¿Y si, antes de los meses que faltan para que yo me vaya de aquí, las cosas se ponen mal entre nosotros?

—¿De qué tenés miedo? ¿De cansarte de mí?

—No. Yo no soy voluble, Simón. Yo me dedico a una sola persona a la vez. Así que, respondiendo a tu pregunta, le temo justo a lo contrario.

Él aparta mi cabello aún mojado y me besa el cuello.

—Voy a comprar un secador para vos. —Muerde mi piel—. Yo creo que vamos a bañarnos juntos muchas veces acá. Y, sobre lo que dijiste —continúa, como si no fuera gran cosa lo que acaba de declarar—, no sabés nada sobre mí, pero yo sí. Dijiste que estás obsesionada. Yo también me siento así. No voy a decir que me gusta, pero estuve semanas sin tocarte y mi deseo de tenerte conmigo no disminuyó. Si es miedo lo que te impide volver a casa, vení conmigo, Kirsten.

Me giro entre sus brazos y sostengo su rostro.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Tener un noviazgo de verdad?

—Ahora tomá la iniciativa vos. Yo impuse reglas al principio y te herí. No quiero volver a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque sos importante para mí. Porque me gusta cuando sonreís, y no cuando me miras asustada en el pasillo del hospital como si necesitaras huir. Enseñame a hacerte sonreír. No creas que mi habilidad como cirujano se extiende a la vida personal. Sos una de las pocas personas fuera de mi familia a quien permito acercarse.

—¿Tu primera novia? —bromeo, porque temo que sus palabras se graben en mí de una manera que no podré borrar.

—Lo sos, sí, pero yo no…

—Ya entendí. No tenemos futuro, aunque no haya una fecha para terminar. No quieres esposa ni bebés. —Él no dice nada, y ya tengo mi respuesta—. Necesito irme. Como te dije, mis amigos me están esperando.

Me aparto de él y voy al dormitorio, porque Simón me convierte en un manojo de nervios.

Como si estuviera planeado, mi celular suena en cuanto entro, quizá porque alguna entidad suprema quiere protegerme de hacer

más el ridículo.

Me sinceré con Simón, le conté lo que siento por él, y aunque ahora soy oficialmente su novia, recibí un hermoso "de ninguna manera" de su parte.

—¿Hola? Sé que estoy atrasada, pero…

—No vengas, a menos que quieras que te presentemos a un amigo de nuestros "nuevos novios" —dice Raz, riéndose.

—¿Qué?

—Te atrasaste. Richard y yo conocimos a dos tipos y estamos saliendo con ellos rumbo a una fiesta.

—Apenas llegaste a la ciudad, loca.

—¡Estoy amando Argentina! El acento de este tipo deja a cualquiera temblando.

Aunque la extraño muchísimo, me río, porque esto es muy típico de Raz.

—Está bien. Mañana es sábado, así que podemos vernos. ¿Decidiste cuánto tiempo te vas a quedar en la ciudad?

—Tal vez ni vuelva a Estados Unidos.

—Por Dios, Raz. Hablo en serio.

—Solo puedo quedarme dos o tres días como máximo, así que nos vemos mañana.

—Sobre todo porque viniste por mi culpa, ¿no?

—¿Estás celosa, Kirsten Miranda Millard? Porque, si es así, dejo al muchacho aquí y voy a buscarte.

Miro hacia atrás porque siento que Simón me observa.

—No, diviértete. Yo voy a estar bien. Nos vemos en el brunch mañana. Ya había quedado con Richard en llevarte a un lugar. Pídele la dirección.

Raz se va a quedar en un hotel. Aunque Richard la invitó a quedarse en su departamento, ella prefirió tener su propio espacio.

—¿Segura?

—Sí, segura. Voy a estar bien.

—Salgamos a cenar —dice él en cuanto cuelgo.

—¿Quieres salir conmigo en público?

Él se acerca, y me gustaría decirle a mi corazón idiota que no se acelere tanto, que conserve algo de dignidad, pero es inútil.

—Sos mi novia. ¿No es eso lo que hacen las parejas?

—La gente en el hospital…

—Me importa un carajo lo que piensen de mí. Si nunca me involucré con el personal o con el equipo, fue porque preservo mi paz mental.

—¿Y por qué conmigo es diferente?

—Porque vos sos vos. Podemos ir a un restaurante o podemos pasar a recoger tus cosas en la casa de Richard, hacer tu mudanza de vuelta a tu casa y comer comida japonesa en mi casa.

Él aparta mi cabello y besa mi cuello.

—¿Cómo sabes que me gusta la comida japonesa?

—Porque fuiste tres veces a un restaurante japonés con el equipo del hospital.

Cada palabra de él hace que mi pulso se descontrole aún más. ¿Simón sabe lo que me está diciendo? No estaba bromeando cuando confesó que está obsesionado conmigo.

Es un alivio saber que no soy la única loca aquí.

—Acepto la invitación para comer comida japonesa en tu casa, pero creo que podemos dejar la mudanza para mañana.

—Mejor volvé hoy.

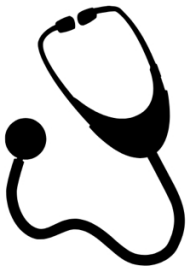
—¿Por qué?

—Te quiero cerca. —Hace una pausa y me besa—. Mmm… dejame mejorar eso: *te quiero conmigo*. No me pidas explicaciones, Kirsten. Mis habilidades sociales son bastante limitadas.

—No necesito palabras, Simón. Escuché muchas a lo largo de mi vida. Todas fueron mentiras.

—¿De quién?

—Ya no importa. Es pasado. Nosotros dos somos el presente.



Kinsten



Capítulo 41

—Háblame sobre tu familia.

—¿Qué querés saber? —él me pregunta, deteniéndose a medio camino de llevar un *sashimi* a la boca.

Contengo una sonrisa al verlo intentar acomodar esas piernas enormes debajo de la mesita de centro.

Llegué rápidamente a la conclusión de que Simón puede ser uno de los cardiólogos más importantes del mundo, pero no sabe gran cosa sobre cómo divertirse fuera del trabajo.

Después de que fuimos a la casa de Richard para recoger mis cosas y rehacer mi mudanza a mi apartamento, él quería llamar a un equipo de un restaurante japonés elegante de Buenos Aires para preparar una cena para nosotros dos, ya que no tenía ni idea de cómo hacerlo él mismo.

Cuando sugerí que simplemente pidiéramos la comida y que la comiéramos en el suelo de su hermosa sala, pensé que iba a internarme en un psiquiátrico.

Pero ahora, media hora después de empezar, Simón parece más relajado de lo que jamás lo había visto.

No me enorgullece admitir que lo observo demasiado en el hospital. De hecho, creo que si alguien revisara las cámaras, me clasificaría como una *stalker*, porque mis ojos parecen tener un imán

para él. Cada vez que Simón entra en un ambiente, sin importar cuántas personas haya, yo lo encuentro.

—Lo que tú quieras contar.

—Soy el menor de tres hermanos. Hermanastros, para ser más exacto, pero entre nosotros no hay diferencia. Los dos están casados, como ya te dije. Emiliano, con una brasileña, Lorena, a quien ya conociste; y Martín, con una texana, Tess. Los cuatro están intentando repoblar el mundo por cuenta propia, porque los bebés no dejan de nacer.

Sonrío.

—Debe ser increíble tener una familia grande.

—No está mal.

—Los amas.

—No niego eso.

—¿Y tu madre?

—Ella es… —Hace una pausa, como si buscara la manera adecuada de describirla—. La mujer más fuerte que conocí. Se casó tres veces. Con un hijo de puta, que es el padre de mis dos hermanos. Después, con el mío. Y ahora está casada con un médico, Urtiga. Ella tiene esclerosis múltiple, pero la mayor parte del tiempo enfrenta su condición y se rehúsa a ceder ante la depresión, incluso con los dolores y algunas limitaciones.

—¿La mayor parte del tiempo?

—A veces, pasa por fases malas.

Percibo que es un tema que lo entristece, así que no insisto.

—¿Y tu padre?

Simón deja los palillos sobre la mesa.

—Está muerto.

—Oh, lo lamento.

—¿Por qué?

—¿Cómo que "por qué"?

—No lo conocías. No hiciste nada en su contra. No tenés por qué lamentar su muerte. Yo sí.

También dejo la comida a un lado y, sin pensar si eso le gustará o no, me acomodo en su regazo, porque está claro que hay algo doloroso detrás de lo que dice.

—¿Quieres hablar de eso?

—No, no quiero, pero lo hablaré si vos querés escuchar.

—No pregunto por curiosidad, te lo juro, sino porque ya aprendí a entenderte un poco.

—Un tiempo después de que mi padre murió, lo acusaron de ser un pedófilo. La acusación vino de alguien muy cercano a nosotros. Una piba que fue criada como una hermana.

—¡Dios mío!

—Mis hermanos y yo pasamos a odiarlo. Lo despreciamos porque la historia que contó tenía sentido. Momentos en los que quedaron solos en casa; él llevándola en el coche. Fue fácil juzgarlo y condenarlo. Me quité su apellido porque quería que él viera, si era capaz, lo poco que significaba para mí.

Siento que mis ojos se llenan de lágrimas y mi intuición me indica que aún queda mucho detrás de esa historia.

—¿Y qué pasó?

—Descubrimos que todo era mentira. Anita, la piba a quien considerábamos una hermana, se obsesionó conmigo e imaginó que, inventando aquello, yo me quedaría con ella.

—¿Qué?

En ningún momento Simón me mira, y ahora que lo conozco un poco más, entiendo cuánto debe incomodarlo esto.

—En alguna parte perturbada de su mente, creó la fantasía de que, si lograba que yo sintiera pena por lo que supuestamente había vivido en manos de mi padre, yo me casaría con ella.

—Jesús, eso es enfermizo.

—Sí, lo sé.

—¿Tú llegaste a… hum… tener algo con ella?

—No, nunca la vi de esa manera. Para mí, era tan hermana como Emiliano y Martín.

Lo entiendo perfectamente. La sangre no significa nada en esos casos. No importa que no haya parentesco real; importa la manera como uno ve a la persona. En el caso de Simón, me doy cuenta de que esa idiota era, en efecto, su hermana.

—Sientes rabia de ti mismo por haber odiado a tu padre, aunque fuera por pocos años, pero no fue tu culpa. Dijiste que la chica tenía

pruebas irrefutables. Cualquiera, en tu lugar, habría creído lo mismo.

—No solo lo odié, lo *repudié*. Y aquí está el problema de cometer errores contra los muertos. No tenés cómo volver atrás. No hay posibilidad de perdón.

No digo nada porque no hay nada que decir. Rodeo su cuello con mis brazos y no los suelto.

Nos quedamos así, conectados por primera vez sin que el lazo principal sea la intensa atracción sexual. En este momento comparto su dolor y él lo sabe.

Durante años creí que era experta en el amor, o al menos, en el amor de un solo hombre: mi ex novio traidor.

Estar ahora con Simón me hace entender cuánto no sabía de la vida. Lo que viví con Newton fue un cuento de hadas mentiroso, diseñado por un manipulador sin escrúpulos para encajar en los sueños de una chica pobre y romántica.

El lazo que está formándose entre Simón y yo es real, y tanto como la idea de sumergirme en esta relación, entregarme por completo a la pasión que siento, también me asusta y me hace quererlo cada vez más.

Él se levanta conmigo y va hacia su dormitorio.

Me desnuda despacio y también se desnuda para mí.

A diferencia del sexo que tuvimos más temprano, ahora no tiene prisa. Es cariñoso y apasionado.

Hay deseo, pero también mucho contacto visual, palabras y ternura.

Pasamos la noche en vela, y cada vez que hace el amor conmigo, me siento más entregada, mucho más allá de la pasión. No me suelta ni un segundo. No deja de besarme o acariciarme ni un instante.

Me duermo atrapada entre sus brazos. No quiero salir de ahí.

Y me pregunto si algún día voy a poder salir de él, incluso cuando me vaya. Aunque existan muchos países en medio de nosotros.



—¿Hola? —atiendo, un poco asustada por quien está llamando.

Vine a casa a cambiarme de ropa para encontrarme con Richard y Raz para el brunch.

Simón me está esperando en la sala porque me dijo que me llevaría con ellos y luego seguiría hasta el hospital.

—Kirsten, ¿cómo estás?

Es como recibir un golpe en la cabeza y despertar en una realidad paralela.

—Doctor LJ, perdóneme por preguntarle, ¿pero está bien?

—¿Por qué no lo estaría?

—Hum… porque es la primera vez que me llama desde que llegué a Argentina. Solo hablamos por mensaje o correo electrónico; cuando fui a su consultorio, parecía a punto de expulsarme del planeta. En fin, lo que intento decir es que encuentro muchas respuestas posibles a su pregunta.

—No es personal, como le dije, no me agradan mucho los humanos.

—Vaya, es bueno saberlo. Yo pensé que era totalmente personal.

Tomándome por sorpresa, él se ríe.

—He estado al tanto de tu progreso, Kirsten. Cada semana llamo a Simón para saber cómo van las cosas.

—¿Hace eso con todas las enfermeras que está a punto de contratar?

Él ignora mi pregunta, cambiando de tema.

—Alexis me dijo que te conoció.

Tengo muchísimas ganas de insistir en la pregunta anterior, porque ahora yo, que no soy desconfiada, empiezo a pensar que hay algo más detrás de mi contratación.

—Sí, ella es muy amable.

—Mi esposa quiere que vengas a almorzar con nosotros cuando vuelvas a Estados Unidos.

—¿Ella quiere eso? ¿Por qué?

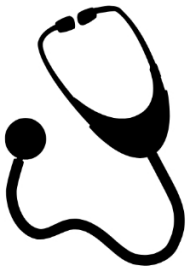
—¿Vendrás?

Dios mío, este hombre es irritante. Es escurridizo como una serpiente, solo responde lo que quiere.

—Sí, iré —digo, porque ahora activó mi lado detective y todas las cosas que no solo me trajeron a Argentina, sino también la preocupación por mantenerme en un lugar seguro y este inesperado convite, me hacen estar segura de que hay algo más detrás del súbito interés del médico por mí—. ¿Me contrató por alguna otra razón que no fuera mi capacidad como enfermera?

—No te contraté todavía. No hay nada seguro. Y nunca dude de tu competencia. Jamás consideraría sumar a alguien que fuera menos que excelente a mi equipo.

Se despide enseguida, otra vez sin aclarar mis dudas, pero algo me dice que, cuando vuelva a mi país, mi vida cambiará por completo.



Simón



Capítulo 42

Miro el reloj, preocupado de que vaya a llegar tarde. Fue culpa mía que Kirsten solo tuviera unos minutos antes de encontrarse con sus amigos, porque no solo la mantuve despierta toda la noche, sino que esta mañana la desperté chupándole la concha[13], lo que nos llevó a otra sesión de sexo.

Estar con Kirsten es como quedar atrapado en medio de un campo magnético. No hay manera de salir de él ni de detenernos. El hambre que siento por ella está entrando en una espiral que no deja de crecer.

Y desde ayer, algo más que el deseo nos une.

Ella interrumpe mis pensamientos cuando aparece hermosa con jeans, zapatillas y una camiseta blanca caída sobre el hombro, con el cabello rubio platinado suelto y completamente alborotado, por delante y por detrás.

—Estoy casi atrasada.

Me levanto y voy hacia ella. Sin decir nada, la atraigo hacia mí por la nuca y la beso.

—Ellos pueden esperar, después de todo te dejaron plantada ayer.

Igualmente, no me quejé de eso, porque nunca voy a quejarme por pasar más tiempo con ella, pero me pareció jodidamente extraño que su mejor amiga viniera a encontrarse con ella y, como Kirsten se retrasó un poco, la mujer quedó con un tipo y canceló el encuentro.

Aunque, ¿quién soy yo para opinar sobre relaciones?

—Me gustan tus aretes.

Son Cadillacs del siglo pasado, grandes y un poco exóticos para llevar colgados en las orejas, pero en ella lucen perfectos.

Kirsten sonríe.

—No tengo muchas oportunidades de usarlos. Me entregaron el manual de cómo mantenerme discreta en el hospital cuando llegué. Y una vez intenté salir con ellos por la noche con Richard, y mi amigo dijo que no.

—¿Por qué?

Ella se encoge de hombros.

—No le gustaron, supongo.

—Usalos cuando salgas conmigo. A mí me encantan.

La sonrisa de ella se amplía.

—Van a pensar que soy rara.

—No, estarás conmigo. Yo soy el más raro de la pareja, sin miedo a equivocarme.

—¿Somos una pareja?

—Sos mi novia, así que podemos asegurar que sí.



Kirsten

No recuerdo haber sentido el corazón tan ligero desde que me hice adulta.

Cuando era niña, y al principio de mi adolescencia, estaba demasiado preocupada por estudiar y conseguir entrar a una universidad. Ese siempre fue mi sueño. Después, además de eso, quería ser la novia perfecta, formar la pareja perfecta, ser la nuera perfecta.

Presión tras presión, que yo misma alimenté, poco a poco empecé a poner los deseos de todos por encima de los míos.

Con Simón siento que me estoy priorizando, luchando por mi propia felicidad. No tengo que darle explicaciones a nadie. Los padres de Newton ya no son los mismos conmigo.

Freddy ya se sometió a la cirugía, así que cumplí mi palabra y, en teoría, todos en Maine pueden enterarse de mi ruptura con Newton.

Pero aún no se lo conté a mis padres. Sé que mi madre va a armar un escándalo cuando descubra que terminé con el "yerno de sus sueños". Tal vez incluso ambos dejen de hablarme.

En cuanto a los padres de Newton, Tausha empezó a tratarme con tanta frialdad que decidí cerrar la puerta de forma definitiva: le envié por correo postal el antiguo celular de Newton.

Simón estaciona frente al restaurante donde acordé encontrarme con Richard y Raz. Desde dentro del auto, todavía los veo sentados en una mesa en la vereda, los dos con lentes de sol. La noche debió de haber sido buena.

Me preparo para despedirme y pongo la mano sobre su muslo.

—Gracias por traerme.

—Voy a bajar con vos.

—¿Qué?

—Voy a saludar a Richard y a tu amiga.

Abro los ojos de par en par.

—No tienes que hacer eso.

—Entendí que los dos son importantes para vos, así que no voy a morirme por darles un "hola".

Sonrío.

—Estás intentando convertirte en el novio perfecto.

Él sostiene mi rostro y me acerca para darme un beso en la boca.

—Los dos sabemos que estoy lejos de la perfección. Según tus propias palabras, solo te gusto cuando estoy desnudo.

Me echo a reír.

—Sí, no puedo negar que desnudo eres una delicia, pero cada vez me gustas más vestido también, Simón. No tienes que hacer nada que no quieras solamente para agradarme.

—Tal vez tenga segundas intenciones detrás de mi gesto de bondad.

Mi corazón se acelera y me pregunto cómo puede ser gruñón y hermoso al mismo tiempo.

Simón de mal humor, frío y callado ya es mi perdición, pero cuando se pone encantador me derrite por completo.

—¿Las tienes?

—Siempre. Tal vez puedas compensarme por ser un novio tan increíble viajando conmigo a la bodega.

—¿Tienes una bodega?

—Soy socio de mis hermanos en una. A Emiliano es a quien realmente le apasiona, pero a mí me gusta ir porque me siento en paz allá. —Hace una pausa y mira hacia adelante—. A mi padre le encantaba visitarla. Yo me encariñé con ese lugar.

Me doy cuenta de que él está intentando dejarme entrar en su vida, y no voy a perder la oportunidad, porque en mi corazón empieza a crecer la esperanza de que quizá estemos en la misma sintonía, de que él no quiera solo pasar el tiempo conmigo.

—Me encantará viajar contigo, pero tendré que revisar mis horarios del hospital.

—No te preocupes por eso. Yo me ocuparé de todo.

Unos segundos después, me indica que me quede en el auto y rodea el vehículo para abrirme la puerta. Como me siento segura por la invitación al viaje y porque no parece importarle que nos vean juntos, entrelazo nuestros dedos mientras camino hacia mis amigos.



Kirsten



Capítulo 43

—¿Estás saliendo con ese médico, tu jefe por lo que entendí, y no me dijiste nada? —me pregunta una Raz escandalizada y también aparentemente molesta después de que, tras presentarlos, Simón me da un beso en la boca y se despide de nosotros.

Es casi indecente la manera en que sus jeans se ajustan a su trasero. Ese hombre debería tener prohibido usar ropa así. Además, la amplitud de su espalda queda dibujada a la perfección con el suéter negro que lleva puesto.

—Oigan, ¿ustedes dos necesitan un momento a solas? —dice Richard, levantando ambas manos en un gesto de rendición, como si no quisiera meterse en una "guerra" entre nosotras.

La abrazo y le beso la mejilla, y aunque parece fastidiada, ella también me aprieta entre sus brazos.

—No, ella va a estar bien —digo, volviendo a sentarme y encarando a Raz al mismo tiempo que muerdo un pancito.

—¿Ah, sí? Porque me estoy sintiendo excluida de tu vida.

—No seas dramática. Ni siquiera te había contado lo de Newton todavía. Quería decirte todo en persona.

—¿Desde cuándo están juntos? —pregunta.

—Con el rótulo de novios, recién desde ayer. Fue cuando asumimos que estábamos saliendo.

Richard aplaude y luego levanta la mano para que le dé un *"choque los cinco"* que acepto solo para no dejarlo en el aire, porque no me gusta pensar en salir con Simón como si fuera algún tipo de logro que alimenta mi ego. Lo adoro. Mucho.

—¿Ya olvidaste a Newton?

Mi humor se amarga.

—Sabes que lo nuestro se acabó.

—Sí, pero todavía no entiendo por qué decidiste "romper" con el hombre al que esperaste durante cinco años.

—Descubrí que me engañaba prácticamente desde el inicio de nuestro noviazgo.

Su rostro muestra el mismo shock que yo sentí cuando supe la verdad.

—Dios mío, Kirsten.

Ella vuelve a levantarse y me jala hacia un abrazo. Pasamos varios segundos así, porque Raz, más que nadie, sabe cuánto sufrí todos estos años.

Le cuento lo del celular, la contraseña y también la conversación que tuve con una de sus amantes.

—No sé qué decir excepto que odio a ese imbécil tramposo —dice, alejándose un poco, y noto que tiene lágrimas en los ojos.

—Ya lo odiabas antes de descubrir que era un traidor —le recuerdo, intentando bromear.

—Ah, es verdad —responde—, y ahora veo que había un motivo real detrás de mi antipatía hacia él.

Volvemos a sentarnos cuando la mesera se acerca a tomar los pedidos y, después, Raz me pide que le cuente con detalle cómo lo descubrí. Cuando termino, su expresión está seria.

—Cinco años de tu vida, Kirsten. Desperdiciaste sesenta meses lamentándote por su accidente.

—Todavía lo lamento. Si lo veo como ser humano y desde la perspectiva de mi profesión, no le deseo el mal, pero sí, me vuelvo loca cuando recuerdo todas las lágrimas que derramé por él, las noches en que recé y lo estúpida que fui en los años de bachillerato, donde es probable que cada maldita persona supiera lo que él hacía.

—Tu ex es el peor tipo de gusano que existe —dice Richard—. Un lobo con piel de cordero.

—No tienes idea —agrega Raz—. Cualquiera que los viera desde afuera pensaría que eran Barbie y Ken. La pareja perfecta.

—Quizá los dos interpretábamos un papel.

—¿A qué te refieres? —pregunta Richard.

Tomo un sorbo del jugo de naranja que la mesera acaba de servirnos.

—Creo que, por haberlo conocido tan joven, me acomodé al papel de "princesa" que encontró a su príncipe encantado. Descubrir la traición de Newton me hizo entender que la perfección no existe. En realidad, más allá de eso, no es lo que quiero para mí. Yo deseo a alguien real.

—¿Y ese alguien real sería tu jefe?

—Simón es muy real. También es crudo y directo. Nunca intenta parecer perfecto. Asume sus propias fallas.

—Es mucho mayor que tú —dice Raz.

—Sí, quince años.

—Prométeme que tendrás cuidado, Kirsten. Presiento que sufrir una decepción amorosa a manos de alguien como tu médico será más devastador que lo que le pasó a Newton.

—En defensa del doctor sexy —interviene Richard—, y basándome en lo que dijo Kirsten, si ella termina herida por Simón, será porque no funcionó y, sobre eso, todos corremos el riesgo de tener el corazón roto. Pero al menos ella sabrá por qué terminó. Dudo que un tipo de treinta y ocho años vaya a asumir una relación si no quiere realmente estar con la persona. Eso es lo que diferencia a los hombres de los niños. Los hombres, cuando nos mandan al carajo, pueden hacerlo doloroso, sí, pero tú sabes que no funcionó porque no había suficiente amor. Los niños engañan y mienten. Juran que te aman y aun así te traicionan.

Parece estar hablando por experiencia propia, y entiendo que ya ha pasado por esto antes.

—Algunos hombres, incluso siendo mayores, también engañan —dice mi amiga.

—No, ahí voy a tener que discrepar, Raz —responde él—. Esos hombres nunca dejaron de ser niños. Y jamás dejarán de serlo.

—No había pensado en eso, pero tal vez tengas razón —concluye ella.

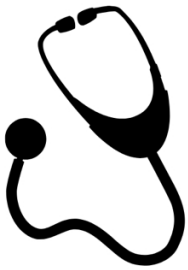
—Basta de hablar de cosas malas. Ahora quiero saber exactamente por qué ustedes dos me dejaron plantada ayer.

Raz y Richard se echan a reír.

—Como si no te hubiera gustado, ¿verdad, cariño? —dice él—. Saliste del hospital soltera ayer y hoy despertaste comprometida en una relación. Entonces me pregunto cómo habrá sido tu noche...

—No cambien de tema —digo, sintiendo que el rostro se me pone rojo—. No se trata de mí. Estoy aquí esperando todos los detalles sórdidos de sus citas.

—"Detalles sórdidos" es mi expresión favorita —dice Raz, riéndose —. Puedo decirte que el mío, por lo menos, sabía usar muy bien todos los accesorios que Dios le dio y, para que se mueran de envidia, era un accesorio de, mínimo, unos veinticinco centímetros.



Kirsten



Capítulo 44

En la semana siguiente

—¿Por qué estás tan inquieta? —Simón me pregunta cuando estaciona frente a la mansión de su madre.

Me remuevo en el asiento del copiloto por milésima vez.

—¿No puedes adivinarlo? ¡Voy a conocer a toda tu familia!

Simón me hizo la invitación anteayer, diciéndome que su madre, Rosario Agustina Benítez, quería conocerme.

Él nunca tuvo una relación seria, pero yo sí, y sé que este es un gran paso; por eso le pregunté si estaba seguro de hacerlo, porque, por mí, podríamos mantener todo entre nosotros.

Él me dijo que realmente quería que conociera a su familia.

—Ninguno de ellos muerde, excepto los pequeños.

Sonrío. Me contó que tiene un montón de sobrinos y cada vez que se refiere a ellos, su rostro se suaviza, lo que me hace pensar por qué no quiere tener hijos.

Aparto ese pensamiento de mi mente, porque me entristece recordar lo que dijo. Es lo que me hace entender que no tendremos un futuro, porque yo quiero muchos hijos.

—¿Y qué hay de tus padres? —pregunta mientras apaga el coche.

—¿A qué te refieres? —disimulo, sintiendo que el corazón me palpita en la garganta.

—¿Les contaste que estamos juntos?

Opto por una media verdad.

—Mis padres no se preocupan demasiado por mí.

—¿No?

—No intento sonar dramática, pero digamos que no apoyan el hecho de que quiera tener éxito en mi carrera.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Vos naciste para ser enfermera, Kirsten. Sos una de las profesionales más competentes con las que trabajé.

Siento mi cuerpo calentarse con el elogio inesperado.

—Gracias, doctor Benítez. Ese elogio te hizo ganar una sesión de masajes en los pies esta noche.

—Prefiero otro tipo de recompensa.

—¿Como cuál, por ejemplo?

—Las palabras no son mi fuerte, enfermera Millard, así que voy a mostrártelo en vez de decírtelo.

—Tu forma silenciosa de "mostrar" en vez de "decir" es muy sexy, doctor Benítez.

Él me dedica una sonrisa ladeada, toma mi mano y la lleva a su boca, dejando un beso en el dorso.

—Terminá de contarme sobre tus padres.

—No hay mucho que decir al respecto. Solo hablé con ellos una vez después de venir a Argentina, y aun así fue por iniciativa mía. No me envían correos ni mensajes. Pensé que, estando fuera del país, lo harían, pero no fue así.

Su mirada se ensombrece, como si estuviera pensando en algo. Somos dos. En este preciso momento, me pregunto si debería contarle sobre Newton.

Sin embargo, no quiero arruinar nuestro domingo hablando de mi ex. El próximo fin de semana iremos a la bodega, y allí le revelaré todo.

—Qué pena por ellos. Creo que cualquier padre desearía tener una hija como vos, Kirsten.

—Eres tendencioso, Simón. Me dices cosas lindas para llevarme a la cama.

—No sé cómo hacer eso. Quiero llevarte a la cama, al sofá, a la ducha, siempre, pero no es la razón por la cual te dije que sos la hija

que cualquier padre quisiera tener. Sos compasiva y amorosa. Mi equilibrio.

Mi equilibrio.

No estoy segura de que se haya dado cuenta de lo que dijo hasta que las palabras se le escaparon, porque en cuanto las pronuncia, se queda callado y me mira fijamente.

Pero antes de que cualquiera de los dos pueda decir algo, la puerta principal de la casa se abre y una cantidad increíble de niños corre hacia él gritando *"ití́o Simón!".*



Varias horas después, me siento completamente a gusto entre su familia.

Los tres hermanos Benítez son un poco intimidantes, cada uno a su manera cuando están juntos, pero en cambio, su madre, Rosario, su esposo, Urtiga, sus cuñadas, Tess y Lorena, y también los pequeños, son adorables.

Las tres mujeres son amables y me hicieron sentir cómoda. Rosario es una mujer muy interesante. Me hizo preguntas sobre mi infancia en Maine; dijo que le encanta viajar y que le gustaría conocer mi ciudad.

—No puedo creer que finalmente una mujer haya logrado atrapar a Simón —dice Lorena, la brasileña que es esposa de Emiliano—. Pensé que ese día nunca llegaría.

Gracias a Dios estamos solo las cuatro, ya que los hombres salieron al jardín con los niños, o yo estaría muriéndome de vergüenza.

—Yo tenía una corazonada desde el principio —dice la madre de Simón.

—¿Por qué?

—De mis tres hijos, Simón fue el único que nunca trajo una novia a casa —dice Rosario.

—Me dijo que nunca tuvo una relación.

Ella hace un gesto con la mano, como diciendo "es una forma de decir" al mencionarlo como "novia".

—Es casi vergonzoso tener que admitir que mis tres muchachos solo tuvieron relaciones serias después de los treinta —dice, sonriendo a Tess y Lorena.

—Y cuando ocurrió —dice la esposa de Martín—, terminaron en el altar.

—Ah, pero no será nuestro caso. Yo tengo un plazo para irme.

Ninguna de las tres dice nada y, después de unos segundos, me canso de intentar adivinar lo que están pensando.

—¿Dije alguna tontería?

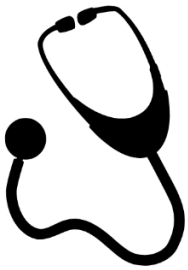
—No, Kirsten —dice Lorena—, pero solo para que lo sepas, es mejor no aferrarte demasiado a tus planes. Si Simón quiere más que el tiempo que tendrán en Argentina, no te dejará ir. Nada separa a un Benítez de lo que desea.

Por la ventana de la sala, observo a "mi Benítez" conversando con sus hermanos, y como si mi pensamiento lo llamara, él gira la cabeza hacia atrás, mirándome directamente.

¿Y yo soy el objeto de tu deseo, Simón?

Sé que él es el mío, pero no puedo renunciar a mi sueño de formar una familia algún día, incluso si él quisiera quedarse conmigo a largo plazo, solo para someterme a su voluntad.

Cometí ese error una vez, cuando permití que un hombre dictara las reglas de mi vida. No voy a sacrificar mis sueños por nadie más.



Simón



Capítulo 45

Caminar por la bodega de mi familia con Kirsten es como venir acá por primera vez.

Este lugar siempre me dio una sensación de paz. Conozco cada centímetro de estas tierras, pero después de horas recorriéndolas con ella en el cuatriciclo entre las hileras de uvas, el paisaje parece adquirir colores distintos, quizá porque mi novia vibra con cada pequeña cosa.

No creo haber conocido a alguien que amara tanto la vida.

—¿Dijiste que producen principalmente vino Malbec?

—Sí. El Malbec que producimos es el orgullo de mi hermano mayor. Originalmente, esta uva vino de Francia, pero fue en Argentina donde encontró su verdadera expresión. Acá, la tierra y el clima son perfectos para ella. El suelo es rico en minerales, lo que les da a las uvas una complejidad única.

—¿Te gustan los vinos?

—Prefiero el whisky, la verdad, pero me gusta el proceso de producción del vino.

Guiándola entre las vides, sigo explicándole durante más o menos media hora, hasta que subimos al cuatriciclo otra vez y la llevo a la bodega donde están las cosechas raras.

Entramos tomados de la mano, pero mientras le muestro uno de los depósitos donde se guarda una cosecha premiada, Kirsten sale

corriendo y riendo delante mío.

Salgo a perseguirla y, cuando la encuentro, nuestras miradas se traban y el ambiente cambia.

—Te gusta hacer que te persiga.

—Me gustas, me persigas o no, doctor Benítez.

En una fracción de segundo, el aire se carga de electricidad.

Llego a ella en unas pocas zancadas y siento su respiración mezclarse con la mía. Mis manos encuentran su cintura de manera instintiva y la atraigo más hacia mí. De inmediato, el deseo arde entre nosotros.

Nuestras bocas se buscan con avidez y el calor de su cuerpo se funde con el mío.

No sé si nos desvestimos mutuamente o si fui yo quien la dejó desnuda, pero en poco tiempo la tengo sentada sobre un barril, con las piernas enredadas en mi cintura mientras le meto la verga hasta el fondo.

El ritmo es urgente y mis manos recorren su cuerpo con rudeza.

Ella tiembla entre mis brazos y dice mi nombre, incitándome a darle todo.

Sin alientos, con los rostros tan cerca, nos miramos con un hambre que no se sacia.

El sudor recorre nuestras pieles mientras, con un último empuje mío, tan profundo que parece que los dos somos uno solo, alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo.

Kirsten gime mi nombre y aprieta mis caderas con sus muslos, la cabeza echada hacia atrás, la boca hermosa entreabierta.

Todas las veces con ella fueron ardientes, pero hoy siento nuestras carnes unidas y…

¡Mierda!

Intento salir despacio para no asustarla, aunque sé que ahora no hay nada que podamos hacer.

Ella se tensa cuando me retiro, mirándome confundida.

—El preservativo se rompió.

Me tomo unos segundos por si ella se descontrola… por si me grita o me llama irresponsable, aunque ninguno de los dos tenga la culpa.

Pero no hace nada. Solo me observa, y por primera vez desde que estamos juntos, tengo la sensación de que no está mirándome a mí. Está enfocada en algo más allá de mí.

Algo sin nombre y que la asusta.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que finalmente se mueva, pero cuando lo hace, recoge su ropa del suelo y se viste de espaldas a mí. Luego, sin decir una palabra, sale de la bodega.

Me deshago del preservativo y la sigo, pero tardo una eternidad en encontrarla. Cuando por fin la veo, Kirsten está entre las hileras de uvas, de espaldas a mí, mirando al cielo como si necesitara absorber la energía de la luz del sol.

—Kirsten.

—No me voy a quedar embarazada. Estoy segura. Fue solo una vez, así que no creo que pase.

—Sos enfermera y sabés perfectamente que ninguno de los dos puede tener certeza de eso.

Ella me ignora, adentrándose cada vez más entre las vides, y no importa cuánto la llame, no mira hacia atrás.



Kirsten

Camino cada vez más rápido, tratando de alejarme de él, pero sobre todo intentando alejarme de mí misma, del dolor que siento al tener la confirmación de que, sin importar lo apasionado que sea nuestro sexo, nada de lo que Simón siente por mí cambió.

Él sigue viéndome como alguien temporal en su vida. Una mujer como tantas con las que estuvo, a quien no quiere atar con lazos ni compromisos.

Dios, no permitas que haya quedado embarazada.

La idea me aterra.

Tengo una profesión y, si sucede, ser madre sola no me asusta tanto, pero un niño necesita una familia también, y el mío no la tendrá.

Mis padres lo rechazarán porque no será un hijo de Newton. El propio padre no lo querrá. Mi bebé solo me tendrá a mí, a Raz y a Richard.

Pienso en mi infancia y en lo solitaria que habría sido si Raz no hubiera estado presente, y me pregunto si podré suplir sola toda la necesidad emocional de un niño.

Estoy hecha un torbellino de tristeza, dolor y frustración, y empiezo a correr sin preocuparme por dónde voy, hasta que siento unos brazos fuertes atraparme por detrás.

—No huyas de mí.

No respondo. No quiero hablar, especialmente con él.

Simón no me gira hacia sí. Me mantiene así, apretada contra su cuerpo poderoso.

—Le hice una promesa a mi padre en su tumba de que nunca tendría hijos. Será la manera en que le pida perdón por haber dudado de que era un hombre honrado. No tiene nada que ver con vos ni con nosotros dos. Te quiero, Kirsten. Nunca quise quedarme con nadie y no percibo un momento en el que vaya a dejarte ir, pero no puedo romper mi palabra o él nunca me perdonará.

El dolor en su voz es tan crudo, tan real, que empiezo a llorar, no por la pelea que tuvimos ni por la posibilidad de estar embarazada, sino porque no puedo imaginar lo que él está sintiendo.

¿Cómo debe ser odiar a alguien que no lo merecía, rechazarlo y nunca tener la oportunidad de pedirle perdón?

Me giro en sus brazos.

—No me voy a quedar embarazada. Podrás cumplir tu promesa y nosotros estaremos bien.

"Aunque ahora, más que nunca, sé que al final de estos seis meses me iré para siempre", completo en silencio.



Capítulo 46

¿Dónde estaban? Hace días que no tengo noticias de los dos.

¿Están confabulados para hacerme caer en la locura? ¿Saben que los observo?

Las sombras de la noche los ocultan de mí, pero incluso detrás de los árboles, puedo verlos desde lejos mientras descienden del coche que los trajo.

La risa de ella cuando el maldito la ayuda a bajar del vehículo es como una puñalada directa en mi corazón.

Kirsten se apoya en él con tanta intimidad que no tengo ninguna duda de que, durante este tiempo en el que necesité alejarme, esconderme, la relación entre ellos avanzó.

La manera en que él la mira revuelve mi estómago en una furia silenciosa.

Actúa como si la poseyera (para protegerla, para amarla, para adorarla), pero voy a demostrarle cuán equivocado está. Ellos no se pertenecen entre sí.

Cuando este juego comenzó, solo uno de ellos era mío, pero ahora, los dos lo son: uno para amarme y el otro, para morir por mis manos.

La veo pasar el brazo por el de Simón, y el desgraciado le besa la coronilla.

Es un gesto protector que no tiene derecho a hacer, porque yo no se lo permito.

Siento el calor de la ira expandirse en mi pecho: odio puro y un deseo feroz de castigarlos.

Es como si una tormenta se formara dentro mío.

Los recuerdos burbujean en mi conciencia, alimentando de resentimiento al monstruo que cargo en mi interior.

No consigo apartar los ojos de los dos; mis músculos están tensos como piedra bajo la piel rígida.

Mi mente es un nido de pensamientos de venganza y una sed de justicia en su forma más cruel.

No merezco esto. No merezco que su traición me golpee en la cara así.

Están felices, sin importarles que con eso destrozan mi corazón, que me engañan, pero esa felicidad tiene los días contados. Es una promesa.

Verlos juntos es como recibir combustible directamente en las venas. Los dejaré vivir en esa ilusión un tiempo porque necesito planear mi venganza con cuidado.

La felicidad de ellos será una chispa diminuta en comparación con el fuego de mi revancha.

Soy más fuerte que los dos, y se lo demostraré.

Observar cómo se tratan y el cariño que se tienen es un tormento para mi mente.

Están despreocupados, convencidos de que lo tienen todo, creyendo que pueden simplemente olvidarse de que existo, porque sé muy bien que solo se juntaron para hacerme daño.

Sí. Saben que los observo y quieren humillarme. Eso es.

Durante el tiempo en que estuve lejos, pensé en ellos dos a cada segundo. Juro que escuchaba sus risas, imaginaba sus abrazos y sus besos.

Verlos felices alimenta mi dolor, pero van a pagar por todo. Solo se darán cuenta de que estoy cerca cuando ya sea demasiado tarde.

Seré la fuerza invisible que los destruirá.

No… cálmate. No puedes matar a los dos. Uno de ellos es tu amor. Haz que solo pague quien es culpable.

Sí. Bien. Ya puedo pensar con claridad otra vez.

Sabré cuándo será el momento exacto para atacar. Solo los tontos actúan por impulso. Cuando lleve a cabo mi venganza, los tomaré por sorpresa, porque será rápida y letal.

No quiero irme todavía, pero aunque me pese, después de mirar una vez más la entrada del edificio, vuelvo a mi coche.

Tal vez tengo un problema para controlar la rabia, porque en este instante, me encantaría verlos arder vivos juntos. Incendiar el edificio con los dos dentro.

Sé, sin embargo, que cuando mi furia se disipe mañana, me arrepentiré de haberlo hecho. Así que, en vez de arruinarlo todo, enciendo el coche y dejo que una música alta reviente por los altavoces.

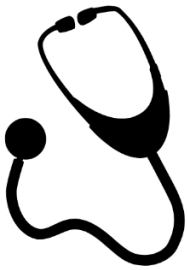
Canto hasta que mis pulmones quedan vacíos, pero aun así, la sonrisa que se dieron hoy sigue atormentándome.

Necesito enseñarles a no jugar conmigo.

La venganza no será rápida. Voy a demostrarles que no se humilla a alguien como yo y se sale impune después.

Mientras conduzco, la oscuridad de la noche me devora.

Me gusta sumergirme en ella. Aquí puedo esconderme del mundo hasta que los dos traidores descubran que ya es demasiado tarde para salvarse.



Simón



Capítulo 47

Dos meses después

—Me siento de maravillas, hijo mío. No es casualidad que ese hombre sea considerado un "dios de blanco". La existencia de Athanasios en este planeta tiene que ser algo enviado por Nuestro Señor para ayudar a personas como yo.

La voz de mi madre suena entusiasmada, como hacía mucho tiempo no sucedía. Hace un mes, ella aceptó comenzar el tratamiento con Athanasios y, aunque él aún está en una fase experimental y yo intenté disuadirla de la idea hasta que los estudios estuvieran concluidos, mamá quiso arriesgarse.

Yo no estaba seguro de que funcionaría, pero incluso para un escéptico como yo, tengo que admitir que su mejoría es visible. De todos los medicamentos que ha probado hasta hoy, este es el único con el que tuvo efectos secundarios mínimos.

La razón por la que acepté que ella participara en la fase de pruebas del nuevo tratamiento de Athanasios es porque confío en él, y tengo la certeza de que jamás consideraría entregar la medicación a los pacientes si no estuviera un noventa y nueve por ciento convencido de que es eficaz y de que no representa riesgos para la salud de ellos.

En medio de la despedida de la llamada con mi madre, veo a mi novia entrar al consultorio, hermosa con su vestido de enfermera.

Desde el momento en que comencé la facultad de Medicina, me acostumbré a ver mujeres con ese uniforme y jamás tuvo un atractivo especial para mí, pero tengo que admitir que en ella, esa ropa modesta despierta fantasías sucias.

—¿Todo bien? —pregunto cuando ella me sonríe, pero no de la manera habitual, no con los ojos brillantes como si yo fuera el centro de su mundo.

—Creo que me agarré un virus.

Me levanto de la silla y camino hacia ella. Le toco la frente para ver si está con fiebre, pero parece normal.

La beso suavemente en la boca.

—¿Por qué creés eso?

—No sé. Quizá sea una tontería mía. Creo que me impresioné con esa nueva gripe que se ha esparcido por el hospital.

—¿Preferís que cancele los planes con Emiliano y Martín?

Ella me abraza.

—No, por favor. Quiero ir. Siempre me río mucho con Lorena.

No es raro que salgamos los seis al menos una vez por semana, y noté que se está formando una amistad entre mis cuñadas y Kirsten.

—¿Estás segura?

—Sí, doctor Benítez. Creo que lo único que necesito es un tratamiento con mi médico particular en el cuarto anexo.

Le doy una palmada en la nalga y la levanto en brazos, caminando hacia la suite.

—Es usted muy pervertida, enfermera Millard.

—Mi perversión es solo suya, doctor.



Kirsten

—¿Entonces no hay la menor posibilidad de que tus padres vengan a visitarte antes de que tu pasantía termine? —pregunta Tess, y sé que no lo hace con mala intención, sino porque, viniendo ella de una familia amorosa, le resulta incomprensible que mi papá y mamá nunca me hayan visitado.

En defensa de ellos, yo nunca los invité, pero estoy segura de que incluso si lo hubiera hecho, habría sido una pérdida de tiempo.

Ahora que ya saben que rompí con Newton, creo que me odian.

Yo estaba segura de que se enfurecerían, pero jamás imaginé que escucharía lo que me dijeron.

Me llamaron desagradecida, inútil, y al final me tomaron por sorpresa al confesar sus deseos más secretos: me acusaron de haberles robado la oportunidad de formar parte de una familia con un apellido "relevante" que fuera respetada por toda la sociedad.

¿Respetada? Sí, cómo no. No soy idiota. Que me quisieran como esposa de Newton no tenía nada que ver con el apellido Gilmore ni con "ser respetados por la sociedad". Creo que lo que realmente querían era la vida de lujo que les proporcionaría unirme al único heredero de una familia tan rica.

Pensé que ya había vivido todo lo posible con mis padres en cuanto a dolor y decepciones, pero nada se compara con la última conversación que tuvimos y, siendo honesta, no pretendo volver a hablar con ellos pronto.

No sirvió de nada explicarles que fui traicionada por todas las mujeres del bachillerato o contarles que, incluso en la noche de nuestro compromiso, cuando tuvo el accidente, Newton estaba camino a encontrarse con una de sus amantes. Mis padres tuvieron la audacia de decirme que él era solo "un chico probando nuevos sabores". Ni siquiera Tausha, la madre de Newton, fue tan insensible.

—No, ellos no vendrán.

Percibo que todos se quedan en silencio, quizá porque respondí demasiado tajante a Tess, así que decido contar parte de la verdad.

—Mis padres no aprueban que yo tenga una carrera. Creen que la función de una mujer es casarse con un hombre que pueda mantenerla.

La mesa queda en silencio, y en este momento, no temo ser malinterpretada. No soy una interesada, porque si lo fuera, podría haber vivido los últimos años como una reina a costa de los padres de mi ex novio.

—Lo siento mucho, Kirsten —dice la esposa de Martín—, no quería recordarte algo tan doloroso.

—No te preocupes. Convivo con los dos desde que tengo memoria y jamás fingí no ver quiénes son mis padres. Para ellos, yo nunca habría ido a la universidad, pero lo que aún no entienden es que se trata de mi vida. Son mis decisiones, y sé lo que quiero para mí.

Lorena toma mi mano por encima de la mesa.

—Lo lamento, querida, pero sabes que nos tienes a nosotros para amarte.

Sonrío, mirando mi plato.

¿De verdad los tengo? Falta muy poco para que terminen mis prácticas y, hasta ahora, Simón y yo no hemos hablado de un "después".

—Sí, lo sé —respondo para romper el ambiente pesado—. Ahora, por favor, díganme cuál es el mejor postre de aquí, porque, como saben, amo los dulces.

Un rato después, mientras como una rebanada de *torta rogel*, una delicia típica argentina compuesta de varias capas finas de masa intercaladas con generosas porciones de dulce de leche y cubierta con merengue, siento los ojos de Simón en mí.

—No me gustan tus padres —susurra de repente, sujetando mi mentón y besándome delante de todos—. Ni me gusta ninguna persona que te apague el brillo.

—¿Tengo un brillo especial?

—Sí, lo tenés. Sos mi luz, Kirsten. Una que ni siquiera sabía que necesitaba, pero de la que ahora no pienso desprenderme.

Mi corazón se acelera.

—Mis prácticas están terminando.

—Pero nosotros dos, no.



Kirsten



Capítulo 48

Oigo que llaman mi nombre por los altavoces del hospital y salgo corriendo del baño, adonde fui para echarme agua en la cara porque, desde que amaneció, no me he sentido bien.

Lo que hace quince días imaginé que era una virosis ahora empieza a asustarme de verdad, mientras una hipótesis cada vez más aterradora se forma en mi mente: la de que estoy embarazada.

Me doy una última mirada en el espejo y noto círculos oscuros bajo mis ojos. Ayer inventé una excusa para Simón, diciéndole que necesitaría hablar con Raz y Richard en una videollamada que probablemente terminaría tarde, pero la verdad es que no quería que me viera tan mal.

No estoy lista para empezar a pensar seriamente en la posibilidad de un embarazo todavía.

En cuanto llego al sector para el cual fui llamada, me olvido de todos mis problemas, porque me informan que hay una emergencia.

Una ambulancia acaba de llegar con un paciente que sufrió un accidente de auto.

Corro hasta allí.

El paciente está inconsciente, con una hemorragia severa, y el equipo médico ya está preparado.

Cada segundo es crucial y todos luchan para estabilizarlo.

Cuando finalmente todo parece bajo control, regreso a mi sector.

A partir de ahí, la mañana pasa volando entre tareas interminables, y me siento agotada, pero aun así salgo para encontrarme con las cuñadas de Simón y con Rosario para almorzar, aunque no tenga nada de apetito.

Mañana, él y yo cenaremos con Raz y Richard, que estarán en la ciudad. Simón está de viaje, así que quedé con ellos dos para que nos preparáramos en casa de Richard y luego los tres fuéramos al restaurante a encontrarnos con mi novio.

Entro al establecimiento cerca de una hora después y sonrío al ver a Rosario, hermosa en un vestido floreado, rodeada por las nueras.

Es una bendición que el tratamiento alternativo del doctor Athanasios esté funcionando con ella.

—Lamento mucho si me retrasé —digo, después de besar a las tres en la mejilla—. La mañana fue un caos.

—Eres mi heroína —dice Lorena—. Yo jamás podría trabajar con personas heridas.

—Amo lo que hago. Nací para esto.

La comida transcurre en un ambiente agradable, como siempre ocurre cuando me reúno con ellas, pero casi no puedo tocar la comida porque, cada vez que lo intento, siento que la bilis me sube a la garganta.

—¿Qué pasa? —me pregunta Rosario en voz baja, mientras Tess y Lorena están distraídas en una conversación animada.

—Creo que tengo una virosis. —Finjo, aunque todos mis síntomas apuntan cada vez más a un embarazo.

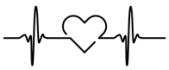
¿Cómo voy a contarle a la madre de Simón que creo que quedé embarazada de su hijo y que, si es verdad, tengo que planear irme antes de que él me odie por obligarlo a romper la promesa que le hizo a su padre?

Simón no querrá a mi hijo, y yo prefiero irme antes de escucharlo rechazar a mi bebé en voz alta.

—¿Por qué no pedís la tarde libre, entonces? Quizá deberías descansar.

Siento remordimiento.

—Sí, quizá debería hacerlo. —Sonrío—. Tranquila. Voy a estar bien.



Al día siguiente

—No tienes una virosis —dice Richard en cuanto salgo de su baño, después de vomitar el alma.

Los tres (él, Raz y yo) estábamos vistiéndonos para la cena cuando, de repente, necesité correr al inodoro.

—¿De qué estás hablando? —pregunta mi mejor amiga.

—Tengo tres hermanas. Acompañé sus embarazos. Te ves muy embarazada, Kirsten.

Raz empieza a reír como si él hubiera contado un chiste, pero cuando sigo callada, ella me mira.

—¿Estás embarazada?

—Aún no lo sé.

—¿Cómo es posible?

Richard pone los ojos en blanco.

—¿Olvidaste cómo se hacen los bebés, querida? ¿De verdad ha pasado tanto tiempo desde la última vez que tuviste relaciones sexuales?

—Eso no es gracioso. Kirsten y Simón apenas se conocen.

—Podría argumentar —digo— que estuve con Newton durante casi cuatro años antes de su accidente, y que tampoco lo conocía realmente. Basta con ver las traiciones que le descubrí...

—Entendiste lo que quise decir. Al menos con Newton tenías un vínculo.

—Ah, ahí voy a discrepar. Sé que solo los viste juntos una vez, muy brevemente —dice Richard—, pero yo ya salí con ellos y puedo jurar que ese hombre está completamente enamorado de Kirsten.

—Creo que deberías hacerte la prueba. Necesitamos confirmarlo —dice ella.

—Lo sé, pero tengo miedo.

—Vamos a descubrir si es verdad para crear una estrategia.

—No hoy. Necesito un poco más de tiempo para acostumbrarme, incluso a la mera posibilidad —digo, cobardemente.



—¿Qué ocurre? —le pregunto a Simón, que mantiene la expresión cargada desde el momento en que nos sentamos a la mesa.

—Nada. Solo estoy contando los minutos para que la noche termine y tenerte solo para mí.

Lo dice con su tono normal, y ruego que mis amigos no lo escuchen.

Simón al menos intercambió un par de palabras con Richard, pero a Raz casi ni la saludó ni la miró, y lo que se suponía que sería una cena que me haría sentir más ligera y tranquila después de una semana llena de preocupaciones por un posible embarazo, se transformó en una especie de campo de batalla silencioso.

Raz no es de las que se quedan calladas cuando algo no le gusta, y tampoco ha hecho nada para facilitarle la vida a él viendo que Simón la ignora.

—No estás obligado a quedarte. Vine a Buenos Aires para ver a mi mejor amiga.

Richard y yo nos miramos, atónitos.

De acuerdo, Simón no estuvo simpático, pero lo que ella acaba de soltar fue grosero a más no poder.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—¿Qué me pasa? ¿En serio me preguntas eso, Kirsten? Él está actuando como si no significáramos nada y aun así lo defiendes.

—No puedo creer que estés haciendo esto.

—¿Haciendo qué? ¿Diciendo la verdad? ¿Te tomaste el trabajo de revisar su historial con mujeres? Quizá deberías hacerlo antes de pelear conmigo para defenderlo.

Se pone de pie y, ahora, todo el restaurante se detiene y presta atención a la conversación.

—Raz...

—No debería haber venido.

No me deja decir nada más. Se aleja de la mesa y corre hacia afuera del restaurante.

—¿Qué fue eso? —pregunta Richard.

—No tengo la menor idea. Voy a ir tras ella.

Empiezo a levantarme cuando, de repente, Simón toma mi brazo.

—No vayas.

—¿Qué?

—Si confiás en mí, Kirsten, no vayas detrás de ella. Raz no merece tu amistad.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Jamás te mentiría. Si querés hablar con ella, hacelo otro día, cuando esté más tranquila y después de pensar en lo que acaba de pasar.

—¿Qué me estás ocultando?

—Hablaremos después, te lo prometo.



Kirsten



Capítulo 49

El “después”, que pensé que ocurriría esa misma noche, nunca llegó, porque llamaron a Simón para una cirugía de emergencia en un principado europeo y salió del restaurante directo al hospital.

Dos días después de que él se fue, Raz todavía no atendía mis llamadas, y sigue comportándose así hasta hoy.

Jamás imaginé que sería capaz de hacerme algo así, sobre todo sabiendo que existe la posibilidad de que yo esté embarazada.

Con solo Richard a mi lado y sintiéndome muy infeliz, reuní valor para hacerme la prueba, y cuando dio positivo, no me sorprendí. Estaba segura, desde el principio, de que realmente estaba embarazada.

Casi diez días después del descubrimiento y hablando con Simón todas las noches por teléfono, él finalmente volvió a casa.

Pasamos la madrugada en los brazos del otro, muriéndonos de nostalgia, pero al amanecer me prometí a mí misma que le diría la verdad esta semana y luego me despediría de mis prácticas.

Voy a intentar hablar con el doctor LJ y explicarle por qué necesito irme, aunque creo que jamás me contratará sabiendo que estoy embarazada.

También quiero entender qué quiso decir Simón cuando afirmó que Raz no era mi amiga.

Salgo del cuarto de una mujer que dio a luz ayer y mi corazón se acelera cuando veo al hombre del que estoy enamorada al otro lado del pasillo. Al comienzo de nuestra relación, me preocupaba lo que los demás pudieran pensar sobre haberme envuelto con mi jefe, pero, aunque no demostramos nada en público en el hospital, tampoco nos escondemos.

No tengo duda de que todos los empleados saben que somos pareja.

Él levanta la cabeza y, al verme, viene directo hacia mí como un hombre con una misión.

—Te propongo otro viaje —dice, acercándose mucho más de lo que sería socialmente adecuado, como si no le importara en absoluto quién pudiera estar observándonos.

—¿Qué?

—Quiero aislarme contigo, lejos de todo.

Abro la boca para decirle que necesitamos hablar cuando, de repente, una voz que jamás pensé volver a escuchar me deja paralizada.

—Kirsten, desperté. Volví para verte.

Durante varios segundos no consigo moverme. Tal vez ni siquiera estoy respirando.

—¿Kirsten? —pregunta Simón, mirando por encima de mi hombro —. ¿Quién es este tipo?

—Simón…

—Soy su prometido. Estuve en coma por más de cinco años, pero ahora volví, cariño —dice él, entrando en mi campo de visión.

Lo miro fijamente, y Newton no parece alguien que acaba de despertar de un coma. Está con buen color y saludable.

—¿Hace cuánto despertaste?

—Hace más de mes y medio.

—¿Y por qué nadie me avisó?

—No te enojes, muñequita. Mis padres y los tuyos no dijeron nada porque yo se los pedí. Quería darte una sorpresa, pero más que eso, quería aparecer cuando ya estuviera sano.

—Kirsten, ¿quién es este pelotudo? —vuelve a preguntar Simón.



Simón

Antes de que ella me responda, lo reconozco.

Es el desgraciado que parecía querer ponerle un sello de propiedad en las fotos de mi novia de la época del bachillerato.

—Yo debería hacer esa pregunta, porque soy su prometido. El único novio que Kirsten ha tenido. El hombre que va a casarse con ella.



Kirsten

—No eres nada mío. Terminamos —digo, temblando y notando que varias personas se detienen a observarnos, ya que Newton está haciendo un escándalo de verdad.

—No terminamos. Tendría que haber sido un acuerdo entre los dos. Yo estaba en coma. Ni siquiera pude defenderme.

Miro de reojo a dos enfermeras y no hace falta ser un genio para percibir lo que están pensando: que soy una puta que se metió con otro hombre mientras su prometido estaba postrado en una cama de hospital.

—Por favor, este es mi lugar de trabajo. Hablaremos después.

—¿Después? Lo dudo. Vine para decirte que no importa lo que haya pasado mientras estaba en coma. Aún te quiero.

—¡Andate ya mismo de acá! —Oigo ordenar a Simón, y sé que está a un paso de perder el control—. O no tendré en cuenta que probablemente tus músculos todavía están débiles y te partiré la cara delante de todos.

Me interpongo entre los dos.

—¡Vete, Newton!

—No voy a irme a ningún lado antes de decir lo que necesito. ¡Te amo, Kirsten!

—No seas cínico. Me engañaste desde el comienzo del noviazgo y solo descubrí todo por casualidad, cuando tu madre me entregó tu celular para que la llamara a ella mientras yo estuviera en Argentina. Eres un mentiroso, un tramposo. Hablé por teléfono con una de tus amantes. Me contó que no pasabas una noche solo. Lamento que hayas perdido cinco años de tu vida, pero yo también perdí los míos, llorando por un canalla infiel.

—Estás molesta y lo entiendo, pero fuimos hechos el uno para el otro. Me vas a aceptar de vuelta cuando escuches lo que tengo para proponerte.

—¿De qué hablas?

—Sé que estás embarazada de este hijo de puta y también sé que él te va a dar una patada en el culo, porque tiene casi cuarenta años y nunca se casó. ¿Te contó que él obligó a una de sus novias a abortar? Pues eso fue lo que pasó. La obligó a deshacerse de su bebé, Kirsten. Era rica, una mujer de la *alta sociedad.* ¿Crees que se va a quedar contigo? Una enfermera sin rumbo y…

Él sigue hablando, pero ya no escucho nada. Salgo corriendo, intentando escapar del caos.

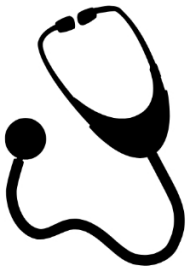
Ahora Simón descubrió lo del bebé, pero más allá de eso, entiendo, mientras bajo las escaleras completamente desorientada, que uno de mis amigos, Richard, me traicionó. Solo él sabía lo del bebé con absoluta certeza.

Llego a la planta baja y corro hacia afuera. No miro a los autos que pasan por la entrada y, cuando oigo que alguien toca la bocina, me doy vuelta.

Horrorizada, me quedo paralizada al ver una ambulancia a pocos metros. También noto la expresión asustada del chofer, que intenta

frenar, pero ya es demasiado tarde.

De inmediato, miedo, soledad, tristeza, todo eso converge en oscuridad.



Simón



Capítulo 50

—¡Fuiste advertido, hijo de puta! —Le suelto un golpe directo en la nariz y me obligo a ir detrás de Kirsten, porque si me quedo acá un segundo más, soy capaz de matarlo—. Tuviste tu oportunidad con ella y la desperdiciaste. Ahora, Kirsten es mía.

Mientras sigo sus pasos, las palabras que me arrojaron hace un momento hierven en mi cabeza.

¿Kirsten está embarazada? Si es así, ¿por qué no me dijo nada? ¿Cómo mierda este hijo de puta salido del infierno pudo enterarse cuando yo, que soy el padre, no sé absolutamente nada?

Me acuerdo de nuestra pelea en la bodega, cuando descubrí que el preservativo se había roto.

¿Ella no pensaba decirme nada? ¿Iba a irse de Buenos sin contarme que espera a mi hijo?

No tengo tiempo para buscar respuestas, porque en cuanto llego a la planta baja, veo un alboroto frente al hospital. Luego noto a un grupo de personas reunidas en la vereda. Corro hacia allí con el corazón retumbando en mis oídos.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a un enfermero que sé que es amigo de ella.

—Doctor Benítez…

—¡Hablá de una vez, la puta madre!

—Es Kirsten. La atropellaron.

—¿Qué?

—No sé exactamente lo que ocurrió y…

—¡Salgan del medio! —ordeno, y cuando me abren paso, es como vivir una pesadilla cuando veo a mi mujer desmayada.

Lo que sucede después ocurre en cuestión de segundos. La reviso, y en cuanto confirmo sus signos vitales y que no tiene fracturas, ordeno que traigan una camilla.



Hasta hoy, no recuerdo haber sentido miedo en toda mi vida, pero verla allí, en el suelo, inconsciente, me hizo rezar por primera vez.

Y fue entonces que comprendí que todos los sentimientos que Kirsten me despierta desde el instante en que la conocí se resumen en amor.

No un amor tranquilo, ni sereno, como en esas historias románticas que mis cuñadas adoran y que yo hojeé una vez sin querer en casa de Emiliano.

Un amor tan intenso, un sentimiento tan abismal, que me deja plenamente seguro de que Kirsten es la única para mí, la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Solo cuando confirmé que no llegó a ser atropellada, porque alguien la jaló hacia la vereda justo antes, y que se desmayó mucho más por el susto que por cualquier lesión real, pude volver a respirar.

Tres horas después, reviso aliviado los resultados de los exámenes que le hicieron, y sé que toda mi familia está afuera, en el pasillo del hospital.

Avisé a LJ y él vendrá dentro de unos días. Estoy cansado de secretos y medias verdades. Kirsten merece saberlo todo.

Cuando la subíamos a la camilla, me crucé en el pasillo con el maldito de Newton que, aun con la nariz rota, intentó acercarse. Le juré que lo mataría si volvía a aparecer acá o si intentaba acercarse a ella en contra de su voluntad.

Sí, tuve que enfatizar lo de *contra su voluntad*, porque entendí que entre los dos hay una historia, y el desgraciado acaba de volver de un coma. E incluso para alguien como yo, sé que si un tercio de lo que dijo sobre su relación es cierto, todavía necesitan tener una conversación seria.

Kirsten está rodeada de serpientes por todas partes.

Sacudo la cabeza con asco.

Apenas colgué la llamada con LJ hoy, me comuniqué con Richard no solo para avisarle del accidente de Kirsten, sino también para preguntarle sobre el pelotudo de Newton. Sabía que él podría contarme sobre la relación que tuvieron en el pasado.

Fue Richard quien me reveló que mi novia y su ex suegra eran muy cercanas, así que, aunque mis celos estaban por las nubes, le pedí a mi madre que entrara en contacto con la mujer, Tausha Gilmore.

Al final, cuando terminaron de hablar, mi mamá estaba triste, probablemente por Kirsten. Me dijo que la madre del pelotudo de Newton aseguró que poco le importaba lo que le pasara, porque para ella, Kirsten ya no existía.

Lorena tuvo la ingrata tarea de hablar con los Millard, a quienes ya detesto incluso antes de conocerlos. Y cuando mi cuñada me contó cómo fue la llamada, mi repulsión hacia los padres de Kirsten creció todavía más.

La esposa de Emiliano contó que, al principio, fueron groseros con ella, pero en cuanto supieron quién era, la cuñada del novio de su hija, un cirujano, cambiaron por completo de actitud. Aun así, casi ni preguntaron por el estado de Kirsten.

Entro al cuarto del hospital donde ella duerme, sedada, y veo que su rostro, incluso bajo el efecto de los sedantes, está tenso.

Repaso todo lo que ese hijo de puta de Newton dijo antes de que ella saliera corriendo.

Quise matarlo por mentir. Ese desgraciado retorció mi pasado para pintarme como un villano cuando, ahora lo sé (no solo por lo que ella dijo en ese momento, sino también por lo que hablé con Richard), él la engañó durante toda la relación.

Me acerco a ella y, con los nudillos, rozo suavemente su mejilla.

Pedí específicamente que le hicieran un examen de sangre para confirmar el embarazo, y sí, está embarazada.

Es probable que despierte recién mañana, porque estaba muy agitada cuando recobró la conciencia después del "casi atropello".

Le doy un beso en los labios y voy a encontrarme con mi familia en el pasillo.

—Simón. —Mi madre abre los brazos cuando me acerco—. ¿Cómo pudo pasar algo así?

Yo sabía que estaban acá, porque hasta ahora solo había hablado con ellos rápidamente por teléfono, cuando pedí ayuda a ella y a Lorena para contactar a los Gilmore y a los Millard.

Después de darle un beso en la frente, me siento junto a mis hermanos, mis cuñadas y Urtiga.

—¿Qué parte querés saber? —pregunto, esforzándome por explicar la situación a mi familia cuando, en verdad, no sé muy bien cómo hacerlo.

—Todo. Desde el principio, preferentemente. Cuando nos explicaste por teléfono y pediste que llamáramos a los Gilmore y a los Millard, tuvimos una visión general del caos, pero quiero saber cómo es posible que no supieras que Kirsten estuvo comprometida.

—Ella nunca me habló de sus relaciones anteriores. Apenas mencionó a sus padres un par de veces.

—Y ahora entendemos por qué. —Lorena hace una mueca—. Son tan falsos como una moneda de tres dólares.

Pienso en el secreto que estoy guardando para LJ y decido que esta mierda terminará cuanto antes. Kirsten tiene derecho a saber sobre mi pasado.

—Hasta donde entendí, basándome en lo que explicó Richard, su amigo, Kirsten estaba comprometida cuando vino a Buenos Aires; pero después, cuando su ex suegra le entregó el teléfono que pertenecía a ese tal Newton, descubrió que él la engañaba. Kirsten

encontró varios mensajes del pelotudo hacia otras mujeres, y viceversa.

—Entonces dejame decirte —me interrumpe Martín— que el golpe que le diste fue poco.

—¿Cómo sabés eso?

—Apareció en los periódicos. Alguien grabó todo, pero no te preocupes, ya estamos ocupándonos del asunto. Además, la prensa te está tratando como a un superhéroe que salvó a su novia de un hijo de puta.

—Ese desgraciado mintió. Dijo que obligué a una ex a abortar.

—Deberías haberlo mandado de vuelta al coma —dice Emiliano.

—Eso no tiene gracia, muchachos —interviene mamá, y luego se gira hacia mí—. Continúa, hijo.

—El infeliz estaba en coma, pero aun así, ella decidió terminar el compromiso por su cuenta.

—¿Cuánto tiempo lo esperó?

Recuerdo la conversación que tuve con Richard.

—Cinco años. Estuvieron juntos durante todo el bachillerato. Ese boludo le pidió matrimonio cuando Kirsten cumplió dieciocho años. Esa misma noche, él tuvo un accidente y quedó en coma.

—¡Por Dios! ¿Y ella se mantuvo fiel durante todo ese tiempo? —Tess se sorprende.

Pienso en la mujer que está en un cuarto a pocos metros de acá, esa a quien amo y que robó mi corazón sin que yo me diera cuenta.

Kirsten es íntegra, honesta y leal.

—Sí, lo esperó, y creo que habría seguido así para siempre si no hubiese descubierto la verdad.

—¿Y qué pasó hoy? Escuché que ese hijo de puta vino al hospital y vos le rompiste la cara, pero no nos diste detalles —dice Emiliano.

Paso ambas manos por mi cabello, intentando calmarme.

—Los dos estábamos en el pasillo del hospital. Yo acababa de invitarla a viajar conmigo otra vez cuando el desgraciado apareció. Dijo que quería recuperarla. Ese traidor afirmó que asumiría al hijo que ella estaba esperando.

—¿Hijo? —pregunta mi madre, sorprendida—. ¿Kirsten está embarazada?

—Sí, pero yo me enteré en ese mismo instante.

—¿Por qué no te dijo nada? ¿Cómo pudo ese hombre saberlo antes que vos?

Pienso en la pelea que tuvimos en la bodega y en todas las otras veces en que le dije que no quería tener hijos.

Lo único que puedo imaginar es que Kirsten no me contó sobre el embarazo porque no confía en mí. Pensó que la rechazaría, igual que al bebé. Y después de la mentira que Newton le dijo, que yo había pedido a una ex que abortara a nuestro hijo… ella salió corriendo. Probablemente tenía miedo de mí.

—No lo sé con certeza.

—Seguí contándome qué pasó en ese incidente.

—Cuando ese boludo reveló lo del embarazo, ella salió corriendo. Por poco… —Hago una pausa y bajo la cabeza entre las manos, con los codos apoyados en mis rodillas—. Por poco no pierde la vida, mamá. Alguien la tiró de vuelta hacia la vereda y entonces solamente se desmayó por el susto. Kirsten casi murió porque estaba huyendo de mí.

—¿De vos?

—Le dije que jamás querría hijos.

—Simón…

—Le hablé sobre papá y de cómo hice una promesa sobre su tumba: que nunca tendría hijos como una forma de castigarme por haberlo rechazado. Imaginé que solo así él me perdonaría por haber sido desleal.

—Simón, mi amor…

Ella toma mi mano y la acerca a sus labios, dejando un beso allí.

—Kirsten intentó huir de vos, casi murió porque creyó que le darías la espalda, hijo. Tu padre jamás habría querido eso, Simón. Él te amaba incondicionalmente, y estoy segura de que no desearía que te castigaras por haber creído, aunque fuera por un tiempo, en aquella víbora de Anita.

—No fuiste el único que se equivocó, Simón —dice Martín—. Los tres fallamos con él al dudar de su carácter.

—Y yo fallaré de nuevo —afirmo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Le hice una promesa a mi padre, pero no puedo vivir sin Kirsten. La quiero para siempre, como mi esposa y como madre de mi hijo. No sé si soy la mejor opción para ser padre de alguien, pero voy a intentar hacerlo lo mejor posible.

Tess y Lorena se levantan para abrazarme.

—Nadie viene al mundo con un manual para ser el padre perfecto, Simón —dice la esposa de Emiliano—. Lo único que un niño necesita es amor, y créeme, eso te sobra.

—Ni Martín ni Emiliano se creían capaces tampoco, tomando en cuenta la crianza que recibieron del desgraciado que contribuyó a traerlos al mundo —continúa Tess, y luego mira a mi madre—. Sin ofender, Rosario, pero tu primera elección de marido fue pésima.

—No me ofende, cariño.

—El punto es que no hay manera de borrar lo que pensaste de tu padre por un tiempo, Simón, pero renunciar a darte la oportunidad de tener tu propia familia no cambiará nada.

—No voy a renunciar. Estoy loco por Kirsten y haré que lo entienda. No le daré opción más que aceptarme como su marido y como el padre del hijo que tendrá.



Kirsten



Capítulo 51

Me desperté y volví a dormir varias veces. En cada una, tuve la sensación de que no estaba sola en la habitación. Sentí su presencia cerca mío, pero no abrí los ojos porque no me sentía lista para enfrentarlo todavía.

Ahora, sin embargo, él sostiene mi mano y el calor que me transmite es imposible de ignorar, así que decido abrir los ojos.

—Te despertaste.

Intento retirar mi mano de la suya y, aunque él se resiste un poco al principio, pronto me deja ir.

—¿Qué pasó?

Veo un destello de dolor en su rostro, como si mi rechazo lo lastimara, pero estoy cansada de priorizar el sufrimiento ajeno en vez del mío.

—Casi te atropellan. Alguien te salvó justo a tiempo.

—¿Me sedaron?

—Sí.

—Mi bebé…

No logro completar la frase, el pavor de que algo haya pasado con mi hijo me golpea de lleno.

—Está bien.

Giro el rostro hacia el otro lado. Me siento asustada y confundida.

—¿Cuánto tiempo dormí?

—Dos días enteros.

Aún no lo miro.

—Quisiera ver a Richard.

—Él y Raz están en el pasillo. Voy a llamarlos, pero antes quiero conversar.

—Lo que tengas que decirme puede esperar. No estoy lista para tratar nada que tenga que ver con nosotros dos todavía.

Él no se mueve. Durante casi dos minutos siento que me observa, luego se marcha sin decir una palabra.

Poco después, la puerta se abre y Raz y Richard aparecen.

No les sonrío a ninguno, sobre todo a mi amigo, porque ahora que recuerdo todo lo que pasó, voy a exigir una explicación.

Entonces noto algo: Richard se ve extraño, serio, y especialmente se comporta como si no quisiera estar cerca de Raz. Percibo un abismo entre ambos, incluso a distancia. *¿Qué está pasando aquí?*

—Kirsten, no sabes lo feliz que estoy de que… —ella empieza, pero hago un gesto con la mano para detenerla.

Me incorporo en la cama, con el cuerpo repentinamente lleno de energía.

—¿De verdad? Porque mi último recuerdo es todo lo que me dijiste en aquel restaurante y, después de eso, ignoraste mis llamadas y los mensajes que te mandé.

—Kirsten, yo… —Richard intenta hablar, pero tampoco lo dejo terminar.

—Y tú, ¿con qué derecho le contaste a Newton sobre mi embarazo? Tú eras el único que lo sabía con certeza, Richard. —En cuanto tuve la confirmación después de hacerme la prueba, solo se lo dije a él, ya que Raz me estaba ignorando y yo necesitaba desahogarme con alguien—. Tú, más que cualquier otra persona, fuiste testigo de mi sufrimiento. ¿Cómo pudiste enterarte de que había salido del coma y no decirme nada? ¿Cómo tuviste la cara de contarle sobre mi bebé?

—No fui yo quien habló.

Él mira a Raz, y ahora estoy segura de que no estoy loca. Hay ira en su rostro.

—Si no fuiste tú, ¿quién fue entonces?

—¡Richard! —Raz casi grita—. ¡No es lo que estás pensando!

Él la ignora.

—Cuando me contaste lo del embarazo, y sabiendo que ustedes dos eran como hermanas, caí en el error de intervenir, Kirsten. La llamé por teléfono y le dije que tenían que dejar de pelear por una tontería, porque se querían. Entonces le conté a Raz sobre el bebé. Perdóname por eso. Jamás imaginé que iría a buscar a tu ex para hablarle de tu embarazo, y mucho menos que Newton ya había despertado del coma.

—Deja de decir estupideces, Richard. Kirsten acaba de despertar de una sedación y no está preparada para enfadarse.

—Estoy perfectamente lúcida, y ahora quiero escuchar esta historia hasta el final. En primer lugar, si sabías que Newton había despertado, ¿por qué no me avisaste, Raz?

—¿Y qué importancia tenía eso? ¡Tú ya no lo querías! —responde ella, agresiva.

—Si piensas así, ¿entonces por qué fuiste con chismes? —dice Richard—. Solo puedes haber sido tú quien se lo contó, Raz.

—¿Cómo pudiste? ¿Qué demonios te pasa? —Me suelto el suero de la vena y me pongo de pie—. ¡No tenías ningún derecho a revelar mi embarazo a mi ex cuando ni siquiera Simón lo sabía aún!

—Perdóname por eso, Kirsten —suplica Richard, destrozado.

—No fue culpa tuya. Ella sabía perfectamente lo que hacía. ¿Cuál es tu problema con Simón, Raz?

—No tengo ningún problema con ese hombre.

—¿De verdad? —Richard se burla, y yo me quedo confundida.

—¿De qué hablas?

Antes de responder, él va hacia la puerta y se recuesta contra ella, como si quisiera asegurarse de que nadie entre ni salga.

—Tengo un problema —dice él—. Cuando me cae bien alguien, a veces no consigo ver muy bien los defectos de esa persona, pero hay algo que siempre me ha encantado en la vida: un buen rompecabezas.

—¿Consumiste drogas? —pregunta Raz con ironía, pero él solo me mira a mí.

—Simón me llamó hace dos días, Kirsten. Me contó la escena que pasó en el hospital y, en ese mismo instante, supe que había sido Raz quien le contó a Newton.

—¡No me dijiste nada! —ella lo acusa.

—Porque quería atraparte. Eres mala y cobarde. Sabía que si te confrontaba, ibas a huir, y Kirsten tenía derecho a saber la verdad.

—¿Verdad? —pregunto, temblando.

—Sí. Tranquila, ya voy a llegar ahí. Recapitulando: cuando Simón me llamó, me puse a pensar qué era lo que me estaba molestando en esa historia. Obviamente, me di cuenta de que había sido Raz la que le contó a Newton sobre el bebé, pero el punto era entender el porqué. Así que empecé a analizar a tu supuesta mejor amiga de la infancia. Cruzando todo lo que me dijiste de ella, me di cuenta de algo: tú eres buena, Kirsten, y las personas buenas suelen ver lo mejor en los demás, incluso en quienes no valen nada.

—No entiendo…

—Empecé a analizar por qué Simón no la soportaba. Tu novio no es el tipo más simpático del mundo, pero tampoco es grosero. Sin embargo, dejó claro que Raz le caía pésimo. ¿Por qué sería? Entonces surgió una sospecha, pero necesitaba estar seguro. Le pedí a mi ex, el hacker que descifró la contraseña del celular de Newton, que identificara todos los números de aquella lista. Obtuve las respuestas anoche. Uno de los teléfonos ya estaba en desuso, pero ¿adivina a nombre de quién había sido registrado?

—¡Basta! ¡Eres un mentiroso! —grita Raz.

—Para nada. La víbora eres tú. Venenosa, mala, falsa, envidiosa. Sé una mujer honrada al menos una vez en tu vida y admite la verdad. Kirsten tiene derecho a saberlo.

—¡Es mentira! —Ella chilla, histérica.

—Si no quieres decirlo tú, entonces lo digo yo. La mujer con quien Newton iba a encontrarse la noche de tu compromiso era ella, Kirsten. Raz mantenía una aventura con tu ex desde hace años. ¿Recuerdas que me dijiste que ella lo detestaba? Era teatro. Los dos se acostaban a tus espaldas.

Vuelvo a sentarme en la cama, con todo mi cuerpo temblando. Miro a la mujer que creí conocer, la que fue como una hermana para

mí toda la vida, y no necesito que lo confirme. Lo sé por su rostro, deformado por la rabia: Richard está diciendo la verdad.

—¿Cómo tuviste el descaro? ¿Cómo pudiste dormir durante cinco años sabiendo que yo esperaba a un traidor y dejándome sufrir? ¿Cómo pudiste acostarte con el hombre con quien yo iba a casarme? Dios mío, estuviste en mi fiesta de compromiso y, esa misma noche, ibas a meterte en su cama. ¡Eres una mierda, Raz!

Por un segundo, creo que lo va a negar porque una parte de mí aún conserva una pequeña esperanza de que todo sea un malentendido. O, quién sabe, tal vez una broma de mal gusto entre ellos dos.

Y entonces, de a poco, veo desaparecer frente a mí a la chica que conocí desde siempre y, en su lugar, surge alguien frío y sin alma.

—Tú nunca perteneciste a nuestro mundo. Al principio, eras un proyecto mío. Un insecto al que yo quería moldear y divertirme contigo cuando quisiera, pero creciste perfecta. Mejor alumna, mejor amiga, mejor en cada maldita cosa que intentabas. Por el amor de Dios, ¡hasta mis padres te amaban más que a mí!

—Estás enferma.

—Tal vez, pero si yo lo estoy, tú eres una estúpida. ¿Quién sufre bullying y no reacciona? Solo una idiota demasiado buena.

—No soy ninguna de esas dos cosas. Yo tenía un objetivo. Mientras esas inútiles mimadas y ricas estaban haciéndome bullying, yo estaba corriendo detrás de mis sueños. Personas malas como tú, Raz, están vacías. Viven de chismes, intrigas, traiciones y mentiras. En diez años, yo voy a ser una profesional exitosa en mi carrera, rodeada de amigos verdaderos que me aman y, si Dios quiere, con un hijo sano. Tú vas a seguir siendo lo que eres ahora. Nada. No eres nada. Eres tan pobre que lo único que tienes es dinero. La pobreza de alma no se cura, Raz. Nunca voy a perdonarte lo que hiciste. Sal de mi vista, de mi vida. Fuiste como una hermana, pero voy a borrarte de dentro mío. No hay nada que puedas decir o hacer que cambie eso.



Kirsten



Capítulo 52

Richard se quedó conmigo durante cerca de una hora y, sin decir una sola palabra, me dejó llorar en sus brazos.

Él me invitó a hospedarme en su casa y, aunque la idea de salir del hospital con él es tentadora, no soy una niña y sé que necesito hablar con Simón antes.

Así que, aun estando muy triste y muerta de miedo de que él también me decepcione como lo hizo Raz (porque sé que no quería ser padre), le pido a mi amigo que lo llame.

No estoy segura de lo que esperaba ver, pero no eran los ojos que tanto adoro, tan tristes en este momento, los que hacen que mi corazón sangre.

Sin embargo, en cuanto nota que lloré, él viene hacia mí y me jala a sus brazos.

—Perdóname. Yo te amo, Kirsten. No sé qué sería de mí si te hubiera perdido. Sos mi amor. Te quiero, y quiero a nuestro bebé también.

—¿Tú me amas y quieres a nuestro bebé? —Intento soltarme de él—. ¡Me dijiste que no deseabas hijos! No necesito tu lástima.

—¿Lástima? No siento lástima por vos. Estoy loco, completamente enamorado de vos, Kirsten. Yo no sobreviviría si vos hubieras muerto. No sé si voy a ser el mejor esposo o padre, pero quiero todo con vos.

—Pero hiciste una promesa.

—La hice, sí, pero no puede borrar el pasado. Vos sos mi futuro.

—¿Me estás pidiendo matrimonio?

—Así es. Casate conmigo, enfermera Millard —dice, sacando una cajita de joyas del bolsillo de su uniforme de doctor y abriéndola frente a mí.

—¡No puedes pedirme matrimonio mientras estoy internada! —Empiezo a llorar, abrumada por todas las emociones.

—Puedo y lo voy a hacer. No le daré otra oportunidad al azar. Casi me enloquecí cuando te vi tirada en el suelo. Pudiste haber sido atropellada, muerta, o perdido al bebé que estás esperando.

—¿Nuestro hijo o hija está bien?

—Solo recibí el resultado del beta HCG, confirmando el embarazo. Necesitamos hacer una ecografía para asegurarnos de que no haya nada malo con él o con ella.

Asiento con la cabeza, aceptando, mientras miro la cajita con el anillo que él todavía sostiene.

—No dijiste si querés casarte conmigo —habla él cuando, después de un tiempo, sigo en silencio.

—Yo también te amo, Simón. Creo que me enamoré de ti desde el primer día. Quiero casarme contigo, pero no voy a decirte que sí ahora. Yo huí de ti cuando Newton me confrontó porque tenía miedo.

—¿Miedo de mí?

—De que negaras a nuestro hijo y rompieras mi corazón. De quedarme sola y criar a un bebé sin el padre. Acepté casarme con Newton por impulso, porque, viéndolo ahora, estaba más enamorada de la idea de un amor perfecto que de él. A ti te amo de verdad. Con cada gota de mi sangre y cada célula de mi cuerpo. Si me lastimas, no sé si podré recuperarme.

—No confías en mí.

—Antes de responderte eso, necesito saber: ¿lo que dijo Newton sobre tu ex era verdad?

—No. Es cierto que una de las mujeres que tuve en el pasado, cuando tenía alrededor de treinta años, quedó embarazada. Pero ella

era una ejecutiva y trabajaba tanto como yo. No quería ser madre y terminó el embarazo sin siquiera decirme.

—¿Y cómo descubrió eso Newton?

—No tengo la menor idea. Hace algunos años, una revista de chismes obtuvo acceso a los archivos del hospital donde ella abortó. Intentaron resucitar esa historia, pero la mujer, Tracy, lo negó todo y me liberó de cualquier responsabilidad, repitiendo palabra por palabra lo que acabo de contarte. Tal vez Newton haya encontrado el archivo y se aprovechó para distorsionar los hechos. No soy perfecto, Kirsten. Muy lejos de eso. Y hasta descubrir que estabas embarazada, yo creía que no quería hijos, pero sí quiero, porque amaré todo lo que venga de vos.

Lo miro, consciente de que el paso que Simón me pide dar es enorme.

La Kirsten soñadora y crédula no dudaría en decirle que sí, pero he sido engañada por personas a quienes quería. Aunque mi corazón grita que Simón es honrado hasta el último cabello, esta vez no tomaré una decisión apresurada.

—Quédate conmigo, pero no me fuerces a decidir. Si me amas, demos cada paso juntos.

Él se inclina y me besa, luego desliza el anillo en mi dedo de la mano derecha. Un diamante enorme.

—No te dije que sí todavía.

—Yo te quiero, Kirsten. Soy la peor persona para declararme, pero el amor que siento no va a desaparecer. No me rendiré. Está bien si no querés dar el sí definitivo ahora, pero ese anillo es tuyo. Lo compré mientras estabas sedada porque quería algo mío con vos. Usalo, aceptalo, dale el significado que quieras. Nada de esto cambiará cuánto te amo.

Lloro abrazada a él y, aunque me aterra la intensidad del amor que siento, creo que ahora encontré mi verdadero "para siempre". Pero no quiero seguir siendo la chica tonta e impresionable que pensaba que necesitaba ser rescatada.

—Te amo mucho, Simón. ¡Tenía tanto miedo de que rechazaras a nuestro hijo! Podría aceptar que me rechazaras a mí, pero jamás que no amaras a nuestro bebé.

—No te planeé en mi vida, enfermera Millard, pero supe, en el momento en que te vi con esa fuente de lasaña en las manos, en la puerta de mi casa, que eras mía.

—¿Cómo es posible?

—Solo lo supe. —Hace una pausa, incómodo, como si buscara una manera de decirme algo, lo cual no se parece a él, porque Simón siempre es muy seguro de sí mismo—. Vení a vivir conmigo.

—¿Qué?

—Tomate el tiempo que quieras para decidir cuándo te convertirás en mi esposa —dice, con esa arrogancia que amo de vuelta—, pero no vuelvas a huir de mí.

—Yo no quiero irme a ningún lado. —Hago una pausa, odiando tener que hacerlo, pero sabiendo que es necesario—. Simón, yo no estaba contigo mientras estaba comprometida con otro. Yo…

—Shhhh… No necesitás explicarme nada. Richard me contó todo. Cualquier persona en tu lugar habría hecho lo mismo. O sea, terminar con él a través de su madre después de descubrir sus infidelidades. ¿La alternativa era quedarte atrapada con un tramposo para toda la vida solo porque estaba en coma? ¿Y si no despertaba?

—Desprecio a Newton y lo que me hizo.

—Olvidalo, Kirsten. Ese pelotudo no merece ni un pensamiento tuyo.

—Y menos después de lo que acabo de descubrir.

—¿De qué estás hablando?

Le pregunto qué sabe de las infidelidades de Newton y me doy cuenta de que Richard solo le contó algo por encima. Entonces le explico rápidamente que nunca pude localizar a la mujer con quien mi ex novio iba a encontrarse la noche en que sufrió el accidente y cómo, después de que Richard concluyó que fue Raz quien le contó a Newton sobre el bebé, él fue tras la verdad y la desenmascaró como la amante secreta con quien mi ex estaría esa misma noche de nuestro compromiso.

El malestar que siento al repetirle todo esto es enorme. Me siento una idiota por haber sido traicionada por dos personas en quienes confiaba.

Lo que más me sorprende, sin embargo, es que Simón no parece impactado.

—¿Por qué no estás sorprendido?

—¿Recordás la vez que salimos con Raz y Richard, cuando ella hizo aquel escándalo?

—Sí, después de eso empezó a evitarme.

—¿Recordás de dónde estaba regresando de viaje?

—De Nueva York.

—Aja. Raz me llamó mientras estaba allá. No sé cómo consiguió mi número, ya que solo la conocía de vista, aquella vez en que empezamos a salir y yo te llevé a tomar un brunch con ellos.

—¿Qué? ¿Raz te llamó?

—Sí. Y no solo eso. Dijo que quería verme y que podía mostrarme Manhattan a través de sus ojos. No soy un novato, Kirsten, pero aun así, no pude creer en esa mierda. Vos me contaste que eran como hermanas. La dejé hablar para ver si estaba entendiendo bien y, cuando no le di entrada, haciéndome el tonto, ella fue explícita. Me invitó a su departamento para, según sus propias palabras, "enseñarme la diferencia entre meterle la verga a una mujer y a una chica".

—¡Dios mío! ¡Fue por eso que parecías tan disgustado ese día!

—No sabía cómo contártelo ni si me creerías. Y cuando le dije a Raz que no tenía vergüenza y que era una puta traidora, ella amenazó con tergiversar la historia y decirte que yo había intentado acostarme con ella. No tenía certeza de a quién le creerías.

Quisiera decir que le habría creído a él, pero conocía a Raz desde siempre y, después de la traición de Newton, era probable que dudara. Ella jugó sus cartas perfectamente.

—Fue por eso que se enojó conmigo. Cuando te enfrentó en el restaurante y yo te defendí, ella se dio cuenta de que estaba perdiendo terreno y vio que su plan no funcionaría —aseguré.

—Probablemente. Y no estoy defendiendo al hijo de puta de tu ex, pero no me sorprendería que fuese ella quien se insinuó a Newton hasta que se convirtieran en amantes.

—Ya no importa. Se lo merecen. Son dos traidores. Los desprecio a ambos por igual.

Él sostiene mi rostro y lo llena de besos.

—¿Y a mí?

—Yo te amo, doctor Benítez. Enséñame a confiar otra vez. Tengo tanto miedo, Simón.

—No me importa si tardo toda la vida, enfermera Millard. Sos mía y lo serás para siempre.



Kirsten



Capítulo 53

Veo que Simón quiere decir algo, pero se está conteniendo al máximo. Sin embargo, ya lo conozco demasiado como para no notar que está molesto.

—Dilo de una vez —le pido, cuando me levanta en brazos y me sienta en la silla de ruedas que me llevará a la ecografía.

—No deberías haberte quitado el suero por tu cuenta.

Reviro los ojos.

—Soy enfermera, doctor Benítez. Sabía lo que hacía.

Él se inclina, con una mano apoyada en cada brazo de la silla de ruedas.

—También sos mi mujer —dice, con el rostro a pocos centímetros del mío, y juro que se me eriza toda la piel—. Y si creés que vas a pasar todo el embarazo haciendo lo que te dé la gana, no me conocés bien. No soy un tipo normal, Kirsten. No siento amor con moderación. Tengo pocas personas en mi vida a las que entrego mi amor, de verdad. Vos estás arriba de esa lista, y tomá nota: el amor que siento es obsesivo. Estoy loco por vos.

¿No debería asustarse una mujer al oír eso? Sí, porque sé en cada gota de mi sangre que lo que él dice no es una metáfora. El hombre que tengo delante es el Simón de verdad. No el reservado e indiferente que el mundo conoce, sino mi amor, con todas sus locuras y su arrogancia.

—Y si hago algo mal, ¿seré castigada, doctor Benítez?

Él me muerde la oreja.

—No me provoqués, enfermera. Intentaré contenerme estos días porque, aunque no te hayas fracturado ningún hueso ni padecido una conmoción por la caída, me va a costar olvidar que te encontré tirada en la acera. Pero en cuanto estés bien, pasaré días viviendo en tu vulvita.

Gracias a Dios lo susurra, porque enseguida se abre la puerta y una de las enfermeras, una colega mía, pide permiso y entra.

Me habría muerto de vergüenza si Simón no me hubiera explicado que nadie en el hospital creyó las mentiras de Newton. Todos están de mi lado. También me contó que le rompió la nariz a mi ex y, aunque corra el riesgo de sonar mezquina, lo quise un poquito más por eso.

—Buenas tardes, Kirsten, ¡qué bueno verte despierta! ¿Lista para el examen?

Asiento con la cabeza, pero cuando ella intenta colocarse detrás de la silla de ruedas, mi novio mandón le dice que él mismo me llevará.

Su familia estaba afuera porque todos querían verme.

Simón prefería que hiciera la ecografía primero, pero no podía dejar a Rosario esperando. Aunque ella está pasando por una etapa maravillosa gracias al tratamiento del doctor Athanasios, nunca está de más no abusar.

Se quedaron conmigo cerca de media hora. Me sentí acogida, querida; pero en el fondo me pregunté si mis padres sabían lo que había pasado y, de ser así, por qué no me habían llamado todavía.

Quedamos en cenar mañana en casa de Rosario, porque todos se reunirán. Simón me dijo que LJ vendrá a verme y, aunque no comprendí del todo por qué lo haría, le contesté "está bien".

Varios minutos después, ya acostada en la camilla para el examen, aprieto su mano.

—Me siento muy nerviosa.

El rostro de Simón está serio y, aunque no lo diga, sé que él también está tenso.

Como un hombre acostumbrado a controlar su mundo, confiar en la protección de Dios para cuidar a nuestro bebé no debe resultarle cómodo.



Simón

Sé con los ojos cerrados lo que va a ocurrir. He presenciado muchas ecografías en mi vida, incluso las de algunas de mis cuñadas, porque con los primeros hijos (Magdalena, por parte de Martín, y Durán, el primogénito de Emiliano), mis hermanos estaban histéricos por ver qué aparecería y querían que yo estuviera por si acaso los médicos mentían.

Así funciona la mente de un Benítez. La confianza no se entrega al azar ni en grandes cantidades.

—Vamos a comenzar —dice el obstetra.

Él estaba de vacaciones en el interior, visitando a su familia; pero en cuanto supe que Kirsten estaba embarazada, le pedí que agarrara el primer vuelo, porque es el mejor de la Argentina.

Kirsten, como imaginábamos por la tasa de su beta HCG, se quedó embarazada en la bodega; debe llevar unas diez semanas. Nuestro bebé, por tanto, es del tamaño de una *pasa de uva.*

—Estamos listos —le digo al médico, sintiendo un temblor que me hace sentir enfermo.

Kirsten lo nota.

—¿Estás ansioso?

—No tenés idea de cuánto. Sos mi vida, Kirsten, y el bebé que llevás también…

—Opa —me interrumpe el médico—. Sin querer arruinar tu declaración de amor, Benítez, sería mejor decir que *"Kirsten es tu*

vida y los bebés que ella espera también lo son".

—¿Qué?

—Acá hay tres, ¡qué suerte! Les tocó la lotería.

—¿Tres? —pregunto, sintiéndome un poco mareado, y luego miro a mi mujer, tan pequeña, imaginando cómo va a poder llevar tres hijos en su vientre.

—¿Trillizos? —grita Kirsten, eufórica—. ¡Dios mío!

—¿Estás feliz? —le pregunto, inseguro. Me siento de algún modo culpable, aunque mi mente analítica ya está pensando que con tres hijos de golpe prácticamente gané una póliza de seguro de que ella nunca se alejará mucho de mí.

No hay manera de que una sola persona pueda criar a tres bebés.

—No podremos ver el sexo todavía —dice el médico—. Eso será dentro de unas semanas.

—No importa, doctor. Solo saber que tendré tres bebés a la vez ya me hace sentir bendecida.

—¿No sospechaste que estabas embarazada?

—Lo sospeché. Tenía mucha hambre y náuseas, pero pensé que sería mi imaginación o una virosis. Mi ciclo siempre fue irregular. Solo supe del bebé hace unos diez días. —Se gira hacia mí—. ¿No notaste que yo había engordado?

—No. Para mí siempre estás buenísima.

Escuchamos una risa contenida del médico.

—Bueno, papá y mamá —dice—, como les dije, pronto sabremos quiénes son esos tres que vienen.

—¡Ay, Dios mío, voy a estar ansiosa durante semanas! —bromea Kirsten.

—¿Podés darnos un momento, Mike? —pido al médico—. Sé que aún tenés que terminar el examen, pero volvé en diez minutos, ¿sí? Lo que tengo que decirle no puede esperar.

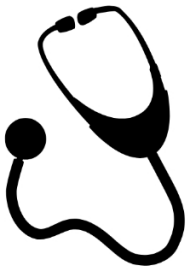
Él sonríe, asiente y sale.

—Tenés que casarte conmigo —le digo, inclinándome para besar su boca—. Sé que me pediste que no te presionara, pero me desborda. Vos y esos tres son mi familia. Seré el mejor marido y padre que puedas desear.

Kirsten cierra los ojos un instante y cuando los abre están húmedos de lágrimas.

—Me casaré contigo, Simón, porque te amo y amo a nuestros bebés. Me dije a mí misma que no arriesgaría mi corazón otra vez, pero no esperaba encontrarte. Voy a dar un salto al vacío, confiando en que la caída será a tu lado.

—No solo vas a caer a mi lado, Kirsten. Vendrás en mis brazos. Te sostendré todo el camino. Romperé cada hueso de mi cuerpo antes de permitir que sientas dolor.



Simón



Capítulo 54

—No hablaste nada sobre mis padres —dice ella, cuando la cargo en brazos y la llevo dentro de mi departamento.

Kirsten insistía en que se sentía bien para caminar, pero no puedo evitarlo. Va a pasar un tiempo hasta que yo olvide el riesgo que corrió con el "casi atropello".

La siento en el sofá de la sala principal.

—¿Tenés hambre?

—No. ¿Por qué estás esquivando la pregunta?

—Porque no quiero herirte.

—Soy fuerte. Mucho más de lo que yo misma creía. —Da unas palmaditas a su lado—. ¿Tenemos tiempo para hablar antes de que LJ llegue?

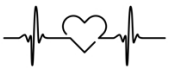
—En realidad, lo llamé y le pedí que viniera mañana por la mañana. Quiero que descanses y duermas bien.

—¿Por qué?

—Porque él va a contarte algo que quizá te cause dolor, Kirsten. Te amo, pero no era un secreto mío para compartir.

—¿Un secreto?

—Sí, pero no me pidas que te diga nada más. No podría, porque no conozco todas las partes de la historia.



Kirsten

—¿Y el doctor LJ lo sabe?

—Sí, *mi amor*. Él lo sabe.

Como si yo fuera de cristal, me jala hacia su regazo y recuesto la cabeza en su pecho.

—Mi existencia en este planeta parece una película muy loca en la que alguien se equivocó de guion, Simón.

—No estoy de acuerdo. Creo que todo lo que pasó ocurrió en el momento justo.

Suspiro.

—Sí, quizá. Y ya que no quieres hablar sobre Lazarus, cuéntame sobre mis padres. Noté que cambiaste de tema cuando te pregunté por ellos.

—Mi madre llamó a tu ex suegra y Lorena llamó a tu mamá para avisar lo que había pasado, Kirsten.

—¿Y qué dijeron?

Parece incómodo.

—Tu ex suegra dijo que no quería saber nada que tuviera que ver con vos.

Siento mis ojos humedecerse, el dolor me aprieta el corazón.

¿Ahora me odia? ¿Qué le hice, aparte de negarme a seguir haciendo el papel de tonta en manos de su hijo?

—Ya debería haber imaginado eso; después de todo, Newton salió del coma y ella ni siquiera se tomó la molestia de avisarme. Soy realmente una idiota. Por un tiempo, pensé que sus padres me amaban.

—No tenía idea de que eras tan cercana a ellos.

—Éramos muy cercanos, pero ahora entiendo que a Tausha yo no le caía bien; le gustaba la mujer que creía que su hijo había elegido. Podría haber sido una muñeca inflable, al parecer. Nunca se trató de mí. Se trataba de Newton. Ella trataba bien a la chica que su "niño de oro" quería como esposa. ¿Y qué dijeron mis padres?

—Odio decepcionarte otra vez, Kirsten.

—Dímelo.

—Lorena me dijo que, al principio, tu mamá fue fría, pero después… no sé cómo decir esto sin sonar cruel, pero la verdad es que después de que tu madre supo con quién estaba hablando, con la cuñada de un cardiólogo que además es tu novio, cambió por completo. Incluso dijo que quería conocerme.

—Dios mío, qué vergüenza, Simón.

—Sin embargo, no se interesó en saber de vos.

Hundo el rostro en la curva de su cuello.

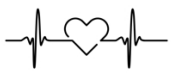
—No debería sorprenderme, pero aun así me duele.

—A nadie le gusta sentirse rechazado, pero te prometo que de mi parte no te faltará amor.

Me arrodillo en su regazo y lleno su rostro de besos.

—Te amo, Simón. Nunca pensé que me enamoraría tan perdidamente, ya que somos completamente opuestos, pero estoy loca por ti.

—Yo estoy completamente rendido a vos, Kirsten. Desde siempre supe que habías llegado para desordenar mi mundo, como también supe que nadie podrá sustituirte jamás para mí.



Al día siguiente

Sonrío cuando Alexis, que es la primera en entrar al apartamento, viene a abrazarme. Pero no es un abrazo de *"qué bueno verte de nuevo"*. Es de ese tipo de abrazo que dice *"tenía muchísimas ganas de encontrarte".*

No entiendo nada, pero me cayó bien instantáneamente aquel día, así que dejo que me apriete contra su pecho.

—Estás usando uno de tus aretes hermosos —dice.

—Me puse este especialmente para ti —respondo, tocando los pequeños ómnibus de Londres que llevo en las orejas.

—Primero, quiero felicitarte por los bebés. Tener tres de una vez es una suerte enorme.

—Sí, y ni me imagino cómo pasó, porque no tenemos gemelos en la familia.

En ese momento exacto, LJ entra y me oye decir eso. Y entonces, sin siquiera saludarme, dice:

—Sí tienen. Tu padre era gemelo, pero su hermano murió al nacer.

—¡LJ! —Alexis casi grita, y veo a Simón caminar hacia mí.

Él me abraza con fuerza, como si quisiera borrar lo que acabo de oír, pero ya es demasiado tarde.

—¿Qué dijiste?

LJ ahora está a pocos pasos de mí, y solo entonces noto a una adolescente detrás del cirujano.

—Lamento mucho darte esta noticia así, Kirsten. Yo voy a explicarte todo, pero no soy un tipo diplomático y me he tardado demasiado en contártelo. Voy a aclararte tu historia, pero lo primero que necesitas saber es que mi hija, Tatum —dice, señalando a la chica—, es tu media hermana.

—Hola, Kirsten. Papá ya me contó todo. Lamento aparecer así, pero tenía muchísimas ganas de verte. ¿Te puedo dar un abrazo?

Simón me suelta y yo no logro moverme cuando la chica, que tiene el cabello negro y no se parece en nada a mí, abre los brazos.

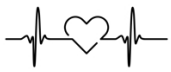
Estoy temblando, sin entender nada, pero acepto su cariño.

—¿Tengo una hermana? —le pregunto a Simón, porque en este momento es el único presente en quien confío, y cuando él asiente, sé que no estoy soñando.

Aún abrazada a Tatum, le pregunto a LJ:

—Dijiste que mi padre era gemelo y que Tatum es mi hermana. Si tú eres su padre, ¿cómo sería eso posible?

—Vamos a sentarnos —dice Simón—. La conversación será larga.



Veinte minutos después, sigo intentando procesar lo que él me está explicando.

—¿Soy hija biológica de tu primo, el que fue asesinado hace más de una década?

Veo su rostro tensarse y también noto un intercambio rápido de miradas entre LJ y Alexis.

LJ me explicó que tiene dos hijas del corazón, no biológicas. Se llaman Tatum y Riley. Después del segundo embarazo de Alexis, debido a su condición cardíaca, le aconsejaron no tener más hijos. Así que decidieron adoptar a las dos niñas.

—Sí, ustedes dos son hijas de un primo mío. Encontré a Tatum por casualidad. Su madre estaba enferma, se puso en contacto conmigo y me pidió que cuidara de la niña, porque Morrison, mi primo, nunca quiso saber de ella cuando estaba vivo.

—Fui a vivir con papá —dice Tatum— cuando tenía tres años. Olvidé a mi madre biológica, pero ellos guardaron fotos de ella y me contaron cuánto me amaba. Pero nuestro padre… él no era una buena persona, Kirsten.

No le digo que esa parte ya la entendí. Un padre que jamás cuidó de su hija, aun sabiendo de su existencia, no puede ser alguien decente.

—¿Y cómo supiste de mí? —pregunto.

—La madre de Tatum, Anny, me dijo que Morrison, el padre de ustedes, tenía otra hija mayor, de quien no solo nunca cuidó, sino que también dejó en un orfanato —me explica LJ—. Después de eso, yo empecé a buscarte, Kirsten. Anny tenía solo una foto de tu madre y sabía su primer nombre, porque al parecer tu madre se puso en contacto con ella para pedir ayuda económica. Sin embargo, murió en un accidente de auto y te dejó con tu abuela materna para que te criara. Cuando tu abuela falleció, Morrison, como el bastardo egoísta que era… —Hace una pausa—. Perdónenme, chicas, pero no voy a endulzar nada. Aquí va: su padre era un cretino cruel y egoísta, y cuando tu abuela llamó diciendo que se estaba muriendo, él decidió librarse de responsabilidades y te dejó en un orfanato.

—¡Dios mío!

—LJ intentó de todas las maneras encontrarte, Kirsten —afirma Alexis—. Tenía una foto de tu madre en su escritorio del hospital y constantemente la miraba, preguntándose dónde estarías. Confieso que cuando te encontré aquel día, me pareciste familiar, pero no tenía idea de que eras hija de Talita. Me sentía cercana a tu madre, aunque nunca la conocí, de tanto ver la foto.

—¿Aún la tienes?

Ella asiente y la saca del bolso.

Me quedo mirando a la mujer tan parecida a mí y, sin darme cuenta, empiezo a llorar.

—Tu madre era hermosa, hermana —dice Tatum, entrelazando nuestros dedos.

Juro por Dios que nunca conocí a alguien tan cariñosa.

—Gracias.

—Sé que es pronto para preguntarlo, pero ¿vas a dejarme formar parte de tu vida?

—Soñé toda mi vida con tener una hermana, Tatum. Eres más que bienvenida. —Ella me da un beso en la mejilla. La chica es como un frasco de azúcar, lo que ayuda a equilibrar mi dolor—. Dijiste que fui criada por mi abuela...

—Sí —responde LJ—. Pero cuando supimos de ti, ya habías sido puesta en adopción. Fue una adopción cerrada, lo que significa que

por más que yo buscara, nunca hubiéramos encontrado a tus padres adoptivos.

Siento que la sangre se me hiela mientras pienso en todas las veces que rogué a mi madre que me dijera si alguna vez estuve en un orfanato cuando era niña.

—Toda mi vida tuve un sueño recurrente en el que un hombre me dejaba en un orfanato. Le pregunté a mi madre, Vina, sobre eso, pero ella decía que era una tontería mía, que ella me había dado a luz.

Noto que Simón se levanta, como si estuviera llegando a su límite, y sé que es porque ahora debe odiar todavía más a mis padres.

—¿Fuiste feliz? —pregunta Alexis.

—Sí, lo fui. No gracias a ellos. Tuve personas en mi vida que fueron especiales para mí, aunque ahora ninguna forme parte de mi mundo.

—¿Vas a hablar con tus padres al respecto? —pregunta Alexis.

—Sí, lo haré. Te lo aseguro. —Hago una pausa—. ¿Me aceptaste en el curso porque soy tu pariente? —pregunto a LJ.

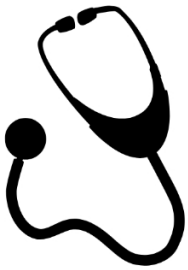
—No. Al ver tu imagen, pensé que eras la chica que había buscado toda mi vida, porque como habrás notado en la foto, tú y tu madre son idénticas. Pero usé tu examen de ADN, el que hiciste al ser aceptada en el curso, y lo crucé con material genético de Morrison, que guardé de un cepillo de dientes suyo, para tener la confirmación.

—¿Y por qué me enviaste a la Argentina antes de contarme todo?

—Porque te quería cerca, pero necesitaba saber quién eras realmente, Kirsten. Jamás te habría permitido acercarte a Tatum si fueras alguien que pudiera hacerle daño.

—Pero ella no es mala. Y ahora, gané otra hermana —dice Tatum.

—Y sobrinos —completa Alexis, señalando mi vientre.



Simón



Capítulo 55

Esa misma noche

Veo en las expresiones de toda mi familia lo impactados que están con la historia cuando LJ les repite, palabra por palabra, lo que nos contó más temprano.

Durante todo ese tiempo, mantengo la mano de Kirsten entrelazada con la mía y me pregunto cómo va a conseguir lidiar con todo esto.

Intento ponerme en su lugar e imaginarme siendo traicionado por personas que conozco.

Newton y Raz tuvieron un papel fundamental en la historia. Son dos víboras que se merecen la una a la otra, pero sus padres no se quedan atrás.

Kirsten me repitió hace unas horas, cuando nos estábamos arreglando para la cena en la casa de mi madre (que preparó no solo para recibir a LJ, Alexis y Tatum, sino también porque se volvió eufórica al descubrir que tendremos trillizos), que en diversas ocasiones le rogó a su madre que le dijera si su sueño sobre el orfanato tenía algún sentido, y en todas esas veces, Vina Millard le afirmó que era su madre biológica.

No tiene nada que ver con la adopción en sí. La mayor parte de los padres adoptivos, por mi experiencia en el hospital, son más padres de los niños que crean que muchos biológicos.

Por considerarse premiados con la suerte grande al conseguir un niño que desearon por mucho tiempo, se dedican a él con cuerpo y alma.

Lo que me impresiona, en el caso de los Millard, es la maldad de saber que la hija era atormentada por pesadillas de abandono, y aun así negarle el derecho a conocer la verdad.

—¿Cuándo vas a Nueva York? —Oigo a Tatum preguntarle a mi mujer—. Les conté a mis hermanos que ahora tenemos una nueva integrante en la familia y se pusieron contentísimos.

—No lo sé todavía. Pretendo ir a Maine la próxima semana —dice ella, porque más temprano me dijo que quiere visitar a la familia de Newton una última vez como despedida, y que también necesita decirle al ex novio lo que tiene atorado.

La idea no me agrada para nada, pero Kirsten me dijo que, además de los Gilmore, quiere ver a sus padres, lo que sé que es muy necesario, aunque sea para cerrar algunos capítulos.

No tengo idea de por qué una pareja adopta a un niño al que ni siquiera se esfuerza por amar, pero por todo lo que aprendí sobre los Millard, eso fue lo que ocurrió en el caso de Kirsten.

—Presumo que perdí a una empleada —dice LJ a Kirsten, y ya lo conozco lo suficiente para saber que eso es lo que él considera una disculpa por haber sido tan brusco esta mañana, arrojándole de golpe todo su pasado.

En la mente de LJ, lo que acaba de decir es una demostración de simpatía.

—Creo que sí, doctor LJ. De hecho, perdió a la mejor empleada que jamás podría haber soñado —dice Kirsten, con el mentón erguido, y todos se ríen, porque ya había contado una vez, durante un almuerzo en la casa de mi madre, que ella casi se infartó cuando fue llamada al consultorio de él.

—Te van a encantar mis hermanos, Kirsten. Son todos raros, pero geniales, ¿verdad, mamá?

Alexis sonríe y asiente con la cabeza.

Sé que ella y Kirsten conversaron a solas porque la esposa de LJ me pidió permiso para hablar un poco sobre su pasado, que involucraba a Morrison Seymour.

Cuando volvió a mi lado y me relató el contenido de la conversación de ambas, yo, que pensaba que nada más podría shockearme en la vida, quedé terriblemente sorprendido.

Fui a investigar sobre Morrison Seymour y descubrí que, en teoría, murió en un incendio en su casa de Cape Cod, pero acá está el gran misterio: nunca encontraron su cuerpo[14].

No es que piense que mereciera un entierro. Fuera padre de Kirsten y Tatum o no, era un hijo de puta.

Veo que la otra mano de Kirsten está tomada con la de la piba también, lo que nos convierte a ambos en egoístas que impedimos que la madre de mis hijos se alimente.

Le doy un beso en la palma de la mano a mi mujer.

—Comé.

—¿Usted va a controlar mi alimentación, doctor Benítez? Con tres bebés dentro mío, voy a ponerme enorme.

—Prepárate, Kirsten —dice Alexis—, estar embarazada y casada con un médico es una verdadera batalla. Te va a vigilar todo el tiempo. Ah, y antes de que lo olvide: cuando llega la hora del parto, ellos desaprenden todo lo que estudiaron en la facultad de Medicina.



Algunas semanas después

Kirsten decidió que era mejor enfrentar a *la liga del mal* toda de una sola vez, así que pidió que se reunieran en la casa de sus padres.

Entramos de la mano hace unos cinco minutos y el idiota mimado de Newton, ahora con la nariz ya en su lugar, se negó a entrar en la casa si yo me quedaba aquí.

—No voy a tardar —les dice a los padres del ex novio—. Solo quiero decir que quedé profundamente decepcionada con ustedes dos, al punto de casi dejarlos de lado y borrarlos de mi vida definitivamente. Pero si hiciera eso, no sería yo misma, así que aquí estoy. Yo no hice nada malo, sin importar cuánto, en la cabeza de ustedes, distorsionen los hechos. Yo fui la engañada en toda esta historia. Traicionada de todas las maneras, pero los perdono, aunque de mi parte, en este momento, nuestra relación termina aquí. Convivimos por muchos años y necesitaba cerrar este capítulo de mi vida.

Noto que los padres de Kirsten, al contrario de lo que ella me contó que hacían en el pasado, no intentan intervenir para defender a los Gilmore. Su madre, Vina, incluso me sonríe.

¡Increíble!

Apenas Kirsten dice eso, Freddy Gilmore sale de la sala sin despedirse de nadie.

La esposa, en cambio, da un paso adelante.

—Yo te perdono.

—¿Qué? —pregunta Kirsten.

—Sé que eres una buena chica, aunque estás un poco perdida ahora. Desperdiciaste la oportunidad de tu vida al renunciar a mi hijo, Kirsten. Newton cometió algunos errores, pero es un buen chico, y cuando te des cuenta de eso, ya será demasiado tarde.

—Kirsten y yo estamos comprometidos —intervengo, harto de esta mierda.

No digo nada de los bebés, aunque estoy seguro de que ya deben saber de al menos uno, porque el pelotudo probablemente se los dijo.

—¿Comprometidos?

Kirsten levanta la mano derecha y muestra el anillo.

—Sí. Se acabó, Tausha. ¿Dijiste que perdí la oportunidad de mi vida? Estás equivocada. Dios me dio el alivio que necesitaba y el destino hizo que yo encontrara el amor verdadero.

Después de eso, la madre de Newton sale de la casa de los Millard.

—Kirsten, ¡felicitaciones! Y… —Vina inicia su acto de falsedad.

—No —ella interrumpe a la madre adoptiva—. Tuve un accidente, mamá, y hasta que no supiste quién era Simón y que estábamos juntos, no te interesaste en saber si yo estaba viva o muerta. Así que si crees que vine aquí para un encuentro feliz entre familia, te equivocas. Lo que quiero es preguntarte por qué nunca me dijiste que soy adoptada.

—No lo eres. Yo te…

—Deja de mentir. No digas que me diste a luz. No era por eso que yo te preguntaba sobre el orfanato cada vez que tenía una pesadilla. Era porque quería saber la verdad. Parir a alguien no te convierte en "madre". No es por no haberme dado a luz que nunca fuiste mi madre, sino porque nunca quisiste *serlo*.

La mujer, ahora, al igual que el marido, parece visiblemente afectada. Aun así, no dice nada.

—Tu madre tenía el sueño de tener una hija, pero no podía, así que decidimos adoptarte —dice James Millard—. Buscamos a un niño parecido a nosotros, entonces apareciste tú, de un orfanato en el sur del país, linda como una princesa. Parecía un sueño hecho realidad. Pero no eras un bebé, te acordabas de la vida con tu abuela antes de que te entregaran en adopción y, de vez en cuando, hablabas de eso frente a visitas aquí en casa, incluso. Siempre que lo hacías, tu madre se avergonzaba, y fue *resentimiento* lo que empezó a sentir hacia ti.

—Dios mío, ¡era una niña! Perdí a mi abuela, según recuerdo de los sueños que tuve. ¿Cómo podían culparme por eso?

—¡Vamos, Kirsten! —le pido.

—Todavía no. Necesito saber qué siente por mí. Quiero que me lo diga, mirándome a los ojos, si desde entonces, cuando yo era tan pequeña y no entendía lo que decía, y solo tenía un vago recuerdo del pasado, ha empezado a despreciarme.

No soy optimista, pero el dolor de Kirsten es tan visible que deseo que ellos la desmientan. Sin embargo, cuando pasa casi un minuto y permanecen en silencio, tenemos nuestra respuesta.

—Ya basta, Kirsten —digo.

—Yo no era amada, así que pasé a ser un billete de lotería para sacarlos de la vida de proletarios, ¿fue eso?

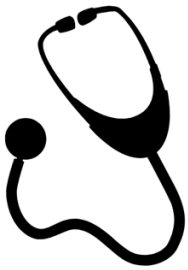
—¡Kirsten! —la llamo, y finalmente parece salir de su trance de dolor. Acepta la mano que le ofrezco y me permite guiarla hacia la puerta.

Antes de que alcancemos la puerta, sin embargo, la voz de Vina se hace oír:

—No conseguí amarte. Lo intenté, pero cuando empezaste a recordar el pasado, mi sueño se deshizo. Quería una hija perfecta, solo para mí.

Eso me arrebata el autocontrol, sobre todo cuando oigo a Kirsten sollozar.

—Los únicos seres imperfectos aquí son ustedes dos. Y no porque hayan fracasado como padres, sino porque han fracasado como seres humanos.



Kirsten



Capítulo 56

—Kirsten. —Oigo que Newton me llama y, en el mismo instante, Simón se tensa a mi lado.

—No tenés por qué hablar con él. Ya tuviste tu dosis de hijos de puta por hoy.

—Está todo bien, mi amor. Prefiero cerrar todo mi pasado de una sola vez. Enseguida me subo al coche.

—No. Podés ir a ver qué quiere ese pelotudo de mierda, pero no me voy a ir de acá; y tenés mi palabra, Kirsten —dice, sin molestarse en hablar bajo—, que si ese hijo de puta respira un poco más fuerte cerca de vos, voy a matarlo.

—Nada de matar ni siquiera de golpearlo, Simón. Eres un cirujano y necesitas tu mano intacta. Te juro que no tardaré.

Camino hacia donde está Newton y me detengo a unos dos metros de distancia de él.

Es increíble que alguien que un día fue una persona con la que adoraba estar, hoy solo me cause disgusto y desprecio.

—¿Qué quieres?

—Necesitamos conversar.

—No tengo nada que hablar contigo, Newton. Si acordé encontrarme con ustedes aquí hoy, es porque estoy empezando un nuevo capítulo de mi vida y quiero cerrar el pasado, dejando todas las cuentas saldadas. Pero te adelantaré un punto para que ni

pierdas tu tiempo. No sé qué fue lo que tu madre te contó que descubrí, porque ya llegué a la conclusión de que Tausha vive en una burbuja de ilusión, pero hablé con Cindy, una de tus amantes. Lo sé todo, Newton… Lo mentiroso y sinvergüenza que eras conmigo, porque hasta comida japonesa le preparabas a ella.

—Siempre estuve enamorado de ti, pero un hombre tiene necesidades.

—¡Vete al infierno! Tú no eres un hombre. Simón, el padre de mis trillizos, es un hombre de verdad. Una mujer a la vez. Esa es la regla.

—¡Tenemos una historia juntos!

—¿Historia? Lo dudo mucho. Lo sé todo, incluyendo tu sórdido romance con Raz. Ustedes dos se merecen el uno al otro.

—Fue ella quien se insinuó.

—¡Basta! ¿Y qué hay de las otras mujeres con las que estuviste en la universidad? ¿Todas te sedujeron? Pobrecito niño rico.

—Me sentía solo.

—Eres débil, Newton. Un cobarde mentiroso que quería una chica tonta para manejar como a una marioneta, pero el destino te jugó una mala pasada. Al final, yo gané la lotería de la vida porque me enamoré de un hombre de verdad. Yo no deseé que tuvieras el accidente, pero, viéndolo desde afuera ahora, creo que fue la manera que tuvo la vida de protegerme de ti.

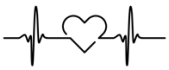
—Kirsten, yo te amo. Yo me hago cargo de los hijos de él y…

—¡Voy a matarte, hijo de puta! —Simón se mete frente a mí, pero lo abrazo para impedir que le dé una paliza a Newton—. Si te acercás otra vez a mi mujer… o te atrevés a ofrecerte para criar a mis hijos: te dejo en coma otra vez o a dos metros bajo tierra.

—Vamos, Simón. —Él todavía no se mueve—. Vamos, amor, estoy exhausta.

Eso, por fin, parece despertarlo. Me pasa el brazo por los hombros y caminamos juntos hacia el carro.

Se acabó.



La maldad
Buenos Aires
Al día siguiente

Simón la está protegiendo como si fuera suya.

Cree que le pertenece, pero, por supuesto, está equivocado.

No puedo mostrarme ahora, pero tampoco me iré. Voy a esperar el momento adecuado y entonces haré que paguen por lo que me hicieron.



Kirsten



Capítulo 57

La boda de Simón y Kirsten

—Eres la novia más bonita que he visto —dice Richard, abrazándome.

—Mira, por lo poco que conocí de tus hermanas hasta ahora, no dejes que te escuchen decir eso.

—Ellas no son celosas. O quizá lo sean un poquito, pero te amaron a primera vista, así que creo que todo va a estar bien.

Estoy mirándome en el espejo de la bodega, en una de las tres suites principales; los Benítez son competitivos incluso entre ellos, así que, siendo socios en la bodega, por supuesto que todos iban a querer un trato de reyes.

Juro que cada una de las suites equivale a un departamento completo, de tamaño mediano, para una persona común. Pero aprendí rápido que la palabra común no combina con mi prometido.

He dedicado los últimos meses a sanarme por dentro. En vez de elegir hundirme en el dolor por lo que me hicieron, decidí dejar el pasado atrás y enfocarme en cultivar el presente y el futuro.

Así, creé lazos con la familia de Richard, que es enorme; me acerqué cada vez más a los Benítez; fui a conocer a la familia de Tatum y ahora, allí, todos me tratan como si yo fuera una hija "extra".

—Me encanta que el vestido marque tu barriga —dice, pasando la mano por mi vientre—. No sé cómo pudiste esperar para confirmar el sexo de los bebés, amiga. Te juro que yo habría infartado de ansiedad.

Sonrío.

—Lo pensé mucho y llegué a la conclusión de que, toda mi vida, no hice otra cosa más que planear, ¿sabes? Desde pequeña, planeé ser la mejor hija del mundo, porque no entendía por qué mis padres nunca me abrazaban ni me besaban. Así que, claro, algo malo debía haber en mí.

—Son dos cretinos egoístas. El análisis que permite que alguien se convierta o no en padre y madre *de corazón* debería ser más profundo en lo que respecta a la salud mental.

—Coincido, y creo que fue justamente por ese distanciamiento que ellos tenían conmigo que busqué, en los padres de Raz y en los de Newton, aquello que no encontraba en casa.

—Tiene sentido. Y por lo que contaste, los padres de Raz no son malas personas.

—No, no lo son. Tanto así que su madre me llamó una vez para entender por qué nuestra amistad había terminado.

—¿Y qué le dijiste?

—Toda la verdad, sin esconder ni una coma. Al final, ella me pidió disculpas en nombre de su hija, pero yo sabía que esa sería la última llamada.

—Continúame explicando por qué decidiste no descubrir el sexo de los bebés.

—Entonces, me di cuenta de que soy una planificadora nata. Me exigí demasiado toda mi vida, lo cual tuvo su lado bueno, porque de lo contrario, jamás me habría destacado en los estudios ni habría venido a Argentina. Por otro lado, metí en mi cabeza la idea de que siempre debía anticiparme a lo que me iba a pasar para no dejar que la vida se saliera de control.

—Y entonces decidiste dejar que Dios te sorprendiera y solo saber en el momento si mis futuros sobrinos son niños o niñas.

—Sí.

—Imagino que tu marido debe estar volviéndose loco con la espera.

La puerta se abre y Rosario entra, sentada en la silla de ruedas que Tatum está empujando.

Hace un momento, Alexis, Lorena y Tess también estaban aquí con nosotros.

—No tenés idea —dice mi suegra, respondiéndole a Richard—. Simón intenta disimular para no dejar a Kirsten tensa, pero estoy segura de que el día del parto habrá que anestesiarlos a los dos, y no solo a mi nuera.

Tatum, la hermana más querida del mundo, con un precioso vestido rosa, ríe nerviosamente y luego se acerca a mí.

—Tengo una sorpresa para ti. —Me entrega una cajita de joyas—. No es uno de los medios de transporte que acostumbras usar, pero creo que será muy adecuado.

—¿Me compraste aretes?

—No, le pedí a mamá que me llevara a un joyero y ella me ayudó a encargarlos.

Me sorprende porque no estaba esperando nada así. Simón ya me dio decenas de joyas en el corto período de nuestro compromiso y hoy llevo unos pendientes pegados a la oreja, que parecen una rosa cerrada y que, a pesar de ser hermosos, son demasiado discretos para mis gustos.

Abro la caja de joyas y me quedo sin habla cuando veo un cochecito triple de bebés, llamativo, exactamente como me gusta, "colgando" de una pequeña asa de diamantes.

—Son preciosos, Tatum.

—Sabía que te iban a encantar. Inicié mi proyecto "hermana perfecta".

Me cambio los aretes y se los muestro. Ella parece haber ganado la lotería de tan feliz que está. Luego, la abrazo.

—Por más agradecida que me sienta de saber que te estás esforzando por agradarme, no tienes que hacerlo. No seas como fui yo, pequeña. Quienes te amen, lo harán a pesar de tus defectos y valorarán tus cualidades. Los que no te merecen, siempre buscarán lo peor en ti para lastimarte y, al hacerlo, minarán tu confianza.

—No tengo muchos amigos en la escuela.

Hago todo lo posible para no mostrar cuánto me molesta eso. Alexis me contó que Tatum sufre bullying por parte de un grupo de chicas prácticamente desde que empezó el colegio, pero que ella no permite que Alexis ni LJ intervengan.

—Yo también era así, y ten por seguro que, si no son capaces de ver a la niña maravillosa que eres, significa que no son dignos de ser tus amigos.

—Y tú vas a ser famosa algún día —dice Richard, recordando nuestras conversaciones, en las que mi hermana contó que quiere ser actriz—, y cuando recibas un Oscar, nosotros vamos a estar en primera fila… Vas a subir con tu cabello largo y hermoso, te lo vas a echar sobre el hombro y vas a gritar: *"¡vayanse todos a la mierda, hijos de puta!".*

Nadie puede contener la risa, incluso mi suegra lanza unas buenas carcajadas.

—¡Ey, charlatanes! —aparece Lorena en la puerta—. La conversación está genial, pero es hora de irnos.

Detrás de ella, veo a LJ, esperando para llevarme al altar. Él se ofreció, yo me emocioné y acepté.

Pensé mucho en si debía invitar o no a mis padres adoptivos a la boda, pero, al final, después de hablar con mi terapeuta (a quien empecé a ver una vez por semana), llegué a la conclusión de que las segundas oportunidades no deben ser ofrecidas por quien fue herido. Deben ser solicitadas por quien se equivocó y necesita perdón.

—¿Lista? —pregunta el padre de Tatum y, de inmediato, todos salen del cuarto, dejándonos a solas.

Asiento con la cabeza.

Ahora conozco no solo a la familia de Tatum, compuesta por sus padres y sus hermanos Sedric (el mayor), Baron y Riley, sino que también me han presentado a los familiares de Alexis y LJ. Por parte de él, están Seth, su hermano, y Lois, su hermana. Los padres del cirujano son Renee y Nigel. Por parte de Alexis, Marla, su madre, y Badger, su padrastro. Un tipo con pinta de rudo, miembro de un motoclub, pero que, en el fondo, es un verdadero osito.

—Nunca te agradecí por todo lo que hiciste por mí, LJ. Incluso sabiendo quién era yo, podrías haber decidido ignorarme.

—Jamás te ignoraría. Te buscaba desde hacía años.

—Tu decisión, tío —digo, poniéndome de puntitas para darle un beso en la mejilla—, cambió mi vida. Me hizo encontrar a mi amor, me dio muchos amigos y una familia inmensa.

Su rostro se endurece.

—Quisiera que hubieras llegado antes para nosotros.

—Un día, Simón me dijo que todo sucede en el momento correcto. En ese entonces, yo estaba demasiado herida para creerlo, pero ahora le doy la razón. No cambiaría nada de lo que viví porque, si lo hiciera, si desalineara una sola pieza, todo lo demás se perdería. Llévame con mi amor, tío LJ. Estoy ansiosa por empezar a escribir el libro dos de mi historia.



Creo que la mayoría de las novias quiere registrar mentalmente cada detalle del día de su boda.

No quiero ser malinterpretada. Amo que la mía sea perfecta, con el pequeño altar montado afuera de la bodega, decorado con una variedad de flores del campo, pareciendo la escena de un cuento de hadas.

Amo que mis amigos y familiares estén presentes.

Pero lo que me hace feliz al punto de casi tocar el cielo es que, mientras camino hacia el altar, del brazo de mi tío, con la mano apoyada en mi vientre, sintiendo a mis bebés protegidos dentro mío, veo, esperándome, al amor de mi vida.

Solo lo veo a él.

Simón viene hacia mí, porque el cirujano calmado y contenido, conmigo, es puro fuego.

Agradece rápidamente a LJ, que se despide de nosotros después de darme un beso en la mejilla.

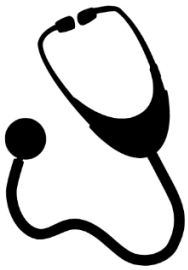
Mi amor me jala hacia sus brazos y me besa en la boca, sin importarle estar invirtiendo el orden de las cosas.

—No mires ahora, pero creo que la encargada de ceremonia te está odiando un poco.

—No me importa en lo absoluto. Estás hermosa —dice, tocando mis nuevos aretes.

—Yo me siento hermosa contigo. —Le tomo el rostro con la mano —. Incluso cuando no entendía lo que había entre nosotros, me sentía hermosa y querida por ti.

—No solo "querida", *mi amor*. Sos amada, mucho más de lo que algún día podré explicar. Vení conmigo, Kirsten. Estoy ansioso por hacerte mía para siempre.



Simón



Capítulo 58

Noche de bodas

Ella me pidió que dejara las ventanas abiertas.

Mi mujer, por más herida que haya sido por aquellos a quienes amaba, todavía cree en cuentos de hadas y quiere, para hoy, un escenario digno de un sueño.

Kirsten es mi vida, y no existe nada que yo no haría para verla feliz. Por eso pedí a mis cuñadas que me ayudaran a preparar una noche que ella jamás olvidaría, y en este instante, mientras veo la luz de la luna entrar en el cuarto iluminado con velas y decorado con flores, me doy cuenta de que hicimos un buen trabajo.

Yo debería esperarla a que saliera del clóset, pero mi frialdad natural se va al carajo cuando se trata de Kirsten. Así que, después de quedarme completamente desnudo, camino hacia el clóset donde ella está cambiándose el vestido de novia por lo que, supongo, debe ser una lencería sexy.

En cuanto me detengo en la puerta, me quedo sin aire al verla también desnuda.

Como siempre, Kirsten percibe mi presencia y se gira.

—No consigo decidirme sobre lo que quiero ponerme. Había elegido un conjunto de lencería hermoso, pero creo que prefiero no usar nada. Ningún artificio entre nosotros, porque desde el principio,

mi amor por ti fue así. Sin adornos. Surgió sin necesidad de planes, porque tú y yo estábamos destinados, Simón.

Extiendo la mano para que venga hacia mí y no puedo apartar los ojos de su vientre lleno con nuestros hijos.

Las vidas que están creciendo dentro de ella. La prueba física de nuestro amor.

—Podés usar la lencería más seductora del mundo o ninguna. Podés estar maquillada o con ese rostro hermoso al natural. Usar joyas dignas de la realeza, o anillos de lata. En cualquier circunstancia, serás mi reina, Kirsten, la mujer más deslumbrante del mundo para mí.

Ella sonríe, con las mejillas rojas, lo que es increíble. Después de todo lo que ya hicimos en la cama, que Kirsten todavía se sonroje con un elogio a su belleza me sorprende.

—Yo también te amo —dice.

—No solo dije que "te amo", esposa. Vos sos el aire de mis pulmones, y si todavía no logré demostrártelo, quizá deba dejar las palabras de lado y pasar a la acción.

Empiezo depositando besos suaves en su frente, bajando por su rostro, explorando cada centímetro de la mujer que es mi versión del paraíso.

Una de mis manos toca su teta hinchada, aún más grande ahora con el embarazo, mientras la otra desliza por su crecido vientre y sigue el camino hasta su vulva.

Agarro su cuello con una mano y la beso.

No es un beso para iniciar una caricia previa. Es un beso de exigencia y posesión, el beso de un hombre enamorado, rendido, devoto, amo y esclavo al mismo tiempo.

La forma en que nuestras lenguas se devoran ferozmente es una prueba innegable del deseo que sentimos.

Sus manos me recorren, tocándome en todas partes.

Clavo los dientes en la piel suave de su cuello y Kirsten tiembla.

Su lengua provoca mi pezón. Ella es puro fuego.

Salgo del clóset con ella en mis brazos, y enseguida nos convertimos en una mezcla de susurros y promesas de amor.

Tumbada en la cama, con su pequeño cuerpo sobre el mío, su vaginita húmeda dándome la bienvenida, se monta en mi verga.

La atraigo hacia abajo y lamo su pezón.

Ella gime y me agarra del cabello.

Me lleno mi boca con su teta, disfrutando del sabor de su carne.

Ella me aprieta dentro suyo mientras levanto mis caderas para penetrarla más profundamente.

Beso su boca y me muevo despacio, entrando y saliendo, aprovechando cada centímetro de ella.

Ella se contonea sobre mí, y juntos creamos nuestro propio ritmo.

Memorizo este momento.

Sus gemidos y la expresión de placer en su rostro.

Sus manos recorren mi pecho y su vagina me toma por completo, apretándome dentro de ella.

No puedo meterle la verga como quisiera porque el embarazo ya está muy avanzado, pero con Kirsten, ya sea una penetración sucia o una suave llena de cariño, siempre es un placer.

Durante varios minutos, nos perdemos dando y recibiendo. Probando, chupando, lamiendo, hasta que sus gemidos aumentan, su cuerpo se vuelve más salvaje, atrevido, exigente, indicándome que va a acabar.

Toco su clítoris porque sé que yo tampoco voy a aguantar mucho más.

La recuesto en la cama sin dejar caer mi peso sobre ella. Chupo sus tetas alternando entre las dos. Está loca de deseo, y la combinación de mis embestidas constantes, el ataque en sus pezones y la caricia en su clítoris la hacen explotar en un orgasmo ardiente.

Ella sigue moviéndose debajo mío, yendo al encuentro de cada arremetida que doy, ordeñándome dentro de su vaginita.

—Te amo, esposa. Voy a amarte para siempre.

La fuerza de mi orgasmo me deja sin aire, atrapado en ella.

—Nunca dejes de amarme. Tú eres mi todo, Simón. Siempre lo serás.



Nacimiento de Ava, Isa y Lila

"Calmate", me ordeno a mí mismo cuando recuerdo las palabras de Alexis: *cuando llega el momento del nacimiento de los propios hijos, los médicos olvidan todo lo que aprendieron en la facultad de Medicina.*

Cuando llegamos al hospital, en cuanto Kirsten entró en trabajo de parto, fue como si yo estuviera entrando ahí por primera vez.

El lugar que conocía tan bien parecía de repente nuevo, cargado con una emoción que jamás había experimentado.

Las horas que siguieron fueron una mezcla de tensión y emoción, y cuando finalmente llegó el momento, sentí algo imposible de expresar con palabras, que me llenaba el pecho.

A pesar de mi experiencia, no me sirvió de nada ante la ansiedad ni el deseo desesperado de asegurarme de que todo saldría bien.

Cuando escuché el primer llanto, mi corazón casi se detuvo.

Una niña, hermosa y perfecta. Nuestro primer bebé era una niña.

Mi visión se nubló cuando vi la sonrisa de Kirsten, pero me obligué a mantener el foco.

Corté el cordón umbilical con las manos temblando de emoción. Pocos minutos después, otra niña llegó al mundo con un llanto fuerte. Nuestro segundo milagro.

Por último, la tercera nació, más tranquila que sus hermanas, y ahora estamos completos.

Me inclino para besar a Kirsten antes de ir a revisarlas, porque mi esposa fue una verdadera heroína. Cuando finalmente traen a nuestras hijas (a quienes llamaremos Ava, Isa y Lila) para tenerlas cerca de nosotros, entregando una a su madre y colocando dos en mis brazos, siento un nudo en la garganta.

Algunas lágrimas caen por el rostro de mi esposa. Se ve exhausta, pero muy feliz, mirando a nuestras tres pequeñas.

Ningún momento de mi carrera, ni la cirugía más difícil que realicé, podría compararse con este día.

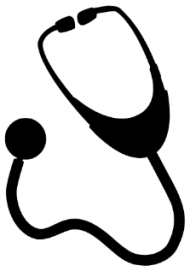
El tiempo parece detenerse. Nada más importa además de nosotros cinco.

Kirsten pide cargar a las tres al mismo tiempo, y después de colocar una en cada brazo y apoyar la tercera en su pecho, me inclino hacia mi familia, repartiendo besos.

—Nuestro mundo —dice, llorando.

—El comienzo de una historia que apenas está en sus primeras páginas —digo—. Vamos a crear nuestro universo.

—Te amo, Simón.



Simón



Capítulo 59

Un año después

—¡Pa pa pa pá! —Ava empieza así en cuanto me ve entrar en la cocina de la casa de mi madre, y como si fueran un coro perfectamente ensayado, las hermanas la imitan.

—Así es. Papá.

Me gustaría decir que ya me acostumbré a ver esas tres sonrisitas sin dientes y a escuchar los llamados de "papá" cada vez que entro en cualquier lugar donde están, pero la verdad es que el calor que siento en el pecho nunca disminuye. Cada vez, es como ganarme el premio al boludo más afortunado del mundo.

Antes de conocer a Kirsten, pensé que tenía lo que deseaba.

Yo no tenía nada más que mi profesión. Ahora soy un rey, al lado de mi reina y mis princesas.

Les doy un beso a cada una y acepto un pedazo de fresa babeada que Lila estaba comiendo y mete en mi boca.

—Hum, qué delicia.

Ella se ríe, y las hermanas también, y así, en un abrir y cerrar de ojos, el día infernal que tuve se vuelve de repente luminoso.

—¿Kirsten no llegó todavía? —pregunto, besando enseguida a mi madre, que estaba supervisando a las niñeras mientras alimentan a mis herederas.

—No. Ella venía para acá, pero hubo una emergencia en el hospital. ¿Qué te pasa?

—Nada. Solo estoy cansado.

—¿El viaje fue malo? ¿No descubrieron quién incendió la bodega?

—Las autoridades aún no tienen certeza —eludo—. ¿Emiliano y Martín ya llegaron?

Es domingo y, como siempre, nos reunimos en la casa de nuestra madre.

—Sí, ya llegaron. Están en la biblioteca con Urtiga. ¿Por qué tengo la impresión de que ustedes andan muy misteriosos, como si me ocultaran algo?

—No te preocupes, mamá. Ya está todo bajo control.

Después de besarla y besar a las niñas una vez más, voy a encontrarme con mis hermanos y mi padrastro.

—¿Y entonces? —pregunta Emiliano en cuanto entro en la biblioteca.

Me sirvo una dosis de whisky y, después de hablar con él, con Urtiga y con Martín, me siento en una de los sillones del conjunto de sofás donde están.

—No puedo creer que sea verdad —digo.

Doy un trago grande a la bebida, pensando en lo que Malone Smith, un detective que trabaja para nosotros desde hace mucho tiempo, descubrió.

Todo empezó cuando Kirsten, hace unos dos meses, me dijo que tenía la sensación de que alguien la estaba siguiendo.

Yo no soy el tipo de hombre que minimiza una situación así, por lo tanto, reforcé de inmediato la seguridad alrededor de ella y de las niñas.

También les conté a mis hermanos, que me aconsejaron no acudir a la policía sino al detective.

El acosador secreto, sin embargo, era cuidadoso y escurridizo. Desaparecía y volvía a aparecer, y eso empezó a ponerme de los nervios, porque estaba claro para mí que esa persona había elegido a mi esposa como objetivo.

Planeamos una trampa. Fue lo que Malone Smith nos aconsejó: que sería de esa manera como atraparíamos al ratón.

Así que creamos una historia en la que, supuestamente, Kirsten iría a la bodega sola para preparar una fiesta de cumpleaños para mí. Sin saber nada, ella aceptó e incluso accedió a dar una pequeña entrevista para una revista de celebridades, por recomendación mía, hablando sobre eso.

Aunque no entendía mi repentina voluntad de hacer pública nuestra vida, y aunque yo odiaba la idea de engañarla, Kirsten aceptó. Fue la primera vez que le mentí, que yo recuerde, pero para proteger a mi familia, voy a cruzar cualquier línea.

Obviamente, jamás pondría a mi esposa en riesgo, así que, a último minuto, cancelé el "compromiso", diciendo que ella no podría ausentarse del hospital.

Vacié la bodega, retiramos todas las cosechas raras de la bodega principal y pusimos a trabajar allí a una mujer rubia, parecida a Kirsten, durante todo el día de ayer.

En realidad era una ex agente de policía entrenada y, cuando de repente sintió olor a humo, entendió lo que iba a suceder. Salió a tiempo, antes de que la bodega fuera consumida por el fuego, pero ahora tenemos certeza de que realmente hay un loco detrás de mi mujer.

Las autoridades locales de la bodega fueron avisadas del incendio y pronto descubrirán que se trató de un acto criminal, así que tenemos poco tiempo para atrapar al maldito perseguidor.

—¿Revisaron las cámaras?

—Fue lo primero que hicimos y por eso Malone Smith sospecha de la identidad del perseguidor. Mamá no sabe nada todavía —digo.

—Creo que deberíamos contárselo a ella y también a nuestras mujeres —dice Martín—. Tal vez convenga enfurecer al perseguidor. Que Kirsten aparezca con vos en un lugar público.

—Tal vez. Pero ¿y si eso lo hace retroceder?

—No va a pasar. No a esta altura. Esa persona está totalmente descontrolada. Sin embargo, si queremos resolver esto de una vez por todas, solo tendremos una oportunidad. No podemos desperdiciarla.

—Es la vida de mi familia la que está en juego. No va a pasar. Yo voy a resolver esta amenaza de una vez por todas.



Kirsten



Capítulo 60

Semanas después

—¿No vas a decirme qué está pasando?

—No quiero mentirte y, al mismo tiempo, no deseo asustarte.

—Voy a recordarte otra vez que no soy una florcita frágil, Simón.

—No tiene nada que ver con tu fuerza interior, mi amor. Se trata de tu integridad física y de la de nuestras hijas.

—¿Tiene que ver con mi perseguidor?

—¿Por qué creés eso?

—No soy tonta. Después de que te conté lo de la sensación de que alguien me seguía, noté que te pusiste paranoico. Y luego vino el incendio en la bodega. ¿Descubriste quién es?

—Es *ella*.

—¿Qué?

Él me dice el nombre y mis ojos se abren de par en par.

—¡Dios mío!

Mi marido me atrae hacia un abrazo.

—No te pongas nerviosa. Todo va a salir bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque voy a asegurarme de que funcione. En este mismo momento, quien está detrás tuyo va a darse cuenta, un poco tarde, de que nadie amenaza a mi familia y sale impune.

—Me estás asustando, Simón. ¿Qué pretendes hacer?

—Digamos que contraté a un exterminador de ratas. Tiene el mejor tipo de insecticida.

—¿Por eso estamos durmiendo en el búnker en lugar de la habitación de la cabaña?

—Sí, exactamente.

—¿Ella está aquí?

—Vino detrás de nosotros, pero jamás logrará alcanzarnos.



La maldad

Intento respirar, pero no consigo aire suficiente para mis pulmones. ¿Qué mierda pasa en este lugar? Hace demasiado calor.

No te desmayes, mantenete firme.

Solo necesito llegar hasta ellos. Sé que están a una puerta de distancia y, esta vez, no van a escaparse.

No puedo seguir así. Necesito castigarlos, porque mientras más pasa el tiempo, más se ríen de mí.

Quisiera poder agarrarlos a los cinco de una sola vez. Exterminar a la familia completa, pero me conformaré con matar solo a ellos dos.

¡Mierda, no debería haber venido con esta ropa! Siento un calor insoportable. No aguanto los lugares cerrados y este armario parece una trampa para ratas. Simón pudo haber escogido un lugar mejor para traer a su esposita.

Tiro del cuello del suéter, que parece cerrarse alrededor de mi cuello. Verifico el reloj. Sí, creo que ya es seguro salir. Deben estar dormidos hace bastante.

Esta vez, no podrán engañarme como pasó en la bodega, donde casi me atraparon. Me aseguré de que los dos entraran en la

cabaña.

Por supuesto que ya conocía la existencia de este lugar. Y también cómo estaba distribuido por dentro: el lugar exacto donde debía estar para mantenerme cerca de la suite de la parejita enamorada.

Extiendo la mano hacia el picaporte e intento abrir la puerta del pequeño armario (que, en realidad, es casi un cuartito) donde me escondí, pero no pasa nada. Hago fuerza otra vez, y aunque la manija gira, la puerta no se abre.

Siento el corazón desbocado.

Un sudor frío se esparce por todo mi cuerpo. Intento de nuevo.

Nada.

No puedo salir.

Esto no puede estar pasando. Es como en mis pesadillas.

Grito, incapaz de mantener la calma. Necesito salir de aquí.

Él no puede haberme hecho esto.

¿Planeó hacerme esto?

Sí, lo hizo a propósito, porque conocía mis miedos.

Tengo que escapar.

Me lanzo contra las paredes y contra la puerta, y siento cómo la temperatura del espacio aumenta.

Voy a morir de calor. Voy a morir acá.

Me golpeo, rasgo la estructura con las manos durante largos ratos, y nada sucede. Me siento cada vez más débil y sin aliento, hasta que todo se oscurece...



Simón

—Vos te vas a ir a casa; para la policía, el único que estuvo acá fui yo.

Kirsten, que normalmente me enfrentaría, está demasiado afectada para discutir, y simplemente acepta el abrazo de Martín, quien la guía hasta el helicóptero mientras la policía se prepara para entrar en la cabaña.

—¿Puede venir a identificar el cuerpo? —pregunta uno de los detectives.

—No podrá —interviene Malone Smith.

Él llegó hace alrededor de media hora, junto a un equipo de abogados.

—¿Por qué no? —pregunta otro policía.

—Porque Anita, la mujer muerta, se cambió el rostro con múltiples cirugías estéticas a lo largo de los años. Tendrán que confirmar la identidad por la arcada dental o por ADN.

Cuando él me contó que descubrió que ella nunca murió, sino que, en realidad, sedujo a uno de los médicos del manicomio donde estaba internada y consiguió ayuda para fingir su propio suicidio, no lo pude creer.

Hace más de diez años recibimos la noticia de que había muerto. Ninguno de nosotros fue al velorio ni al entierro. No fuimos a reconocer el cuerpo. La memoria de Anita era un cáncer en nuestras vidas y ahora me doy cuenta de que ese fue nuestro mayor error: no confirmar que la desgraciada hubiera muerto de verdad.

El médico (que será arrestado pronto, porque me aseguraré de que pierda su licencia y responda penalmente por sus actos) contó que ambos vivieron "felices" en una isla de Europa durante mucho tiempo, hasta que Anita leyó una noticia, la misma a la que Newton se refirió, que decía que una de mis ex había abortado a mi hijo.

Según él, aparentemente, solo la idea de que yo pudiera haber embarazado a otra fue suficiente para despertar su locura otra vez. Ella lo abandonó y dijo que me tendría de vuelta al precio que fuera.

¿Tenerme de vuelta? La pelotuda jamás me tuvo, para empezar.

Encerrado en la trampa que él mismo creó, el médico no pudo contactar a las autoridades para avisarme. Dijo que cree que ella me vigilaba desde hacía años, esperando el momento adecuado para "conquistarme", como le aseguró que haría.

El resto lo concluí solo: cuando Kirsten entró en escena, Anita perdió la cabeza.

O sería mejor decir: perdió lo que le quedaba de cordura.

—Ni yo habría pensado en una trampa mejor —le digo a Malone Smith cuando los policías se alejan.

Él sonríe.

—Fue una jugada maestra recordar que ella tenía claustrofobia.

—Ella no tenía solo claustrofobia, sino también recuerdos de su primera infancia, cuando le hicieron esto múltiples veces. Nos contó sobre eso, y siempre que lo relataba, tenía una crisis de pánico.

—Y usaste eso contra ella sin dudar. Confieso que no te quiero como enemigo, doctor.

Me encojo de hombros.

—Era una forma simple y limpia de cerrar esta historia. No quería que mi esposa pasara por el trauma de un juicio. Y mi familia reviviría todo lo que ya había sufrido cuando ella fue declarada insana por primera vez, porque la prensa desenterraría todo.

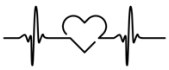
—Además, por la experiencia previa, sabemos que lo más probable es que la enviaran otra vez al manicomio. Ella ya escapó una vez. Nadie podría garantizar que lograrían mantenerla allí.

Miro al hombre, convencido de que no fue solo la claustrofobia lo que la mató. Malone Smith debe haber manipulado las drogas que descubrimos que ella consumía.

Él no me dijo nada al respecto, pero soy médico. Por más aterrada que estuviera, Anita aún era joven. Recién había cumplido treinta y tantos. Su infarto seguramente tuvo otra causa.

Pero, ¿qué me importa? En este caso, para mí, el fin justifica los medios.

—Exacto. No corro riesgos cuando se trata de Kirsten y de mis hijas. Ahora, esto terminó de manera definitiva.



Kirsten

Dos días después de nuestra pesadilla en la cabaña, Simón me sostiene entre los brazos, luego de contarme, ahora con todos los detalles, la historia completa de Anita, incluso que ella mató a alguien (una ex novia de Emiliano) en el pasado. Fue por esa razón que aquella chica, que lo tuvo todo y era tratada como una princesa entre los Benítez, terminó en un manicomio. Lo que todos creían, sin embargo, era que se había suicidado, cuando, en realidad, escapó junto con uno de los médicos que la atendía.

Dios mío, ¡qué locura! Parece la trama de una película de acción.

No, de una película de terror, del tipo en que el villano regresa desde el infierno.

La autopsia confirmó que murió de un ataque cardíaco, resultado de la combinación de la probable crisis de pánico por estar encerrada en el armario, pero también inducido por la cantidad absurda de drogas en su organismo. Según el médico forense, había una dosis brutal de un cóctel de medicamentos pesados en su sistema.

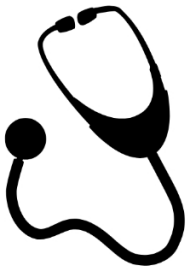
Pero no es su muerte lo que más me asusta. Es lo que encontraron en la bolsa que llevó a la cabaña: había jeringas y varios medicamentos paralizantes. Cuchillos de caza y un arma de fuego. Alicates e instrumentos de tortura.

—¿Sonaría cruel si dijera que me siento aliviada de que haya muerto?

Él besa mi frente.

—No, mi amor. Sonarás honesta. Conmigo nunca tendrás que fingir, Kirsten. No quiero tu perfección. Te amo con todo lo que

venga en ese paquete, y haré lo que sea necesario para protegerte a vos y a nuestras niñas.



Simón



Capítulo 61

Dos años después

Muchas cosas cambiaron con el paso de los años.

Las niñas crecieron. Nuestro cuarto hijo, Travis, nació y, poco a poco, cada pieza del tablero del juego de la vida fue encajando en su lugar.

Hay algo, sin embargo, que sigue exactamente igual que antes: nuestro deseo el uno por el otro; y cuando mi esposa, vestida con su uniforme sexy azul claro, me toma de la mano y me lleva a una sala de exámenes, sé que es porque no podrá esperar a que lleguemos a casa esta noche para saciarnos.

Por la mañana, el obstetra finalmente la autorizó a tener sexo.

Sin decir nada, en cuanto cerramos la puerta con llave, nuestras bocas se devoran, pero Kirsten está salvaje y me empuja hacia una camilla de exámenes, montándose sobre mi regazo.

Pronto, lo único que tiene puesto es el pequeño gorro de enfermera, mientras yo estoy sin camisa, descalzo, pero con los pantalones aún atrapados en los tobillos.

En nuestra suite, más tarde, podemos tomarnos nuestro tiempo para saborearnos despacio, pero en este momento, el deseo crudo nos domina.

Ella está sonrojada, desnuda y hermosa.

Mi mujer.

La agarro del culo y, levantándola un poco, me entierro por completo en su acalorado canal.

La hago bajar varias veces sobre mi enorme verga dura.

Atrapó su boca, besando sus suaves labios.

El placer de estar dentro de ella de nuevo, después de tanto tiempo, es intenso.

Ella tiembla y, usando mis hombros como apoyo, alza las caderas, subiendo y bajando.

No dejo de frotar su clítoris y ella se muerde el labio, como si no quisiera gemir alto porque alguien podría escucharnos.

Acelero la penetración y Kirsten susurra mi nombre.

Me prendo de sus tetas, mordisqueando un pezón.

Nuestra pasión es hambrienta, su vagina toma mi verga.

Ella llega al orgasmo y yo la tiro hacia abajo con brutalidad, hasta llenarla con mi semen.

—Sos mía.

—Toda, completamente tuya.





Kirsten



Epílogo 1

Diez años después

Me río mientras observo a lo lejos a mi médico preferido, mi doctor gruñón, mi marido, mi amante, mi amor, el padre de mis hijos, jugando al fútbol con nuestros niños (las trillizas, Travis y el menor, Tucker) en nuestra hacienda en Texas.

Descubrí, en mis investigaciones sobre el pasado, que mi mamá y mi abuela eran texanas, y decidí que no solo quería sumergirme un poco en mis orígenes, sino también hacer que mis hijos conocieran el sur de mi país.

Nunca volví al Estado de Maine. Adoro la ciudad donde crecí, pero ir allí significa quizá encontrarme con mis padres adoptivos, algo que no deseo de ninguna manera.

Ellos nunca reconocieron lo que me hicieron. El daño que su egoísmo y su distorsión mental me causaron. Hasta hoy, no consigo entender cómo pudieron alejarse de mí únicamente porque yo les recordaba relativamente el pasado.

Solo una vez, mi papá me llamó después de que Simón y yo nos fuéramos a Maine. Me dijo que mi mamá estaba dispuesta a *intentarlo*.

Tal vez, cuando era más joven, esa oferta habría sido suficiente. Ya no. Ahora sé lo que es el amor verdadero (de un marido, de mis hijos, de mi hermana, de amigos y de la familia) y no acepto migajas.

El único pasado que me interesa es el que pertenece a mi mamá y a mi abuela.

Ahora ya sé mucho sobre ellas. Le pedí a Simón que contratara a alguien para descubrir lo que fuera posible a través de ex vecinos, amigos y registros escolares. Poco a poco, fui armando un rompecabezas sobre las dos.

Así fue como supe que mamá era muy joven cuando se involucró con Morrison Seymour, y que su relación no duró nada.

Todos afirmaban que ella me adoraba, pero cuando murió, yo todavía era un bebé.

Mi abuela me tomó bajo su cuidado. Me amó mientras vivió, pero su salud era frágil, lamentablemente.

En cuanto a Morrison Seymour, él sabía de mi existencia y no me quiso. Me abandonó en un orfanato. Entonces, decidí empujar a ese hombre hacia un cuarto oscuro dentro de mi mente y no volver a visitarlo nunca.

Newton se casó con Raz y fue traicionado públicamente tantas veces que había semanas en las que los nombres de ambos aparecían en las columnas de celebridades todos los días, con notas sobre escándalos conyugales, según me contaba Lorena.

Sí, me *contaba*. En tiempo pasado.

Hace cerca de dos años, el avión en el que viajaban (mi ex novio y mi ex amiga) cayó en el océano. Los dos murieron en el acto.

Según los periódicos, iban rumbo a un paraíso en el Caribe, para intentar, por milésima vez, arreglar su matrimonio tóxico.

—¿Melancólica? —Escucho la voz de mi cuñada Tess a mi lado.

Ella y Martín también tienen una hacienda aquí, junto a la nuestra, y fueron ellos quienes nos ayudaron a decidir sobre una propiedad.

—Un poco.

—Todos tenemos momentos así. Permítete revivirlos, pero nunca te quedes mucho tiempo en ellos.

Tess es como una hermana mayor. Callada la mayor parte del tiempo, pero leal y muy querida.

Como si adivinaran que estoy atrapada entre el presente y el pasado en este momento, mis cinco hijos empiezan a llamarme.

—Tengo que irme.

Acaricio sus cabellos cuando me acerco y luego camino hacia donde está mi amor.

—¿Para qué me llamaron?

—¿No lo adivinás? —pregunta Simón.

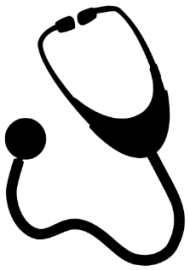
—No tengo la menor idea.

—Te necesitamos cerca, mi amor.

—Los estaba observando.

—No es suficiente. Nunca logro que sea suficiente, Kirsten, porque mi amor es exagerado y sin límite.

—Y también *exigente*, pero, por suerte para ti, a mí me encanta. No te detengas. Quiero todavía más.



Simón



Epílogo 2

—¡Y el abuelo adoraba cabalgar! —Oigo decir a nuestro hijo menor, Tucker, mientras lleva puesto el sombrero favorito de mi padre.

Poco después de nuestro matrimonio, me añadí nuevamente sus apellidos: Pérez Fernández.

Todos mis hijos también son Benítez Pérez Fernández, ya que Kirsten no quiso agregar "Millard", que pertenece a sus padres adoptivos.

Vina y James Millard no podían cambiar su nombre de pila, porque ella no era tan pequeña cuando fue adoptada y ya sabía que se llamaba Kirsten. Sin embargo, le quitaron el apellido de su madre biológica.

Le pregunté si quería cambiarlo otra vez para usar el de su madre, Talita, pero mi esposa me dijo que no, porque implicaría demasiado trabajo. Profesionalmente, es conocida como Kirsten Millard Benítez.

Ella se encarga de contarles a nuestros hijos quién fue su abuela biológica, incluso aunque solo haya quedado una fotografía de su madre.

Llevé a mis hijos a visitar la tumba de mi padre y, algún día, les contaré toda la historia de su vida y su muerte. Mi error, y mi deseo de recibir su perdón.

No soy un hombre religioso. De hecho, siempre me consideré ateo, pero de vez en cuando me sorprendo hablándole a mi padre, mostrándole que hizo un buen trabajo conmigo y que, si estuviera vivo, sería adorado por sus nietos.

Sería muy amado por mí.

Las emociones y los sentimientos son algo que ahora consigo manejar mejor. No podés poner reglas ni contener el amor que sentís por tus hijos. Con ellos y con Kirsten aprendí que sentir es sencillo. Es intuitivo. Natural.

—¡Papá, yo quiero ser vaquera! —dice Ava, corriendo hacia mí.

—Y yo, bailarina. —Isa, la más divertida de nuestras hijas, con el temperamento de su madre, se pone en puntas de pie, levanta los brazos y gira sobre sí misma.

—Yo quiero ser escritora… —dice Lila, nuestra introvertida.

—¡Yo voy a ser astronauta! —grita Tucker, señalando el cielo.

—¿Y tú, hijo? —pregunta Kirsten a Travis, que observa a sus hermanos como si los estuviera analizando.

Él se parece mucho a mí, aunque no estoy seguro de que eso sea algo bueno.

—Yo voy a ser el dueño del mundo, mamá.

Kirsten besa su cabeza y suelta una carcajada, pero yo tomo en serio lo que dice. No sé qué profesión elegirá mi hijo, pero ya he visto esa misma ambición que ahora veo en su rostro al mirarme al espejo cuando era niño.

Kirsten viene hacia el sofá y se sienta en mi regazo.

—¿Escuchaste eso? Tu hijo quiere ser el dueño del mundo. ¿Será que la arrogancia es genética?

Le doy una palmada en el culo.

—Tal vez, pero admití que amás mi arrogancia.

—Amo todo en ti, Simón. Incluso tus defectos.

—Pensé que no tenía.

—¿Y qué importa? Teniéndolos o no, para mí eres perfecto, marido.

¡FIN!

No olvides leer el contenido extra del libro 1 de una nueva serie, aún por publicar, en la página siguiente.



Bono



Dell Westbrook

Yo necesitaba una esposa.

Ella necesitaba salir de Rusia.

Parecía un arreglo perfecto.

Un matrimonio por conveniencia, a distancia, en el que no conviviríamos y solo haríamos apariciones ocasionales juntos, con reglas claras para ambos.

Entonces, Evelina decidió huir de mí, y lo que debía ser un pacto temporal se transformó en un juego entre cazador y presa; y no tengo ninguna duda de quién va a ganar ese juego.

Palabras de la autora

Espero que hayas disfrutado de acompañar la historia de amor de Simón, nuestro último guerrero argentino en caer, y de Kirsten.

Me encantan los personajes taciturnos como Simón y Maxim, de la serie Alfas de Mafia, cuyo sentido del humor es un tanto retorcido, pero que, en el fondo, tienen mucho más amor dentro de sí de lo que creen.

Confieso que siempre me pongo triste cuando termino una serie, y con esta no fue diferente. Mi consuelo es que, enseguida, llegará la serie de Dell, de su archienemigo Seth y de los otros dos hermanos Westbrook, Vernon y London.

El próximo libro que se publicará es justamente del mayor de los Westbrook, como seguramente habrás intuido por el bonus.

Un beso y hasta la próxima aventura.

D. A. Lemoyne

Sobre la autora

D. A. Lemoyne comenzó su carrera como escritora en agosto de 2019 con el libro “Seducida”, el primero de la saga “Corazones Intensos”. Desde entonces, ha lanzado varias series exitosas como “Alma de Cowboy", “Hermanos Oviedo", “Alfas de la Mafia", entre otras, además de duologías y novelas cortas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela (que vivía en otra ciudad) la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, EE. UU., y le encantan las buenas charlas y reunirse con sus amigos.

Sus romances son intensos, y sus protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

[1] Otra de mis series.
[2] Un CRNA (enfermero anestesista certificado) es un enfermero registrado con certificación avanzada especializado en anestesia. En Estados Unidos, los CRNA son profesionales altamente capacitados que administran anestesia en diversas situaciones médicas, como cirugías, procedimientos diagnósticos y terapéuticos, así como atención obstétrica.
[3] Como se mencionó en la "nota del traductor", ten en cuenta que en el español que se habla en Argentina (principalmente en Buenos Aires) la acentuación de muchas palabras es diferente. Por eso, cuando hablen argentinos, encontrarás varios verbos conjugados y acentuados en modo *voseo*, un fenómeno lingüístico del español en el que se emplea el pronombre **"vos"** en lugar de **"tú"** para dirigirse a una persona, acompañado de conjugaciones verbales propias de esa forma de tratamiento.
[4] El término «blue-collar» se refiere a los trabajadores que realizan labores manuales o industriales. Estos empleos suelen requerir habilidades técnicas y esfuerzo físico, y pueden incluir sectores como la construcción, la manufactura, el mantenimiento, el transporte, la minería, la pesca, la electricidad y la plomería, entre otros. El término «blue-collar» proviene del color de los uniformes (generalmente azules) que muchos de estos trabajadores usan.
[5] "Boludo" es una palabra usada en Argentina, que significa tonto, necio o estúpido, aunque también puede ser una forma amistosa de referirse a un amigo o a sí mismo. Su significado puede variar mucho dependiendo del contexto y el tono, usándose tanto para insultar como en un sentido de camaradería.
[6] La válvula mitral es una válvula cardíaca que separa la aurícula izquierda del ventrículo izquierdo. Su función es permitir que la sangre pase de la aurícula izquierda al ventrículo izquierdo e impedir que la sangre fluya de regreso del ventrículo izquierdo a la aurícula izquierda cuando se bombea al resto del cuerpo.
[7] Como se mencionó en la "nota del traductor", ten en cuenta que en el español que se habla en Argentina (principalmente en Buenos Aires) la acentuación de muchas palabras es diferente. Por eso, cuando hablen argentinos, encontrarás varios verbos conjugados y acentuados en modo *voseo*, un fenómeno lingüístico del español en el que se emplea el pronombre **"vos"** en lugar de **"tú"** para dirigirse a una persona, acompañado de conjugaciones verbales propias de esa forma de tratamiento.
[8] Insulto típico de Buenos Aires.

[9] “Choice” en inglés significa elección, opción o alternativa.
[10] Hospital ficticio.
[11] Aclaración de la autora: no voy a explicar en detalle la investigación que realicé sobre esto porque no me parece apropiado. La historia es ficción y de ninguna manera pretendo dar una guía paso a paso sobre cómo obtener información de alguien sin autorización. Además, ni siquiera sé si realmente funciona en la vida real.
[12] El triaje es un sistema de clasificación rápida de pacientes que se utiliza en los servicios de urgencias para priorizar la atención según la gravedad de su estado, no por orden de llegada.
[13] En Argentina, se le llama “concha” de manera grotesca a los genitales femeninos.
[14] Nota de la autora: Quien haya leído el libro «Arrogante y apasionado» sabe lo que pasó. No lo diré para no destripar la trama principal. Además, no viene al caso.